PAGEBOY

MEMORIAS

MEMORIAS

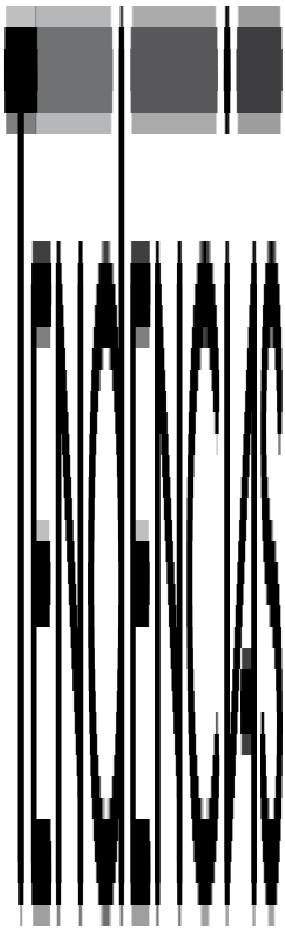
ELLIOT PAGE

PAGEBOY

MEMORIAS

ELLIOT PAGE

Traducción de Carla Bataller Estruch



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Pageboy*
Editor original: Flatiron Books
Traducción: Carla Bataller Estruch

1.ª edición: junio 2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Selavy Inc., 2023
All Rights Reserved
© de la traducción 2023 *by* Carla Bataller Estruch
© 2023 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.reinventarelmundo.com

ISBN: 978-84-19497-61-1

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Índice

Nota del autor
1. Paula
2. Sexualidad en apuesta
3. Chico
4. Muñecos de acción
5. Riñas
6. Susto
7. Sanguijuelas
8. Gilipollas famoso en una fiesta
9. Pink Dot
10. Esa pequeña película independiente
11. Solo era una broma
12. *Roller derby*
13. Cubos
14. Camión de mudanzas
15. «Ryan»
16. Bañador
17. Accidente
18. Intuición
19. Old Navy
20. Acércate
21. The Healthy Way
22. Línea mortal
23. Giro de ciento ochenta grados
24. Tu papi celestial
25. Elegir a la familia
26. Mascarilla
27. Portal
28. Sin palabras
29. Peaches

Agradecimientos

Para todas aquellas personas que me precedieron.

Nota del autor

A lo largo de los años me he planteado de vez en cuando escribir un libro, pero nunca parecía el momento adecuado y, sinceramente, tampoco parecía posible. Apenas podía sentarme, no digamos ya estar quieto el tiempo suficiente para completar esa gran tarea. La energía de mi cerebro se desperdiciaba, un goteo continuo para intentar ocultar y controlar mi incomodidad. Pero ahora es diferente. Algo nuevo. Al fin puedo sentarme conmigo mismo, en este cuerpo, estar presente… y teclear durante horas con mi perro Mo relajándose al sol, la espalda más recta, la mente más tranquila. Esta felicidad, hasta ahora inimaginable, no habría llegado sin la atención sanitaria que he recibido. Con el incremento de los ataques contra los servicios para la afirmación de género, además de los esfuerzos para silenciarnos, parece que es el momento apropiado para escribir palabras en una página.

Así que aquí estoy, agradecido y muerto de miedo, escribiéndote a ti directamente. La gente trans se enfrenta a cada vez más ataques físicamente violentos, y nuestra humanidad se «debate» con regularidad en los medios de comunicación. Y, cuando nos dan la oportunidad de contar nuestras historias, las narrativas queer se desmenuzan muy a menudo o, lo que es peor, se universalizan: una persona se convierte en la representante de todas las demás. Existe una infinidad de formas de ser queer y trans, y mi historia solo habla de una. Como diré más adelante a lo largo de estas páginas, solo somos una mota en este universo, y espero que, al contar mi verdad, haya añadido una mota más para aclarar la constante desinformación que rodea las vidas queer y trans. Si aún no lo has hecho, te animo a buscar otras narrativas, amplias y diversas, de escritores, activistas e individuos del colectivo LGBTQ+. El movimiento para la liberación trans nos afecta a todes. Todo el mundo experimenta el género con alegría y con opresión de distintas formas. Tal como dijo Leslie Feinberg en *Trans Liberation:* «Este movimiento te dará más espacio para respirar, para ser tú misme. Para descubrir, a un nivel más profundo, lo que significa ser tú».

Al escribir esta historia, he recordado cada momento lo mejor que he podido. Si no recordaba ciertos detalles, contacté con las personas que compartieron esas experiencias conmigo para lograr una mayor claridad. Cuando ha sido necesario, he cambiado algunos nombres y alterado ciertas descripciones con tal de proteger la identidad de algunas personas. En algunos momentos me refiero a mí mismo con mi nombre y pronombre anteriores. Esta elección me ha parecido acertada para mí, según la ocasión, al referirme a mi vida pasada, pero no es una invitación para que nadie más haga lo mismo*. También es importante destacar que, a lo largo de mi vida, el género y la sexualidad han mantenido un diálogo constante, pero son dos cosas separadas. Declararme queer fue una experiencia radicalmente distinta a anunciar que era una persona trans, y mi identidad ha ido evolucionando a medida que me liberaba de las expectativas de los demás. Estas memorias dan forma a una narrativa no lineal, porque lo queer es intrínsicamente no lineal, viajes que se curvan y serpentean. Dos pasos adelante, un paso atrás. He dedicado mucho tiempo de mi vida a excavar en busca de la verdad, incluso sintiendo un miedo terrible por sufrir un derrumbe. Esto se refleja de forma intencional en las

siguientes páginas. En muchos sentidos, este libro es la historia de mi desenredo.

El acto de escribir, leer y compartir la multitud de nuestras experiencias es un paso importante a la hora de enfrentarnos a esas personas que quieren silenciarnos. No tengo nada nuevo ni profundo que contar, nada que no se haya dicho antes, pero sé que los libros me han ayudado, incluso salvado, así que quizá este pueda ayudar a alguien a sentirse menos sole, más viste, sin importar quién sea o qué viaje haya emprendido. Gracias por querer leer el mío.

* La presente traducción sigue los deseos de Elliot Page en cuanto al género. En este sentido, se ha empleado el masculino para la mayor parte de la narración, excepto para aquellos comentarios y diálogos directos que se dan en el pasado. [Todas las notas al pie son de le traductore].

Este mundo posee muchos finales y comienzos.
Un ciclo acaba, ¿acaso perdurará algo?
Quizá una chispa, otrora tan brillante que estallará de nuevo.

Beverly Glenn-Copeland,
«A Song and Many Moons».

1
Paula

Conocí a Paula cuando tenía veinte años. Sentada en el sofá de una amiga mientras comía almendras crudas con las rodillas pegadas al pecho, se presentó: «Soy Paula». El sonido de su voz irradiaba calidez, amabilidad. Sus ojos no se iluminaban, te encontraban. Noté que me miraba.

Fuimos al Reflections. Fue la primera vez que visité un bar queer y sería la última en mucho tiempo. Se me daba fatal ligar. Ligaba cuando no era mi intención y no ligaba cuando quería. Paula y yo nos mantuvimos cerca, pero no demasiado. La atmósfera era tan espesa que podía nadar en ella.

Ese verano tomamos el barco de una amiga para acampar en una isla desierta. Comimos hongos alrededor de una hoguera y cocinamos salmón envuelto en papel de aluminio. Las estrellas palpitaban hacia nosotros, como si formaran frases. Los hongos siempre me han hecho llorar, pero a ella le encantaban y, al final, mis lágrimas de angustia se convirtieron en lágrimas de alegría. Envidiaba la seguridad del cuerpo de Paula. Bailamos en la playa. Rasgueamos una guitarra, turnándonos para interpretar versiones terribles de canciones.

Yo acababa de volver tras haber pasado un mes viajando por Europa del Este, donde fui de mochilero con Mark, mi mejor amigo de la infancia. Empezamos en Praga y tomamos trenes a Viena, Budapest, Belgrado y Bucarest. Nos alojamos en albergues, excepto un día en Bucarest, cuando Mark enfermó tanto que reservamos una habitación de hotel con aire acondicionado. En una tienda compré lonchas de queso envueltas de forma individual y las puse en el minúsculo congelador de la pequeña nevera de la habitación. Esperamos a que se enfriasen y mientras le pasé trapos húmedos por la nuca y la espalda. Cuando las lonchas se congelaron, las coloqué por todo el cuerpo de Mark, y eso pareció aliviarle un poco. La habitación tenía un *jacuzzi* y nos sentamos en él, sin llenarlo, mientras zapeábamos por los canales de la tele hasta acabar en una película porno que, por coincidencias de la vida, también ocurría en un *jacuzzi.* Mark se comió el queso.

Eso fue antes de los móviles inteligentes. Manejamos trenes, albergues y hombres con una única guía turística. Entrábamos en cibercafés para enviar mensajes a casa. «Eh, estamos vivos». Yo le escribía correos electrónicos a Paula; la echaba de menos. Pensaba en ella sin cesar: mientras atravesábamos Austria en tren, observando un mar de girasoles; mientras bebía cerveza de arándanos en un sótano de Belgrado, con los labios morados y la cabeza dando vueltas, igual que la última vez que nos besamos, que también fue la primera; en el viaje de doce horas en ferrocarril de Belgrado a Bucarest, durante una de las peores olas de calor en décadas. Mark y yo estábamos tumbados el uno junto al otro en la misma litera, con la ventana bajada y las cabezas lo más cerca posible a la abertura. No había aire acondicionado y no teníamos agua. Escuchamos a Cat Power a través de unos auriculares compartidos y bebimos absenta. *¿Estás escuchándola al mismo tiempo que yo? ¿Con el CD que te preparé?*, me pregunté, y casi pronuncié las palabras en voz alta. Observé la noche pasar, el paisaje serbio, rural e inmóvil, con sus luces efímeras y escasas. Pensé en Paula.

La noche en el Reflections fue algo nuevo para mí, lo de hallarme en un espacio queer y estar presente, disfrutándolo. Me habían taladrado la vergüenza en los huesos desde que era muy pequeño y me costaba quitarme del cuerpo ese tuétano tóxico y erosivo. Pero la sala exudaba alegría, me elevaba, forzaba una reacción en mi boca, una sonrisa firme y descontrolada. Bailaba y el sudor me goteaba por la espalda, por el pecho. Observé el pelo de Paula girar y rebotar mientras se movía sin esfuerzo, caótica pero en control, sensual y fuerte. La descubría mirándome de vez en cuando, ¿o era al revés? Queríamos que la otra persona nos descubriera. Como ciervos cegados por la luz. Sorprendidos, pero sin romper el contacto.

«¿Puedo besarte?», pregunté, sorprendido por mi osadía, como si la pregunta surgiera de otro lugar, quizá impulsada por la música electrónica, un circuito de liberación, de exigir que dejes tus represiones en la puerta.

Y entonces lo hice. En un bar queer. Delante de todo el mundo. Empezaba a entender a qué se referían todos esos poemas, a qué venía tanto alboroto. Antes todo era frialdad, inercia, impasibilidad. Las mujeres a las que había amado no me correspondían, y la que quizá sí lo hacía de un modo equivocado.

Pero allí estaba yo, en una pista de baile con una mujer que quería besarme, y la voz antagonista y cruel que me ocupaba la cabeza cada vez que sentía deseo guardaba silencio. A lo mejor, durante un segundo, podía permitirme sentir placer. Nos inclinamos para que nuestros labios se rozasen y las puntas de las lenguas apenas se tocaron; experimentamos y aquello envió descargas eléctricas a todas mis extremidades. Nos miramos con una complicidad silenciosa.

Allí estaba yo, al borde del precipicio. Me acercaba cada vez más a mis deseos, a mis sueños, a mí mismo, sin el peso insoportable de esa repugnancia que había cargado durante tanto tiempo. Pero muchas cosas pueden cambiar en unos pocos meses. Y, en esos pocos meses, se estrenaría *Juno.*

2
Sexualidad en apuesta

«Apuestas por la sexualidad de Ellen Page». Leí el titular y el color desapareció de mi cara. Se trataba de un artículo escrito por Michael Musto en el *Village Voice* durante el apogeo del éxito de *Juno*. Leí el resto por encima. En medio de sus especulaciones sobre la sexualidad de una persona de veinte años, Michael incluía: «O sea, venga ya, ¿¿¿lo es??? Vamos, ¡que si le gusta la tortilla! La verdad es que se viste como, bueno, una marimacho. […] Saquemos los bollos del horno de una vez. ¿Es Juno ya-sabéis-qué?».

De la noche a la mañana, me habían lanzado al centro de la atención pública, aunque ya me habían llamado «bollera» muchas veces durante mi juventud en Canadá. El acoso había adquirido un nuevo tono en el instituto, pasando de las pequeñas bromas de las chicas populares al despliegue bastante dramático de obligarme físicamente a entrar en el baño de los chicos. Tras el empujón, me quedé con la nariz arrugada por ese olor extraño a urinario y aguardé un momento a que su regocijo desapareciera, a que la distancia lo atenuara… Pero salí y me encontré con el rostro delgado y severo de mi profesora de inglés, que me taladraba con la mirada: «¡A dirección!». Me disculpé. No dije que me habían empujado.

Poco antes de que el acoso se incrementara, durante un campeonato de fútbol compartí habitación con una chica llamada Fiona en la residencia de estudiantes en la Universidad de San Francisco Javier. La universidad está en Antigonish, una ciudad en la punta del noroeste de Nueva Escocia, a un salto de la isla de Cabo Bretón. En la actualidad, ahí se celebran los Highland Games, o Juegos de las Tierras Altas, los más antiguos fuera de Escocia. Aunque en inglés se utilice el latín para designar este territorio («Nova Scotia»), lo cierto es que originalmente se llamaba Mi'kmaq, y el pueblo mi'kmaq ha vivido allí durante más de diez mil años.

Aún recuerdo cómo sonaba la risa de Fiona. Podía oírla por encima de cualquier otro sonido; atravesaba toda la estática, penetraba en mis oídos, crecía dentro de mi cuerpo. Quería estar cerca de ella, que me quisiera. Mi posición era volante derecho; rápido y pequeño, pero peleón. Ella era líbero, la última línea de defensa en el equipo, y cocapitana junto con la mediocampista. Era una líder natural, autoritaria pero amable. Nos cubría las espaldas. Me encantaba verla patear la pelota: fuerte, fluida y con una confianza que envidaba. Me estaba enamorando.

Estábamos tumbados en camas duras, una en cada lado del dormitorio con paredes forradas de madera oscura y barata. Observé el techo e inhalé con fuerza. ¿Me lo guardaría para mí o lo soltaría? La sensación era sobrenatural, como si espiara un posible futuro.

—Creo que soy bisexual —dije, como si no viniese a cuento. Nunca había expresado algo así a nadie más.

—No, qué va —respondió ella enseguida; un reflejo incisivo. Se rio nada más decirlo.

En esa ocasión, el sonido de su risa fue áspero y cortante. Aun así, quise reírme con ella: *O sea, ser*

queer es algo gracioso y malo, ¿verdad? La palabra «homosexualidad» en lecciones sobre salud producía una cacofonía de risitas. Todas las comedias que veía cuando regresaba a casa del instituto reforzaban esto. Cuando se contaba un chiste, o lo contaba yo, perduraba como mierda en las suelas de los zapatos. Un foco que se movía sobre un escenario de izquierda a derecha y yo bailaba claqué a su alrededor. Como un perro mojado, me esforzaba por sacudírmelo, por quitármelo de encima.

No recuerdo qué se dijo después, solo el eco de la carcajada y la dura superficie del rígido colchón.

Sin poder dormir, sobre las cinco de la madrugada me escabullí al pasillo fluorescente y me senté en el suelo para leer. Kurt Vonnegut fue el primer escritor que me gustó de verdad (y que le den a ya-sabéis-quién). Estaba leyendo *Madre noche*, una novela de moralidad ambigua. «Somos lo que fingimos ser, por lo que debemos andarnos con cuidado sobre lo que fingimos ser», escribió Vonnegut. Sentado en el pasillo a solas, rumié esas palabras. La vergüenza, con su ritmo constante, oscilaba por todo mi cuerpo. Algo se había escurrido por entre mis dedos. No había forma de atraparlo. Esperé a que saliera el sol.

Desayunábamos todos juntos en la zona común. Había bollos de Tim Hortons y una gran bolsa de naranjas que había traído un progenitor. Los adultos nos observaban mientras bebían café. Yo comí en silencio. No sabía cómo mirar a Fiona y supuse que lo mejor era evitar la situación. Agarré mis espinilleras con la intención de salir pronto al campo y calentar para el partido.

—Bollera.

La palabra se estampó contra mi cara. La habían dicho con esa sonrisa malvada que llegaría a conocer muy bien. Como si se jactaran: *Ja, no me parezco en nada a ti.* Procedía de una amiga popular de Fiona. Y dolió. Un dolor aislado, el parpadeo de una palabra; pero, en realidad, es permanente.

Las cosas cambiaron después de eso. Algo se había cortado. Lo notaba en los susurros, en cómo la energía se transformó, en las especulaciones. ¿A lo mejor era algo bueno? Había que arrancar ese diente que colgaba de un hilo.

* * *

Unos meses más tarde, mi padre y yo fuimos a visitar a mi abuela en Lockeport, Nueva Escocia; un pequeño pueblo pesquero con una población de quinientas personas, situado en la costa sur de la provincia. Barcos de pesca en el puerto, atados en el largo muelle, con colores como luces de Navidad. Amarillo desgastado, rojo descolorido, varios tonos de azul. Una postal de Nueva Escocia.

Cuando era niño, mi padre me llevaba a Lockeport el primero de julio, una festividad que en mi tierra natal se llama Día de Canadá. Igual al 4 de julio, pero con menos independencia de la Corona, más bien como un «aniversario de Canadá». Al ser un chico blanco en Nueva Escocia, no tenía ni idea de nuestra historia. No me la enseñaron, ni siquiera el nivel de nuestras raíces genocidas, el racismo sistémico, la segregación.

Pensaba que el Día de Canadá iba sobre fuegos artificiales, un desfile, pastelitos de fresa en el sótano de la iglesia y mi evento favorito del primero de julio: la cucaña. En el muelle colocaban un tronco largo y fino que sobresalía sobre el puerto, con una larga caída hasta el agua. Habían untado grasa por la madera dura hasta cubrirlo entero. En el extremo más alejado, el que se extendía hacia el océano, había una cantidad ridícula de dinero sujeta con un trozo de sebo. Los competidores debían intentar recuperarlo. Solo hay dos estrategias, la verdad. La primera: bocabajo y, despacio, te deslizas

un poquito para luego reducir de nuevo la velocidad. Esto suele fallar. En cambio, la clave parece ser deslizarse a la mayor velocidad posible para agarrar todo el dinero que puedas mientras empiezas a caer hacia el frígido Atlántico. Al salir a la superficie, recoges los billetes caídos tras el gélido impacto. Las gaviotas vuelan en círculo por encima y se lanzan a por la grasa flotante. No, nunca lo he intentado.

Mi abuela aún vivía en la casa donde creció mi padre. Una vivienda pequeña, de dos pisos, tres habitaciones y enlucido blanco. Detrás de ella, bosque, bosque sin fin. Al otro lado de la calle estaba la tienda de mi padre, Page's Store. Sigue allí, aunque ya no sé cómo se llama. Añadieron una gasolinera.

Los dormitorios del piso superior estaban conectados por un armario que formaba un túnel de una habitación a otra. De niño solía escaparme allí como si entrara bailando en una dimensión imaginaria; la puerta era minúscula, casi diseñada para mí. Tiraba del cordón de la bombilla desnuda para iluminar mi colección de tesoros. Todo parecía bastante cinematográfico. Rebuscaba en las cajas de balas, las inspeccionaba, entornaba los ojos como un joyero, fascinado ante el hecho de que algo tan diminuto pudiera matar a los ciervos que veía correr por el bosque. Sus cuerpos estoicos iban a toda velocidad, al parecer demasiado magníficos para caer ante una cosa tan pequeña.

—Dennis, ¿qué vas a hacer si Ellen es lesbiana? —le preguntó mi abuela a mi padre mientras estábamos en la terraza acristalada. Usó el mismo tono afilado con el que decía sus comentarios racistas. En la versión de Alanis Morissette de lo que es la ironía, esa fue la misma abuela que me dio un oso con arcoíris en las patas y las orejas cuando nací. En ese momento tenía dieciséis años y acababa de raparme la cabeza para una película. Estaba puesto un partido de los Blue Jays. El béisbol era el deporte favorito de mi abuela y el de Toronto su equipo favorito, ¿o era de Boston? Esa fue una de las últimas veces que la vería antes de su muerte. Me pregunto qué pensaría ahora de su nieto, si siguiera viva. No creo que eligiera más arcoíris. Aunque algunas personas cambian.

* * *

El éxito de *Juno* coincidió con que la gente de la industria me dijo que nadie podía saber que era queer. Eso no sería bueno para mí, ya que debía tener opciones, confiar en que aquello era lo mejor. Así que me puse vestidos y me maquillé. Hice sesiones de fotos. Mantuve a Paula escondida. Tenía depresión y ataques de pánico tan chungos que me desplomaba. Apenas podía funcionar. Entumecido y callado, con clavos en el estómago, sin poder expresar el dolor que sentía, sobre todo porque «mis sueños se hacían realidad», o al menos eso era lo que me decían. Desestimé mis sentimientos por ser dramáticos, me regañé por ser un desagradecido. Me sentía demasiado culpable para reconocer que estaba sufriendo, que era incapaz, que no veía ningún futuro.

Llamé a mi mánager tras haber leído el artículo de Michael Musto, pero luego me encontré con una entrada de blog que detallaba su conversación telefónica: «"No hay nada de malo en preguntarse si alguien es homosexual", grité con indignación». Ya, no tiene nada de malo preguntarte sin más si una persona es queer. Lo que *sí* que fue desconsiderado y peligroso fue escribir un artículo sin preocuparte por el viaje de un joven queer.

Juno se había estrenado en el Festival Internacional de Cine de Toronto y recibió una respuesta ferviente. En esa época no tenía un publicista personal. Había decidido que podía intentarlo yo solo después de una experiencia anterior, cuando la inocente pregunta de una persona adolescente («¿Alguna vez has visto *Xena*?») fue respondida con un «No, porque no soy lesbiana». Me alegré de no

trabajar más con esa publicista; sus comentarios pertenecían a ese Hollywood emblemático del que suelen advertirte: falsos, vacíos, homófobos. Aun así, no estaba preparado ni tenía la suficiente experiencia para navegar solo por esa fama recién adquirida.

Es distinto si eres un actor que ha crecido en Canadá, sobre todo en mi época. Canadá no tiene esa cubierta brillante. No estábamos tan obsesionados con el resplandor. La insistencia de ponerme una máscara llegó sobre todo con *Juno.*

Había planeado ir con vaqueros y una camisa rollo western al estreno mundial de *Juno*. Pensé que era guay, y que la camisa tenía cuello. *Eso es elegante, ¿verdad?*, pensé. Cuando el equipo de publicidad del estudio Fox Searchlight se enteró de lo que iba a ponerme, me llevaron con urgencia a un Holt Renfrew, en Bloor Street, con esa prisa tan dramática que es muy característica del aparato circulatorio de Hollywood. Sugerí un traje de chaqueta y pantalón. Me dijeron que debía llevar vestido y tacones. Lo hablaron con el director, que me llamó. Dijo que coincidía con la valoración del equipo e insistió en que interpretase ese papel. Michael Cera lució zapatillas de deporte, pantalones y una camisa con cuello. A mí me pareció que iba elegante. Me pregunto por qué a él no lo llevaron a un Holt Renfrew. Supongo que no tenía nada que esconder, que le habían dado el visto bueno. Él sí que encajaba en su papel.

Que me dijeran que era deficiente, un error, la pequeña persona queer a quien debían esconder mientras, al mismo tiempo, celebraban que me rechazase a mí mismo era un terreno pantanoso en el que llevo hundiéndome más tiempo del que puedo recordar. Y al igual que una membrana sobre la piel, no me la podía quitar. La compulsión de arrancarme pedazos de carne, como una especie de reprimenda… Me daba tanto asco como yo a ellos.

Pasaba cada vez más tiempo en Los Ángeles. Prensa para *Juno*, reuniones, la «temporada de premios», que en realidad son dos. Al volver a Nueva Escocia, vi que había salido otra publicación que investigaba mi sexualidad, quizá para ganar la «apuesta» de Michael Musto. *Frank*, una «revista» que llevaba publicándose en Halifax desde 1987, se consideraba un periódico satírico, pero en realidad era más bien sensacionalista. Yo estaba en Santa Mónica cuando mi padre me llamó para contarme que aparecía en portada, con una foto de Sundance y un enorme titular que rezaba: «¿Es Ellen Page lesbiana?».

Perdí el control. Tumbado en la cama, en la casa de invitados de un amigo, cerré con fuerza los ojos húmedos y las lágrimas me empaparon las mejillas… *Por favor, que sea un sueño. Por favor.*

Cuando regresé a Halifax, la revista estaba por todas partes. Siempre a la vista en el supermercado, en la gasolinera, en la tienda de la esquina… y, allá donde iba, planteaban esa pregunta: *¿Es Ellen Page lesbiana?* Paula les daba la vuelta. Las escondía detrás de otras revistas. En una ocasión robó un montón de una gasolinera del sur.

La libertad que había sentido ese verano con Paula estaba llegando a su fin.

Dentro había una fotografía en la que salía ella, junto con un pequeño grupo de gente en una fiesta. Recuerdo esa noche, porque nos juntamos en un piso situado en uno de esos bloques sosos que siguen apoderándose de Halifax. El artículo especulaba si estábamos en una relación o no y analizaba los rumores. Paula aún no le había contado a su familia que era queer. Al ver esa foto, me di cuenta de una cosa. *Uno de nuestros amigos se la habrá enviado a esa gente.* Nunca supe quién fue.

3
Chico

Nos conocimos por internet, mi primera vez en una aplicación de citas, mi primera vez saliendo con alguien como persona trans. Después de haber cenado en el Meatpacking District, subí a un tren hacia Midtown para reunirme con Sara y sus amigas. Estaba nervioso, pero lleno de energía; esas aventuras espontáneas eran nuevas para mí.

El bar era hortera, pero me gustó. Mientras la buscaba a ella, mi mirada se posó en un grupo de mujeres. Estaban sentadas en una mesa alta con taburetes y ya llevaban unas cuantas copas. Odio los taburetes elevados, no se llevan bien con mis piernas cortas. Las mujeres me saludaron con amabilidad, me dieron la bienvenida, acercaron otro asiento.

Todas eran preciosas, todas rondaban el metro ochenta. Dudé sobre mi *match* con Sara. ¿Quizá habían estado cotilleando la aplicación borrachas y les había hecho gracia mi presencia en ella? El chiquillo trans. ¿Ojearon a todos los hombres cis, los productores musicales buenorros, los atletas profesionales, los médicos, y entonces se detuvieron en mi foto, en un instante de asco, alegría o ambos?

Pedí tequila con soda, hielo y lima. La tele estaba puesta, había restos de comida esparcidos por la mesa. Me bebí de un trago la copa y pedí otra.

—De Nueva Escocia —dije, la respuesta al obligatorio «¿De dónde eres?»—. Está en Canadá —añadí.

—¿En serio? Pensaba que estaba en Escandinavia o por ahí —contestó una de las chicas.

Me terminé la segunda copa y salí a fumarme un porro. Sara me siguió.

—¿Cuándo lo supiste? —preguntó mientras estábamos fuera, apoyados contra una pared. Sara se cernía sobre mí. Durante un segundo, no supe a qué se refería. Me lo preguntan con frecuencia y no es algo que quiero que ocurra en una noche informal de fiesta. He sufrido esa pregunta como mujer queer, pero como hombre trans es perpetua. Un código para «no te creo».

Lo supe cuando tenía cuatro años. Fui a preescolar en un centro de la YMCA situado en el centro de Halifax, en South Park Street, delante de los Public Gardens. El edificio tenía una fachada de ladrillo oscuro y lo han demolido y reemplazado desde entonces. Ante todo, entendía que no era una niña. No de un modo consciente, sino en un sentido puro, sin contaminar. Esa sensación es uno de los primeros recuerdos más claros que poseo.

En preescolar, el baño se hallaba en el mismo pasillo que mi aula, en uno de los extremos. Allí intentaba orinar de pie, pensando que eso me iría mejor a mí. Me presionaba la vulva, la sujetaba, la pellizcaba y la apretaba con la esperanza de poder apuntar. Ensuciaba el cubículo, pero, de todos modos, el baño solía oler a orina.

Mi experiencia me desconcertaba, alejada de lo que vivían otras chicas, y cada vez que las miraba sentía un nudo en el estómago. Recuerdo a una en concreto, Jane, con su largo pelo castaño, su forma

de dibujar, la mirada fija e inmóvil por la concentración. Sentía celos por su habilidad artística. Cuando yo dibujaba a una persona, le salían extremidades de la cabeza, los brazos eran como ramas, unas finas líneas pasaban por dedos. Hacía piernecitas de gallo con zapatillas de deporte extragrandes. Jane, sin embargo, dibujaba un cuerpo, una barriga, un ombligo. Me fascinaba. Fue mi primer amor, pero sabía que no era como ella.

—¿Puedo ser un chico? —le pregunté a mi madre a los seis años.

En esa época vivíamos en Second Street, tras habernos mudado a unos minutos a pie de nuestro antiguo ático en Churchill Drive. Era una planta baja en una calle flanqueada de árboles, con dos dormitorios, suelos de madera y una sala de estar pequeña y encantadora con grandes ventanales. Me pasaba horas sentado delante del televisor para jugar a la Mega Drive (*Aladdin, NHL 94, Sonic*) y le rezaba a Dios cuando acababa con la espalda contra la pared y necesitaba una fuerza todopoderosa que me ayudase a ganar el juego. No hay ateos en las trincheras.

—No, cariño, no puedes, eres una niña —respondió mi madre. Hizo una pausa, sin apartar la mirada de los secamanos que doblaba de forma metódica, antes de añadir—: Pero puedes hacer lo mismo que un chico.

Uno a uno, fue amontonando los secamanos con cuidado en su sitio.

Eso me recordó a cómo me solía mirar cuando pedía un Happy Meal en McDonald's. Yo insistía en el «juguete para chicos» cada vez, un soborno maravilloso y simpático. La incomodidad de mi madre al pedir el juguete era palpable; soltaba una risita tímida que dejaba entrever una pizca de vergüenza. De todas formas, en muchas ocasiones me daban el de las niñas.

Cuando tenía diez años, la gente empezó a tratarme como a un chico. Tras ganar una batalla que abarcó todo un año para cortarme el pelo, empecé a oír «gracias, muchacho» cada vez que sujetaba la puerta a alguien en el centro comercial de Halifax.

Para mí era incomprensible no ser un chico. Me revolvía en cualquier ropa que fuera ligeramente femenina. Todo el mundo a mi alrededor veía una persona distinta a la que yo percibía, así que, durante gran parte de mi infancia, preferí la soledad. Jugaba mucho a solas. «Juego en privado», lo llamaba.

—Mamá, ahora me voy a jugar en privado —decía mientras subía las escaleras hacia mi habitación. Luego cerraba la puerta a mi espalda.

Me encantaban los muñecos de acción: Batman y Robin, Garfio y Peter Pan, Luke Skywalker, dos Barbies de los Happy Meals a las que les había cortado el pelo. El «juguete para chicas» había acabado en casa, a pesar de haber pedido el «de chicos». Yo era un estereotipo andante, pero no el que mi madre quería.

Desaparecía para jugar en privado durante horas y construía fuertes en mi litera. Era de metal, con barrotes a los pies de la cama superior, de donde colgaba sábanas y toallas para crear habitaciones. Una cocinita, un dormitorio en miniatura. Me desvanecía en cuentos complejos y apasionados en los que acechaba el peligro; me colgaba de la litera superior como si me aferrase al borde de un precipicio y me enfrentaba a la muerte, hasta que usaba todas mis fuerzas para auparme a un lugar seguro.

Allí los romances imaginarios florecían. Le escribía cartas de amor a mi novia falsa desde el otro lado del suelo de lava y siempre firmaba «Con amor, Jason». Le narraba mis aventuras en el extranjero, le decía que la echaba de menos, que me preocupaba por ella, que la necesitaba en mis brazos.

Esos fueron algunos de los mejores momentos de mi vida, en los que viajaba a otra dimensión

donde era… yo. Y no solo un chico, sino un hombre que se enamoraba y era correspondido. ¿Por qué perdemos esa habilidad, la de crear todo un mundo? Una litera era un reino, y yo era un chico.

Mi imaginación fue un salvavidas. Era donde más ilimitado me sentía, más desinhibido, más real. No era una visión, sino algo más natural. No era un deseo, sino un entendimiento. Cuando estaba presente conmigo mismo lo sabía, sin excepción. Era entonces cuando veía con una claridad cristalina. Lo echo de menos.

Jugar en solitario se asemejaba a actuar, como una especie de paradoja. Confiar en mi imaginación es lo que me ha ayudado a seguir adelante. Quizá llevo buscando ese sentimiento desde mi infancia. «Actuar, encontrar a un personaje, es como estar poseído», dijo Samantha Morton en una ocasión. Más tarde, cuando tenía dieciséis años, su interpretación en *Morvern Callar,* de Lynne Ramsay, se convertiría en una de mis mayores inspiraciones. La calma, la sutileza, el poder del silencio.

Antes de que mi gusto en cine me llevara a ver películas como *Ratcatcher* y *Morvern Callar,* me quedé estancado en las películas de catástrofes. Alquilé *Anaconda* por mi undécimo cumpleaños. No va sobre una catástrofe, pero casi. Anna, una chica de mi clase, había venido a quedarse a dormir. Dimos un paseo corto y frío desde casa y tomamos un atajo por el bulevar hasta Isleville Street, donde la hierba estaba dura, congelada y crujía bajo nuestros pies. El videoclub se hallaba en un pequeño edificio de ladrillo. Recorrimos los pasillos examinando las cubiertas. Tras la muerte de las cintas de vídeo y los DVD, lo convirtieron en una peluquería. Después de eso, no sé. El edificio ya no existe.

Regresamos a casa cansadas, aferrando nuestro premio, con ganas de ver cómo JLo, Ice Cube y Owen Wilson se enfrentaban a la serpiente más grande y letal del mundo.

«Atacan y se enroscan a tu alrededor. Te abrazan más fuerte que tu amor verdadero. Y tú tienes el privilegio de oír cómo tus huesos se rompen antes de que la fuerza del abrazo te haga estallar las venas».

A todos los chicos les gustaba Anna, incluso a mí. Amigos desde primaria, fuimos al instituto juntos y jugamos en el mismo equipo de fútbol, el Halifax City Celtics. Ella era defensa, en general en el lateral derecho. Pasábamos horas jugando al *Aladdin* en la Mega Drive. Brincábamos en su cama y cantábamos canciones de Aqua al unísono.

I'm a Barbie girl, in the Barbie world
Life in plastic, it's fantastic
You can brush my hair, undress me everywhere
*Imagination, life is your creation***

A veces soñaba que era Aladín. Pero no por la alfombra o los deseos, ni siquiera por el monito, sino para saber lo que se sentía al tocar con delicadeza a una chica. Una chispa de romance. Recuerdo haberme sentado sobre un muro con Anna después de clase mientras esperaba a que mi madre me recogiera. Nos colgaban las piernas por el borde y mirábamos la calle tranquila y frondosa. Acerqué mi cuerpo más al suyo, apenas un roce; el hormigón me arañaba la piel. Fui a apoyar la mano en su muslo.

—¿Qué haces?

Apartó el cuerpo como si la hubiera rozado con un soldador. Después de eso no se movió ni habló, y yo tampoco. Luego llegó su madre y la recogió. Anna y yo nos distanciamos. Ella se volvió muy popular y yo, como os imaginaréis, no.

Aun así, no tardé en experimentar sexualmente, pero siempre con chicos. Mi primer beso fue con

un joven que se llamaba Justin. Parecía un personaje sacado de *El señor de los anillos*, el hijo elfo de Cate Blanchett o algo así. Había construido un fuerte alrededor de su cama y, como pequeños espeleólogos, nos arrastrábamos por dentro y nos enrollábamos al son de Kenny G. El perro de su familia era pequeño, blanco y lo peor; se portaba fatal conmigo. En secreto, le daba comida por debajo de la mesa, depositando todas mis esperanzas en una patata frita blanda, y suplicaba que me amase o, al menos, que me tolerara.

En clase intercambiábamos notas. Un nuevo sentimiento, un aleteo en la parte baja de la espalda; ¿cómo podía un trozo de papel con unas cuantas frases escritas alterarme de esa forma? El riesgo y la emoción añadían una nota poética a mi día a día hasta trascender de lo mundano. A lo mejor no era exactamente bueno, pero no podía dejar de seguir ese camino. Un profesor interceptó una nota:

Reúnete conmigo en la esquina del campo de fútbol y te daré otro masaje.

Me ardían las mejillas de la vergüenza, estaba paralizado, pero Justin, que era un maldito genio, dijo que quería decir «mensaje», aunque lo había escrito mal. El profesor se lo tragó.

Estaba con Justin la primera vez que me llamaron «maricón». Nos habíamos acurrucado entre los árboles del parque Fort Needham. Ese sitio arde en mi memoria. El Fuerte Needham se creó durante la Guerra de Independencia de Estados Unidos. Daba a lo que es ahora el North End de Halifax, donde me crie. En la actualidad, hay un campanario sobre la colina, construido en recuerdo de la Explosión de Halifax, una gran catástrofe olvidada por gran parte del mundo, pero que literalmente dio forma a todo el paisaje de mi infancia; allá donde mirase, había pruebas de esa tragedia.

La Explosión de Halifax ocurrió el 6 de diciembre de 1917. Estuvieron implicados el *Imo*, un barco de socorro belga, y el *Mont-Blanc*, un carguero de armas que transportaba 250 toneladas de TNT, 62 de nitrocelulosa, 246 de benceno y 2366 de ácido pícrico. El cargamento pesaba más de dos millones de kilos. Trece veces más que la Estatua de la Libertad.

Como detalla John U. Bacon en su libro *The Great Halifax Explosion*, los barcos que transportaban munición a Europa solían izar una bandera roja para comunicar su cargamento, pero como los submarinos alemanes estaban hundiendo cientos de barcos militares, el *Mont-Blanc* no lo hizo. Solo cinco personas en la ciudad sabían lo que había en ese navío. Mientras el *Mont-Blanc* entraba con discreción en el puerto de Halifax al amanecer, el *Imo* se preparaba para su partida. Se había retrasado un día, a la espera de un cargamento tardío de carbón, y su capitán salió a toda prisa, furioso por haber perdido tiempo. Aceleró por el lado incorrecto mientras se acercaba a la parte más estrecha del puerto. Y entonces comenzó el juego de la gallina. Un capitán decidió girar en el último minuto. El otro también. Y chocaron.

La gente corrió al puerto y a las ventanas a medida que se alzaban gigantescas nubes de humo; no sabían lo del cargamento del barco. El *Mont-Blanc* ardió durante casi veinte minutos y luego detonó, aplanando por completo todo el North End, más de dos kilómetros y medio cuadrados destruidos. Cerca de mil quinientas personas murieron al instante, desmembradas, con la ropa arrancada del cuerpo. Evaporadas. El barco fue lanzado tan alto hacia el cielo que, cuando aterrizó, causó un tsunami de nueve metros de altura y succionó cadáveres que nunca serían encontrados. El estallido fue tan extremo que se estudió durante el Proyecto Manhattan para crear la bomba atómica, un hecho que se mantuvo en secreto durante décadas.

Los supervivientes gritaron en busca de socorro bajo la enormidad de la destrucción. Heridos y moribundos. Era por la mañana, y había estufas de leña encendidas que prendieron fuego a los

escombros. El fuego engulló las ruinas, la gente gritó pidiendo ayuda, las llamas se acercaban a toda velocidad. Según los supervivientes, el peor recuerdo, el que más les atormenta, es el sonido de los chillidos guturales de agonía de aquellas personas atrapadas abajo. La gente se vio obligada a huir, el fuego se expandía. Los padres abandonaron a sus hijos, un amante dejó a su alma gemela. Al menos dos mil personas murieron y más de nueve mil resultaron heridas en lo que fue la explosión artificial más grave antes de la bomba atómica.

Y allí es donde estaba yo besándome con un chico, décadas más tarde.

Juntos, en la base de las coníferas, teníamos al lado una botella de licor que quizá hubieran abandonado otros dos amantes. Nos tocábamos. Besábamos. Abrazábamos. Éramos dos chicos y teníamos el aspecto de dos chicos.

—¿Qué sois, maricones de mierda?

Un grupo de adolescentes se acercaba a nosotros. Maricones. Maricones. Maricones.

Eran más grandes, amenazadores, crueles.

—Maricones. Os vamos a dar una paliza.

—Soy una chica —les dije.

—Ah, entonces ¿tú qué eres? ¿Un extraterrestre?

A Justin le escupieron.

Algo hizo clic en nuestras mentes y echamos a correr. Aquello no se iba a limitar a las palabras. Nos temblaban las piernas mientras bajábamos corriendo la colina. Notábamos electricidad en las entrañas. Cada paso era un *Ave María*.

Hui hacia la casa de mi niñera, pensando en que era más prudente que ir a la mía. No había tiempo para mirar por encima del hombro, las voces se acercaban. De puro milagro, llegamos a su porche. Oía los ladridos de Bubba, su perro Lhasa Apso. Los adolescentes se detuvieron. Mi niñera acudió a la puerta y captó nuestro evidente pánico. Miró al grupo de chicos y la comprensión se reflejó en su mirada.

—¡Largaos, imbéciles!

Aún puedo verla, gritándoles. Era raro sentirse protegido.

De niño, me enseñaron que la explosión del *Mont-Blanc* fue un «accidente», un «error». Dos barcos chocaron, uno de ellos contenía explosivos y ya está. Pero no fue un accidente, sino una consecuencia de la guerra.

La explosión creó miles de huérfanos de la noche a la mañana. La gente no tenía hogar y sí mucha hambre. La iglesia de San Pablo sirvió más de diez mil comidas ese mes. El padre de mi madre, que murió cuando ella tenía dieciséis años, fue el pastor durante esos años. La iglesia, obviamente, sobrevivió a la explosión, pero las ventanas se rompieron, igual que todas las ventanas en el resto de Halifax. Muchas personas se habían acercado a ellas para mirar el humo que se elevaba por el cielo.

Me imagino la carnicería, la nieve de un rojo sangre, la masacre apocalíptica. ¿A dónde ha ido ese trauma? Niños que, de repente, se habían quedado sin padres, caminaban en medio de una devastación indescriptible.

¿Qué hizo la gente queer después de la tragedia? Aquellas personas que perdieron amantes secretos. La pena reprimida.

** *Soy una chica Barbie en un mundo Barbie*
La vida de plástico es maravillosa
Puedes peinarme, desvestirme en cualquier parte
Imaginación, la vida es tu creación

4
Muñecos de acción

Mi madre y yo nos mudamos al barrio de Hydrostone en 1994, cuando yo estaba a punto de cumplir ocho años. Lo diseñaron después de la explosión que aplanó el North End. El fuego que había engullido los escombros les dio la idea de usar bloques de hormigón para la reconstrucción. Es un barrio único en toda Norteamérica. Se usaron losas grandes e inflamables de hormigón con granito machacado para construir las hileras de casas que componen el barrio de diez manzanas de largo y una de ancho. Un vecindario moldeado por la devastación.

Me encantó crecer allí. Todas las calles, excepto una, tienen enormes bulevares donde los niños salían a jugar y los adultos montaban pícnics. Los callejones traseros serpenteaban entre las manzanas, las coladas tendidas ondeaban sus colores, carrillones colgaban en los pequeños patios y los gatos vagaban a sus anchas. Me gustaba recorrer las callejuelas a solas. Un chico y sus aventuras.

Cuando mi madre compró la casa, una de dos dormitorios con un baño, el barrio aún era accesible para alguien con su sueldo: divorciada, madre soltera y maestra. Me recogía de los cursos extracurriculares por la tarde, me preguntaba por mi día, qué había aprendido, los deberes que tenía. A mí también me gustaba oír sus historias, lo que había ocurrido en su aula. En una ocasión, me habló sobre un chico que se subió a la mesa y se meó a modo de desafío. Al llegar a casa, yo protestaba mientras empezaba a hacer los deberes y mi madre me preparaba un baño o la cena. Ella nunca descansaba como era debido.

En el baño, alineaba a mis distintos compañeros en el borde de la bañera y le suplicaba a mi madre que fuera la jueza de su competición de salto al agua. Con el brazo en alto para sujetar a Batman por los pies, lo soltaba. Bruce Wayne caía al agua y, con suerte, solo produciría un sutil salpicón para impresionar a la jueza.

—¡Un siete! —proclamaba mi madre después de que mi muñeco de acción se hundiera en las profundidades—. ¡Un ocho! —Después de que Peter Pan entrara con éxito en el agua.

—¡Sí! —vitoreaba yo, porque siempre esperaba en secreto que ganase Peter.

—Vale, cariño, es hora de que me ponga a preparar la cena.

—¡Uno más! ¡*Por favor,* mamá, *por favor*!

—Vale, uno más.

Y tiraba otro.

Cuando se decidía el ganador, plantaba el muñeco con orgullo en el borde de la bañera mientras mi madre tarareaba el himno de las Olimpiadas. A veces hasta encendía una cerilla y la alzaba como una antorcha.

El baño también era donde desarrollaba mis aventuras de rescate. Adoraba *Cariño, he encogido a los niños* y estaba muy enamorado de la hija, Amy Szalinski. No podía apartar la mirada de ella, de su belleza, de la dulzura de su voz; me encantaba cómo cuidaba de su hermano pequeño.

En la bañera, yo era Russ Jr., el guapo vecino de al lado, que rescata a Amy antes de que se ahogue en el patio que se ha convertido en una jungla extragrande. Me entraba el pánico como a Russ Jr., pero conseguía mantener la compostura. Con la cabeza bajo el agua, buscaba, regresaba a la superficie, me daba la vuelta y me hundía de nuevo, sin rendirme hasta rescatar a mi amada. Al final la llevaba a un lugar seguro, donde realizaba el boca a boca en mi mano, desesperado para que despertase. Y solo la soltaba cuando al fin despertaba. *Lo he conseguido*, pensaba mientras me imaginaba sonriendo con esa media sonrisa típica de Russ Jr. y esa mirada que captaba en sus ojos.

A mi madre le encantaba ser maestra en una escuela pública y era increíble. Dio clases de francés durante veinticinco años y de inglés durante ocho, y no sabría decir la cantidad de gente que me ha dicho: «Madame Philpotts fue la mejor profesora que tuve». De pequeño, la ayudaba a montar el aula a finales de verano. Pegábamos pósteres con celo. Exponíamos los meses, recortes del sol, de nubes, de la nieve. *Janvier, Fevrier, Mars, Avril.* Me encantaba hacer viajes a la plastificadora, la manera en que envolvía algo para mantenerlo seguro. Los pasillos vacíos de la escuela resultaban inquietantes, misteriosos. Pasear por ellos era algo sobrenatural, como si flotara.

¿Cómo era pasar todo el día en un aula a rebosar con treinta alumnos de primaria para luego regresar a casa, preparar la cena y juzgar la competición falsa de salto al agua de tu hijo? Mi madre llevaba en pie todo el día y luego se agachaba en el frío suelo de azulejos, seguramente desesperada por un asiento cómodo, comida caliente y una cerveza fría, nada de lo cual aparecería por arte de magia ante ella. Es importante recordar esos momentos. No son nada pequeños.

Los sábados, mi madre llevaba comida y bebida al enorme sillón color beis que servía de sofá y nos acomodábamos allí. Encendíamos el canal CBC (el Canadian Broadcasting Corporation) y nos preparábamos para *La noche de hockey en Canadá.* Con una Pepsi en mi mano y una cerveza Alexander Keit en la de mi madre, vitoreábamos y gritábamos con una enorme bolsa de patatas fritas con kétchup entre los dos. Nuestro equipo era el Toronto Maple Leafs.

Cuando era joven, mi madre me dejaba existir, en muchos sentidos, como yo mismo cuando estábamos a solas. Era en los días de fotos escolares, las poco frecuentes visitas a la iglesia, las bodas, recitales, fiestas de Navidad y otras ocasiones especiales en las que no estábamos a solas, cuando tenía que llevar un vestido. Y un broche en el pelo con una mariposa azul cielo. Quería arrancármelo, cabello y todo. Me enrabietaba y la traición se expandía por todo mi cuerpo, mientras mi madre intentaba vestirme. La sensación de las medias apretándome las piernas exacerbaba todas las incomodidades que aún no sabía expresar.

No superé esa «fase» cuando se suponía, y el desagrado de mi madre por mi forma de vestir y mis amistades aumentó. La ropa masculina y los amigos chicos deberían haberse acabado, y todo ese rollo de marimacho (una etiqueta que nunca ha encajado bien conmigo, pero, como así me llamaba todo el mundo, fue como acabé llamándome yo) debería ser un vago recuerdo. Yo debía convertirme en una joven señorita o, al menos, la idea que tenía mi madre de eso.

«Solo quiero lo mejor para ti… Quiero protegerte… No quiero que tengas una vida dura». Esos sentimientos me resbalaban. Lo mejor sería encajar bien en las expectativas de la sociedad. Quedarse dentro de los márgenes. El viaje perfecto de la heroína prescrito, sin yo saberlo, para mí.

¿Cómo se sentirían la familia de mi madre, sus amigos, el resto de padres en el fútbol, sus compañeros de trabajo y los vecinos? *¿Ha hecho algo mal? ¿Y si es pecado?* Y tanto si era consciente como si no… *Si yo he tenido que adaptarme, ¿por qué tú no?*

Pienso en la magnitud de lo que mi madre no fue capaz de hacer ni explorar. En cómo esos límites la afectaron. En medio de todo el enredo que me ha llevado a ser quien soy, las dificultades y los momentos de lejanía dan igual: nunca he dudado del amor de mi madre. Ni de la suerte que tengo de recibirlo.

Cuando era niño, mi madre me llevaba a Peggy's Cove, a unos cuarenta y cinco minutos en coche desde Halifax. Mientras escalaba las rocas, fingía que me hallaba en una tierra lejana buscando un tesoro y seres místicos. Examinaba las pozas de la marea, buscando vida en su interior. Mi madre y yo hablábamos a través de *walkie-talkies* falsos, con los puños cerca de la cara. Cambio. Clic. Cambio. Clic.

Nos asegurábamos de evitar los peñascos oscuros y húmedos, explorábamos durante siglos y veíamos a las pequeñas criaturas escurrirse bajo las rocas. Cuando las olas eran grandes, aquello resultaba muy emocionante. Se estampaban contra la costa con una fuerza magnífica, elevándose hacia lo alto y estirándose hacia el famoso faro. Momentos convertidos en postales.

Acabábamos en el aparcamiento a las afueras del restaurante con vistas a la cala. Las gaviotas daban vueltas por encima de nuestras cabezas, a la espera de lanzarse a por los restos de comida junto a los autobuses turísticos. A mi madre le encantaba el pan de jengibre de allí, así que a veces yo recibía un premio.

Las tardes en Peggy's Cove con mi madre son algunos de los mejores recuerdos de mi infancia. La resistencia, esa belleza intensa y despiadada. Lo presentes que estábamos mi madre y yo juntos. Nuestras extremidades que se estiraban y alargaban, los pies que buscaban un punto donde aterrizar, la brisa salobre y fresca del Atlántico.

Te quiero. Cambio. Clic.

Yo también te quiero. Cambio. Clic.

Es muy triste pensar en toda la estática que se interpuso entre nosotros a medida que yo crecía. Una roca oscura en la que resbalar, que apareció de repente y nos arrastró a los dos. Esa conexión pura que superaba cualquiera apariencia y expectativa, nosotros dos libres en el momento… Esos son los recuerdos que me gusta revisitar.

En invierno, aguardaba con ganas los días de nieve. El suspense, sentarme en el borde de la cama de mi madre junto a la radio, con un ansia desesperada, soñando con fuertes y muñecos de nieve. Cerraba los ojos para escuchar al presentador de la CBC recitar la lista de escuelas que cancelaban las clases, esa voz tranquilizadora.

Las mañanas de nieve eran el paraíso. Mi madre y yo teníamos un ritual. Me sentaba en un trineo morado de plástico y ella me arrastraba por la nieve. ¿Nuestro destino? Tim Hortons. Y así marchábamos, crujiendo y crujiendo nieve; a ella se le hundían las botas, todo estaba cubierto de blanco, con carámbanos como lanzas.

«Para mí un café mediano con doble de leche y solo una pizca de azúcar, no demasiado, gracias». Yo musitaba el pedido de mi madre en Tim's por las mañanas, de camino a la escuela, mientras ella sacaba la cabeza por la ventanilla con el cuello girado hacia el altavoz del autoservicio. A mí me gustaba el chocolate caliente.

El sonido del pequeño trineo sobre la nieve, el deslizamiento estable por el paisaje yermo, ofrecía tranquilidad, una sensación de unión. Cierra los ojos y volarás por el universo.

5
Riñas

Cuando el *Mont-Blanc* detonó, una bola de gas hecha de carbón, aceite, cargamento, partes de barco y de seres humanos fue catapultada tres kilómetros hacia el cielo. Encontraron un trozo del ancla del *Mont-Blanc*, que pesaba más de cuatrocientos kilos, a casi cuatro kilómetros de distancia. Este lugar se halla en la cúspide del paseo Regatta Point, en la esquina entre Anchor Drive y Spinnaker Drive, a dos minutos a pie de donde vivía con mi padre.

Tenía menos de dos años cuando mis padres se divorciaron. Llevaban juntos diez años, ocho de casados, cuando mi padre se mudó a un piso en el centro de Halifax, donde vivió hasta que nos mudamos a Spinnaker Drive cuando yo tenía seis años. Tras la separación, estuve sobre todo con mi madre y visitaba a mi padre cada fin de semana o así. Eran como unas vacaciones emocionantes, ya que el edificio, situado justo delante del puerto de Halifax, tenía una piscina… ¡UNA PISCINA! En teoría no se podía saltar ni bucear, pero lo hacíamos a escondidas. Uno de los dos vigilaba por si llegaba «Cram el cascarrabias», el mote que le había puesto mi padre al superintendente del edificio.

Las vistas de lo que los Mi'kmaq llamaban Kjipuktuk, o «El Gran Puerto» (también el primer nombre que recibió Halifax), ahora están tapadas por bloques de pisos. Pero, cuando tenía cinco años, podía mirar y estudiar los botes y los barcos, aunque a mi diminuto cerebro le costaba comprender cómo objetos tan grandes podían deslizarse con suavidad por la superficie o cómo esas masas de acero no acababan engullidas sin más. Los observaba avanzar despacio hacia el Atlántico y flotar más allá de Georges Island. Llamada así por un rey británico y situada justo en medio del puerto, la isla fue ocupada por el ejército inglés en 1750. Su fuerte se convirtió en una de las bases navales más importantes del Imperio británico en los siglos XVIII y XIX. Los intrincados túneles subterráneos parecen algo sacado de *Los Goonies*. La gente hablaba de fantasmas, apariciones que merodeaban por allí como resultado de las ejecuciones, de muertes en la prisión y en la estación de cuarentena de la isla. Cada noche, al acostarme, rezaba egoístamente para que los fantasmas no supieran nadar.

Mi padre había empezado hacía poco un negocio de diseño gráfico con un amigo, Eric Wood. Las oficinas de Page & Wood se situaban dentro del mercado Brewery, un enorme edificio histórico construido en la década de 1800 a partir de granito y hierro. A una corta distancia del piso por Lower Water Street, era famoso por el mercado agrícola de cada sábado, que existía desde 1983. Allí pasé infinidad de sábados por la mañana, serpenteando entre la multitud, para recoger productos, comer rollitos de canela recién hechos y escuchar el eco de un violín por el pasillo principal.

Al principio, la oficina era bastante pequeña. Mi padre tenía un gran escritorio blanco inclinado donde volcaba las ideas y hacía bocetos. En algún momento, consiguió una de esas máquinas para practicar golf que te devuelve la pelota. La colocó junto al escritorio, y allí me inventaba historias: yo era un golfista guay, profesional, que lucía una de esas camisas impecables con cuello. Hoyo dieciocho, un *putt* para ganar un *eagle*. Me gustaba cómo los hombres sujetaban el palo con las manos, la forma

de ajustar los dedos, de mover los pies, de ladear los anchos cuellos para mirar el hoyo y luego concentrarse en la pelota, hasta que llegaba el ligero golpe. Era flexible con los *mulligans*.

Mi padre, Dennis, pasaba tiempo con Linda, una mujer que acabaría convirtiéndose en mi madrastra. Linda y Dennis se conocieron cuando trabajaban en la misma oficina. Ahora pienso en mi madre, en cómo su marido la dejó por otra persona. Estaba sola, cuidaba de un niño y trabajaba a tiempo completo como maestra. Y luego yo volvía, atolondrado y desconsiderado, contando historias sobre nadar, parloteando sobre la nueva mujer y su cama de agua, sin captar el daño que hacía, el resentimiento. Menudas puñaladas en el corazón.

—Hacen falta dos personas —dice mi madre—. Yo también participé.

Siempre me ha resultado extraño que mis padres tuvieran un hijo. A mí. Cuando aparecí, su relación ya hacía aguas. Supongo que debería sentirme agradecido, pero, de no haber nacido, no tendría ninguna percepción de lo que me estaba perdiendo ni nadie que me echara de menos. Y esto me parecería muy bien. Cada persona es una micromota, prácticamente nada en el gran orden de las cosas.

Linda vivía en Clayton Park, una zona de Halifax a unos quince minutos en coche de la casa de mi padre. Tenía una vivienda en un complejo de apartamentos. Dos pisos, con cocina, comedor y salón en uno, y un par de dormitorios y el baño en el de arriba. Linda ya tenía hijos de su anterior matrimonio: Scott y Ashley. Scott tenía tres años y medio más que yo. Ashley le sacaba a él tres años más. Su padre era maestro, como mi madre.

La habitación de Scott y Ashley era chulísima, con una litera blanca de madera, Scott arriba, Ashley abajo. Cuando me quedaba a dormir, extendían un pequeño futón en el suelo. Sentía celos de la litera superior, pero ya llegaría mi momento. Tenían un televisor *en su habitación* con Nintendo, la original que salió en 1985. Scott y yo pasábamos horas jugando al *Mario* y al *Duck Hunt*; manchábamos los mandos con los dedos pringados del kétchup de las patatas.

La habitación de Linda contenía la ya mencionada cama de agua, la única que he visto con mis ojos en toda mi vida. Cuando mi padre y yo íbamos de visita, Linda preparaba la cena y yo me marchaba con Scott. La «especialidad» de mi madrastra es, digamos, la cocina. Trabajaba a tiempo parcial como estilista de comida, arreglando y colocando verduras y carnes, como el pavo perfecto para un anuncio de la tele o una sesión de fotos. Para un encargo, tuvo que hacer una cantidad exorbitante de helado, pero debía ser falso para que no se derritiera. La mesa del desayuno, la isla y la mesa del comedor acabaron cubiertas por una gran cantidad de experimentos y brebajes. Qué broma más cruel, el helado falso.

La película *Corazones robados* de 1996, protagonizada por Sandra Bullock y Denis Leary, está ambientada en Nueva Inglaterra, pero se grabó en ciudades como Chester y Lunenburg y la costa sur de Nueva Escocia. Linda diseñó una cena deliciosa para una escena. Que su trabajo apareciera en una película de Hollywood me emocionó mucho y me dejó con el corazón a mil por hora por Sandra Bullock; mi yo de ocho años no comprendía de nuevo que me estaba enamorando. Veinte años más tarde, cenaría con mi amiga Catherine Keener y con Sandra en el famoso Craig's de Beverly Hills. Sandra tenía un aspecto muy guay, con vaqueros y una camiseta roquera. Era maja, graciosa y con los pies en la tierra, justo como mi yo de ocho años se la había imaginado. Ah, qué caminos más extraños recorremos a veces.

A pesar de su supuesto don para la cocina, yo no soportaba nada de lo que preparaba Linda, era

incapaz de digerirlo. Mi padre, hermanastro y hermanastra parecían no tener ningún problema con su comida, ya que proferían gemidos de entusiasmo y alabanzas. Para mí era como el helado falso.

Odiaba la comida que no fuera sencilla. El tiempo libre de mi madre era mínimo, no tenía hueco a lo largo del día para preparar comidas espléndidas, con nuevos sabores y olores. Por aquella época daba francés en dos o tres colegios a las afueras de la ciudad. Harrietsfield, William King y Sambro, mi favorito. Era una escuela pequeña, no muy lejos del imponente faro de Sambro Island que, según dicen, está encantado. Cuenta la leyenda que un escocés llamado Alexander Alexander (también conocido como «doble Alexander») fue apostado allí y, cuando abandonó la isla para comprar provisiones, no solo no regresó con ellas, sino que también empezó una borrachera que duró dos semanas y luego se quitó la vida. La gente dice que oyen pasear al fantasma del doble Alex, que juega con las luces y tira de las cadenas de los retretes.

Yo quería lo que preparaba mi madre, carne y patatas, pasta con mantequilla y verduras al vapor. Los salteados de Linda me provocaban arcadas por esa dulzura a la que no estaba acostumbrado. Bebía grandes cantidades de leche y me reñían por no comer. Masticaba y masticaba y masticaba y masticaba, como si hubiera perdido la capacidad de tragar y la memoria muscular hubiera abandonado mi cuerpo de repente. De niño, me dejaban solo en la mesa cuando los demás terminaban, acompañado de un cronómetro con una cuenta atrás. Tic. Tic. Tic. Tic. Tenía que comerlo todo antes de que sonara el pitido horrible. El prolongado masticar persistió a medida que crecía, incluso con su pizza casera, una revelación de que no solo era por el sabor y el olor.

Con seis años, nos mudamos todos juntos. Dennis, Linda, Scott, Ashley y yo fuimos a ver los cimientos de hormigón de una nueva urbanización en Spinnaker Drive. Nos rodeaban muros altos, grises, amenazantes. Si alzabas la mirada, solo veías cielo; las copas de los árboles predominaban en lo que sería la parte trasera de la casa, como un bosquecito en la colina del patio.

La casa alta y estrecha tenía cuatro plantas. En el sótano había un estudio y un aseo. En la planta baja, salón, cocina y comedor. En la primera, mi dormitorio junto al de Scott, un baño en medio del pasillo y la habitación de Dennis y Linda en la parte delantera, con ventanales que daban a lo que los Mi'kmaq llamaban Waygwalteech, o «camino completo de agua salada», una sección estrecha del puerto de Halifax que enmarca el lado oeste de la península. O, como lo llamaron más tarde, el Northwest Arm.

Mi hermanastra Ashley, al ser la mayor, consiguió la habitación más guay. La que había en la última planta, un pequeño ático con el techo bajo e inclinado. Se convertiría en mi dormitorio cuando regresase de Toronto en la adolescencia, para tomarme un año libre del cine con tal de poder terminar el último curso de instituto en Halifax.

Al otro lado de la calle está Melville Cove, una pequeña masa de agua que se introduce en el Northwest Arm y separa Regatta Point del club náutico Armdale, que, curiosamente, también se halla en una isla con una cárcel centenaria, hecha de ladrillo y hierro, de la que también dicen que está encantada, ya que allí murieron centenares de personas, sobre todo prisioneros de guerra. Junto a la cárcel, en un fragmento de península, está Deadman's Island, donde hay casi doscientas tumbas sin señalizar de estadounidenses que murieron en su cautiverio durante la guerra de 1812. Hay una placa que reza:

Ve a ver las tumbas llenas de presos.

Ve a contarlas en el elevado cerro.
Ningún monumento de mármol señala
el polvo silente que allí descansa.

Estaba obsesionado con mi nueva habitación. Fui el primero en dejar una marca, una manchita en la pared a la espera de que la lavasen. Yo elegí el color y, por suerte, tenía una edad en la que podía decir lo que quería *de verdad*, a diferencia de cuando me ponía un vestido por mi cumpleaños sin saber por qué, como si fuera Halloween o algo. Elegí un azul oscuro, parecido al tono de la habitación de mi hermano. En la pared pegué pósteres de Patrick Roy, Michael Jordan y Joey McIntyre, de New Kids on the Block. La litera de la antigua casa de Linda me pertenecía ahora. Con dos opciones disponibles para mí solo, cambiaba entre ambas. A veces arriba, a veces abajo.

Cuando Dennis y Linda se mudaron juntos, dividieron mi tiempo entre las dos casas. Dos semanas con mi padre, desde el día uno hasta el dieciséis de cada mes, y dos semanas de mi madre, desde el dieciséis hasta el uno. Scott y Ashley hacían lo mismo con su padre. En casa del mío, mi hermanastro y yo jugábamos a hockey callejero, o «hockey sobre suelo», prácticamente todos los días después de clase, un juego que inventamos en el pequeño pasillo del primer piso, donde las puertas eran porterías y las manos palos de hockey. Con el giro perfecto de muñeca lanzábamos como un torpedo la pelota, o estirábamos la espinilla para hacer una gran parada.

Me gustaba tener un hermano mayor. Scott era deportista, un atleta excelente que dedicó años al hockey juvenil sobre hielo. Pasé mucho tiempo en mi juventud en pistas de hockey. Comía patatas fritas y observaba las peleas, fascinado por esas luchas raras que estaban permitidas. Cuando sus amigos iban a casa, yo me quedaba cerca, ese hermano pequeño tan molesto que se apunta a todo. Me encantaba cómo vestían, cómo olían. Cómo se quitaban las camisetas, estirando el brazo entre los hombros para agarrar la tela y sacarla por la cabeza hasta revelar un torso, una cadena que colgaba de sus cuellos. Me colaba en la habitación de Scott y sacaba su colonia, sin entender la diferencia entre unas gotitas y un poco demasiado. *¿Es una poción mágica?*, me preguntaba. *A lo mejor así lo consigo.* Salía a hurtadillas de su dormitorio, dejando una peste a adolescente cachondo a mi paso, como si me hubiera sumergido en un océano de Old Spice.

Scott era muy físico conmigo, como muchos hermanos mayores. A los dos nos obsesionaba la lucha libre. Conocida en el pasado como WWF (World Wrestling Federation), los *powerslams* y los perchazos ocupaban mucho de nuestro tiempo de cara al televisor. Peleábamos y él intentaba algunos movimientos conmigo, en general con mi consentimiento. Hacía *powerbombs*, que son bastante seguros y divertidos: me alzaba en el aire, me daba la vuelta y yo aterrizaba con fuerza de espaldas sobre la cama de Dennis y Linda. Sin embargo, en una ocasión no hubo un aterrizaje suave, sino que me dejó caer en el suelo entre la cama y la cómoda. No roté todo lo necesario y caí de cabeza; la coronilla se estampó contra el suelo, el cuello se torció. Me quedé rígido en el suelo, sin poder moverme, sin poder hablar y casi sin poder respirar. Mientras miraba el techo, Scott se ponía nervioso encima de mí, me hablaba en voz baja y en susurros, muerto de miedo por si se metía en problemas. Me llevó a mi habitación y aguardé hasta que el dolor remitió.

Como cualquier hermano, a veces era un poco bruto, ya fuera porque me retorcía el brazo hasta que yo gritaba o porque me asfixiaba hasta que perdía el conocimiento un momento y veía estrellas borrosas sobre fondo negro. O me hacía daño de un modo emocional al lanzar mis peluches por la

habitación, pegarles puñetazos, palizas; mis súplicas solo lo animaban más. Ya fuera emocional o físicamente, cuando se pasaba de la raya yo me echaba a llorar y le rogaba que parase, que se fuera.

De niño, esa situación era complicada. Lo admiraba muchísimo y, al mismo tiempo, sufría esa otra cara de él, tan dura y despiadada. Pero nada de aquello era culpa de Scott, porque él también era un niño. Los niños pueden ser malos, pueden ser difíciles. Lo que dolía eran los incentivos de su madre.

—Eres una niñata. Cállate, mocosa —me gritaba Linda desde el pasillo, satisfecha por haber descubierto otra forma, perfecta y discreta, de provocar dolor, enmascarada en medio de la tensión entre hermanos.

La risa de Linda aparecía cuando Scott y ella se burlaban de mí, a veces hasta convertirse en una carcajada malvada. Daba la sensación de que escarbaba para encontrar algo que criticar, cualquier cosa que la hiciera sentir mejor. En retrospectiva, creo que era algo compulsivo. Estoy seguro de que Linda no *quería* ser cruel, pero creo que, en lo más hondo de su ser, sentía el impulso de venir a por mí de forma habitual.

Jugar en privado en mi dormitorio me consolaba. Una litera distinta desafiaba mis capacidades arquitectónicas. A veces incluía el escritorio junto a la cama, un rincón diminuto donde podía esconderme. Me encantaba jugar a Playmobil. Creaba una narrativa, dramas, relaciones y otros retos mundanos. En casa de mi madre tenía un barco pirata y en la de mi padre, una gasolinera de Playmobil.

Me escapé a mi habitación, con ganas de emprender un viaje, una aventura de la imaginación que a mí no me parecía menos emocionante que una aventura «real», o incluso mucho más. Me había puesto el chándal azul de Adidas, una preciada posesión. Ese día me lo abroché al máximo, listo para ir al espacio, donde podía ser *exactamente* quien era. No había nada entre ese momento y yo, ninguna expectativa, ninguna inseguridad aniquilante ni aprendida. Metí los brazos por las correas de la mochila, que había llenado con todos los objetos que pudiera necesitar en mi aventura: una pequeña cartera con un par de dólares canadienses y algunos cupones y una espada de plástico. Me arrodillé en la cama para hacer unos últimos ajustes a la mochila, perdido en mi mundo imaginario. Me estaba preparando mentalmente para mi expedición cuando la puerta se abrió y entró Linda.

Se echó a reír y llamó a Scott para que viniera a ver. Lo oí salir a toda prisa de su dormitorio hasta que apareció en la puerta junto a su madre. Se quedaron allí, al acecho, mirándome y riéndose de mí, hablando como si no estuviera presente. Algo parecido a la alegría se extendió por sus rostros mientras se burlaban, con esa ansia desesperada por hacer daño. Los tres, solos en la casa. Aunque no creo que mi padre hubiera hecho gran cosa de haber estado allí.

Mi padre se comportaba de un modo diferente cuando estábamos los dos solos y no con toda la familia.

—Si Linda y tú os estuvierais ahogando, te salvaría a ti —me decía en privado—. Linda no es el amor de mi vida, tú lo eres.

Eso era un secreto. Lo sabía sin necesidad de que me lo dijera, porque con Linda cerca la energía no era la misma. Teníamos una canción, «Ain't Nobody's Business», de Ruth Brown. Dennis la ponía a todo trapo y cantaba mientras me llevaba en coche a clase.

Con Linda cerca, ese «amor» desaparecía. Una transformación en el tono, el cuerpo, la cara. Una frialdad se apoderaba de él, como si hubieran conspirado para formar una piña; un comportamiento gélido que me hacía bajar la mirada al suelo. Linda me trataba mal con otra gente y peor cuando

estábamos a solas. Mi padre no hizo nada, no me protegió.

Ansiaba pasar tiempo con él, lejos de Linda. «Estás manipulando a tu padre», me espetó ella en una ocasión. Las palabras, agudas y afiladas, me quemaron, como aceite caliente que deja marca. A Linda no le gustaba que pasáramos tiempo solos y cada vez, sin excepción, eso creaba problemas.

Se casaron cuando yo tenía diez años, en el salón delante de la chimenea. Llevé un vestido y lloré. Linda me abrazó como si las lágrimas fueran de alegría. Como si me quisiera. Como si nos quisiéramos. Lloré más y más. Monté una escena, igual que hice con todas las tarjetas que le escribí para expresar agradecimiento y adoración. Como si fuera un deber. Estaba hecho una maraña de emociones, porque no quería volver a verla nunca y al mismo tiempo ansiaba con desesperación que ella me quisiera. El piloto automático se apoderó de mí y me quedé atrapado en una cinta en movimiento.

Cuando crecí y a los chicos en el colegio no les interesaba ser amigos míos y las chicas se alejaron de mí o, peor, se volvieron malas, Linda concentró sus burlas en mi escasa vida social. «¿Por qué no eres más sociable? ¿Por qué no tienes amigos?», decía. Había algo en ella que eliminaba toda la confianza que me quedaba. Mi sistema fallaba, una fuerza invisible me apretaba las extremidades. No una parálisis, más bien un desplome.

Scott era el ayudante del capitán en su equipo de hockey, el mejor de la liga. Era guapo, un deportista que dominaba los pasillos del instituto. Resulta difícil no creer que fuera un abusón, pero con el tiempo creció para convertirse en un hombre muy sensible. Quiero mucho a mi hermano. Lloró a moco tendido con el estreno de mi película *Freeheld, un amor incondicional.* Ashley era guapa, lista y femenina. La chica popular ideal de los años 90. Scott y Ashley eran personas muy sociables. Siempre entrando y saliendo, siempre hablando por teléfono, planeando una cosa u otra.

Cuando no estaban en casa, yo respondía al teléfono y apuntaba sus mensajes. «Ashley, Tom ha llamado a las 16:15 y dice que le vuelvas a llamar» o «Scott, Kelly ha llamado y dice que te verá luego en casa de Nick». Dejaba notitas pegadas en un lateral de la isla, donde les seguían aguardando cuando entraban en la cocina. Como tarjetas de baile amarillas expuestas.

El subtexto de Linda resonaba más que las gaviotas. Aporreaba las pruebas, amartillaba mi soledad. *¿Por qué no eres como ellos?*

6
Susto

La primera vez que la voz me dijo «eso no puede entrar en tu cuerpo», tenía dieciséis años y estaba en un restaurante italiano en Queen West, Toronto. Una amiga, Wiebke, me había dejado vivir con ella muy cerca de Claremont Street y me había llevado a cenar para animarme después de un día difícil.

Conocí a Wiebke poco antes de cumplir los quince. Me dio un papel en su primer largometraje, *Marion Bridge.* Se estrenó en el Festival Internacional de Cine de Toronto en 2002, donde le dieron el premio a la mejor primera película. Era un filme brillante que se basaba en una obra de teatro del legendario bretonense Daniel MacIvor.

Agnes, interpretada por Molly Parker, regresa a su pueblo natal para cuidar de su madre moribunda tras haber escapado una década antes de un hogar sumido en crueles maltratos. Se reúne con sus hermanas, Theresa y Louise; sus heridas están a medio curar, la sangre rezuma de un modo único, ese duendecillo misterioso llamado «trauma» que se hunde en la piel. Yo interpreté el objeto de la desconcertante obsesión de Agnes, la adolescente que trabaja en una tienda de regalos en Marion Bridge, una comunidad rural a veinte minutos de Sydney.

Sentada detrás del volante en el aparcamiento de gravilla, Agnes aguarda y mira, hasta que al fin reúne valor para entrar. Joanie es su hija biológica, a la que dio en adopción cuando era adolescente. Pero Joanie no sabe nada de esto. El recelo aumenta a medida que Agnes la visita cada vez más. Sus mundos chocan, los secretos salen a la superficie, la verdad se expone a la luz.

El camarero dejó la comida en la mesa y me sacó de mi estupor. Bajé la mirada hacia la pizza margarita. Wiebke estaba sentada delante de mí y alzó el cuchillo para cortar su pizza con peras y jamón. Me alejé, como si me apartara de mi cuerpo.

«Nop —dijo la voz con tono siniestro—. Eso no puede entrar en ti».

Unas horas antes, había llamado a la policía. Tenía a mi primer acosador.

No había empezado así. Al principio fue amigo mío, aunque en secreto. Nos escribimos de forma encubierta durante dos años o así. Me había visto en el drama familiar de la CBC *Pit Pony,* que se estrenó a principios de febrero en 1999, cuando yo tenía once años y él veintipico.

Pit Pony fue mi primer trabajo como actor profesional. Hasta ese momento, mi carrera consistía en un par de obras con el club de teatro en primaria. En la primera fui una paloma y fastidié la única línea que tenía, ya que hice una pequeña pausa antes de decir «ups». El público se rio. Al año siguiente, conseguí el papel de Charlie en *Charlie y la fábrica de chocolate*, y tuve más éxito. Por la emoción de interpretar un personaje tan icónico para mí y de encarnar a un chico, natural y libre. Como mi fuerte en la litera pero en el escenario. ¿Quizá ahora la gente me vería?

En 1996, John Dunsworth, un actor y director de casting local, vino a mi colegio. Por entonces yo tenía nueve años. El señor Dunsworth buscaba a gente para *Pit Pony*, la película semanal de la CBC, que se basaba en un libro juvenil con el mismo título. Recuerdo que interrumpió la clase de música

con mi profesor favorito, el señor Ellis, que en una ocasión me dijo de broma que no debía «dar una paliza a los chicos en el recreo». Qué contento me puse por su comentario.

Nos pusimos de pie en el aula mientras hacíamos los ejercicios que nos había pedido el señor Dunsworth para ponernos a prueba. Me seleccionaron para la audición.

Acudí el día señalado, lleno de emoción, pero no era lo bastante mayor para entender su significado.

—¿Puedes actuar como si estuvieras perdido en el bosque? —me pidió el director de casting.

Giré la cabeza enseguida, la moví con brusquedad de izquierda a derecha; torcí el cuerpo, con miedo a la noche que se acercaba, abandonado en la fría oscuridad. Un juego de mi imaginación.

—Eso ha estado genial. ¿Puedes intentarlo ahora sin moverte? Enséñame ese sentimiento solo con las emociones.

No sabía a ciencia cierta a qué se refería, pero le seguí la corriente. Supongo que hice algo bien, porque conseguí el papel. No me lo podía creer. Otra oportunidad para perderme en un mundo imaginario que parecía más real que el mío. Pensé que era una anomalía, una pequeña sorpresa encantadora. Pero entonces la película se convirtió en una serie de televisión y mi carrera como actor arrancó.

Interpreté a la hermana pequeña, Maggie MacLean. Llevaba vestidos por debajo de las rodillas con mangas largas y, encima de eso, un delantal. Me desconcertaba lo de llevar un vestido encima de otro vestido. Unas medias negras me cubrían las piernas. Me había crecido el pelo desde que grabamos la película, donde me pusieron una peluca. Picaba como un demonio, se parecía a un mapache muerto. No quería el pelo largo, pero tampoco quería que me pusieran de nuevo la peluca. A veces lo peinaban suelto, por los hombros; otras, en trenzas, en general con un lacito. Me imagino el alivio de mi madre.

Convertirme en actor profesional coincidió con el fin de los «gracias, muchacho» en el centro comercial. Con el pelo largo para cada papel, el cuerpo al borde del cambio, miraba a los chicos cis del plató. Camisas, tirantes, pantalones cortos, nada de medias. En vez de lazos, boinas.

¿Por qué yo no soy así? Me muevo como ellos, juego como ellos.

Un sentimiento persistente desde la niñez, guardado en la columna, como un herpes, que atacaba en cualquier momento, se extendía por mi cuerpo y exponía mis nervios.

Durante el rodaje de *Pit Pony*, sufría con frecuencia disforia de género. Por las medias que se pegaban a mi cuerpo, la fluidez de los vestidos. Esos jodidos lazos, como las horquillas que mi madre me ponía en el pelo y provocaban una rabieta irresuelta, internalizada.

Mientras me arreglaba para ir a la escuela, a solas en el baño, me golpeaba la cabeza con el cepillo. *¿Quién es esa persona en el espejo?* Cerraba los ojos y me preparaba para el golpe, *pam pam pam.* La cama de matrimonio de mi madre tenía un somier que incluía unos postes altos de madera en cada esquina, rematados con unas cosas que parecían conos de helados invertidos. Cuando estaba solo, con la capacidad de guardar mi secreto, me subía a la cama. Miraba el poste, alineaba el torso con la punta para clavármela directamente en la barriga. Alzaba el cuerpo y conspiraba con la gravedad para empalarme. Dolía, pero al mismo tiempo no. Me encantaba dar salida a ese desprecio, a esas náuseas; quería quitármelo todo de encima.

Cuando me sentaba en el estudio en la casa de mi padre, encendía el ordenador familiar en busca de una escapatoria, otro mundo imaginario. Había hecho una tonta página web en el instituto, mientras aprendíamos sobre HTML en clase de informática. El hombre que me había visto en la CBC

encontró la web y me contactó a través de ella. Al cabo de unos cuantos correos, empezó a nacer un vínculo, cierto compañerismo. Escribíamos sobre nuestras injusticias, nuestra soledad, la incongruencia con nuestro alrededor y con nosotros mismos. Dramas de niño para mí, una cosa distinta para él.

Como uno de los perros de Pavlov, mi corazón palpitaba cuando oía el sonido del Apple al arrancar. Cerraba los ojos para visualizar un nuevo correo, ansiando el subidón de serotonina. El internet por módem chirriaba y rechinaba y siseaba; qué ruidos más molestos hacía.

Cuando él empezó a expresar sentimientos más profundos por mí, sentí que se me revolvía el estómago. Contuve las náuseas y me mantuve encarrilado; no quería perder aquello, una conexión real con peso, prometedora. Incluso con mis amigos me entraba el pánico. No podía hablar con mis padres sobre mis emociones o, al menos, no las que sentía de verdad. Perdido en el desierto, el paisaje yermo estaba repleto de vida y yo no podía verlo. Sentía que él era todo lo que tenía.

Vivía a una hora o así a las afueras de Toronto. Escribió que vendría a Halifax. El trayecto desde Toronto a Halifax dura dos días. Yo lo había hecho varias veces con mi madre para visitar a mis tías. Siempre había una neverita roja a mis pies, en el suelo del VW Golf rojo de mi madre, llena de refrigerios y Pepsi, con mis piernas minúsculas colgando sobre ella. Abría una de las latas y salivaba al oír ese clic/ah/ssssh. Tragaba y rebuscaba en una bolsa de patatas con kétchup mientras miraba por la ventanilla y contaba las vacas que pasábamos. Me gustaban sobre todo las Guernsey. Las localizaba por su color canela, esas manchas marrón rojizas. Hacía que mi pobre madre pusiera la banda sonora de *El rey león* en bucle. No sé cuántas veces la obligaría a escuchar «Hakuna Matata». Yo la cantaba a grito pelado mientras ondeaba en el aire las manos grasientas manchadas de kétchup y patatas. Pasábamos la noche cerca de la frontera de Quebec y Nuevo Brunswick. Me encantaba oírla hablar en francés.

Miré el ordenador brillante y leí sus palabras hasta la saciedad, con la esperanza de que cambiasen. Notaba el cuerpo sólido, la piel tensa, unos ladrillos en el pecho. Empecé a sudar, a sentir el cuello húmedo. A pesar del sudor, temblaba, tenía frío pero ardía, oía un pitido. En retrospectiva, mi primer ataque de pánico. Hice todo lo que pude para esquivar la bala, ya que intuía que una negativa clara no sería suficiente, que algo había cambiado. Al final, conseguí que no viniera y empecé el proceso de salir de esa situación. Respondía menos, desaparecía durante largos periodos de tiempo. Podía respirar, parecía que el episodio de *Degrassi* había terminado.

Poco después de haberme mudado a Toronto, volvió a aparecer, porque sabía mi plan de mudarme allí en otoño. Los correos se volvieron más intensos. Adjuntaba fotos mías con los ojos cerrados e introducía con Photoshop una imagen suya con alas de ángel enormes; flotaba sobre mí, mirándome con intensidad. Serían fotogramas que sacó de su televisor, porque no eran imágenes que yo recordase.

Me correré sobre ti en las nubes del cielo, escribió.

Me enviaba enlaces a webs sobre niños desaparecidos.

En esa época, yo tenía dieciséis años.

Lo peor eran las letras de Creed.

Above all the others we'll fly
This brings tears to my eyes
*My sacrifice****

Dejó cada vez más claro que no pensaba permitir que nada ni nadie se interpusiese en su camino.

La primera persona a quien le comenté todo esto fue Wiebke, cuando los correos llegaron a crepitar como aceite en una sartén.

—Deberías comer, en serio. Tienes que comer —dijo Wiebke con una mirada de preocupación que agradecí.

«Eso no puede entrar dentro de ti». Otra vez la voz amenazadora.

—Lo sé, Wiebke, pero no sé si puedo.

«Eso no puede entrar dentro de ti». Insistente.

Notaba el estómago como un trapo viejo y sucio que se escurría sobre el fregadero, con manos que lo asfixiaban poco a poco.

Intenté comer un trozo de pizza. Daba igual cuánto masticase y triturase: tragar era imposible.

«Eso no puede entrar dentro de ti». De nuevo, ese tono sardónico.

El sabor había cambiado, mis papilas gustativas se habían estropeado. Me incliné hacia delante, con un codo sobre la mesa, la mano en la frente, y bebí un trago de agua.

No era como si no hubiera tenido pensamientos sobre *no* comer antes. Habían aparecido con la pubertad. Empezaba a adquirir cierto volumen, a tener pechos, y todo mi malestar se intensificaba a medida que chicos y chicas se distanciaban. Verme en pantalla no había sido un problema para mí, no de verdad, pero con la transformación de mi cuerpo, eso cambió. Cuanto más visible me hacía, más me desvanecía.

Con mi pizza sin tocar, nos fuimos a casa. No podía quitarme de la cabeza lo que había ocurrido ese día.

* * *

—¡Ellen! —gritó Wiebke.

Estaba sentado en mi cuarto haciendo los deberes. Me encantaba esa habitación; era pequeña, con el espacio suficiente para la cama y una pequeña cómoda. La habían pintado en un tono cercano al amarillo canario y había pegado mis pósteres de Cat Power y Peaches. Tenía una ventana enorme y vieja. De noche, me despertaba y veía ojos relucientes que miraban hacia el interior; los mapaches me examinaban. En un momento dado, hubo una familia entera en el ático. Más de cien mil mapaches vivían en Toronto, y se la ha llamado la «capital de mapaches del mundo». La población empezó a aumentar veinte años antes, cuando Toronto introdujo el «cubo verde», un programa municipal de compostaje, en 2002. Un festín tras otro para los mapaches.

—¿Sí?

Al salir de la habitación, giré a la derecha y entré en su despacho. Los suelos originales de madera crujieron bajo mis pies; la casa ya tenía ochenta años en esa época. Wiebke, pálida, se giró en la silla para mirarme, con un correo abierto en el monitor.

> Hola, soy un buen amigo de Ellen y me encantaría sorprenderla en Toronto. No la he visto desde que se mudó…

Una amiga llamó en ese momento para decirme que había recibido el mismo correo y que le parecía sospechoso. Otro colega me reenvió el correo. Se estaba acercando.

Él tenía prácticamente todos mis contactos. Llevaba trabajando desde los diez años, había grabado en lugares cercanos como Charlottetown, la isla del Príncipe Eduardo, y en otros tan lejanos como Saskatoon, Saskatchewan, Berlín y Lisboa. Me podía imaginar con facilidad a un amigo de Halifax creyéndose que era un colega mío de Ontario. Fui a escribir deprisa a todos mis conocidos y adjunté una foto de él. La había enviado hacía poco. Una selfi, como se las llama ahora; su cara llenaba la pantalla. Ojos perturbados que me miraban con lascivia. Wiebke llamó a la policía.

Sentí alivio cuando una mujer llegó a la puerta. La agente entró en la casa; movía la cabeza y con los ojos buscaba en cada rincón, por las escaleras. Apenas dijo nada al principio. Me la imaginé en la academia de policía aprendiendo a entrar en un sitio. El lenguaje corporal, rígido y sólido y lleno de intención. La voz monótona. El rostro sin expresión. Casi nada de contacto visual al principio. Repasó los alrededores para evaluar el peligro. Le enseñamos los correos, las fotos, los enlaces y las letras de canciones. Todo. Se alarmó. Acabé mirando por la ventana, imaginándolo a él, al otro lado de la calle de repente. Un tajo rápido, un salto repentino.

Llamaron a mi padre para explicarle la situación. Fue un alivio que lo supiera, que mis dos padres lo supieran. Estaba agotado por el estado constante de inquietud. Agarré el teléfono y me lo llevé a la oreja; mi pulso empezaba a tranquilizarse al fin. «Voy a ir a Toronto a darte una paliza», fue lo primero que me dijo.

Estaba furioso. Lívido por lo que había hecho, trabar amistad con un hombre mayor por internet cuando yo era un niño. Después de eso me quedé insensible, su voz furiosa desapareció, pero nunca olvidaré esas palabras. «Voy a ir a Toronto a darte una paliza». Todos los correos del acosador empalidecían en comparación.

Cuando la policía acudió a casa de este hombre más tarde, él solo preguntó: «¿Esto significa que podré ver a Ellen en los tribunales?». La presencia policial no le sorprendía, solo lo excitaba más.

Entre ese comentario, los correos y su colección de fotografías y otros materiales que me pertenecían, pude conseguir una orden de alejamiento.

Cada día esperaba en Ossington Avenue, justo al norte de Queen West, para tomar el 63A, que llevaba al instituto. Era un trayecto de media hora. Iba a la Academia Vaughn Road, donde tenían un programa llamado Interac. Fue uno de los motivos por los que me mudé a Toronto.

> *Si practicas baile, teatro, música o algún deporte, te ofrecemos un programa único integrado, con horarios creados según tus audiciones, ensayos, actuaciones y competiciones.* […] *Este es el único programa en Ontario que te ofrece esta flexibilidad. Nuestro objetivo es proporcionarte una educación que encaje con tus intereses externos.*

La imagen del acosador me perseguía. Se acercaba por detrás con un cuchillo, me apuñalaba por la espalda. Al subir al autobús, cargaba contra mí y la hoja me penetraba en el pecho. Me estaba esperando al bajar y, en ese corto trayecto hasta la escuela, una bala en la cabeza.

Tuve que llevar su foto al instituto, entregar copias a mis profesores, que pasaron la foto al resto de la clase en una morbosa exposición oral. Estaba grabando la serie *Regénesis* con Mark en esa época, que fue quien me habló de Interac. Nos habíamos conocido un año antes y éramos inseparables. Cuando salía del plató al final de la jornada, el chófer me llevaba por una ruta confusa para asegurarse de que nadie nos siguiera. Aun así, habría resultado fácil descubrir dónde estaba localizado el estudio. Enseñé

las fotografías en el trabajo. No podía dejar de imaginármelo acabando con mi vida.

Poco después, me dirigía hacia el este por Queen Street West hacia Young Street, donde tomaba la amarilla Línea 1 en Queen Station, delante del Eaton Centre, el centro comercial más grande de Toronto. El trayecto duraba nueve paradas hasta la casa de Mark, en la parada Eglinton.

Estaba en el lado norte de la calle, frente a lo que era el edificio de Much Music. Para mis lectores no canadienses, Much Music se estrenó en 1984 y básicamente era la MTV de Canadá. Sentí una mano en el hombro derecho que me acarició hasta el codo.

—Me suenas de algo.

Me giré y vi su rostro.

Estaba plantado delante de mí como si nada, con un asomo de sonrisa. Me imaginé un cuchillo perforándome, brillando en el sol cada vez que lo sacaba para apuñalarme de nuevo como un sacrificio. Había dejado claro en múltiples ocasiones que nadie se iba a interponer entre nosotros, nuestra conexión, nuestro amor. Ni mi padre ni la policía.

—Ven conmigo, hablemos.

Me fijé en un perro pequeño y blanco a sus pies. Aquello se me antojó raro, ya que vivía a casi una hora de la ciudad.

No me podía mover. No podía hablar. *Vas a morir,* pensé. *Se acabó.*

—Venga, ven conmigo, podemos ir a charlar —dijo. Intentaba persuadirme con un tono amable.

Un olor embriagador a azúcar refinado salía de la ventanilla de Café Crêpe's, como a dulce de trigo sarraceno. Por el rabillo del ojo, veía que la icónica cafetería, con su gigantesco cartel de neón rojo, estaba cerrada. Nunca me había sentido tan paralizado, *El hombre de las cavernas* aguardando a que le descubran. Noté que el pecho se soltaba. Un sube y baja. Los pulmones recuperaron su función.

—No puedes estar aquí. —Fue lo único que conseguí decir, como un disco rayado—. No puedes estar aquí, no puedes estar aquí, no puedes estar aquí.

La gente pasaba a nuestro lado, destellos detrás de él; era una de las calles más concurridas de Toronto. Intenté apartar mi atención del hombre, retroceder como en un *dolly*. Alcé la voz.

—¡No puedes estar aquí, no puedes estar aquí!

Nadie miró.

—Ven conmigo, podemos ir a dar un paseo.

Dio un pasito adelante, con un gesto hacia mí.

—¡No me hagas daño! ¡No me hagas daño! —grité, con la esperanza de que «no me hagas daño» llamara la atención de los transeúntes. Retrocedí y alcé las manos—. ¡No me hagas daño, no me hagas daño!

Los viandantes giraron el cuello. Nadie interfirió, pero aquello fue suficiente, porque él retrocedió. Se marchó con el perrito pisándole los talones.

Yo salí huyendo. Eché a correr. Tomé las calles en zigzag. En retrospectiva, fue un esfuerzo inútil, ya que parecía que había descubierto mi dirección. Llamé a mi padre nada más llegar a casa. Al principio no me creyó.

Avisamos a la policía. El hombre fue arrestado, porque no había cumplido con la orden de alejamiento. No presenté cargos.

Resultó que tenía esquizofrenia sin diagnosticar. Llegamos a una especie de acuerdo. Se iría a vivir con su padre y empezaría un tratamiento para su salud mental. No se acercaría a mí ni me contactaría

de ninguna forma, y no lo ha hecho. Todo terminó de un modo bastante abrupto. Y, si hay que sacar un trocito de bondad de esto, es que él al fin recibió atención. Pudo obtener ayuda para su dolor. Quizá eso fuera lo único que pedía. Espero que haya conseguido el apoyo que necesitaba y que nunca vuelva a hacer esto.

Pude perdonarle, pero no fue fácil. Había muchas cosas en juego y yo maltrataba mi cuerpo. Lo había hecho desde niño. Esto lo precipitó todo más. Fue como si repasara a toda prisa una lista inconsciente:

1. La gente se corta. Lo probaré.
2. La gente se emborracha. Lo probaré.
3. La gente deja de comer. Lo probaré.
4. La gente se reprime. Lo probaré.

Me llevaba un cuchillo pequeño a mi habitación, colocaba la punta en el brazo, cerca del hombro. Apretaba y la arrastraba un poco, lo suficiente para ver rojo, lo suficiente para sentir ese alivio. Eso no duró mucho. Una noche me emborraché yo solo en Toronto; *esto es algo que la gente hace para ayudarse*, divagó mi cerebro. Bebí vodka directamente de un vaso en la pequeña mesita de cromado azul de la cocina. Di un trago y luego incliné la botella para beber más. La pobre Wiebke llegó a casa y se encontró con un adolescente emo borracho, con «Anthems for a Seventeen-Year-Old Girl», de Broken Social Scenes, en bucle.

Used to be one of the wretched ones and I liked you for that
Now you're all gone, got your makeup on and you're not coming back
*Can't you come back?*****

El número tres fue lo que se quedó. Parecía ser la solución, y así la restricción alimentaria se convirtió en mi nueva norma. Todo eso coincidió con mi pubertad, con el continuo desarrollo de mi cuerpo, pero no el mismo que Mark. La realidad se hizo patente: nunca me vería a mí mismo en el espejo, siempre sentiría ese asco y castigaría a mi cuerpo por ello. Según algunas investigaciones, las personas jóvenes trans y no conformes con su género tienen cuatro veces más probabilidades de sufrir un trastorno alimentario.

Mi cerebro se consumía contando calorías; pasaba el tiempo así, pensando en cómo llenarme sin llenarme. En cuándo hacer la infusión clara que me saciaba lo justo. Masticaba chicle sin parar. Evitaba comer. Pesaba la cantidad de All-Bran por las mañanas y la leche de soja también. Sin prestar atención a la inquietud de Wiebke, me llevaba una barrita de proteínas al instituto para la hora de la comida y me permitía comer solo la mitad. Al menos las imágenes de él habían desaparecido. Al menos podía andar por la calle estresándome por el pan en vez de por el terror residual. Un puñal por la espalda. Ponía mi miedo en un bocadillo para poder controlarlo. Para poder olvidarlo.

No es tan fácil perdonar a mi padre. «Voy a ir a Toronto a darte una paliza». Cuando su hijo necesitaba seguridad, cuando su hijo necesitaba amor, cuando su hijo necesitaba protección, amenazó con violencia. Con rabia, porque yo había tenido la audacia de comunicarme con un hombre mayor por internet cuando era menor. Si no me merecía su cuidado en ese momento, si no merecía seguridad y amor, ¿cuándo los merecería? Esa frase ha vivido en mi cuerpo mucho más tiempo que las amenazas

del hombre, su obsesión, sus dedos acariciándome el brazo.

*** *Volaremos sobre todos los demás*
Y me harás llorar
Mi sacrificio
**** *Solías ser una desgraciada y me gustabas por eso*
Ahora te has ido, te has maquillado y no volverás
¿No puedes volver?

7
Sanguijuelas

Descubrí pronto que no podía tener a mis padres en el trabajo. Estaba sentado en un pequeño columpio de madera, grabando una escena de *Pit Pony* en el patio delantero de la casa de la familia MacLean en Cabo Bretón. Actuaba con Shaun Smyth, un actor astuto, discreto y sutil. Nos balanceábamos con suavidad mientras su personaje consolaba al mío, sus manos manchadas de carbón. Me caía bien, era guapo, un poco brusco pero majo. Trabajar con niños puede ser intenso y agradecí su generosidad y paciencia.

Mi padre estaba por los alrededores. Mi concentración pasó de la escena a él; estaba sacando fotos en blanco y negro con su Nikon de los años 70. Me cerré por completo, esa parálisis de nuevo. Lo que se suponía que sabía hacer (crear una emoción sincera con una expresividad que, según los adultos, se trasladaba a la pantalla) de repente se interrumpió al percibir su presencia.

Una sensación similar se apoderaba de mí cuando mi madre me observaba actuar. Esto empezó a ocurrir cuando alcancé la edad en la que ser una niña masculina ya no era algo mono. La presión velada del cambio era omnipresente, un estado firme de desaprobación. Me imagino que rezaría por mí para que no fuera queer. Necesitaba algo de espacio.

A los once años, les pedí que se escondieran si estaba grabando, pero eso no bastó. Ya no podía dejarme llevar por la emoción, y esa sensación, esa adrenalina que tanto me gustaba, se detenía por completo. Al final, les sugerí que no vinieran. No se lo tomaron como algo personal, aunque yo no pude explicar el motivo. Me sorprendió pedir justo lo que necesitaba, a pesar del miedo, y que alguien me escuchara. A lo mejor se sintieron aliviados. Los dos trabajaban a tiempo completo y a menudo ni siquiera les resultaba posible venir.

Para la segunda temporada de *Pit Pony*, los domadores de caballos, Lee y Jerry, y su hija de dieciséis años, Fallon, fueron mis vigilantes. Eran simpáticos y me dejaron vivir con ellos. Tenían una casa cerca del plató y un rancho a unos veinte minutos en coche de Sydney, en Leitches Creek. Nadábamos en el río de su propiedad y yo practicaba echar el cabello mojado hacia la derecha, como hacían los otros chicos cuando salían del agua. Nos quitábamos las sanguijuelas de los cuerpos, las agarrábamos y tirábamos de ellas, sin molestarnos mucho más. Me hacía sentir como los muchachos de *Cuenta conmigo*, aunque a ellos les daban mucho miedo las sanguijuelas y a mí no. Me hizo sentir valiente. ¿Eso incrementaba mis oportunidades para conseguir mi sueño, tener el mismo aspecto que River Phoenix con una camiseta blanca?

A pesar de que, mientras trabajaba, debía interpretar y vestirme como una chica en 1904, en esa época pude acercarme más al chico que era. Estaba en un lugar nuevo, con adultos, con gente que no me conocía de antes. Hice amigos, amigos de verdad, de esos que fomentan mis sentimientos, que animan al niño, que lo dejan respirar. Tuve la oportunidad de existir siendo yo mismo, empezar de cero, ser el chico guay y solitario del rancho. Esa libertad dentro y fuera del plató se trasladó al trabajo.

Me relajé. Era feliz.

Mis padres casi nunca más vinieron a verme trabajar. Si lo hacían, solo era una visita, pero no les permitía entrar en plató. En cierto modo, eso aumentó mi vulnerabilidad, estoy seguro, pero tras haber visto a padres terribles en los sets, me alegro de haber vivido la otra versión. Presencié cómo los adultos debilitaban poco a poco a sus hijos, su sobreprotección como forma de negligencia. Si fueran un personaje en un guion, el primer comentario sería «demasiado», pero en realidad no *ven*, no *escuchan.* Todo el valor se reduce al trabajo, a la imagen, a los seguidores. Lo contrario de lo que debería ser actuar; la desintegración del ego, no su estímulo. Eso acaba con muchas carreras.

Aunque preferí mi camino, mi escasa capacidad para establecer límites sanos no llevó bien aquello. Cuando la pubertad me transformó en un personaje que no me interesaba interpretar, mi aislamiento, inseguridad e ignorancia crecieron. Necesitaba con desesperación un ancla. En nuevas ciudades, sin amigos, a solas en habitaciones de hotel, no resultaba difícil convertirme en la presa de alguien. Estoy seguro de que lo notaban. Como el hombre que conocí por internet. Un niño solo es el objetivo perfecto.

Como el director que se interesó por mí cuando era adolescente. Sus mensajes frecuentes me hicieron sentir especial, igual que los libros que me regalaba. Me llevó a cenar a Swan, en Queen West. Mientras me acariciaba el muslo por debajo de la mesa, susurró: «Tienes que dar tú el paso, yo no puedo».

Poco antes, durante un proyecto, un miembro del equipo había hecho lo mismo. Entre tomas, me hablaba sobre arte, cine y Kubrick, cómo no. Me invitó a salir un sábado por la tarde. Tras un paseo bajo la lluvia, me agarró y afirmó que iríamos al piso de arriba. Me apretó contra su cuerpo y pude notar su polla dura.

Justo antes de cumplir dieciocho, grabé mi primera película en Los Ángeles. No había hecho ninguna película en Estados Unidos y era la primera vez que visitaba la ciudad. Me quedé en los pisos Oakwood, en Burbank, en una colina junto a Barham Boulevard. Son famosos por todas las estrellas infantiles que han pasado por allí, como Neil Patrick Harris, Kirsten Dunst, Jennifer Love Hewitt. La propiedad siempre estaba llena de padres.

Hard Candy empieza con Jeff, un fotógrafo exitoso, interpretado por el ilustre Patrick Wilson, que habla por internet con una niña de catorce años. La trama es difícil de creer, si pensamos en lo que acababa de pasar con mi acosador. Las conversaciones son coquetas, joviales. Se conocen, él la lleva a su casa en su Mini y todos nos preocupamos por Hayley. Están bebiendo. Jeff quiere sacar unas fotos, su tono pasa a ser frustrado, deja entrever la agresividad. Sin embargo, las cosas cambian. Un destornillador con púas lo derrumba en el suelo y se despierta atado a una silla.

Hayley cree que está implicado en el secuestro y asesinato de una chica de su edad, y le deja claro que, si no confiesa, lo castrará, una cirugía sorprendentemente sencilla que ha aprendido a hacer por sí sola como la buena estudiante que es. Le congela el pene con una enorme bolsa de hielo. Jeff está sufriendo, sus manos se tornan azules, suplica con desesperación, jura que no tiene nada que ver con aquello. Grita, pero es inútil. Hayley realiza la operación y tira sus testículos en el fregadero de la cocina. Jeff oye el triturador de basura machacando sus pelotas.

Al final, resulta que no ha hecho la cirugía, pero Jeff admite su implicación. «Solo saqué fotos», dice. *Solo* es un pedófilo.

Grabamos la película, prácticamente toda, en un pequeño estudio cerca de los pisos Oakwood.

Burbank, considerada a menudo la capital mediática del mundo, alberga los estudios de Walt Disney, Warner Bros., Nickelodeon y una enorme industria del porno. La mayor parte de *Hard Candy* se grabó en plató. El interior de la casa de Jeff era elegante, minimalista, ese estilo guay de mediados de siglo. El tipo molón, profesional y sensible que conduce un Mini. El amigo que nunca lo haría.

Había un hombre trabajando en la película que siempre llevaba un librito con los crucigramas del sábado de *The New York Times*, los más formidables del mundo, según me dijo. Desde entonces, ha hecho películas en solitario. Era gracioso y raro y me trataba bien. Hablábamos sobre libros, películas y novelas gráficas desconocidas y deprimentes. El brillo de sus ojos me hacía sentir visto, apoyado. Hasta era dulce.

Rodamos la película en dieciocho días y medio, en un esprint absorbente y emocional. Al final me sentía mareado de puro cansancio. La fiesta de despedida de *Hard Candy* se celebraba en el centro de Los Ángeles, en un edificio alto con ascensor. Existía una extraña camaradería entre todos nosotros, lo que es de esperar cuando se crea algo juntos. Bebimos y bailamos y nos despedimos entre lágrimas.

Mi amigo el de los crucigramas me trajo de vuelta en coche a los pisos Oakwood. Pasamos entre el cúmulo de rascacielos del centro, que se cernían imponentes sobre nosotros. Era muy tarde y apoyé la cabeza en la ventanilla al tomar la 101. Me encantaba el brillo de las autovías por la noche.

Al acercarnos a Oakwood, lo vi teclear el código de seguridad y la puerta se abrió despacio. Me acompañó hasta el piso, me siguió dentro. Se quedó visiblemente cerca de mí, su cuerpo me rozaba la espalda. Con la voz dulce y las manos sobre mis hombros, me guio al dormitorio. Me quedé rígido, sonriendo. No sabía qué hacer mientras él se cernía sobre mí y se quitaba las gafas. Me tumbó en la cama. Empezó a quitarme los pantalones y dijo: «Te voy a comer entera». Me quedé paralizado. Cuando terminó, intentó quedarse en la cama conmigo. Me había derretido un poco y le dije que no podía, que se marchara. Durmió en el sofá.

Tras cumplir los dieciocho, mis límites se difuminaron más, como un pase que yo no había consentido. Al inicio de un proyecto, una mujer se ofreció a acompañarme mientras buscaba piso el fin de semana. Pareció un gesto bonito, pero había algo raro. No era un ofrecimiento normal para alguien con su trabajo. Me había quedado en un hotel hasta ese momento y necesitaba salir de allí, tener al menos una nevera en condiciones, así que acepté. Me recogió en su Audi negro.

Llegamos al primer edificio, de nueva construcción. En el vestíbulo nos encontramos con una persona que nos llevó en ascensor hasta la planta superior. La mujer le pidió que nos dejara entrar a solas para echar un vistazo al piso, que casi no estaba amueblado. La persona esperó en el pasillo mientras entramos. El piso tenía dos dormitorios, algo totalmente innecesario que resaltaba mi soledad. Había pocas cosas y nuestros pasos retumbaban en el eco. No había mucho que mirar, lo cual hizo que aquello fuera más inútil aún.

Estaba de pie en el salón, delante del sofá, cuando noté que me agarraba. Apretó su cara contra la mía, en una especie de beso. Esa parálisis se apoderó de nuevo de mí. Lo siguiente que recuerdo fue estar en la alfombra, con el suelo firme bajo mi espalda. No dije «no», no me resistí, solo me tensé. Tumbado allí, no proferí ningún sonido. Empezó a frotarse contra mí con la ropa puesta, al principio despacio, luego más y más rápido, con su cuerpo encima del mío, su peso triturándome la columna contra el suelo. La mujer tenía los ojos cerrados, la cabeza apartada, el sudor le cubría el rostro. Resopló y jadeó y empezó a gemir. No me moví, solo miré el techo y luego cerré los ojos, para abrirlos de nuevo cuando ella se corrió. Esa fue tan solo la segunda vez que había besado a una mujer y la

primera en la que una se corría delante de mí.

Esa dinámica prosiguió. Me recogía en mi piso y me llevaba al suyo, donde se producía una versión de esa misma situación. Yo en la cama, inmóvil, paralizado; ella encima de mí, tocándome, entrando en mi interior. Mi rigidez la molestaba, el entumecimiento se apoderaba de mi cuerpo y no podía tocarla. Volvíamos en su Audi y me dejaba en el estéril piso de una habitación que había alquilado al fin. Me follaba en el trabajo, en mi tráiler. Yo me sentaba sobre su regazo sin saber por qué.

Regresé a esa misma ciudad dos años más tarde para otra película. Los recuerdos de ella aún persistían, las respiraciones pesadas y el sudor encima de mí. El arco de su espalda al correrse. Cuando llevábamos más de la mitad de la película grabada, llegué un día al alba. Al acercarme a mi tráiler, me fijé en un Audi negro y se me paró el corazón. *No puede ser*, pensé. Pero sabía que era ella.

—Darren no está hoy, así que ha venido una persona a sustituirle —mencionó alguien en el plató.

Entré en el tráiler para intentar controlar mi respiración. Llamaron a la puerta. La abrí y allí estaba ella. De pie, mirándome sonriente.

—¡Hola! ¿Puedo entrar? —preguntó.

La dejé pasar.

—¡Qué alegría verte! Nos lo pasamos bien, ¿verdad?

¿Cómo?, pensé, sin decir nada.

—Nos lo pasamos bien, ¿verdad? En plan, escuchamos música y nos divertimos, ¿eh?

Abría mucho los ojos. Su sonrisa casi lo ocultaba, pero vi el terror filtrándose en su mirada.

—Sí —respondí.

8
Gilipollas famoso en una fiesta

Cuando tenía veintisiete años, me quedé en casa de una amiga en Los Feliz durante unas semanas. Alguien había estado visitando mi casa de noche para dejar rosas en la puerta. También dejaba notas con citas de algunos de mis escritores y músicos favoritos, pero sin mencionar su identidad. Mensajes crípticos con una finalidad desconocida, algo que me sonaba ya. Decidí estar fuera de mi casa una temporada mientras me instalaban cámaras de seguridad. El hogar de Los Feliz estaba situado en la cima de una colina que daba a la ciudad. De noche, un mar de luces se extendía bajo mis pies. Me pasaba horas allí sentado, fascinado. Los brillos danzarines, las luces rojas de la corriente sanguínea en las venas de Los Ángeles.

No había salido mucho de la casa. Mi amiga estaba trabajando y yo aún seguía recuperándome de una ruptura. Tenía que obligarme a hacer cosas. Conduje un poco hacia el oeste para celebrar el cumpleaños de un buen colega. Llegué a la fiesta y asimilé la distribución única de la casa. Los techos altísimos parecían sacados de una iglesia, con un altillo donde la cocina y el comedor daban al amplio salón. Era un edificio viejo, quizá de la década de los 40; una casa de muñecas ocupada por una persona muy moderna. Junto al salón había una terraza enorme de madera con bancos incorporados que daba a una familia de árboles y la casa del vecino. Ese amigo en concreto era muy popular, adorado por mucha gente, por lo que la fiesta vibraba y transmitía energía. Los invitados la aprovecharon al máximo para sacarle todo el jugo antes de la llegada inevitable de la policía para exigir silencio.

Era 2014 y había anunciado que era queer tan solo dos meses antes en una conferencia de Human Rights Campaign en Las Vegas llamada «Hora de crecer». El evento inaugural se centraba en los jóvenes LGBTQ+. Fui en avión la mañana de San Valentín con mi mánager. Al embarcar en el aeropuerto de Burbank, mi ansiedad estaba a otro nivel. Apenas hablé, mi mirada no se centraba en nada. Durante el vuelo, leí con obsesión el discurso, como si pudiera agotar la emoción, mutarla en ese menú viejo que tienes en el cajón de la cocina y que miras de vez en cuando por ningún motivo en concreto. Cuando llegamos al hotel, lo único que pude hacer fue mecerme en la cama. Nada de televisión, nada de mirar el móvil; me envolví el cuerpo con los brazos, el tiempo como lodo, sin apenas avanzar.

Mientras aguardaba entre bambalinas, apreté las manos, cabizbajo, desesperado por no tener un ataque de pánico. *¿Y si me desplomo en el escenario?*

No me desplomé. Conseguí leer todo el discurso sin dejarme llevar por las emociones, por la catarsis. Después fue como si flotara, ligero, y una descarga me recorría el cuerpo. *Lo he hecho*. No fue hasta que subí al coche para volver al aeropuerto que me rompí por completo. Sollozos de alivio. Lo solté todo.

Me quité de encima un peso que pensaba que se quedaría ahí para siempre. Fue uno de los

momentos más importantes y sanadores de mi vida; no había llegado hasta el final, pero me acercaba cada vez más.

El cumpleaños de mi amigo estaba en pleno apogeo e intenté reunir esa misma ligereza que había sentido unas semanas antes. Me senté en uno de los bancos del patio, con un tequila con soda. Me puse al día con amigos y conocidos a los que llevaba siglos sin ver, y hasta conocí a gente nueva. Estaba disfrutando. Entonces llegó un conocido mío bastante borracho. Salió a la terraza y lo saludé. A veces nos veíamos en el gimnasio. Esa noche, su energía era distinta, dura. Empezó a insultar mi personalidad, que bueno, vale, pero entonces pasó a otro terreno.

—Veo lo que estás haciendo. No soy tonto. Veo lo que haces.

Estaba demasiado cerca. Me miraba desde arriba.

—¿Qué estoy haciendo? —dije con aspereza. Estaba más confuso que otra cosa. Por su agresividad, por su sonrisa malévola.

—Ah, venga ya. Es obvio. Toda esa atención.

Conocía ese tono, ese lenguaje corporal: amenazador, pero con naturalidad. Exhibía su poder. Tardé un momento en procesar a lo que podría estar refiriéndose.

—¿Esto es porque soy lesbiana?

Motivado, como si lo hubiera provocado, se sentó a mi lado en el banco y empezó a explicarse.

—Eso no existe. No eres lesbiana. Solo tienes miedo a los hombres.

Lo dijo sin piedad, bien alto y con una sonrisa. Regodeándose. Responder era inútil. Así solo lo empeoraría. Él siguió hablando. La gente le decía que parase, pero no lo hizo y ellos no insistieron.

Me levanté y crucé la terraza hasta el otro lado para intentar distanciarme de la situación. Él me siguió y se sentó de nuevo a mi lado, su cuerpo cerca del mío.

—Solo tienes miedo a los hombres. Los hombres son depredadores y tú les tienes miedo.

Me hablaba como si la única opinión que importase fuera la suya. Un poco de sabiduría que regalarme. De su cuerpo salieron insultos ebrios mientras el mío se comprimía y mis codos se ponían en alerta.

Le dije que dejara de acosarme, que se largara, que estaba siendo muy ofensivo. Me levanté de nuevo para entrar en la casa. Él vino detrás. Me senté en un sofá pequeño y él también. La gente bailaba al ritmo de la banda sonora de *Spring Breakers* con «Scary Monsters and Nice Sprites».

Look at this
I'm a coward too
You don't need to hide, my friend
For I'm just like you[*****]

—Voy a follarte para que te des cuenta de que no eres lesbiana. Te chuparé el culo y sabrá a lima. No eres lesbiana —dijo, arrastrando las palabras. No dejó de describir cómo me iba a follar, a tocar, a lamer. Cómo le gustaba tirarse a mujeres por pena.

No sé por qué no exigí que se marchara, por qué no pedí a la gente que hiciera algo más que decir: «Tío, déjala en paz». Algunos de mis amigos más íntimos estaban allí, lo presenciaron. El poder funciona de formas extrañas. Él era, y sigue siendo, uno de los actores más famosos del mundo.

Me levanté y fui al baño. Nervioso por si me seguía, cerré la puerta con pestillo. Me senté en el

retrete y miré los árboles por la ventana; la luz de la terraza apenas los alcanzaba. Me pregunté si alguien me vería desde fuera, lo que intensificó mi soledad. Me quedé en el baño más tiempo del necesario, luego me lavé las manos y me marché de la fiesta.

El incidente duró tanto rato que mucha gente lo vio y me enteré de que, al día siguiente, un amigo que no acudió a la fiesta recibió un mensaje de otro amigo que tampoco fue diciendo: «Me han dicho que anoche se comportó de forma horrible con Ellen».

Unos días más tarde, me hallaba en el piso superior del gimnasio, en la cinta de correr. Estaba viendo las noticias mientras corría a solas cuando oí su voz. No sé cómo supo que estaba arriba, pero subió directo hacia allí.

—La gente dice que tengo que disculparme, pero no recuerdo nada. Yo no soy así, no tengo prejuicios. No sé por qué pasó eso. Lo siento. Siento no recordar nada.

No dejé de correr. Ni siquiera bajé el ritmo.

—Está claro que tienes un problema con la gente queer, me dijiste cosas horribles. Y, aunque me dan igual las consecuencias a las que te enfrentarías, tienes suerte de que nadie lo haya grabado —respondí.

—No tengo ningún problema con la gente queer, lo juro.

Mis pies golpeaban la cinta.

—Creo que sí que lo tienes.

Se quedó allí, perplejo. Se disculpó una y otra vez. Lo he visto un par de veces desde entonces. Apenas saluda y yo igual.

Capté cierto rencor por parte de gente de la industria, incluso hostilidad. Ese fogonazo de agresividad, escondido en «bromas», atribuido al alcohol, el acoso sexual desestimado.

Recuerdo estar sentado en la oficina de mi antiguo agente, muy emocionado por que VICE quisiera hacer *Gaycation*. Iríamos a Japón al cabo de un par de meses para grabar el primer episodio. Cuando uno de los jefazos de la agencia entró, le conté la noticia.

—¡Que sí, que ya sabemos que eres lesbiana! —respondió enseguida.

Es como si existiera la necesidad de trivializar ese esfuerzo, de no reconocer las experiencias que no son propias, de no querer escuchar. Van por ahí alardeando de su poder, pero se niegan a admitir que no lo tienen. No fui capaz de defenderme entonces. Me doblé sobre mí mismo, dejé que se quedara en mi interior.

Me convencieron de rechazar un personaje poco antes de anunciar que era lesbiana porque «no sería provechoso». Subtexto: la gente cree que eres lesbiana y eso les quitará todas las dudas, y no puedes existir siendo tú mismo si quieres tener una carrera. La misma conversación de siempre, pero en una nueva situación. Acabé esa llamada con mi agente y me eché a llorar. El vaso lleno, a punto de desbordarse. Llamé a mi mánager. Le dije que no podía más, que no me escondería, no mentiría, que me estaba devorando desde dentro.

Aparte de encajar en una categoría o en otra, te preocupas por el futuro. Por la universidad, por el trabajo o incluso por tu seguridad física. Intentar crear esa imagen mental de tu vida, de lo que sea que va a pasar, puede machacarte un poco cada día. Es tóxico y doloroso y muy injusto.

En el escenario de Las Vegas, dije:

Ojalá dedicásemos tan solo cinco minutos a reconocer la belleza de los demás en vez de a atacarnos por nuestras diferencias. No es difícil. En realidad, es una forma más sencilla de vivir. Y, al final, salva vidas. Pero, claro, tampoco es fácil. Puede ser lo más duro que hagas, porque querer a otras personas empieza por quererte y aceptarte a ti mismo.

Anunciar que era queer en 2014 fue más una necesidad que una decisión, pero sí, fue una de las cosas más cruciales que he hecho por mí mismo. Da igual lo que viniera después, esa nueva visibilidad, vulnerabilidad; todo valió la pena. Cada paso. Prefiero sentir dolor en vida que esconderme. Mis hombros se abrieron, dejé mi corazón al descubierto. Podía estar en el mundo de un modo que antes parecía imposible… *de la mano.* Pero, en el fondo, persistía un vacío. Una vocecita que me susurraba con desagrado al oído.

***** *Mira esto*

Yo también soy cobarde

No te escondas, amigo

Pues somos iguales

9
Pink Dot

Es la primavera de 2022. Acababa de cenar con un amigo y me dirigía a mi hotel en West Hollywood. De vuelta, mientras iba hacia el este por Sunset Boulevard, le escribí a Madisyn. Una amiga en común nos presentó un mes antes. Era, es, inteligente, compasiva, graciosa, y nuestras relaciones sexuales son desenfrenadas pero seguras. Quizá sea lo más desinhibido que he hecho nunca. Este nuevo cuerpo me ofrece fundamento, presencia. Disfruto de cosas de las que jamás pensé que disfrutaría. Me siento más queer que nunca. Qué liberador resulta que a alguien le encante tirarse mi polla y mi coño y me permita disfrutarlo. Ya no me paralizo, ya no siento esa corriente que me impelía a huir.

Cuando Madisyn llegó, enseguida nos pusimos a besarnos, la química física tomó el control, como imanes pegados. Recorrí su cuerpo y me puse de rodillas, con su mano sobre la cabeza para tirar ligeramente de mi cabello. Pasamos horas follando y luego nos dormimos profundamente. Casi siempre me despierto sobre las seis y salgo a hurtadillas de la habitación para no despertarla. Bebí una taza de café y me senté en el ordenador a escribir. Me encantan esas horas tempranas por la mañana, como una especie de soledad saludable. ¿Un recordatorio?

El hotel estaba en Sunset Boulevard. Planeaba quedarme seis días para ver a unos amigos que había echado mucho de menos durante la cúspide de la pandemia. Cada «hola» y cada «adiós» resonaban de un modo diferente. Había volado desde Nueva York, donde me había mudado tres años antes después de haber vivido en Los Ángeles, la ciudad en la que había pasado los últimos diez años. He vivido en distintos sitios, Hancock Park, Beachwood Canyon, Studio City y, por último, Nichols Canyon, no muy lejos del hotel donde me alojaba ahora. West Hollywood es famoso por ser la zona LGBTQ+ de Los Ángeles. Filas y filas de bares queer llenan el bulevar de Santa Mónica, sobre todo dirigidos a hombres blancos cis y gays. Los arcoíris forraban las calles.

Pasé la mañana escribiendo. Madisyn se sentó conmigo en la mesa a las nueve y media, con unos pantalones de chándal y una camiseta *vintage* que me pusieron cachondo (me encantan los pantalones de chándal). Nos sentamos a trabajar. Pasábamos el tiempo bien juntos. Existe un flujo natural, lúcido, para nada forzado y amable con el silencio.

Escribimos y luego follamos y luego comimos y luego nos echamos una siesta y entonces yo salí del hotel por primera vez sobre las cuatro para ir a Pink Dot, un supermercado al otro lado de Sunset. Es conocido por su exterior de color rosa y azul claro, y por el Escarabajo azul con lunares rosas y sombrero de hélice que hay aparcado fuera.

Mientras recorría a pie la escasa distancia entre la salida del hotel y la esquina sureste entre Sunset y La Cienega, pasé junto a un hombre alto con quien intercambié una breve mirada. Llevaba un granizado en una mano y una bolsa de plástico en la otra. Al acercarme a la esquina, con el semáforo en rojo y los coches pasando a toda prisa por la avenida, el hombre se giró y empezó a aproximarse a mí.

—¡No me mires, maricón de mierda! ¡Maricón!

Me gritó esto una y otra vez.

Cada «maricón» lo decía con más fuerza. No había nadie en la acera.

El hombre se hallaba a un metro de distancia, cerniéndose sobre mí. Me quedé de piedra. No me dio pie a decirle que, de hecho, no lo estaba mirando. Siguió gritando. Me preocupé porque, si me daba la vuelta para correr, podía provocarle, y lo mismo si decía algo. Así que me quedé allí firme, con la mirada al frente, mientras intentaba aparentar que aquello no me afectaba. Pero sí que me afectaba en ese momento, estaba conmocionado. Aquello pareció funcionar, porque el hombre empezó a alejarse un poco hacia el este. Saqué el móvil y llamé a Madisyn. Mejor que escribir un mensaje, porque así puedes mantener la cabeza en alto. Temblando, le expliqué lo que había pasado y le pregunté si podía acercarse a Pink Dot. La llamada provocó al hombre. Cuando el semáforo cambió al fin y pisé el asfalto, el tipo se dio la vuelta de nuevo.

—¡No hables sobre mí, maricón! Sé que estás hablando sobre mí. ¡Te voy a dar una paliza, marica! —Vino a por mí desde detrás, gritándome; Madisyn lo oyó todo por teléfono—. Te voy a pegar una hostia por gay, maricón.

Se acercaba cada vez más rápido. En esa ocasión, eché a correr para intentar llegar a Pink Dot antes de que él me alcanzara. Esa sacudida de pánico, el recuerdo de estar con Justin en la colina o cuando otro hombre en West Hollywood, años antes, me gritó: «Te voy a dar una paliza que te va a dejar en el suelo, tortillera de mierda. Te mataré antes de que llegue la policía». Mi amiga Angela y yo salimos huyendo a toda prisa en su coche. O cuando escapé de un grupo de chicas adolescentes que me rodearon a los dieciocho años. «No es Halloween, ¿por qué vas disfrazada de lesbiana?», me preguntó una mientras se acercaban con aire amenazador. O cuando Paula y yo esquivamos al amigo de un amigo que se acercó en una hoguera, borracho y enfadado por nuestros arrumacos. «¡No nos lo tenéis que restregar por la cara!», bramó. Tuvo que intervenir más gente para apartarlo hasta que se marchó a trompicones.

—¡Por esto necesito una pistola! —gritó el hombre a mi espalda mientras yo abría frenético la puerta de Pink Dot.

—¡Ayudadme, por favor! Hay un hombre gritándome y llamándome «maricón» y dice que me va a pegar.

Las palabras salieron volando de mi boca. Giré la cabeza una y otra vez para mirar por encima del hombro.

Estaba sin aliento, me temblaba la voz, pero intenté contener el temblor. El hombre estaba justo al otro lado de la entrada. Había dos personas trabajando en el mostrador. Una acudió a la puerta para gritarle al hombre que se marchara y la cerró porque mi perseguidor se quedó allí, hasta que al final se fue. La mujer del mostrador me preguntó si necesitaba agua y me animó a respirar.

—Aquí no toleramos esas cosas —dijo—. ¿Estás bien? ¿Estás seguro de que no necesitas nada?

Dije que estaba bien y les di las gracias. Acepté su consejo de respirar, de calmar los nervios.

Había aprendido a aislar esos momentos en general. A cerrarlos. Encogí los hombros. Dejé que me bajara por la espalda como la cerveza que me habían tirado mientras paseaba por Queen West, en Toronto, hacía menos de seis meses, durante la grabación de la tercera temporada de *The Umbrella Academy*. Otro barrio queer. Mi amiga Genesis y yo pasamos junto a un hombre que procedió a girarse y tirarnos su cerveza a la nuca.

—¡Maricas! ¡Maricas! —gritó mientras se alejaba. Arrastró la ese, *ssss*, como un veneno bajándole por la garganta. Esa vez me di la vuelta, por puro reflejo; la rabia ardía en mí por todas las veces que no me había dado la vuelta.

—¿Acabas de llamarme «marica»? ¡Que te jodan! —chillé sin parar, mientras unas cuantas personas en la acera observaban la escena. Genesis suplicó que me tranquilizara. El hombre se marchó.

Pienso mucho en ese momento, en la rabia que ese hombre sintió que tenía derecho a exhibir y en mi respuesta. En nuestra sociedad, la rabia y la masculinidad están muy unidas. Espero poder redefinir esta relación en mi vida.

Me había olvidado de que le había colgado a Madisyn cuando abrí frenético la puerta de Pink Dot. La avisté al otro lado de la calle, ya de camino. No vi al hombre por ninguna parte, así que expresé mi gratitud por la ayuda recibida y salí a la acera para saludarla, sin dejar de girar el cuello a un lado y a otro. Me aseguré de seguir mirando mientras recorríamos la corta distancia de vuelta al hotel.

Ella me rodeó con un brazo mientras le contaba lo que había pasado. El contacto fue distinto.

10
Esa pequeña película independiente

No me hice mi primer tatuaje hasta los treinta, pero el significado se remonta a una de mis primeras experiencias como actor. El tatuaje dice C KEENS, y está situado en la parte superior de mi brazo derecho, justo debajo del hombro. C KEENS es el mote de una de mis amigas más queridas, Catherine Keener. La conocí durante un momento crucial de mi vida, después de *Hard Candy* y antes de *Juno*, cuando estaba ocupado pero no era demasiado conocido. Carecía de un lugar fijo en la ciudad de Los Ángeles, desparramada y desconocida. Investigaba sobre mi siguiente papel, pasaba despierto toda la noche mientras digería los horrores, con la esperanza de que mi compañera de rodaje y yo nos lleváramos bien, de que confiáramos el uno en la otra. Me costaba separarme de mis papeles, y justo ese era muy angustiante.

Mi primer encuentro con Catherine fue en su casa de Santa Mónica, a tan solo unos minutos a pie de la playa. Con diecinueve años, yo acababa de firmar para protagonizar *An American Crime* con ella. Tommy O'Haver, el guionista y director, me recogió de un hotel en Hollywood, situado en Highland Boulevard. Condujimos durante cuarenta minutos en dirección oeste hasta la casa de Catherine para que ella y yo pudiéramos pasar tiempo juntos, hablar de la película y los personajes, pero sobre todo para conectar entre nosotros. No eran papeles fáciles.

Tenía una casa vieja de estilo Craftsman, de un marrón oscuro. El patio trasero era inusualmente grande, del tipo que no esperas ver en Santa Mónica. Con una casita en un árbol y un columpio debajo. Setos altos que se extendían por toda la valla circundante. Parecía un mundo pequeño y recluido.

El hecho de que me hubieran contratado para actuar con un icono tan importante me resultaba muy surrealista. Filmaría una película con una de mis actrices favoritas de toda la vida. Al cruzar la puerta trasera de su casa, me sentía terriblemente tímido. Apenas hablé.

Había intentado vestir guay. Camiseta *vintage*, chaqueta negra, Converse destrozadas. Catherine se acercó con una sonrisa gigante y esa voz tan familiar. Llevaba vaqueros rasgados, una camiseta blanca holgada e irradiaba calidez y sinceridad. Era directa, con esa chulería sensual característica de ella.

Subimos a la terraza y seguimos hasta el tejado. Nuestro sentido del humor se alineó y su inconfundible risa hizo acto de presencia. Mientras observábamos el Pacífico, hablamos de lo que nos deparaba el futuro. No hubo nada de condescendencia, ni esa cadencia desdeñosa con la que te hablan cuando eres joven, sino que conversamos con una facilidad tácita. Nunca he conocido a alguien como ella.

Pasé de sentirme tímido a estar presente. Ya notaba su preocupación, su deseo de proteger, pero sin afectación. Nos hicimos amigos enseguida, aunque nuestra cercanía solo podría mitigar hasta cierto punto los efectos que la película tendría en mi yo de diecinueve años.

An American Crime se basaba en una historia real sobre una chica de dieciséis años, Sylvia Likens,

que en 1965 se convirtió en la víctima que más maltrato ha recibido en toda la historia del estado de Indiana. La película es descarnada, pero se contiene; la historia real es incluso peor. A mí me habían contratado para interpretar a Sylvia.

Los padres de Sylvia trabajaban en una feria itinerante y, cuando viajaban, dejaban a dos de sus hijas con Gertrude Baniszewski. Keener interpretaba a Gertrude, una madre soltera y pobre con siete hijos que apenas se ganaba el sustento haciendo la colada a sus vecinos de Indianapolis. Gertrude casi nunca comía, tenía el rostro demacrado, anguloso y afilado, y estaba en los huesos. Se automedicaba con tranquilizantes, bebía de botellitas y su humor fluctuaba de un extremo a otro. Los padres de Sylvia las dejaron a ella y a su hija pequeña, Jennie, con Gertrude y su manada de niños por veinte dólares a la semana.

Cuando uno de los primeros pagos se retrasó, Gertrude lo pagó con Sylvia y Jennie. Las llevó al sótano y les exigió que se inclinaran para azotarlas con violencia. Los maltratos se intensificaron y Gertrude animó a sus hijos a participar también. En una de las escenas más terroríficas que grabamos, Gertrude obliga a Sylvia a meterse una botella de Coca-Cola en la vagina delante de los otros niños.

No hicimos esto delante de los actores más jóvenes. Solo entraron al plató para que los grabaran a ellos. Fuera de plano, fingimos que Gertrude le retorcía el brazo a Sylvia.

La escena de la botella culmina con Sylvia arrastrada hacia los escalones del sótano. Gritando y llorando, la tiran por las escaleras. Se golpea la cabeza contra el suelo de cemento y termina con una contusión grave.

En mis anteriores películas hubo escenas difíciles de grabar, violentas, sexuales y físicas. Pero aquello fue diferente. Había momentos en la película de una brutalidad indescriptible. Como era adolescente, no tenía la capacidad de conectar y desconectar con la rapidez y la facilidad de ahora. Ni de dejar el trabajo para las horas de trabajo. Las escenas persistían, los sentimientos perduraban. Me costaba más expulsarlos del cuerpo.

Durante los últimos momentos de la vida de Sylvia, la marcaron a fuego vivo. Gertrude se sentó a horcajadas sobre ella mientras uno de los niños sujetaba las manos de Sylvia por encima de su cabeza. Una persona se desmayó en el cine durante esta escena, cuando la película se estrenó en Sundance en 2007. No me extraña. Sylvia murió poco después de eso. Con el tormento escrito en su piel.

El cuerpo de Sylvia fue reduciéndose hasta que se rompió. Saber que la historia era real lo empeoró todo; los detalles revolvían más el estómago. No podía escapar de Sylvia, y la jornada de trabajo me acompañaba a casa.

Si estaba a solas en el piso, daba vueltas. Caminaba y luego me sentaba. Me levantaba de nuevo, paseaba. Miraba por la ventana, giraba hacia el baño. Ventana de nuevo, me sentaba y fumaba. Me terminaba el cigarrillo. Agarraba la mochila y salía. Mi necesidad de escapar, latente e incesante, mi nueva normalidad. Detenerse era demasiado arriesgado, porque ahí surgían los sentimientos. Interpretar a un personaje que estaba prácticamente famélico me permitió incitar mi deseo de desaparecer, de castigarme.

«Es para una película», respondía cuando alguien mencionaba que comía poco con ese tono molesto y preocupado, casi como un reto.

Te demostraré, a ti y a todos los demás, que no necesito nada, alardeaba esa vocecita, con el asomo de una sonrisa torcida.

Durante su agonía, Sylvia rascaba el suelo de cemento hasta romperse la punta de los dedos y se

mordía el labio de forma compulsiva para soportar el dolor. Cuando encontraron su cuerpo parecía que tenía dos bocas.

Tengo hambre.

Dos horas más y podrás comer.

¿Qué voy a comer?

Verduras hervidas y arroz integral… la mitad de la ración.

¿Cuánto falta?

Una hora y cuarenta y cinco minutos.

Me duchaba por las noches para limpiarme las quemaduras, los moratones, el recordatorio de que no tenía nada de lo que quejarme. *Cómo me atrevo a reconocer mi tonto dolor si comparado con el suyo no es nada.*

Escuchaba «Downtown», de Petula Clark, sin cesar. Fue una de las canciones más populares en 1965, el año en que mataron a Sylvia.

And you may find somebody kind to help and understand you
*Someone who is just like you and needs a gentle hand*******

La escuchaba mientras andaba. La escuchaba en el autobús en Sunset. La escuchaba en la casa, sentado en el alféizar de la ventana mientras fumaba un cigarrillo. Era algo compulsivo, y eso es lo que me suele pasar con las canciones, a veces por unos motivos más raros que otros.

Bajaba la colina hasta Sunset Boulevard para tomar el autobús que iba al oeste de Hollywood. Me apeaba en Vine y deambulaba hasta Amoeba Records, una tienda de CD y DVD nuevos y viejos, del tamaño de un almacén, en Los Ángeles. El tac tac tac de los compradores en potencia repasando las carátulas de plástico duro llenaba los oídos tanto como las últimas canciones de moda que ponían, como un metrónomo marcando el ritmo. Me ayudaba a pasar el tiempo.

Los personajes me afectaban de distintas formas, ¿cómo no iban a hacerlo? Es una exploración de la experiencia vital de otro ser humano. Un ejercicio sin fin de empatía, de abrir el corazón, de ansiar que todo cale, de esperar a soltar esa emoción. Cerraba los ojos y entonces me llegaba, una desesperación de una profundidad inconcebible. Y me preguntaba: ¿cómo lo soportó tanto tiempo? Porque no se rindió sin más. Supongo que justo eso es la tortura, que te arrastren hasta el final y te traigan de vuelta una y otra y otra vez.

En esa época vivía en Silver Lake, en la planta superior de una casa de dos pisos que habían convertido en un apartamento. Tenía un dormitorio con ventanales enormes que ofrecían una vista preciosa de la ciudad. Se hallaba en la colina de Lucile, no muy lejos de Sunset Boulevard, pero tras una sustanciosa cuesta que resultaba aislante. Estaba solo; no tenía amigos en Los Ángeles en ese momento.

Recuerdo que Keener me recogió en su sedán negro para llevarme a una barbacoa por el 4 de julio en el patio trasero de una casa que perteneció a Buster Keaton. Creo que quería ayudarme, que sentía ese dolor que yo no podía expresar. Nos sentamos delante de su amiga, Karen O, a quien yo idolatraba. *Show Your Bones* fue un disco fundamental para mí en esa época. Pero la comida me estresaba, beber me estresaba, y no dejaba de mirar a mi alrededor, haciendo cálculos en mi mente que me impedían disfrutar del momento.

Estaba saliendo un poco con un chico en esa época. Íbamos a cenar y yo me quedaba mirando el menú, aturdido. No quería nada de aquello. Estábamos en un restaurante situado en el vagón de un tren, que solo servía pasta. Nos marchamos sin pedir nada y él me llevó a casa en coche.

—Yo ya estoy servido —dijo antes de apartarse.

—Creo que soy lesbiana —comenté en una ocasión mientras follábamos. Me encerraba, disociaba, ni siquiera fingía.

—Qué va, no lo eres —respondió él mientras seguía con las embestidas.

En esa época apenas comía, apenas dormía, deliraba en el plató. Fumaba de un modo compulsivo. Esperaba apagar todos los pensamientos. O, como dice Kurt Vonnegut Jr.: «Las autoridades sanitarias nunca mencionan el motivo principal por el que los estadounidenses fuman como carreteros, y es que fumar es una forma bastante segura y honorable de suicidarse».

La película se tornó cada vez más difícil. Me quedaba a dormir en casa de Keener a veces, sobre todo después de los días más horribles. Allí sentía que cuidaban de mí. Bebíamos tequila y nos sentábamos junto a la hoguera. Poníamos música a todo trapo y bailábamos bailábamos bailábamos, una amplia expansión de las aventuras desconocidas que nos aguardaban en el futuro. Nos conocimos rodando una película en la que ella me mataba. En el mundo real, ella fue lo único que me salvó.

Cuando terminamos de grabar, había perdido una cantidad significativa de peso. Y este siguió bajando a mi regreso a Halifax, donde aún vivía de vez en cuando. Pesaba treinta y ocho kilos. Tenía los brazos tan flacos que tomaba uno de esos envoltorios que recubren las tazas de café para llevar, metía la mano dentro y me lo deslizaba por el brazo, pasando el codo hasta el hombro. Me estaba consumiendo. A finales de ese año, me disfracé de envoltorio para café por Halloween, con el aviso «cuidado, bebida caliente» escrito en grueso rotulador negro.

Daba igual cuánto me mirase la gente con preocupación o cuántos pastelitos intentaban que comiera, que no lo veía. Me negaba. Hacer daño a mi cuerpo hasta ese extremo era un grito de ayuda, pero cuando la ayuda llegaba, me enfadaba y la resentía. *¿Dónde has estado hasta ahora?* Una pregunta injusta, la verdad. Nunca comuniqué los problemas que tenía a nadie.

Cuando volví a casa, el semblante de mi madre se llenó de pánico. La preocupación en sus ojos me rompió, una angustia que no había percibido antes. Y el culpable era yo. Había traspasado un umbral, mi peso era tan bajo que la demacración era visible. Las mejillas hundidas me asustaban.

Mi necesidad de cuidar a mi madre, de protegerla, me obligó a encarar el problema con la comida en otra dirección. Ahora *sí* que quería comer, estaba desesperado por hacerlo. No quería que mi madre se sintiera de esa forma.

Cuando por fin tuve la motivación para comer, fui incapaz. Me preparaba para morder un bocadillo, algo sencillo, nada elegante. Y se me cerraba la garganta, el sudor me humedecía la nuca, el pecho se hinchaba con un profundo temor. Me dejaba arrastrar por un ataque de pánico y no tragaba la comida. Tras obsesionarme con mantener el control, ahora lo había perdido. Me había sobrepasado. Mi cuerpo, comprensiblemente, estaba harto de mí.

Eso no va a entrar. No va a entrar. No va a entrar.

Mis días giraban en torno a los momentos en los que debía tragar comida. No podía esconderlo, tenía el rostro cadavérico, era todo piel y huesos. No podía escapar del estrés, de la omnipresente preocupación. Y no podía olvidar a Sylvia. Pensaba en ella todo el tiempo. El papel se había quedado conmigo. Recuerdos del sótano. Del hambre. Obligada a comerse su propio vómito. Sus gritos

ignorados.

—¿Y si le echas salsa de queso al brócoli? —sugirió una terapeuta bienintencionada.

Estaba sentado en su despacho, cerca del campus de la Universidad de Dalhousie, en una habitación blanca con sus credenciales enmarcadas. La mujer tenía el pelo claro, largo y ondulado y llevaba gafas. Tenía una sonrisa pegada en la cara.

—Los frutos secos son un buen tentempié.

La conversación iba sobre cuándo y qué debería comer para desayunar, cuándo y qué debería comer a media mañana, un resumen de lo que debía incluir en mi cena. No debía hacer deporte, ni flexiones ni nada parecido. Nada excepto comida. Y la comida superaba mis capacidades.

Evité a los pocos amigos que tenía en Halifax. Sentía vergüenza. La «actriz» que se marcha y vuelve como todas las demás. Era un cliché de mierda. La ansiedad social ya era un aspecto predominante en mi vida y, con el empeoramiento de mi salud mental, el aislamiento se intensificó; enviar un mensaje a un amigo parecía algo inalcanzable. La idea de hacer planes no era factible.

La soledad siempre ha sido una característica mía, una desconexión inherente de mi entorno, una disociación fundamental. Me alejaba de mi existencia. Pensaba que la gente que me rodeaba quería que desapareciera, que me preferían como ilusión.

No fui capaz de trabajar durante una temporada. Mi terapeuta sugirió el descanso, igual que mis padres. De todos modos, actuar era lo último que quería hacer. Estaba demasiado frágil y errático, los ruidos altos me sobresaltaban. Un suave roce en el hombro me hacía retroceder. La idea de irme lejos, de estar solo, se me antojaba imposible por primera vez en mi vida. En el pasado había ansiado estar a solas y en ese momento me aferraba a cualquier cosa que pudiera agarrar. A cualquier indicio de cuidado que pudiera captar.

En general, seguí el horario de comidas de mi terapeuta. El estrés a la hora de comer no desapareció y saber lo peligrosa que se había tornado la situación solo aumentaba la ansiedad. Quería que toda preocupación externa desapareciera. Estaba cansado de las «charlas» y el escrutinio. Y en esa época había un papel que quería con desesperación, el de una adolescente embarazada, encima. Me concentré en *Juno* y evité el foco del problema.

Los aperitivos habían sido un vacío en mi vida, algo antes de dormir, impensable, pero me los tragaba. Empecé a ganar peso. Bebía batidos con arándanos y aguacate y proteína en polvo que me provocaban gases. Conseguí acostumbrarme a los aperitivos, fui entrenando poco a poco a mi cuerpo a masticar y tragar y digerir la comida. Para permanecer tranquilo, para no emborracharme antes de comer. No era lo ideal, pero al menos recuperé algunos kilos.

Tenía que viajar a Los Ángeles para la última audición de *Juno*, aunque era más bien una prueba delante de la cámara. Soy el primero en admitir cuándo no encajo en un papel, pero esa fue una de las extrañas ocasiones en las que, por la página cinco, ya me imaginaba interpretándolo, es que lo *sabía.* Leí el guion de Diablo Cody en el suelo de mi dormitorio en Halifax. Su ingenio creó un nuevo idioma; era natural y sincero. Llevaba tiempo con ganas de algo así, de un personaje así, como actor y como miembro del público. Eso podía hacerlo.

Seguía demasiado flaco, pero había mejorado mucho. Mi madre voló a Los Ángeles conmigo. Había pasado de ser un chico muy joven e independiente que se había mudado a los dieciséis, a un niño que viajaba con su madre. La idea de funcionar a solas parecía demasiado temeraria y no podía correr riesgos. Fue una sugerencia bienintencionada de la terapeuta, aunque no creo que fuera la mejor

decisión. A medida que iba aceptando cada vez más que era queer, el rechazo de mi madre también aumentaba.

Antes de ser maestra, mi madre trabajó para Air Canada, no como azafata, sino como atención al público en el aeropuerto. Siempre le ha dado miedo volar. En cada despegue, cierra los ojos y se agarra con fuerza. Llegan las turbulencias y ves cómo el corazón le da un brinco y una especie de escalofrío le recorre el cuerpo. Le digo que todo va bien, que pasará. Me destroza verla asustada, esa ventana a sus miedos. Ha sufrido mucho a lo largo de su vida.

Llegamos a la altitud necesaria. Mi ansiedad estaba a tope. En un avión, no tienes otra que sentarte, apretar el cuerpo contra el asiento. No hay un sitio al que escapar. Leí con obsesión las páginas para la audición. Repasé el diálogo mentalmente y lo escribí una y otra vez, un proceso que me ayuda a recordar. Mi madre se tranquilizó al fin y se concentró en una película.

Volamos de Halifax a Toronto, donde nos reunimos con Michael Cera y su padre para el vuelo hacia Los Ángeles. Para esa audición, tenía que leer treinta páginas del guion, sobre todo con Michael; era la audición más larga que había hecho nunca. Pero, tras haber visto del tirón *Arrested Development*, estaba entusiasmado. Su sentido del humor era original y fundamentado, sus emociones estaban a flor de piel. Nos sentamos en el centro del avión, con Michael y su padre al otro lado del pasillo. Intercambiamos cortesías. Él era tranquilo pero exudaba bondad.

Tras el despegue, Michael bajó enseguida la bandeja de metal, se cruzó de brazos y apoyó la cabeza para dormir. Se quedó así hasta que empezó el descenso. Lo miré con admiración e incredulidad. ¿Cómo podía estar tan relajado? Yo me apretaba contra el asiento, para reclinarlo más, y veía que mamá movía las piernas con nerviosismo.

Aunque estaba implícito que el papel era mío antes de esa prueba, el corazón me estalló de emoción cuando me llamaron. Era algo raro, que un personaje me llenara de alegría. Me habían elegido para el papel de mis sueños.

Se suponía que íbamos a rodar la película en un par de meses después de la prueba, pero al final la retrasaron. Me vino bien, más tiempo para recuperarme sin excusas. Mejoré drásticamente con la comida, aunque seguía autolimitándome, y el trabajo me ayudó. Estar en ese plató fue reparador, no me seguían a casa recuerdos de torturas, y podía esforzarme en alimentar mi cuerpo. No era perfecto, pero sí muchísimo mejor. Tenía algo significativo en lo que centrarme después de haber sentido claramente que nada tenía significado. La depresión me había agotado.

Era un trabajo en el que estaba cómodo, capaz de empezar desde un sitio con fundamento, en vez de sentirme fuera de mi cuerpo e intentar regresar a rastras. Peluquería, vestuario y maquillaje en el trabajo solían ser una pesadilla para mí. Irónicamente, interpretar a una adolescente embarazada fue una de las primeras veces que sentí un mínimo de autonomía en plató. Llevaba una barriga falsa, pero no me hiperfeminizaban. Para mí, *Juno* era un símbolo de lo que podía ser posible, un espacio más allá de lo binario.

Mientras grabábamos en Vancouver, me alojé en Sutton Place, o «Slutton Place»*******, como lo llamaba alguna gente de la industria. Un hotel cavernoso, con una decoración pasada de moda, situado en el centro de la ciudad. Tiene habitaciones para largas estancias donde a menudo se hospedan los actores.

Mi madre y yo compartimos una *suite* de dos dormitorios. Y, al ser la hija de un pastor anglicano nacida en 1954 en St. John (Nuevo Brunswick), me complicó un poco la vida cuando conocí a

alguien, la primera mujer con la que mantuve una relación sexual consensuada.

Me quedé pasmado la primera vez que vi a Olivia Thirlby. Segura y audaz, su largo cabello castaño se movía a cámara lenta. Teníamos la misma edad, pero ella parecía mucho mayor, capaz y centrada. Era sexualmente abierta, muy alejada de cómo me sentía yo en esa época. Pero la química era palpable, me atrajo. Fui vergonzosamente tímido con Olivia. Ella tenía mucha más experiencia. Yo estaba cerrado. Era raro que dejase entrar algo, pero me sentía cómodo con ella y empecé a sacar la cabeza del caparazón. Nos hicimos amigos enseguida y pasamos mucho tiempo juntos.

Un día estábamos en su habitación. Sonaba Billie Holiday. Ella iba a preparar la comida cuando me miró a los ojos y dijo sin rodeos:

—Me siento muy atraída por ti.

—Ah, yo por ti también.

Y empezarnos a comernos los morros. Así comenzó todo.

Sentía un deseo total por ella, me hacía desear de una forma nueva, esperanzadora. Fue una de las primeras veces que alguien hizo que me corriera, la primera vez que me abrí. Y empezamos a follar a todas horas: en su habitación, en los tráileres del trabajo, una vez en una salita privada de un restaurante. *¿En qué estábamos pensando?* Creíamos que éramos sutiles. Mantener relaciones íntimas con Olivia ayudó a disipar mi vergüenza. No veía ni rastro de vergüenza en sus ojos, y yo quería justo eso. Me había hartado de sentirme mal conmigo mismo.

No sé si mi madre sospechó algo. Seguramente pensó que Olivia y yo nos habíamos hecho amigos muy rápido. Y era cierto. Pero, aun así, lo oculté. Olivia entró en mi *suite* tan solo en una ocasión.

A veces quedábamos en la habitación de Michael, y una vez Jonah Hill vino de visita. Fue después de que grabaran *Supersalidos*, pero antes de que se estrenara. Hubo maría y ginebra. Michael tenía un teclado maravilloso y estaba tocándolo con Jonah. Practicaba música cuando no estábamos grabando, siempre con un aire tan fastidiosamente guay. Todos nos colocamos y paseamos juntos por Vancouver. Fuimos por Stanley Park, un oasis verde enorme que deja sin aliento. Los árboles colosales te ponen de rodillas. Los abetos Douglas, los cedros rojos del Pacífico… Algunos alcanzaban los setenta y cinco metros de alto. Todos esos momentos fueron nuevas aventuras.

Grabar *Juno* me revitalizó, inspiró y fortaleció. Nos despedimos en una pista de curling, una fiesta muy canadiense. Me dolía el corazón en el regreso a casa. Cambiamos de avión en Toronto, subimos a uno hacia Halifax. Escuchaba a The Moldy Peaches mientras atravesábamos las nubes en el descenso. Miré por la ventana, y abajo solo había árboles y lagos y ríos.

¿Qué le pasará a esa pequeña película independiente?, me pregunté cuando el avión pisó el asfalto. La sacudida repentina me sobresaltó.

****** *Y puedes encontrar a una persona simpática que te ayude y te entienda*
Alguien igual que tú que necesite una mano amable.
******* Juego de palabras entre *Sutton* (el nombre del hotel) y *slutton*, persona que frecuenta la compañía de prostitutas. En el pasado, el hotel era famoso por las fiestas que celebraban los actores, a las que invitaban a muchas prostitutas.

11
Solo era una broma

No vomité desde los once años hasta los veintiocho, unos meses después de haber anunciado que era lesbiana. En la fiesta en casa de un amigo en Brooklyn, durante el 4 de julio, subí al tejado para ver los fuegos artificiales. ¡BAM! ¡POP! Miré el cielo; por encima del río, los colores estallaban en el paisaje, la luna nos contemplaba burlona, esos seres humanos tan raros que hacían cosas raras. Me mareé y empecé a oír un pitido en los oídos.

¿En serio estoy a punto de vomitar?, pensé. *¿En este momento acaba mi racha, como ese episodio de* Seinfeld *con la galleta?*

El mezcal y el postre salieron volando de mi boca y aterrizaron sobre mi pecho.

Mi incapacidad para vomitar hasta entonces siempre había sido punzante. Los once fueron la edad en la que percibí ese cambio de chico a chica sin mi consentimiento. De adulto, solía decir: «Solo quiero ser un niño de diez años», cada vez que la disforia entonaba su molesta canción, un éxito pop cuya letra sabías sin saber por qué. Es difícil explicar la disforia de género a gente que no la experimenta. Es una voz terrible en el fondo de tu mente; piensas que todo el mundo la oye, pero no.

A los once años fue la última vez que me sentí presente en mi piel, no suspendido en el aire, pasajero y desesperado por regresar. Fue una especie de partida, un camino hacia una falsa identidad en el caparazón de un disfraz, como entrar en protección de testigos. Había visto demasiado.

Lo rompí todo despacio, agrietando las sutiles capas de la reconstrucción, para luego destrozarlo de nuevo. La canción pop siguió sonando en bucle durante más de dos décadas. Ahora apenas la oigo, me sorprende en momentos aleatorios. He olvidado la mayor parte de la letra, gracias a Dios.

Mi incapacidad para vomitar no significaba que no pudiera enfermar. Cuando tenía catorce años, me puse muy malo por una intoxicación alimenticia antes del entrenamiento de fútbol provincial de Nueva Escocia. Fui corriendo al baño en la casa de mi padre. Mientras cagaba hasta la última papilla, apoyé la cabeza en una pequeña toalla de mano decorativa que colgaba de la pared. Entraba y salía de la realidad, como si pudieran sacarme de ella, purgarme. La *E. coli* había aparecido hacía poco en las noticias, por las devoluciones en masa de verduras y carne, y me pregunté si la habría pescado.

Al final, mi cuerpo dejó de expulsar excrementos; apoyé la mano en el lavabo y me impulsé para levantarme. Un paso. Dos pasos. En el espejo había otra cara, vacía y pálida, apenas una persona. Se me nubló la vista. Mareado, salí del baño y apagué la luz justo cuando el mundo se torció. Llegó entonces la oscuridad completa y entonces ¡PAM!, me desmayé, caí con fuerza y la mandíbula y el mentón se llevaron el grueso del impacto, enviando una descarga al cerebro. Estaba a tan solo unos pasos del dormitorio de Dennis y Linda. No pedí ayuda, no llamé a mi padre. No quería que me regañaran por haber alterado su sueño o por haber comido algo que no debía.

La cabeza me martilleaba mientras regresaba a mi habitación. Cuando me aupaba para subir a la cama, Linda apareció en la puerta. Habría oído el golpe. Estaba sola.

—¿Qué haces? —dijo con una carcajada. Se marchó para buscarme un trapo frío y un cubo cuando le farfullé la respuesta.

A la mañana siguiente, mi madre insistió en que fuera a fútbol. Cuando juegas en el equipo provincial, cada entrenamiento es una prueba. Meten a todas las mejores futbolistas de Nueva Escocia, más de las que deberían, y te pueden echar en cualquier momento. La asistencia es vital, el fútbol es lo más importante. Quizá mi madre suspiró de alivio al verme correr con todas las otras chicas.

Mi dorsal era el dieciséis. Era mi número favorito. Solo de adulto me he dado cuenta de la relación con el día que volvía a casa de mi madre para la segunda mitad del mes. Al principio, ir a casa de Linda había sido, entre la Nintendo y jugar con mi hermanastro, divertido en general. Pero la cosa cambió al irnos a vivir juntos, donde su antipatía hacia mí resultaba insoportable. Sentía su fastidio por la carga del primer matrimonio de su marido. Se salía con la suya. Nunca hablé con mi padre sobre cómo me trataba, solo cuando alcancé la adultez, y nunca le planté cara. Supongo que sentía que me lo merecía, y ¿por qué no me lo iba a merecer? Mi padre lo sabía y no hizo nada; de hecho, hasta participó en ello.

«El noventa por ciento de nuestras peleas eran por ti», me contó mi padre muchos años más tarde. Afirmó que *sí* que me protegía, aunque yo no lo supiera.

Mi suposición es que Linda no era la única que me resentía, él también. Le molestaba haber tenido un bebé en el último momento con alguien con quien no quería estar. Ese humano insignificante que mantenía constantemente la cuerda fuerte y tensa.

No me gustó crecer en esa casa. De adulto, cada vez que me veía obligado a volver allí, la ansiedad se extendía como un incendio forestal, unas llamas en el pecho. Intentaba rodearlo con rocas enormes, como el anillo alrededor de la hoguera en la cabaña de mi padre, firme y sólido, inquebrantable. Aun así, mi cuerpo me traicionaba, la energía vibraba en mi interior. El pulso se aceleraba y yo lo compensaba en exceso, dedicaba todos mis esfuerzos a mantenerme a flote, a ocultar lo que ocultaba, a bailar tres centímetros sobre el suelo con cáscaras de huevo por doquier.

El olor del hogar de mi infancia, nada más entrar, me provocaba náuseas. Me quitaba los zapatos, gritaba «¡Hola!» por las escaleras; quería darme la vuelta, no deseaba estar allí tanto tiempo para saber el porqué de todo aquello.

Se burlaban de mí todos juntos. «Palomino» fue un mote acuñado por Linda. Estábamos en la cabaña que el padre de mi padre construyó junto al río Sable a principios de los 80. Se situaba en un pequeño claro, a un kilómetro en el interior del bosque. No hay otra estructura a la vista, aparte del baño exterior. Sin agua corriente ni electricidad, debíamos recoger agua de un pozo con un cubo plateado atado a un trozo de cuerda fino y amarillo. El cubo resonaba con fuerza al chocar contra el fondo.

La cabaña se halla cerca de una familia de castores, de su impresionante refugio construido con lodo y palos. El viejo río sinuoso gira y serpentea a través de un prado enorme hasta que pasa a ser fino y recto. La corriente adquiere velocidad, los pequeños rápidos se abren paso en el dique construido por la familia de castores. Mientras jugaba en el bosque, encontraba pruebas, los mordiscos de sus dientes en un abedul amarillo.

Solo en una ocasión vi a un castor totalmente fuera del agua. Sentados en la «roca de nadar», mis hermanos y yo miramos hacia el otro lado del río cuando un castor salió a la orilla. El cuerpo, más alto y grueso de lo que había imaginado, se sostenía gracias a las cortas patas traseras, que estaban palmeadas. Los pies anchos parecían las manos de Babadook. Los castores pueden levantar hasta

setenta kilos y estirarse más de un metro a lo largo. Son los roedores más grandes de Norteamérica. En esa época, habría sido más grande que yo.

Los observé durante toda mi infancia; sus cuerpos aparecían al atardecer, suaves en el río. Sus grandes colas, planas y potentes, golpeaban el agua. Oía el eco de su fuerza. Los castores reclamaban su lugar. Nadaban en el río, con ese marrón oscuro con un matiz amarillento, como el té English Breakfast… ¡CLAC! Preso del pánico, nadaba a lo perrito hasta la orilla, con miedo por si me partían la pierna de repente. Sus fuertes dientes, hechos para tallar, agarrados a mi fémur, para romperlo como el abeto. Pueden masticar un árbol de dos metros y medio en cinco minutos.

La cabaña de mi padre es minúscula, de dos pisos, toda de madera. La cocina tenía una mesita cromada. La estufa de leña estaba en el centro, entre la cocina, el pequeño sofá y las dos sillas que había delante de las ventanas que daban al prado. Con las rodillas en el sofá y los codos en el alféizar, observaba a los ciervos trotar por la hierba. Y en una ocasión, a lo lejos…

—¡Oso! —gritaron Dennis y Linda desde el balconcito de su habitación, en el piso de arriba.

Fui corriendo a la ventana con Scott y Ashley, y allí estaba el oso, corriendo y saltando, casi como en una danza. Un recordatorio de que nosotros somos los que damos miedo.

Mientras nos relajábamos juntos en el salón, mi madrastra me miraba y seleccionaba las cosas que había hecho mal o daban vergüenza para lanzarlas en un lienzo y exponerlas. Un poco como el arte abstracto que hacía cuando yo era mayor y que luego nos regalaba.

«Palomino», decía Linda, y el resto se reía. Me llamaban así juntos, como abusones. El mote era obvio: nació de los palominos en mi ropa interior. Yo disociaba, guardaba silencio, dejaba que ocurriera.

Recuerdo este día en concreto porque me marché para subir en silencio la escalera desplegable. Los ruidos penetrantes de las bisagras que necesitaban aceite me humillaron aún más, como si ese ruido fuera culpa mía. Mis oídos se llenaron con sus risas e hicieron que encorvara más los hombros.

Me tumbé en el futón donde dormía. Me arrastré dentro del saco de dormir y me giré hacia donde el techo inclinado se encontraba con el suelo. Cerré los ojos y me eché a llorar, pero en voz baja para que no me oyeran. No veía que aquello ocurriera nunca con mi hermanastro o mi hermanastra; nunca tenían a toda la familia, a todos *nosotros*, centrados en ellos para burlarse, para hacerles sentir tanta vergüenza que su cuerpecito tuviera que levantarse y salir de la habitación. Un desfile de dolor.

Golpes y chirridos en la escalera. Me encogí cuando mi padre llegó y se sentó a mi lado en el suelo. Apoyó una mano en mi columna y sentí que mis entrañas se retiraban.

—Solo estábamos bromeando —susurró mientras me acariciaba la espalda—. Solo era una broma.

Ni una disculpa. Jamás una disculpa. Ni freno. Ni un «¿Estás bien?».

—Lo sé —dije, ocultando mis sollozos. Hice que mis palabras sonaran como una sonrisa.

A medida que crecía, no quise ir a casa de Dennis y Linda cuando sentía dolor o miedo, o cualquier emoción negativa o disruptiva que se alejara de mi yo «feliz». Una actuación en sí misma.

Lo reprimía todo. Contenía el aliento y esos sentimientos se filtraban en mi estómago hasta encontrar un sitio donde descansar.

* * *

A finales de los 90, me encantaba patinar por Regatta Point.

—¿Qué es lo más difícil de patinar?

—Decirles a tus padres que eres gay.

¿Es malo que me guste ese chiste?

Al salir de casa, giraba hacia la izquierda para dirigirme a Spinnaker. Avanzaba en paralelo al parque, impulsándome con las piernas, a solas en medio de los graznidos roncos, un apoyo cortesía de las gaviotas. Los cuervos cantaban para mí. Las campanas tintineantes de los barcos amarrados y oscilantes sonaban como carrillones.

Dejaba a mano derecha el monumento que recordaba la explosión; el ancla siempre ahí, siempre aguardando. Giraba en Anchor Drive, pasaba junto a las casas adosadas de la izquierda y daba la vuelta a la manzana para volver a Spinnaker. Disfrutaba de la velocidad, las fantasías, un juego en solitario al aire libre. Un espía escapando del enemigo. Un chico corriendo hacia su amor verdadero. En las Olimpiadas para el oro.

Spinnaker Drive comienza llano y firme, luego se curva y empieza el descenso. Es lo bastante emocionante sin dar miedo. Me gustaba descender por la colina a toda velocidad. Un día tropecé, o quizá una roca se metió entre las ruedas, tan pequeña que no la vi pero lo bastante grande para enviarme volando. No conseguí girar, ni parar, y choqué contra el bordillo a toda pastilla. Mis pies fueron en direcciones opuestas cuando caí al suelo. Un tirón, un rasgón, un dolor sin precedentes. Irradiaba desde la entrepierna. Cuando abrí la boca salieron unos sonidos guturales que nunca había oído, me desgarraron el cuerpo. Cavernosos, bestiales, procedentes de algún lugar bajo las cuerdas vocales.

Entré en *shock*, el cuerpo siempre un protector leal. Intenté levantarme, pero no pude. Era un vecindario tranquilo y no había nadie por la calle. Un dolor agudo me atravesó las piernas cuando intenté ponerme en pie y me hundí de nuevo. Me arrastré de vuelta a casa, poco a poco, con las rodillas desnudas clavándose en el hormigón.

Alcancé la casa y recorrí el camino de la entrada hasta la puerta. Solo estaba Linda. El miedo se acumuló en mis entrañas. Odiaba necesitarla en ese momento.

Me quité los patines con dificultad. Guardaba silencio, gélido, el cuerpo vacío. Subí muy despacio las escaleras, porque no quería que me viera ni oyera. Llegué a la primera planta y di un giro ajustado para subir a la segunda. Linda estaba en la cocina, preparando comida. No dije nada y ella tampoco. Cuando llegué a mi habitación y cerré la puerta, me fijé en que tenía los pantalones mojados, la entrepierna totalmente empapada. Me bajé los pantalones y me encontré con la ropa interior de un rojo remolacha, el algodón saturado de sangre. Muerto de miedo, las manos me temblaban mientras me quitaba las prendas con cuidado, y mis bragas ensangrentadas dejaron unos trazos en los muslos. Antes blancas, ahora eran de un terciopelo oscuro.

Respiraba de forma entrecortada, lo *justo* para que el aire entrara y saliera. Fui al baño y me limpié. Dejé las bragas carmesíes y bajé a la cocina.

—¿Linda?

Una pausa.

—¿Sí? —dijo con ese tono, su constante exasperación por mí.

Mi mente había abandonado el cuerpo, la boca actuó en piloto automático.

—Me he caído patinando y hay sangre en mi ropa interior.

No me compliqué mucho.

Ella se encogió de hombros. Se me paralizó la garganta, por miedo a que me regañara; no pude sacar más palabras. Como si estuviera hipnotizado, regresé al piso de arriba. Pero, al ver las pruebas, supe que aquello no era insignificante. Regresé con la ropa interior para enseñársela. Linda estaba en la cocina, entre la isla y el horno. Alcé las bragas con las dos manos. Aún recuerdo su cara cuando las vio, los ojos abiertos de par en par, una reacción incontrolable ante lo grotesco de ver la ropa interior de una niña empapada de sangre.

Se puso en marcha enseguida. Agarró el teléfono para llamar a mi padre, que por suerte ya estaba volviendo a casa. Subimos al coche y nos fuimos a un centro sanitario cercano. Yo iba en el asiento trasero y los observaba mientras intercambiaban susurros aterrorizados; de vez en cuando me miraban a mí y luego a la carretera.

Una doctora con largo cabello castaño me saludó con amabilidad; actuó con rapidez, pero conservando la calma. Yo me había deslizado en un sueño, flotaba, disociaba, un tanto mareado. A solas con la médica, me tumbé en la mesa de examinación, con la parte superior del cuerpo tapada y la inferior al descubierto. Sus manos enguantadas se movían mientras me hablaba, explicándome lo que iba a hacer a continuación mientras yo miraba las luces del techo y luego a ella, con la visión un poco borrosa, los ojos aún sin adaptarse. Empezó a meter el dedo en el interior de mi vagina y me hizo apretar los dientes, tensarme, contener la respiración. Me explicó lo que había pasado en detalle, pero lo único que recuerdo son las palabras «algo desgarrado» y la fría comprensión de que ese algo estaba en mi interior. Por suerte, el desgarro era lo *bastante* pequeño que se podía arreglar con una cinta adhesiva soluble, para evitar los puntos. La médica terminó y me devolvieron aturdido a Dennis y Linda.

Años después, me preocupaba que algo estuviera mal en mi vagina, posiblemente a causa de ese accidente. La idea me vino a los dieciséis, cuando salía con un chico encantador llamado Kenneth. Nos conocimos en el último curso de secundaria en el instituto Queen Elizabeth de Halifax.

Kenneth tocaba la guitarra y estaba en una banda. Actuaban en The Pavilion, una sala de conciertos accesible que hacía espectáculos para todas las edades, sobre todo conciertos de punk. Era un foso de *rock and roll* a rebosar de feromonas adolescentes. La casa de Kenneth estaba a quince minutos a pie o así del instituto. Practicaba con su banda en el sótano, con su hermano Skyler a la batería. Para mí era demasiado ruidoso, pero fingía que no. Ansiaba parecer guay.

Kenneth era majo, sensible y mono. Un rostro único, por sus pómulos sobresalientes y sus ojos eléctricos, con el pelo marrón oscuro revuelto. Íbamos a su casa sobre todo. Su madre, que me caía muy bien, no solía estar por allí y, si estaba, le daba igual lo que hiciéramos. Era simpática y nos hablaba a todos como si fuéramos seres humanos de verdad y no solo adolescentes. Para los adultos es muy fácil olvidar la plenitud de nuestra experiencia.

Nos enrollábamos en el piso superior. A mí no me gustaba, pero tampoco me importaba. Los besos, normalitos. Los roces sobre ropa, vale. Fingía correrme, no porque Kenneth fuera o dejara de ser fantástico en la cama, estoy seguro de que sería un amante desinteresado y generoso. Cuando intentamos mantener relaciones, su pene no entraba. Todo eso de estar «húmedo» era imposible. Lo intentábamos y parábamos, lo intentábamos y parábamos, lo intentábamos y parábamos y luego dejamos de intentarlo. Tuve suerte de estar con alguien tan encantador como él, o aquello habría acabado de un modo distinto.

Se me ocurrió que algo le habría pasado a mi vagina durante el incidente patinando, algo que

hacía que mi cuerpo negase la entrada. Todo el mundo hablaba sobre «hacerlo» y «enrollarse» y «virginidad» y «correrse» y yo no lo entendía. ¿También fingían?

Evité el sexo con chicos y suprimí mis flechazos reales y no correspondidos. Mi cerebro no comprendía que, simplemente, no estaba interesado, que no quería pasar por aquello, lo cual sería un sentimiento y una respuesta completamente apropiados.

Cuando entré en una clínica ginecológica por primera vez y conté la situación, la médica pensó que lo mejor era examinarme y hacerme una citología. Una estudiante de medicina residente la acompañaba y seguía y observaba todo el proceso. Con las piernas levantadas y bien extendidas, el frío espéculo de metal me abrió, separando el interior de mi vagina. La sensación me llenó de chispas, por la pelvis, por las entrañas, y el miedo se mezcló con la euforia. Nada de dolor, solo una nueva incomodidad para un cuerpo poco acostumbrado. Escarbó un poco por ahí, y aquella sensación novedosa hizo que me removiera. Me retorcía y paraba, me retorcía y paraba.

Me aseguró que a mi vagina no le pasaba nada malo. Todo bien. La respuesta fue frustrante en ese momento, no tenía nada a lo que echarle la culpa. Me senté y me tapé, pensando: *Quizá, si practico suficiente sexo, podré convencerme de que lo disfruto.*

Cuando mi visita inaugural a la ginecóloga estaba llegando a su fin, la estudiante de medicina me miró.

—Me gustaste mucho en *Hard Candy* —dijo.

Sonreí a pesar de la grima, dije «gracias» y «adiós», y me marché.

12
Roller derby

Cuando fui a mis primeros Óscar en 2008 por *Juno*, sentí lo cerca que estaba. No de ganar el premio, sino del final de esa campaña que había durado meses para promocionar la película. Todas las fiestas a las que asistí, las entrevistas en las que sonreí, alteré mi lenguaje corporal y mi voz, para seguir interpretando el papel que habían elegido por mí. Quería que terminase, no solo ese capítulo de mi vida, sino la actuación.

Cuando la temporada de premios concluyó, se suponía que debía rodar una película en Inglaterra. Estaba basada en un libro famoso y a mí me ficharon para el papel protagonista, que estaba siendo muy codiciado. Cada vez que se mencionaba el proyecto, mis agentes hablaban emocionados sobre esa oportunidad, compartían actualizaciones y nuevas ideas para el reparto. Yo me imaginaba con un traje de mujer de mediados del siglo XIX. El vestido, los zapatos, el pelo: todo pasaba ante mis ojos. Era demasiado después de haberme puesto la máscara para la temporada de premios. Entendí que, si lo hacía, querría suicidarme.

No fue fácil explicar a mis representantes que no podía aceptar el papel por la ropa. Un rostro se arrugaba y se ladeaba: «Pero si actúas». Las pruebas de vestuario para las películas me machacaban las entrañas, como espolones rasgándome los órganos. Pruebas para sesiones de fotos y estrenos… Caía en picado en una espiral hacia una profunda depresión, una ansiedad turbulenta. Las contorsiones subsiguientes superaban la capacidad del habla, y la insignificante cantidad de lo que podía comunicar solo reforzaba la luz de gas, ese tono de voz. ¿Sería lástima?

La ropa se pegaba a mis muslos, al pecho, se aferraba con rapidez como esas pulseras ajustables de los 90. Me encogía cuando la gente se iluminaba al verme en ropa femenina, como si hubiera conseguido un milagro. Nunca me olvidaré de las caras de alegría cuando me puse un ajustado vestido dorado en Cannes para el estreno de *X-Men 3*.

—¡Pero si estás preciosa!

—Tú sigue la corriente.

Era demasiado interpretar un papel en la pantalla cuando el que interpretaba en mi vida personal ya me ahogaba. Me obligué a desterrar la verdad por miedo al rechazo, pero me sentía abatido, atrapado en un disfraz sombrío. Una cáscara vacía, inútil. Y, como siempre, lo pagaba conmigo mismo, me obsesionaba con la comida, me golpeaba la cabeza con el puño. Como si aporrearme el cráneo fuera a sacar esa fuerza invisible que me atormentaba.

Acabé rechazando la película.

En vez de grabar esa, conseguí el papel de Bliss Cavendar en el debut de Drew Barrymore como directora, *Roller Girls*, sobre una chica de diecisiete años de un pequeño pueblo de Texas que se enamora del *roller derby*. Como no encaja con las expectativas de su madre (interpretada por la genial Marcia Gay Harden) y tras verse obligada a presentarse a concursos de belleza durante toda su infancia,

Bliss sueña con escapar de ahí. Miente a sus padres y se apunta a un equipo de *roller derby*. Ese mundillo la acepta, la apoya y anima a Babe Ruthless, el nombre de Bliss en *derby*, a ser ella misma, *su propia heroína*, como sugiere Maggie Mayhem, interpretada por la brillante Kristen Wiig.

Me identifiqué con Bliss, y mi aversión por el brillo de Hollywood no era rival para la afinidad que sentía una persona queer en el armario por aprender *roller derby*. Pasar meses sin grabar ni meterme en maquillaje y, en cambio, aprender un nuevo deporte dinámico fue un salvavidas. Siempre he sido atleta, pero había perdido gran parte de esa fuerza. Quería recuperar esa capacidad física, la echaba de menos en mi vida.

Sin embargo, aprender *roller derby* no era coser y cantar. Mi entrenadora, Axles of Evil (Alex Cohen, famosa presentadora de la NPR), era simpática y me animaba, pero también era dura como una piedra. Entrenamos en la antigua sede de las LA Derby Dolls. Una enorme fábrica antigua con el exterior de ladrillo blanco. El sonido de nuestras caídas retumbaba por el interior cavernoso. Al crecer en Canadá, he patinado sobre hielo muchas veces y esperaba que esto, junto con mis años de patinaje por la calle, me ayudase. Sí que vino bien, al menos en muchas ocasiones. La pista estaba inclinada, y entrar y salir fue todo un reto al principio. Me emocionaba al imaginarnos yendo a toda prisa para arriba y para abajo mientras nos empujaban con las caderas, nos hacían tropezar o nos tiraban al suelo. Estaba más que preparado para todo eso.

En esa época, aún salía con Paula y la idea de estar separados durante tanto tiempo resultaba agonizante. Pasaría la primavera aprendiendo *roller derby* y luego viajaría a Michigan a filmar la película durante el verano. Paula vivía en Nueva Escocia y no podía visitarme tan lejos por capricho. Yo iría sin cesar a Los Ángeles para trabajar con un entrenador cinco días a la semana y con Axles tres días. Los viajes rápidos a casa no serían posibles. Viajar a menudo para cortas visitas solo parecía incrementar mi soledad, el estrés y la tristeza.

Los Ángeles seguía siendo, en general, un nuevo paisaje y no dejaba de sentirme atrapado. La soledad que experimenté durante esos meses de premios para *Juno* me perseguía, y un poco de ese sentimiento podía causar pánico. Pasé de ser una persona que ansiaba estar a solas a sentirme petrificado por ello. Resultaba humillante. Había llegado muy lejos y allí estaba yo, incompleto y sin poder funcionar.

Paula y yo decidimos que se vendría a vivir donde yo entrenaba. Llevábamos un año en esa relación, vivíamos juntos en Halifax y no quería tener que enfrentarme a la distancia otra vez. Ella trabajaría como mi ayudante, para no perder el sueldo, y me llevaría en coche a entrenar de día para luego recogerme. Regresaría a Nueva Escocia a finales del verano. Teníamos una perra llamada Patti por aquel entonces, una chihuahua blanca y marrón que Paula sacaba en unos paseos reticentes mientras yo entrenaba. A Patti no le gustaba este mundo, solo le interesábamos Paula y yo. Estaba feliz con vivir acurrucada en nuestros regazos para siempre y gruñir a cualquiera que se acercase. La queríamos, pero estaba claro que había tenido un pasado difícil. Con Paula como mi ayudante podríamos ir por el mundo sin que nadie se enterase.

Podemos mantenerlo en secreto y seguir juntas. Funcionará, intenté convencerme.

Nos quedamos en una casa ridícula en una colina al norte de Hollywood, cerca de la 101. Ninguno de los dos había vivido en un lugar así. Era una locura arquitectónica, todo riesgos y formas, llamativo y moderno con ese aspecto brillante como sacado de un reportaje de la revista *Dwell.* O sacado de una película sobre una pareja en el armario que llega a Hollywood y se encuentra con un

entorno impecable; ahora solo falta que se desarrolle todo el drama.

Pasé de volar por la pista de *derby* a que me costara motivarme en casa. El párrafo de un libro resultaba difícil de leer. Nada de lo que había disfrutado antes me estimulaba. Fingía, pero, en realidad, me sentía muerto por dentro. Estaba abrumado por la fama adquirida de la noche a la mañana, por el hecho de que me reconocían sin cesar. Lo odiaba. La gente se acercaba, alegre y emocionada por conocer a Juno, mientras yo quería esconderme en un agujero y no volver a salir. Los *paparazzi* nos esperaban fuera del veterinario cuando salíamos con Patti, que se había puesto muy enferma. Nos siguieron dentro del supermercado Whole Foods. En otra ocasión, una mujer en un Honda blanco nos siguió durante casi todo el día para sacarnos fotos. Todo esto siempre me dejaba con una idea ansiosa: *¿Saben que estamos juntos?* No quería salir nunca de casa y Paula estaba atrapada conmigo, porque no conocía a nadie en Los Ángeles.

Paula se resintió por estar tan metido en el armario aquí. Y, durante nuestras peleas, no podía evitar ponerme a la defensiva y sacar el tema de que ella no se lo había dicho a su familia. No parecía justo que yo tuviera que lidiar con todo el peso de la culpa. Al menos estaba intentando que las cosas funcionasen, encontrar una forma de estar juntos. En Nueva Escocia, aunque vivíamos en el mismo piso de una habitación, sus padres no pensaban que éramos pareja. Y eso que los veíamos todo el rato. Yo estaba siempre por su casa. Sus padres eran muy simpáticos, pero también muy homófobos. Eran religiosos y las cosas no cambian de la noche a la mañana, sobre todo con la Biblia de por medio. Y sí, mi madre *lo sabía*, pero se sentía decepcionada y su tristeza surgía de esa misma fuente sagrada. Sin embargo, al final mi madre empezó a cambiar, sus antiguas narrativas empezaron a derrumbarse para dar espacio a otras nuevas. Cuando anuncié que era lesbiana, Paula les enseñó a sus padres mi discurso en la conferencia de Human Rights Campaign. Su padre se levantó y salió de la habitación, y su madre la miró y le preguntó: «¿Tú sabías que Ellen era lesbiana?».

En Los Ángeles, peleábamos por ver quién estaba más en el armario. Pero lo cierto es que Paula lo tenía peor. Yo lo negaba todo, desesperado por hacer que nuestra relación funcionara. El tema de su familia era algo manejable, aunque doliese. El partido de béisbol que era Hollywood era otra historia, lleno de normas confusas que cambiaban sin cesar. Y yo había cambiado. Allí era diferente, ella no. A mí me decían que mintiera y me escondiera. Me sorprendía ver a actores cisheteros interpretar personajes queer y trans y que los adoraran por ello. Nominaciones, premios, gente que exclamaba: «¡Qué valiente!».

«Mantén tu vida personal privada, es lo que les digo a *todos* mis clientes», me dijo mi mánager, mientras esos mismos clientes salían a la alfombra roja con su cónyuge o se declaraban heterosexuales en una entrevista. Ir por la calle agarrados del brazo y aparecer en las fotos de los *paparazzi* era un fenómeno natural, incluso se animaba a hacerlo por la publicidad. Siempre sentía presión por aparentar más femineidad: vestidos para los eventos, tacones altos, «quítate el sombrero». Ese fue el intento de mi mánager para ayudar a construir mi carrera. En su corazón, me estaba cuidando, me entrenaba para cambiar y formar parte del club, se aseguraba de que tuviera todas las oportunidades disponibles para mí. Me perdí en el papel, sin poder meterme del todo en el personaje pero perdiéndome también en el camino. Estaba atrapado en el espacio liminal.

Hollywood está construido para aprovecharse de lo queer. Para esconderlo cuando es necesario, para sacarlo cuando les beneficia y luego darse palmaditas en la espalda. Hollywood no lidera, solo responde, solo sigue, despacio y muy por detrás. La profundidad de ese armario, el cofre de secretos

enterrado, la indiferencia a las consecuencias. Me castigaron por ser queer mientras observaba cómo protegían y celebraban a otros, gente que abusaba alegremente de otras personas en abierto.

«El sistema está retorcido para que la crueldad parezca normativa y habitual y que el deseo de hacer frente y revocarla sea extraño», escribe Sarah Schulman en su libro, de obligatoria lectura, *Ties That Bind: Familial Homophobia and Its Consequences.*

Mi relación con Paula estaba en medio del fuego cruzado y yo no sabía cómo hacer que funcionara.

Estar en el armario mientras aprendía *roller derby* fue una ironía especial, ya que lo queer está muy relacionado con ese deporte, pero lanzarme a aprender una nueva habilidad me ofreció una alegría muy necesitada en esa época de mi vida.

Drew también estaba aprendiendo *roller derby* cuando no se dedicaba a la preproducción de la película, y nos lo pasamos genial juntos. Se había unido más gente, la sensacional Zoë Bell, que aprendió en lo que a mí me parecieron cinco minutos. Era intrépida y muy divertida, siempre feliz y llena de generosidad. Recorríamos la pista a toda velocidad, haciendo carreras y chocando y riendo y cayendo y levantándonos de nuevo. De hecho, lo de caerse era lo que nos quitaba el miedo. Después de unas cuantas caídas, te dabas cuenta de que no era para tanto, de que la protección funcionaba, de que podías con ello.

Juliette Lewis subió a bordo del proyecto y, poco después, Eve y Kristen Wiig. Todo el mundo se lo curró mucho. Estábamos muy centrados y nos apoyábamos. Aprender algo nuevo juntos, sobre todo algo tan difícil como el *derby*, nos permitió crear lazos con rapidez. Se estableció una química palpable que se percibe en la película. Fuimos un grupo estupendo. Doy gracias por esos momentos.

Cuando ya fuimos bastante capaces, las Derby Dolls se unieron a nuestros entrenamientos para añadir más cuerpos y vivir esa sensación de apelotonamiento real. Los partidos amistosos con ellas eran terroríficos. La primera vez que las estrellas del *derby* en la vida real vinieron a practicar con nosotros, me temblaban las manos mientras me ataba los patines. Recorrer esa pista había sido duro y, ahora, mujeres el doble de grandes que yo vendrían a por mí con sus caderas. Esperaba que el casco y el protector bucal ocultaran mi miedo. No había tiempo para pensar. Giramos y aplastamos y, a medida que los nervios se disipaban, la emoción tomó las riendas. Jugar con ellas mejoró muchísimo mis habilidades. En cuanto decides confiar en tus pies y dejas de mirar hacia abajo, al fin empiezas a fluir. Pasas de pensar a actuar por instinto. Qué oportunidad tan especial para abordar los miedos con más gente (algo desconocido para mí en ese momento), para ver cómo el esfuerzo vale la pena y cómo se crea la camaradería. Pero, a pesar de la cercanía y la confianza, tardaría en compartir con ellas que Paula era algo más que mi amiga y mi ayudante. Aunque ya se lo imaginaban.

A principios de verano nos mudamos a Michigan para rodar la película. Transcurría en Texas, pero se grabó sobre todo en Detroit, Ann Arbor, Ypsilanti y Frankenmuth, con tan solo un par de días en Austin, Texas.

Contrataron a más gente y el entrenamiento prosiguió. Los días arrancaban con clases alternas de yoga y ejercicios de calistenia. Era algo íntimo, todos estábamos totalmente comprometidos, compartíamos risas y cansancio, pero lo pasábamos bien. Sin embargo, yo me sentía diferente por naturaleza; ¿quizá me recordaba a los días de fútbol en el instituto? No solo por mi físico diferente, sino también por mi energía. A pesar de que siempre me invitaban, rondaba por los márgenes sin poder conectar por completo.

Tras pasarnos el día grabando en patines y acabar molidos, Kristen y yo solíamos trabajar entre una toma y otra en un musical que habíamos creado de forma espontánea titulado *La bestia sin identificar.* Estaba basado en un artículo que vimos en internet sobre una criatura desconocida que había aparecido en las costas de Montauk. Hablaban de ella como «la bestia sin identificar». Gesticulábamos con dramatismo mientras patinábamos, delirando por el cansancio. Nuestra frase especial era bastante directa: «¡La bestia sin identificaaaaaaarrrrrrr!», gritábamos con los brazos al aire. No nos cansábamos de ella. Al menos nosotros; quizá el resto del equipo no opinaba lo mismo.

* * *

No siempre hemos mantenido el contacto, pero en ciertos momentos significativos, cuando de verdad necesitaba a alguien, Kristen siempre estaba ahí. Lo ilumina todo. La primera vez que empecé a comunicar que no estaba bien a gente de Los Ángeles fue a Kristen y a Alia Shawkat, que interpreta a Pash, la mejor amiga de Bliss. Salió por accidente, las palabras surgieron sin más. Estaba con ellas en una fiesta en la casa de Drew en Hollywood, meses después de haber terminado la película.

Estábamos de pie conversando. Ellas hablaban emocionadas. Yo me sentía perdido en el espacio, disociaba. Era una época en la que casi no salía de mi piso, e incluso allí no podía funcionar con normalidad. Encendía el televisor y me tumbaba en el sofá, pero sin ver nada. Me obsesionaba con la comida. Tenía demasiado miedo para escribir a algún amigo y hacer planes, como si mi presencia fuera una carga interminable. Me hundía a cámara lenta, como una pesadilla en la que quieres gritar pero no te sale nada. Con la boca abierta, los labios separados, con ganas de desgañitarte, lo intentas de nuevo y… silencio. Y allá vas.

Miré a esas dos personas tan maravillosas. Había conocido a Alia cuando leí tras las cámaras durante su audición. Ya era su fan tras haber visto *Arrested Development*, y su presencia me impresionó incluso más. Sincera, arriesgada y con un humor natural, parecía hacerlo todo sin esfuerzo. Nuestra química se desató, juguetona y libre de inmediato. Alia se convirtió en una de mis mejores amigas en la vida real.

—Soy infeliz.

Fue como si lo dijera otra persona. Un nuevo invitado sobre mi hombro.

—¿Qué? —dijeron. Su atención se centró en mí.

Y lo solté todo. Sufría, el armario era demasiado, mi relación se derrumbaba, no podía salir de casa. Creía que era inalcanzable huir de ese armario. Impensable la idea de estar donde estoy ahora. Me habría reído y rechazado la sugerencia por completo, lo de que este pudiera ser un futuro posible para mí. No sé por qué mis sentimientos surgieron en ese momento. Sí que sé que confiaba en ellas, que me sentía cuidado y protegido, que nunca me juzgarían. Con Kristen y Alia podía ser yo mismo, o al menos trabajar para serlo. Apoyaban mi verdad, me ayudaban a quitar la mierda que la cubría para que fuera libre. Pero, a pesar del deseo de la gente de ayudar, tardaría mucho tiempo en conseguirlo. Falsos finales y falsos inicios en los que me engañaba a mí mismo justificaban la supresión y las autolesiones. Recompensado por mentir y castigado por compartir el secreto.

—Puedes elegir entre irte o quedarte. Pero esta es mi realidad, mi vida, y nunca podré salir del armario. No sé qué más decir —le dije a Paula en mi estudio de Hancock Park, mi primera casa en Los Ángeles después de haberme mudado oficialmente.

Lo creía de verdad. Y, un par de años más tarde, sentiría lo mismo.

La ansiedad nunca había menguado. Perdía peso, los ataques de pánico me impedían salir de casa. Gran parte de los días no sentía que fuera seguro conducir. Mi falta de motivación era alarmante, mis nulos deseos demasiado grandes. Fue mi mánager quien me buscó a la primera terapeuta de verdad, una presentación que me salvó la vida.

—Tenemos que llevarte a un punto en el que puedas salir del armario —me dijo la nueva terapeuta a los veintitrés años.

—No, eso es imposible —respondí sin pensar. Las palabras me atravesaron los labios con tanta naturalidad como mi forma queer de andar.

Cuando surgía la cuestión del género, no podía hablar, solo lloraba. Era un tema demasiado candente. Tardaría una década en abordarlo como es debido, hasta que pude sentarme conmigo mismo el tiempo suficiente para escuchar. Hasta que me llevaron a un extremo en el que no me quedó otra opción. La última bifurcación del camino.

13
Cubos

Cuando el rodaje de *Roller Girls* llegaba a su fin, la idea de romper esa burbuja y regresar a Los Ángeles con Paula me alteraba. Quería alejarme todo lo posible de Hollywood.

Me había obsesionado con el estado de nuestro medioambiente y el impacto catastrófico de nuestras acciones. Cuanto más me afianzaba en Hollywood, más viajaba por el mundo por temas de trabajo y me quedaba en hoteles lujosos, donde tiraba las toallas en la bañera para que las lavaran.

Busqué por internet un sitio al que pudiera ir a aprender sobre vida sostenible, ya que quería saber lo que implicaba que los seres humanos existieran en sincronía con el entorno natural. Encontré un lugar a las afueras de Eugene, Oregón, llamado Lost Valley. Así lo describían en la página web: «Lost Valley es un centro de aprendizaje para enseñar a jóvenes y adultos la aplicación práctica de distintas habilidades vitales sostenibles. Empleamos un acercamiento holístico a la educación sostenible para que el alumnado aprenda sobre crecimiento económico, social y personal».

Al examinar los distintos programas, me decanté por el curso certificado de permacultura. Paula planeaba venir también. Pasaríamos un mes viviendo y aprendiendo en una comunidad llena de propósito, muy lejos del mundo del cine; allí podría vestirme como quisiera.

Una semana antes de irnos a Oregón, Paula decidió no venir. No quería estar un mes fuera. Regresaría a casa, le apetecía volver a Halifax, a ese bienestar, a la comunidad y la familiaridad. Me había seguido y acompañado durante una temporada, sin tomar sus propias decisiones de verdad. Se había marchado de una tierra a la que quería regresar.

La idea de ir a Lost Valley sin ella me llenó de temor. Estaría solo, me adentraría en una situación llena de completos desconocidos. Ir a solas a un lugar extraño era una cosa, pero en esa nueva realidad en la que me encontraba, donde gente a la que nunca había conocido conocía mi identidad, añadía una capa extra a la ansiedad y la incomodidad que no sabía cómo superar. Lost Valley, el curso, el espacio, el tiempo desconectado de mi vida actual; ansiaba todo eso, quería superar mis miedos absurdos e ir.

«Suelo decir que siempre llevo las llaves en el bolsillo —explicó Drew—. Si no estoy segura de algo, si dudo o tengo miedo, me recuerdo que tengo las llaves en el bolsillo y que puedo marcharme cuando quiera. Puedes *marcharte* sin más».

Una sugerencia bastante directa, pero una que no había considerado. Hoy en día sigo repitiéndome esto y me ayuda.

Volé a Portland, donde cambié de avión y seguí hasta Eugene. Llegué el día de antes, así que me quedé en un motel. Sentía menos nervios al terminar el viaje, pero el estrés retornó y la ansiedad social aumentó aunque estuviera a solas. Me derrumbé en la cama, la manta superior me arañó los codos. Agarré el mando a distancia, rodé y encendí el televisor. Ponían *E. T., el extraterrestre.* Sonreí y casi guiñé un ojo, como si dijera: *Te he oído*. Me encanta la sincronicidad; da igual lo que signifique, que yo

me fijo y me dejo llevar.

E. T. es una de mis películas favoritas de toda la vida, hasta tengo tatuado *teléfono casa* en el brazo. La veo como una vez al año, y siempre lloro a moco tendido. De pequeño deseaba con todas mis fuerzas ser Elliott. Para mi primer Halloween después de anunciar que era trans, me puse una sudadera roja; justo tenía unas zapatillas parecidas a las de la película. Me disfracé de Elliott, salí a las calles de Manhattan con unos amigos y tuve el mejor Halloween de mi vida. Los deseos se pueden cumplir.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, el ambiente estaba húmedo, la niebla merodeaba en silencio. Lo absorbí todo. No llevaba demasiadas cosas. Tras haber viajado un mes por Europa del Este con tan solo una mochila, había aprendido a simplificar el equipaje. El taxi llegó, metí la bolsa en el asiento trasero y subí.

Era la primera vez que visitaba Oregón. Miré por la ventanilla mientras íbamos por la autopista; desde *E. T.*, los nervios habían disminuido, por suerte. Pasamos junto a iglesias, gasolineras, zonas de riego y talleres. Me recordó a Nueva Escocia, por ese aire rural que enseguida me traslada a casa. El conductor giró a la derecha en Rattlesnake Road. Descendimos a un nuevo mundo. El bosque nos engulló, como en eslalon. Árboles, todo árboles, con riachuelos que fluían y se juntaban y se separaban. Giró de nuevo a la derecha en Lost Valley Lane. Le di las gracias y me despedí cuando me dejó a los pies de la propiedad.

La gente me dio la bienvenida con grandes sonrisas y miradas cálidas. Me llevaron a donde viviría, un edificio que había sido la residencia solo para chicos de un campamento de verano que existió antes allí. Las literas de madera estaban separadas por unas paredes finas que no llegaban hasta el techo. Junto a la litera inferior había una mesilla de noche y, en vez de puertas, colgaban unas cortinas. Desempaqué la bolsa y dejé allí el móvil apagado. Compartíamos el baño. No usábamos el retrete para mear, solo para hacer caca. Orinábamos en un cubo junto al retrete lleno de serrín (fuente de carbono) para reducir el olor. Cuando inevitablemente el olor se hacía notar, sacábamos el cubo y lo echábamos en el enorme compost de fuera. La orina es una fuente de nitrógeno excelente. También puedes compostar los excrementos, pero es un pelín más complicado y requiere más planificación.

A lo largo del día llegaron otros estudiantes para el curso. Todos nos presentamos para conocernos. La gente procedía desde Oregón hasta Malasia, desde Corea del Sur hasta Indiana y Nueva Escocia. Éramos cerca de una docena. Lost Valley tenía una comunidad permanente que abarcaba unas dos decenas de personas en esa época. Nunca había estado en un «ecopueblo», y era, en muchos sentidos, justo como me lo imaginaba. Biodiverso, con espesos huertos que se enroscaban y se alargaban y se superponían. Nada de monocultivos. Producían más comida de la que había pensado, ese espacio compacto generaba una gran abundancia. Distintas plantas trabajaban juntas, se cuidaban. Las gallinas correteaban en su gallinero, picoteaban el compost que les lanzaban para comer, comían y escarbaban y rascaban y cagaban hasta que movían el gallinero a unos metros de distancia, a una nueva localización, tras dejar el suelo de abajo fresco y maduro. Así se cerraba el ciclo.

La comida de Lost Valley procedía sobre todo de la propiedad o de por allí cerca. La frescura, los colores, los olores… Era como vivir en el mercado de Halifax. Esas verduras son de las mejores que he probado. Un bocado de calabaza japonesa me obligó a cerrar los ojos, sin palabras, con la boca salivando por el ajo tostado del huerto que había aplastado con el tenedor… El sabor terrenal se derritió en mi boca, la llenó. Fui paciente hasta que se suavizó. Nutriente en todos los sentidos, recogido a treinta metros de distancia. Notaba que cada célula de mi cuerpo gritaba GRACIAS cuando

comía esos productos. Antes de cenar esa primera noche (y en cada comida y cena de después), formamos un círculo alrededor de la comida, nos dimos la mano y cerramos los ojos. Disfrutamos del momento, unidos como grupo para expresar nuestra gratitud, nuestra apreciación de los demás, de la tierra, de la suerte que teníamos de sentarnos y consumir esas plantas y granos y agua vitales. Era un momento para respirar, para conectar con la tierra, para recordar. Algo fácil de desdeñar, pero a mí me gustó de verdad. Algo parecido a bendecir la mesa, pero diferente. Me dije que mantendría el ritual, pero es triste con qué facilidad se desvanecen este tipo de epifanías cuando regresas a la sociedad.

Estaba cómodo. Nadie parecía impresionado por todo el tema de *Juno*. En cualquier caso, supuse que les caería peor por mi trabajo y que, por tanto, no les interesaría. Hollywood no va de la mano con la permacultura. Pero la primera noche, después de cenar y de pasar tiempo conociéndonos, alguien puso música. «Anyone Else but You», de The Moldy Peaches, la canción con la que termina *Juno*, sonó por los altavoces. Sentí una chispa de vergüenza y apreté sin darme cuenta los párpados. Tenía tantas ganas de escapar de aquello, de esa época, de cómo la gente me percibía, pero quizá había que romper el hielo. Hablamos un poco de la película y luego un poco más sobre actuar, y eso fue todo. Podía ser yo mismo, significase lo que significase en ese momento.

El grupo estaba lleno de gente cálida, comprensiva y apasionada que se preocupaba por la Tierra y nuestro futuro colectivo. En mi círculo de amigos de Los Ángeles, nadie me hacía caso cuando hablaba de esos problemas o cuando les compraba libros que nunca leían. Se reían de mí en plan: «Qué dramático», si les comentaba la explotación de recursos, la crisis climática, lo rápido que iba a llegar todo, cómo afectaría primero a los más vulnerables, cómo las consecuencias serían impensables, el inminente colapso de nuestra sociedad y nuestro papel en ella.

«Creo que estás exagerando» era una respuesta frecuente.

«Hippie lesbiana», respondió una persona.

Me frustraba sentirme ignorado y desalentado por la falta de preocupación y empatía. La opulencia exhortaba al privilegio, y el privilegio requería ignorancia. Pero mi sentido de la justicia y mi criterio eran una forma de aliviar mi propia culpa, por toda mi vida de consumo innecesario en Los Ángeles.

Resultaba estimulante estar en Lost Valley, sumergirse en esas ricas conversaciones, en un objetivo común, para adquirir conocimiento, humildad. Tuve mucha suerte, la mayoría de la gente no puede pasar un mes sin trabajar para ir a Oregón a hacer un curso.

Siempre me despertaba con el sol. Los gallos hacían sonar su alarma, un coro de pájaros e insectos cantaban durante mi despertar confuso hacia la conciencia. Dormía en la litera de abajo, sin nadie arriba. Era en general una de las primeras personas en levantarse, así que me cambiaba e iba de puntillas al baño. Me agachaba para mear en el cubo, quizá necesitaría el retrete después del café. Me lavaba las manos y la cara, no había espejo en el que mirarme ni una persona que me viera; era un descanso de la molestia de los reflejos. El desayuno era la única comida del día sin un círculo de gente antes. Así cada cual podía tomarse su tiempo para levantarse, estar en silencio si lo necesitaba. A mí me gustaba irme a un rincón, quizá a la pequeña biblioteca, para estar a solas con mis gachas y una manzana; un poco de tranquilidad antes del barullo. El día solía comenzar en el aula. Estudiábamos de todo, desde sistemas de aguas residuales hasta captación de agua y diseño de huertos, desde compostaje hasta tinturas medicinales, desde fermentación hasta la construcción de una cabaña de cob, etcétera, etcétera. La cantidad de información era abrumadora o, mejor, me abrumaba lo poco que sabía. Me

pareció triste. *Ya debería saber todo esto.* Y, sin embargo, habían moldeado e introducido mi mente en un sistema que nos enferma mientras nosotros enfermamos al planeta.

La realidad es que me había beneficiado de ello, pero aprender todo ese nuevo material fue como si renunciase a la influencia que tenía la sociedad sobre mí. Había pasado una gran cantidad de tiempo intentando entrar en el sistema, aunque mi cuerpo lo rechazara. Tan distanciado de mí mismo y del mundo que me rodeaba, aquello me ancló a la tierra, me dio esperanza.

Ningún complejo de escasez o ilusión de un crecimiento constante y lineal. Una forma auténtica de observar, de preocuparse y relacionarse con el mundo. Allí había un espacio para soñar más allá de uno mismo, con ideales que no parecían muy distintos a lo que habíamos aprendido en primaria: sé amable, colabora, cuida de la tierra, comparte. Conceptos que no se llevan bien con nuestro sistema capitalista, esos que nos obligan a olvidar.

Estudiamos los principios de la permacultura, un término acuñado en los años 70, el resultado de combinar las palabras *permanente* y *agricultura.* Las premisas básicas de cultivar una relación regenerativa y recíproca con la naturaleza derivan de la ciencia y la sabiduría indígenas. La permacultura ilustra nuestra interconexión y cómo podemos vivir junto con la tierra y los ciclos naturales de nuestro planeta. En esencia: bajar el ritmo, observar, escuchar y presenciar lo que está ocurriendo. Dejar que el paisaje te diga *a ti* lo que hacer, tomar decisiones significativas o ajustarse, en vez de imponer tus ideas o expectativas. Respirar hondo y alinearse. La naturaleza se toma su tiempo, igual que nuestro crecimiento. Si podemos percibir el impacto de nuestras acciones, quizá podremos tomar decisiones mejores basadas en esas observaciones. Trabaja *con* los ciclos, no en su contra. La permacultura habla sobre cerrar el círculo. Produce sin malgastar. Nuestras acciones se reflejan en el planeta. Y, como seres humanos, ¿cómo podemos aprovechar y almacenar nuestra energía de forma individual? ¿Cuál es la mejor forma de protegerla, de aceptarla y compartirla, de seguir el ciclo?

Al tercer día, una última persona llegó tarde al curso. Había pasado un mes o así en Lost Valley antes del inicio del programa. Percibí la alegría que provocaba su regreso. Había llegado al principio con un grupo de WWOOFers, de Worldwide Opportunities on Organic Farms, una organización comunitaria que se creó en 1971 y sirve de enlace entre los voluntarios y las granjas anfitrionas. Todos habían viajado por el país desde Nueva York en un autobús escolar a biodiésel. El chico se había marchado de Lost Valley para quedarse en Portland con sus compañeros WWOOFers, pero decidió despedirse, regresar al sur y apuntarse al curso.

Sentí una conexión entre los dos. Al verlo fue como una versión del amor a primera vista. Ian era de estatura pequeña, pero tenía una presencia grande, un encanto efusivo y una mirada cómplice. Un gorro de lana le coronaba la cabeza y ocultaba el moño que contenía su enorme melena roja; suelta, le llegaba hasta el culo. Gesticulaba al hablar y sus movimientos eran inconfundibles, frenéticos y rebosantes de emotividad. Su lenguaje era ingenioso, agudo y picante. No podía dejar de reírme. Me sentí atraído hacia él, algo en nosotros ya estaba unido, aunque deberíamos desenredarlo un poco para poder acercarnos.

—¿Quieres venir conmigo a Portland este fin de semana? —le pregunté de improviso.

Estábamos juntos en la sala de informática para investigar sobre cómo la gente conseguía usar los principios de la permacultura en zonas con mucha población. Quería buscar y visitar ejemplos de permacultura urbana. También quería ver a una mujer de la que me había prendado.

—Claro, cuenta conmigo —respondió Ian.

Alquilé un sedán blanco y allá nos fuimos. Ian y yo apenas nos conocíamos, pero dio igual. Existíamos bien juntos, mediante un acuerdo tácito de saltarnos las tonterías y lanzarnos de pleno al meollo.

Nuestro amor y nuestra amistad se solidificaron en ese viaje, el coche nos animó a compartir cierta intimidad, sin forzarnos. Aún no habíamos empezado a conocer nuestros traumas, pero, al hablar, comenzamos a distinguirlos. Fue la primera vez que me sentí unido a alguien con tanta fiereza, alguien que entendía una vergüenza en concreto. Hablamos de semejanzas en nuestra infancia, de familias, amores sin corresponder, pueblos natales; aunque formábamos parte de dos sistemas muy distintos, algo sobre nuestra niñez nos conectaba, una redondez y un sufrimiento similar. Fue como si entrásemos en un campo de dolor, sí, pero uno lleno de camaradería y sanación. Conocerlo me alteró en esa época. Me sentía respaldado y visto, podía bajar la guardia, relajarme; allí tenía a un amigo de verdad.

Los dos estábamos en un espacio de no solo necesitar un respiro, sino también de encontrar una forma nueva de ver las cosas. Buscábamos consuelo, pero también nos apoyábamos en la incomodidad. Nos arriesgábamos a descansar y ansiar una comunidad que estuviera conectada a nuestra identidad queer, y para ello escarbábamos por todas nuestras capas para buscarla. Anhelábamos un cambio de paradigma de otros mundos y necesitábamos otros ojos que no nos ciñeran a viejas narrativas.

Al llegar a Portland, nuestra primera parada fue para conocer a una mujer que había convertido su pequeña casa Craftsman, situada en una propiedad compacta, en un paraíso de la permacultura. No producía nada de basura y la lista de las plantas perennes comestibles que crecían en su huerto era espectacular. Criaba gallinas y conejos, recogía agua del ambiente y tenía un sistema de aguas residuales. Hasta había una morera para gusanos de seda. Nunca había visto nada igual. Nos enseñó la casa para explicarnos cómo compostaba sus excrementos. La orina iba en un cubo, la mierda en otro y, si lo estoy recordando bien, rotaba dos veces al año entre los dos cubos de compost, para cerrar uno durante seis meses y que la naturaleza hiciera su mágica química y transformase los residuos en una tierra fresca y fértil que permitiera cultivar cosas nuevas. Su sótano estaba lleno hasta arriba, con jarras sobre jarras de comida en conserva. Era magnífico.

Nunca había estado en Portland y no sabía dónde alojarnos. Fue la excusa perfecta para escribirle a la chica que me gustaba y pedirle sugerencias. Nos registramos en un hotel, dejamos las mochilas y nos tumbamos en la única cama de matrimonio. *Es mono*, pensé mientras observaba a Ian y me preguntaba en qué estaba pensando. Sentía como una especie de atracción, sí, aunque predominaba la curiosidad. Es raro cómo la cercanía inmediata a menudo confunde las dos cosas.

Fuimos a una vinoteca para reunirnos con esa chica y su pareja. Nos sentamos en una mesa alta junto a la ventana. La miré desde el otro lado de la mesa, los ojos fijos en ella. Era brillante, graciosa, polifacética y sexy, y me fascinaba su boca desde que había visto de forma compulsiva el videoclip de «Entertain», de Sleater-Kinney.

Había conocido a Carrie Brownstein en la fiesta posterior de *Saturday Night Live* cuando fui en 2008. Sleater-Kinney siempre ha sido uno de mis grupos de música favoritos. Con dieciséis años, cuando volvía de clase y antes de que mi madre regresara a casa, me quitaba la ropa hasta quedarme con el sujetador deportivo y las bragas, bajaba las persianas y ponía el CD *The Woods* en el estéreo de mi madre en el salón. Me encantaba la portada: un bosque que crece a través del suelo de un teatro, con cortinas rojas y pesadas alrededor del escenario de madera, abiertas prácticamente del todo. Le

daba al *play* y subía y subía y subía el volumen. En cuanto sonaba la batería (con Janet Weiss arrastrándote como una ola), mi cuerpo caía, subía y se balanceaba. Entraba en un mundo distinto.

On the day the duck was born
The fox was watching all along he said
Land ho!
*Land ho!*********

La voz de Corin Tucker, su bramido gutural como de otro mundo, me impulsaba a bailar, mover la cabeza, hacer saltos de tijera, un popurrí. Iba a todo gas durante el disco, no paraba, me movía sin cesar por la casa, con las extremidades extendidas, estirándome, soltando energía, frenético. Sudando, me dejaba caer al suelo, hacía veinte flexiones, subía corriendo las escaleras, las bajaba, más flexiones. «Entertain» es mi canción favorita de Sleater-Kinney, la voz de Carrie, ese aullido tan singular, me motivaba, me enviaba a otro lugar, lo sentía en los huesos.

Hey! You look around they are lying to you!
They are lying, ha, they are lying!
Can't you see it is just a silly ruse?
They are lying, I am lying too!
And all you want is entertainment,
*Rip me open, it's so freeing, yeah*********

Hacía eso prácticamente todos los días cuando llegaba a casa del instituto. Alternaba entre *The Woods*, de Sleater-Kinney, con algunos CD de Peaches; a esos los escuchaba más, como un pequeño queer muy mono. Aislado, tenía el espacio para liberarme, para sacarlo del cuerpo, para intentar iniciar una conexión. A falta de una palabra mejor, parecía algo espiritual. La música me abrazaba mientras iba libre por la casa.

En el piso de arriba, hacía una parada técnica en el dormitorio de mi madre. A la izquierda de su cama había un espejo de cuerpo entero. Me observaba en ropa interior y sujetador deportivo, con el flequillo pegajoso por el sudor. Giraba el cuerpo hacia la derecha mientras ladeaba la cabeza a la izquierda, interrogaba mi perfil, siempre sorprendido. Respiraba y se hinchaban; las pobres siempre asfixiadas.

Carrie y yo nos hicimos buenos amigos, y seguimos siéndolo. Nuestra vergüenza en esa época nos unía, reconocíamos el dolor y el conflicto interno. Nuestro odio a nosotros mismos nos acercaba.

«Cada persona respetable se odia a sí misma», dijo Carrie en una ocasión, y me hizo reír.

Con miedo a salir del armario y resentidos por el deseo privilegiado de comunicar lo que éramos, nos presionábamos no solo cuando no estábamos listos, sino antes incluso de saber qué decir. Existe cierta alegría al saber que al final llegó el amor. Nuestro vínculo pasó de la vergüenza a la sanación.

No apartaba la mirada de Carrie hasta que era necesario. Con copas de vino vacías sobre la mesa, observaba su boca mientras tomaba el último trago.

Esa noche, Ian y yo dormimos profundamente. Dormir en la misma cama no suscitó ningún problema o incomodidad. Al día siguiente, fuimos en coche hasta una pequeña comunidad de

personas que habían sido sintecho en el pasado. Entre las donaciones de las ferreterías y la participación voluntaria, el espacio parecía prosperar, con la permacultura como uno de los focos principales. Les dejaban madera y suministros para construir casas minúsculas. La comida crecía por todo el terreno, los tanques para recoger agua se alzaban bien altos, el compost tenía su rincón. Tuvimos la suerte de que nos dieran la bienvenida, de que compartieran la evolución de la comunidad con nosotros, de ver cómo usaban los principios de la permacultura.

Ian inspiró un nuevo sentido de la poesía en mí, me dio fuerzas para abrir el corazón, para anclarme a la tierra de formas que no sabía que necesitaba. Hablamos de arte y literatura que yo aún no conocía. Quería devorar información a través de los libros y siempre buscaba recomendaciones, desde Bill McKibben hasta Daviz Suzuki y Naomi Klein. En secundaria, creí que iría a la universidad y pensé en pedir plaza en la Universidad de Toronto. Sin embargo, no sabía lo que quería estudiar, y mi falta de claridad significaba que debería intentarlo. Pero unas semanas más tarde conseguí un papel en *X-Men*, mi primer trabajo en más de un año, y ese fue el trampolín para no dejar de trabajar. Disfrutaba mucho de aprender… Bueno, solo si era algo que me interesaba, si no, era cabezota. Quería que expusieran mi ignorancia, que nuevas perspectivas ocuparan el lugar de las narrativas dominantes con las que había crecido, basadas en la intolerancia y el supremacismo blanco. Como no fui a la universidad después de graduarme, devoraba libros, casi siempre de no ficción. No quería dejar de crecer y expandirme, y tenía miedo de encallarme. Incluso ahora quiero crecer y recordar que debo dejar a un lado mi arrogancia, porque siempre hay algo que aprender.

Al final de nuestro viaje, entramos en una tienda de música para comprar un CD para el viaje de vuelta. Tenían esos puestos que te permitían catar un adelanto de los nuevos lanzamientos. Me puse esos cascos enormes tan chulos para escuchar «Fireheads», del disco *Me and Armini* de Emilíana Torrini.

Somebody's got a long way to go.
You're not sitting by the phone no more.
You're gonna throw it away, crash it on a rock.
*Yeah, so you can live your life.*********

Así comienza.

Subimos en el Ford blanco y nos dirigimos al sur hacia Eugene. Nos obsesionamos con ese disco, su voz, los sonidos psicodélicos e inspiradores entremezclados con intensidad y emoción, la belleza fusionada con algo desgarrador. Se convirtió en la banda sonora de nuestros viajes juntos, el inicio de una larga historia. Nuestro fin de semana de aventura en Portland fue una comprensión y un experimento de cómo seguir indagando en nuestras curiosidades en común, cómo ser un equipo y compañeros creativos. Creo que los dos ansiábamos esa sensación de encarnación que no sabíamos si llegaríamos a sentir en algún momento. Aunque estábamos atrapados en nuestras tormentas de vergüenza personal, cuando nos juntábamos sentíamos que mucho más era posible.

«Bleeder» fue la canción que más escuchamos, la última del álbum *Me and Armini.* Su voz nos inundó mientras serpenteábamos entre los enormes abetos y pinos, y se fue desvaneciendo al aparcar en Lost Valley. La canción terminó justo antes de parar el coche. Nos tomamos un momento de quietud, de respeto, para captar la magia de todo. La intimidad que trae compartir música. Noté que la

imaginación despertaba, una chispa. Sentí esperanza.

Mientras tanto, la comunicación con Paula empezaba a resquebrajarse. Sobre todo por mi culpa, porque había dejado de llamar tan a menudo. Le echaba la culpa a la cobertura, algo que solo era parcialmente cierto. Enfadado, pero sin saber por qué, esto se manifestaba en forma de pasivo-agresividad. Me sentía aliviado por esa especie de libertad personal. Hacía mucho, muchísimo tiempo que no había sentido así mi existencia. De un modo egoísta, me preocupaba más por mi aventura actual y la nueva amistad que por cuidar mi relación con ella.

Uno de mis recuerdos más queridos de Lost Valley es bastante sencillo: cuando preparamos chucrut. Cortar y cortar una infinidad de repollos recién cosechados con un grupo de gente sincera y entusiasta cuyo viaje se había retorcido y curvado con dolor y alegría, trauma y sanación, para acabar en ese lugar en el que nos encontrábamos.

Poníamos el repollo cortado y picado en grandes cubos. Tras añadir sal, empezábamos a machacarlo con los puños, una y otra y otra vez, para pulverizarlo y separar el líquido. Escuchábamos música, conectábamos; estábamos haciendo comida que duraría meses, por lo menos. En latas, duraría años. Cuando el líquido se alzó, justo por encima del repollo, agarré un plato y lo coloqué en la superficie; encajaba como un guante. Puse una roca encima para que pesara. Lo guardamos para que fermentase durante un par de semanas y sanseacabó: chucrut listo. Qué forma tan sublime de pasar tiempo con otras personas. Nutritiva, llena de propósito.

Al final del curso de permacultura, celebraron una pequeña fiesta de graduación con un concurso de talentos. Ian fue elegido presentador por votación popular, lo que encajaba a la perfección con su personalidad sociable. Decidió presentar en drag como Courtney Love y animó a todos los demás a que también se vistieran de drag, y la mayoría lo hizo. Rebuscamos en un baúl de disfraces, lleno de vestidos y camisas largas y un puñado de pelucas. Ian se cubrió el largo cabello pelirrojo con una peluca rubia hecha polvo y se puso un vestido blanco que le llegaba por encima de las rodillas. Me encantó verlo, estaba sexy, rebosaba personalidad. Yo me disfracé de Kurt Cobain; no necesité disfraz, porque había traído conmigo vaqueros rotos, una camiseta blanca y camisas de franela.

Ian presentó el concurso de un modo magnífico, sin perder el ritmo. El carisma, el descaro; nos reímos y la gente compartió sus pensamientos, vulnerables pero entusiastas. Circularon cervezas, tequila y vino mientras la gente cantaba y recitaba poesía. Yo toqué una canción que había compuesto en la guitarra, sencilla pero sincera. La ternura en esa habitación no se podía describir, un vínculo con desconocidos que superaba la amabilidad. Parecía mágico.

A la mañana siguiente, muchos lucíamos ojeras por el alcohol, pero formamos un círculo al aire libre. Nos dimos la mano mientras cada persona hablaba para reflexionar sobre el tiempo que había pasado allí, para despedirse. Al principio me sentía tranquilo, agradecido y en paz, pero entonces una cantidad insaciable de tristeza consumió mi cuerpo. Me eché a llorar, los mocos me recorrían la cara y la barbilla. No dejaba de limpiarme con el cortavientos. Mi época en Lost Valley fue lo más cerca que me había sentido de mí mismo en mucho tiempo, donde me sentía presente con todo. No me malinterpretéis: allá donde vas, la mente sigue, y mi cerebro aún me atormentaba, pero joder, estaba mucho más callada.

Allí me encontré de nuevo, estaba cada vez más cerca. Sentí una nueva fuerza. Aprendí y me permití expresar mi dolor un poco más. Pero fue difícil llevarme aquello conmigo fuera de Lost Valley, donde ya no estaba en medio del bosque sin un espejo, sino en Los Ángeles con su tráfico sin fin y sus

extensos céspedes.

En la fiesta, Ian y yo terminamos con un dueto. Sentado en una silla plegable, agarré la guitarra y la apoyé en mi regazo. Las velas iluminaban el rostro de todo el mundo y sus ojos amables y alentadores. Miré a Ian y él me devolvió la mirada; captamos los nervios del otro. Sonreí y él también sonrió, como si dijera: «Te tengo». Tocamos «Doll Parts». Hubo un vídeo de eso, pero nunca hemos podido recuperarlo. Mejor así, porque vive en nuestros recuerdos compartidos, en esos momentos en los que todo empezó.

******** *El día que nació el pato*
El zorro estaba mirando y dijo:
¡Tierra a la vista!
¡Tierra a la vista!
******** *¡Eh! Mira a tu alrededor, ¡te mienten!*
Te mienten, ja, ¡te mienten!
¿No ves que es una artimaña tonta?
Te mienten, ¡y yo también miento!
Y lo único que quieres es entretenimiento
Ábreme en canal, es muy liberador
******** *A alguien aún le queda camino por recorrer.*
Ya no estás sentado junto al teléfono.
Vas a tirarlo, aplastarlo con una roca.
Sí, para que puedas vivir tu vida.

14
Camión de mudanzas

La primera vez que intenté hablar con mi madre sobre sexualidad no salió bien. Tenía quince años y empezaba a aceptar mi atracción por las mujeres, aunque solo me permitía pensar en ellas cuando estaba a solas.

Búsqueda en internet: ¿Soy lesbiana?
¿Cómo sé si soy lesbiana?

No había necesidad de apartar la mirada de mis compañeros. Ellos no me hacían tilín. Mis nervios se encendían alrededor de ciertas chicas y tenía que evitarlas. *Debe de ser muy obvio*, me decía, preocupado.

Iba en el asiento del copiloto, con la cabeza gacha, para reunir valor. Me giré hacia mi madre. Tenía la mirada en la carretera. Los pendientes de plata se balanceaban con el movimiento del coche, sin alcanzar la línea de su mandíbula.

—Mamá, creo que soy lesbia…

—¡Eso no existe! —gritó antes de que pudiera terminar la palabra.

Mi cuerpo se hundió en el asiento del pasajero, me quedé sin aliento. Agaché de nuevo la cabeza. Mi madre siguió mirando hacia delante y no dijimos ni una palabra más sobre el tema.

A medida que crecía, tuve claro que no iba a ser una chica guapa y hetero. La presión de mi madre para alterar mi apariencia empezó a incrementarse, junto con el acoso en el colegio. Lo intenté. La alegría y el alivio de mi madre se tornaron en decepción cuando empecé a recuperar mi estado original.

No quería que mis amigos solo fueran chicos.

—Tina te cae bien, ¿por qué no quedas con ella este fin de semana? —decía con indiferencia, como si yo no supiera que no era una pregunta casual y amigable.

Cuando comenzó el instituto, me animó a pasar más tiempo con las chicas de mi equipo de fútbol en vez de con mis mejores amigos. No quería que quedara con esos adolescentes que se vestían de negro y lucían melenas de distintos colores, morado o turquesa, y cuyos mechones se asomaban por debajo de las capuchas o los gorros. Los raritos, los artistas… Digámoslo con claridad: la gente queer. En un momento dado, sospechó que eran un grupo de fumadores de maría (y lo eran) y me dijo que no podía estar con ellos, aunque supiera lo mucho que bebían los deportistas. No era que nos pasáramos bebiendo, pero nada comparado con la gente popular. Cada vez que oigo «Pump It Up», de Joe Budden, me transporto a 2003, a un salón en el extremo sur de la ciudad, ahogado en una mezcla hedionda de alcohol, sudor y adolescentes cachondos. Manchas en los sobacos de las camisas de American Eagle, chicas restregando el culo contra los chicos, como en los videoclips de la tele. Era raro si alguien *no* acababa con un lavado de estómago.

Siempre fue más una cuestión de apariencias que de otra cosa. Menos por si yo terminaba en el infierno y más por el ego de mi madre. Quería lo mismo que tenían otras madres de fútbol, una hija.

No quise sacar de nuevo el tema de la sexualidad hasta que con veinte años me enamoré de Paula. De hecho, tampoco quise hablar con ella entonces, solo dije: «Me he enamorado de una mujer y se llama Paula».

Con veinticuatro años, lo intenté de nuevo: «Soy lesbiana, mamá, lo sabes, ¿no? Soy lesbiana y no voy a terminar con un hombre». Eso lo dije cuando empecé a vivir con una mujer.

Conocí a mi segunda novia justo por mi vigésimo cuarto cumpleaños en una fiesta sorpresa para el cumple de Drew. Habían pasado dos años desde lo mío con Paula; rompimos porque ya no podíamos reconciliar más la distancia por trabajo. Con esta chica encajé enseguida, no quise apartarme de su lado en toda la noche y la seguí desvergonzado por toda la fiesta. Era muy divertida, directa, con ese toque perfecto de cinismo. Cada vez que desaparecía de mi vista, la buscaba. Sus ojos me hechizaban cada vez que esbozaba esa sonrisa sexy, casi perversa. Cómo movía el cuerpo, con un aire guay y natural. Era una mujer queer llena de confianza, una actriz; me encantaban sus películas. Esa fue la primera vez que intercambié el número de teléfono con otra persona.

La noche terminó de madrugada con el cierre de un bar. Pero yo era demasiado vergonzoso para escribirle, para pensar un plan. En mi adultez aún no había hablado con una mujer así, ni había iniciado el contacto. Pasó un tiempo, no dejaba de pensar en ella. Distraído, pulsaba la tecla comando y la ene para buscar su nombre en una nueva ventana, procrastinaba en el trabajo para cotillear sus redes sociales y quedarme mirándola. Casi un mes después, seguía sin reunir el valor de preguntar sin más: «Hola, ¿quieres tomar algo en algún momento?». Al final, usé la excusa del estreno de una película para invitarla a ella y a su mejor amiga, algo con menos presión, pero igual de obvio.

Era el estreno de *Super,* una película que grabé justo después de *Origen*. Rainn Wilson interpreta a un superhéroe de andar por casa y yo a Libby, su «pequeña acompañante». Cuando llegó la escena en la que aparezco con mi traje de superhéroe y me planto en la puerta para intentar follar con Rainn, me encogí de vergüenza. Mi personaje se acaricia el coño por debajo de la faldita mientras dice: «Está húmeda», antes de lanzarme sobre él. *Joder,* pensé; me arrepentía de esa escena y de haber invitado a la chica que me gustaba. Me había olvidado de que quizá esa no fuera la película ideal para que la viera la persona que te gusta. Sin embargo, su amiga y ella vinieron a la fiesta de después. Fueron majas y me halagaron. Yo temblaba de nervios, aunque no sé si se dieron cuenta.

Al día siguiente nos escribimos. Mi estrategia había funcionado, aunque con cierta torpeza. Planeamos una cita, pero para un par de semanas más tarde. Yo estaba impaciente. En otro movimiento inepto, convencí a Alia Shawkat de que celebrara una fiesta con el único propósito de invitarla a ella. Entró vestida con unos vaqueros negros, Converse y una camisa de franela roja. En cuanto la vi, me sentí flotar, una sensación que no había experimentado desde Paula. Jugamos a las adivinanzas, nos descojonamos; tenía muchas ganas de impresionarla. No podía cagarla. Durante una pausa en el juego, nos fuimos a un pequeño pasillo corto, un rinconcito perfecto. Con la espalda apoyada contra la pared, ella se acercó más y su hombro tocó el mío. Miramos el suelo con una sonrisa y juntamos los cuerpos de lado.

Me enamoré rápido y con intensidad. Intentamos espaciar las citas, pero no tardamos en pasar cada noche juntos, de camino a convertirnos en un cliché. En esa época yo vivía en Beachwood Canyon y ella en Valley, a un corto trayecto de la 101. Mi casa no tenía un mobiliario acogedor. En el

salón había un futón roto contra la pared con unas almohadas y dos sillas rígidas. Tenía, literalmente, una única taza y la nevera solía estar vacía, así que nos quedábamos en su casa. Sus muebles sí que eran cómodos, tenía un televisor en el dormitorio y, además, un vestidor tan limpio y organizado con el que yo solo podría soñar.

Con ella fue la primera vez que estuve de forma constante con un grupo de amigos queer. En el instituto, solo había rumores sobre nosotros, y yo seguía muy, muy en el armario. Aparte de esa vez con Paula en el Reflections y una experiencia angustiosa en un bar en París con Alia (una historia para otro libro), no había pisado otro bar queer. Nunca había formado parte de una comunidad queer, y para mí acceder a ese tipo de cosas no solo era un misterio, sino también imposible. Esa pérdida fue considerable. Agonizaba en soledad, con una vergüenza y un dolor que pensaba que solo eran míos. Sufro por mi yo más joven. Como un bicho minúsculo que recorre el borde de un vaso volcado. Qué diferente habría sido si me hubiera sentado con mis compañeres queer y trans para que me dijeran: «Yo también me siento así. No tenemos por qué sentirnos así. No tienes por qué sentirte así». Aquello no habría borrado por arte de magia la vergüenza, aunque sí que habría acelerado bastante las cosas.

Una vez más, mi nivel de secretismo asfixió la relación. Era duro con ella, pero no sabía expresar mis excusas más allá de: «Lo siento, no puedo salir del armario».

Una mañana, la llevé a ensayar. Al aparcar mi Mini Cooper plateado, ella salió a la acera de Hancock Park mientras yo bajaba el volumen de «Let England Shake», de PJ Harvey. Sus gafas oscuras la protegían del sol ardiente.

—Te quiero —dijo.

—Yo también te quiero —respondí.

Un compañero de trabajo me vio dejarla con el Mini, pero mi rostro no estaba visible. Ella le dijo que era un asunto privado cuando le preguntó por la relación. Él bromeó con que Chófer Minnie era su novia secreta y así me llamaron sus compañeros a partir de entonces.

Una noche, me rodeó con un brazo en un concierto de Bon Iver. Mi cuerpo se puso rígido como una tabla, bajé la cabeza y no la moví, pero mis ojos bailaban como si estuvieran en el escenario. Me pareció mejor no pedirle que apartara el brazo para no soportar una noche de discusiones intensas y gesticulaciones dramáticas. Pasarían tres años hasta que permitiese que otra persona me abrazase en un concierto.

Le hablé de ella a mi madre por teléfono. Mencionó algo sobre gustarme los hombres, o un ex, antes de que yo le dijera que salía con una mujer. Su «lo sé» salió desinflado, como si no percibiera ya su decepción. En los dos años posteriores a mi ruptura con Paula, había intentado salir con tíos. Como en el instituto, quería convencerme de que era posible, de que podía disfrutarlo o al menos tolerarlo. El armario era agotador, me asfixiaba. Me cocía en mi propia vergüenza, cansado, solo y deprimido, y deseaba ser la persona que tanta gente quería que fuera. Me parecía la única opción.

Mientras grababa *Origen*, un amigo de Leonardo DiCaprio visitó el plató y tuvimos una bonita conexión. Peter era simpático con todo el mundo y sus ojos relucían con atención. Cuando más tarde vi a Leo, le dije que me gustaba su amigo y respondió que yo también le gustaba a él. Para la primera cita, fuimos a Universal Studios con Leo y su madre. Peter y yo nos sentamos cerca en las atracciones y nuestros muslos se rozaron.

Mi madre estaba loca de contenta. ¡Por fin sus plegarias habían sido respondidas!

Pero mi relación con Peter no duró demasiado, un mes o puede que dos. Otra vez como en el

instituto.

Mi novia y yo nos fuimos a vivir juntos demasiado rápido. Bueno, más o menos. Ella iba a vender su primera casa mientras yo buscaba comprar la mía. Fue una coincidencia absurda. Su fideicomiso se acababa cuando yo me iba a mudar. Así que pensamos: ¿por qué no planteamos una situación temporal? A ver qué pasa mientras ella piensa en qué hacer (intentábamos convencernos mediante el subtexto). *Eso no es lo mismo que mudarse juntos a toda prisa nada más conocernos.*

La congruencia de nuestras cosas, física, sí, pero en realidad emocional, alimentaba nuestro amor, pero yo aún no tenía nombre, palabras o herramientas para el mío, ni ella tampoco, al menos no las adecuadas desde mi perspectiva. Obstruimos el sistema y lo quemamos hasta las raíces.

Manejé el final muy mal, la obligué a romper conmigo. Nuestra relación debía terminar, pero yo era incapaz de dar el paso. Alejé mi deseo de marcharme, esas náuseas en la garganta; no sé ni dónde las metí. En la cama me encogía y me apartaba, con el corazón a mil por hora; mi cuerpo se expresaba alto y claro. Ella también lo oyó. Podía transmitir mi amor con pasión, mi deseo de un futuro, pero también confundirme cuando las palabras se formaban en mis labios. Una boca sin cuerpo, el juguete de cuerda y plástico que camina como un pato con esos pies enormes. El objetivo era la tranquilidad y yo no sabía si podría mantenerlo.

Y entonces me encapriché con una chica. Y mentí sobre ello. Y me descubrieron la mentira. Justo antes de las vacaciones, encima. Lo estropeé todo. Se convirtió en un especial de vacaciones de *L.* Aparezco en escena pensando que es una idea estupenda hacer un desastre del desastre. Volví con ella, por la culpa que sentía, aunque entonces no sé si fue consciente o inconscientemente. Ahora es fácil verlo. Eso duró un mes. Al menos, en esa ocasión lo terminé yo, en vez de manipularla para que lo hiciera ella. Se cabreó, y con razón.

La amaba con todo mi corazón. Ojalá la hubiera cuidado más, ojalá hubiera estado más a su lado en vez de haberme quedado encogido hasta apagar la verdad. Como mover un dedo sobre una llama para que baile antes de chuparme el índice, frotarlo contra el pulgar y pellizcarla con tal de extinguirla en un instante con un siseo sutil.

Mi cuerpo acumuló emociones, sensaciones, deseos y necesidades sin examinar. Las frases sencillas que preparaba mi cerebro se quedaban atascadas. Eran visibles para mí, estaban bien escritas, oía la voz pero mi boca se negaba a cooperar. Solo el tic tic tic del juguete de cuerda, o la nada absoluta.

Me salió un herpes zóster en la espalda mientras actuaba en *Origen*, con veintidós años. En un reparto lleno de hombres cis, no entendí el papel en el que me hallaba. A pesar de que fue una maravilla trabajar con todo el mundo, me sentía fuera de lugar. Durante las dos primeras semanas de grabación, bromeé con que nos contratarían a Keira Knightley y a mí juntos, y con razón. El herpes comunicaba el estrés que sentía mi cuerpo, lo que mis palabras no podían transmitir.

En esa relación, había esperado sentirme al fin como en casa, un destino completado, dilemas resueltos. Ella ya había anunciado que era queer y se rodeaba de una comunidad llena de mujeres queer, de la que yo formaba parte. Pero aquello exacerbó poco a poco mi disforia. No estaba instalado, me sentía fuera de lugar, seguía removiendo el polvo. Un *pinball* de proyección. Internalicé el caos. Me dejó sin una pizca de esperanza.

«¿Cómo me puedo sentir así? —le lloré a mi terapeuta. Otra vez—. ¿Por qué este vacío no desaparece nunca?».

No nos damos cuenta de cuánta energía perdemos hasta que encontramos el lugar por el que se

filtra. Es invisible hasta que deja de serlo. Un pensamiento fuera de tu alcance. Solo ahora entiendo cuán consumido estaba, el grado en que mi cerebro era presa de una necesidad desesperada e insaciable de control. Una atalaya que reforzaba mi propia soledad personal.

Mi madre cuenta lo que ocurrió en el coche cuando tenía quince años de un modo distinto. Saca el tema de vez en cuando, al azar, quizá porque en el fondo quiere que la corrija para poder iniciar una conversación. Hasta cambia la localización en el interior de su Jetta al parque.

—Recuerdo que salimos a pasear por Point Pleasant Park. Estabas muy mona de pequeña, lo llamabas Park Pleasant Park… En fin, que estábamos caminando y tenías mucho miedo de contármelo y entonces lo hiciste y yo me quedé callada y triste. Y creo que dije: «Es que no quiero que tengas una vida dura». Me preocupaba cómo te trataría la sociedad. Me siento mal por haber dicho eso.

Hace poco la corregí al fin, con tal de crear un espacio para el diálogo de verdad, uno sanador. Fue tras mi conversación con Oprah, meses después de haber compartido que era trans. Nunca creí que llegaría el momento en que pudiera tener esas charlas con mi madre. Lo cierto es que no pensaba que estaría dispuesta a ello, y no quería hacerle daño ni verla triste. Pero la gente te puede sorprender.

Al final, fue ella quien inició la conversación. Estaba lista, y yo también. Nunca hemos estado tan unidos y su voluntad de cambiar, crecer y dejar atrás la incomodidad ha sido intensa e inspiradora. Se ha convertido en mi aliada. Quiere mucho a su hijo. Qué afortunado soy de tener eso, de sentir un amor tan profundo y genuino. Lo más hermoso y significativo fue verla florecer a medida que sus viejas narrativas y doctrinas desaparecían.

Algo se abrió. Perdió el miedo. Siempre ha sido crítica consigo misma y yo crecí oyéndola regañarse sin cesar, siempre usando palabras como «estúpida» o «tonta». Esto se ha vuelto menos ruidoso, menos duro, gracias a cierta introspección, un reajuste, el conocimiento de que se lo merece. A medida que las viejas ideas siguen derrumbándose, todo esto permite que mi madre cree algo nuevo también. Quizá su amor incondicional por mí ha empezado a extenderse hacia ella.

15
«Ryan»

A los veintiséis años, supuse que la mayoría de las personas sabían que era queer, ya que en mi vida privada era mucho más abierto y el último paso al final sería salir del armario públicamente. Pero me encontré de nuevo en una relación dentro de dicho armario y muy enamorado. Mi pareja estaba más encerrada que yo, para variar, pero todo es cuestión de grados; la gente se conoce en distintos puntos de su viaje y no puede sincronizar las vías. Estuvimos juntos durante casi dos años, y ni siquiera algunos de mis amigos más cercanos se enteraron de que estaba en una relación. Sus padres no lo sabían, yo era el amigo que iba por Navidad. Solo su hermana y dos de sus amigos lo sabían. Nunca nos tocábamos fuera de casa, apenas íbamos a cenar. Tenía su número guardado con el nombre de «Ryan».

Estábamos en el Hotel Bowery de Nueva York. Los *paparazzi* suelen acampar al otro lado de la calle, a la espera de que pasen famosos. Cada día, cuando dejábamos el hotel, ella salía a la calle, subía a un taxi, giraba la esquina al este de Third Street, y luego yo salía por una puerta lateral y subía al coche. Hubo una época en la que ella trabajaba en Europa y fui a visitarla. Se alojaba en un enorme hotel empresarial, con un aspecto moderno y elegante y muy gris. Pedimos comida mediante el servicio de habitaciones y, cuando la trajeron, tuve que esconderme en el armario. La luz se colaba por debajo de la puerta. Oí la mesa entrar, el sonido las tapas metálicas y la voz cálida de ella dando las gracias. Qué espantosamente naturales pueden ser algunos recuerdos.

Ella cuestionaba lo queer. ¿Era verdad o solo una consecuencia del privilegio, de tener espacio para pensar en ello? Era algo así como los pensamientos que yo tuve cuando la idea de ser queer parecía imposible, cuando creía que era un actor que nunca podría salir del armario, cuando rezaba a cualquier dios para que me gustaran los hombres. Cuando lo pienso ahora, yo también cuestionaba su sexualidad, de una forma dura e injusta, ya que buscaba una respuesta que Ryan no estaba lista para dar. Estaba cabreado con ella, pero yo tenía toda la información, quería quedarme. Aún me repugnaba mi totalidad, la verdad, y la persona con quien estaba enfadado era yo mismo.

En las fiestas ni nos mirábamos. Como si de repente el cruce de miradas fuera a descubrir el pastel queer.

«¿O sea que ni os miráis en público?», me preguntó un amigo íntimo.

Me acuerdo de una fiesta en concreto. Quería irme a casa, pero Ryan llevaba la llave y tuve que ir a por ella. Debíamos realizar una operación encubierta, esconderlo todo, manos avispadas.

—A lo mejor deberíamos buscarnos novios —sugirió ella una noche mientras estábamos en la cama. Para despistar a la gente, como si eso fuera a reducir la vergüenza y la vigilancia. Teníamos una relación abierta, así que en teoría no era una idea descabellada.

—Yo no puedo, pero si tú quieres, deberías hacerlo.

La palabra «deberías» salió afilada, como un alfiler; ya era solo cuestión de tiempo.

Para ser una pareja muy encerrada en el armario, nos lo pasábamos genial, manteníamos relaciones sexuales discretas pero atrevidas. Sobre unas rocas justo debajo de la Pacific Coast Highway, en unos peñascos escondidos en el parque nacional Joshua Tree, en un avión. Era un deseo inconsciente de que nos descubrieran, de no tener otra opción. De abrir la puerta por obligación.

Nos conocimos filmando una película. Nos dábamos la mano por debajo de una manta en la furgoneta. Nos buscábamos por instinto. No lo hablamos. No hizo falta.

Recuerdo la primera vez que la vi. Estaba esperando en La Mill, en Silverlake Boulevard, cuando ella entró. Estaba radiante: su vestido, su sonrisa, cómo se apartaba el pelo de la cara. Su forma de elaborar un pensamiento me conmovió: concisa, clara, inteligente, emocional. No parecía tener miedo. Su mejor amiga se sentó a su lado, pero para mí estaba desenfocada. Hablamos sobre libros, activismo, nuestra conciencia colectiva y la profunda inteligencia de la naturaleza. Al conducir por Laurel Canyon en Sunset Boulevard, pasaba junto a una enorme fotografía suya, el póster de su última película. *Su belleza es peligrosa*, pensé. *Causará un accidente de tráfico.*

Yo no quería salir del armario. Quería estar con ella, querernos, cuidarnos y pasar tiempo valioso juntos. Había muchas cosas buenas ahí, incluso reparadoras. Hicimos un viaje épico a Nueva Escocia para su cumpleaños. Por el río Sable, no muy lejos del pueblo natal de mi padre en la costa meridional. Viajamos hacia el norte, nos quedamos en la cabaña de un amigo a las afueras de Pugwash. Paseamos, cocinamos en una hoguera, nadamos bajo una cascada. Recuerdo estar durmiendo la siesta por la tarde para despertarme a ver el crepúsculo, su momento favorito del día. Ella dormía con mi cabeza sobre su pecho y yo me empapé de ese silencio, de su olor. *Ojalá pudiera embotellarlo*, pensé. Sentí el ligero dolor que llega con estar enamorado, el riesgo que conlleva. Condujimos por el estrecho de Northumberland hasta Cabo Bretón. Ella contó que se iba a meditar a Maine. Yo, que iba a visitar a mi familia.

Volamos desde Halifax a Toronto y esperamos a los enlaces en el vestíbulo de Air Canada; el espacio entre nosotros estaba cerrado. Volábamos a distintos sitios, no recuerdo a dónde. Yo bebía un expreso gratuito. Ryan agarró mi libro, *En el principio era el sexo*, y, en una efusión de amor, empezó a escribir en la solapa trasera una de las cartas más bonitas que he recibido nunca. Qué triste que aquello nunca floreciera.

No era una relación sostenible; ocurría lo mismo cuando yo ocultaba a otras personas. Las mentiras, los nervios, el asco. La gente no «pensaba que ella era queer», pero sí que creían que yo lo era, y Ryan no habría soportado la vergüenza. Al final, tuvo que hacer lo mejor para ella y, por desgracia, la consecuencia fue destrozarme el corazón.

Poco después de haber roto conmigo, una de las pocas amigas que sabía lo de Ryan me animó a salir y dejar de regodearme en mi dolor. Sam, un amigo de Alia, iba a celebrar una pequeña noche de juegos, ¿quería ir? No. Pero parecía importante obligarme a ello, dejar de autocompadecerme.

—Confirma que Ryan no esté —bromeé.

—No, no, no se mueve en ese círculo.

Y era cierto.

Me senté con Alia en la cómoda alfombra del salón a dos aguas. Bebimos tequila mientras yo intentaba aligerar mi tono, alzar los hombros, reunir algo de energía para que todo me diera igual.

Unos quince minutos más tarde, la puerta se abrió y la oí antes de verla, la brillante calidez de la voz de Ryan. Y entonces, la voz de él. Era alto y guapo, un artista con el pelo rubio desaliñado y buen

estilo. Me levanté y nuestras miradas se encontraron, la habitación se derritió, mis rodillas estaban al límite. Ella apartó los ojos, su atención regresó a su acompañante; él apoyaba una mano en su espalda. Hice todo lo que pude para no quedarme mirándolo.

Fui en línea recta hacia la escalera de caracol y aferré la barandilla de metal. Alia me siguió. Salimos al patio, una construcción de hormigón en la colina. Encendí un cigarrillo e intenté calmarme; el corazón me martilleaba en el pecho, las manos me temblaban. Poco después, ellos dos salieron junto con más gente. Se acercaron mientras alguien explicaba las normas del juego. Miré a Ryan, observé lo relajada que estaba con él.

Sin poder lidiar con aquello, fingí que estaba enfermo. «Ay, no, creo que algo me ha sentado mal», dije, llevándome una mano a la boca.

Me apresuré a ir al baño, esperé un rato y, sin mirarme en el espejo, me eché agua en la cara. De vuelta en el salón, me senté en una mesa, con los brazos cruzados, la cabeza apoyada en los antebrazos y mirando a un lado. Alia me masajeó la espalda mientras la pareja de Ryan se acercaba con agua de coco. No sabía nada sobre nuestra historia, claro. Fue un gesto amable, pero quería agarrar el agua de coco y tirarla. Alia intentó intervenir. Al final, me levanté y salí a esperar un taxi. Mantuve el secreto.

Pasé de estar en una relación en la que ir a un sitio juntos, como una noche de juegos, era inconcebible a ver cómo él la tocaba y ella lo disfrutaba mientras existía de una forma que jamás podría ser realidad conmigo. *Supongo que debería sentirme feliz por ella*, intenté convencerme. Quería estarlo, evolucionar, pero era demasiado. Aquello me destripó sin reservas.

Alguien te romperá el corazón, pero tú también romperás los de otras personas.

16
Bañador

Me afligí mucho cuando, a los nueve o diez años, la última temporada de fútbol mixto llegó a su fin; fue como si me rompieran el corazón. Mis padres preguntaron a la liga si podía jugar un año más, para retrasar la inevitable transición al equipo femenino. Para «no separarla de sus amigos»; así lo percibió la gente. Ya, claro. Aunque la agonía excesiva no fue solo por eso. La liga me permitió jugar una temporada más. Pero, después de eso, me tocaba ir con las chicas.

Fue humillante cuando el árbitro se giró hacia mí con una mirada perspicaz. Yo, con el pelo corto, estaba colocando el balón para el saque inicial, pero me interrumpió.

—Los chicos no pueden jugar en este equipo.

—Soy una chica —respondí. No era verdad, pero ¿qué otra cosa iba a decir?

Una sonrisa zalamera apareció en su cara.

Resulta que prefería esa vergüenza, la sensación de que no debería estar en el equipo, un sentimiento innato que surgió en cuanto chicos y chicas no pudieron seguir compitiendo juntos. Preferí eso a lo que vino después.

El pecho empezó a crecerme, y eso llevó a mantener conversaciones incómodas sobre sujetadores deportivos que me obligaron a buscar esas camisetas grandes que lo ocultaban; empecé a encorvarme, a arquear los hombros. Mi confianza menguaba a la par que el asco hacia mí mismo crecía. Y entonces me bajó la regla por primera vez. Mientras hacía snowboard con mi padre en Wentworth, a doscientos cincuenta y nueve metros en una colina vertical, a una hora y media de la ciudad. Ese olor a sangre metálica, como un robot chorreando. Mi padre fue a la tienda y compró compresas. Me afané con una hasta asegurarla en las bragas. *¿Voy a tener que ponerme este pañal cada mes?,* pensé. Ojalá pudiera llevar un tampón, para no rozarme, pero ni de coña lo iba a intentar.

Mi peso se redistribuyó en una forma que no comprendía, mi ropa de la sección masculina de The Gap empezó a traicionarme. No me encontraba a mí mismo. No me había transformado en la persona que era (en ese yo que conocía), no como el resto de los chicos. Estaba desesperado por despertarme de esa pesadilla, mi reflejo cada vez me ponía más enfermo. Si cierro los ojos, puedo recordarlo, esos momentos de euforia, de verme, de rezar para encontrarme de nuevo.

Apareció entonces una fuente inesperada de esperanza. Un chico, con el que jugué a fútbol hasta que me fui al equipo femenino. Tim. Los padres de Tim se habían mudado a Halifax desde Alemania más o menos cuando él nació. Los dos eran ingenieros que vivían en South Street, delante del cementerio Holy Cross, en una casa vieja, alta y roja con un porche a dos aguas que te recibía al entrar. El señor Peltzer era un jugador de fútbol soberbio y exuberante; nos daba consejos, explicaba el uso y la importancia del espacio vacío, del movimiento, de un pequeño giro, de un toque para encontrarlo, de alzar la cabeza y dirigirse a lo desconocido.

Fuera hacía un calor tremendo o, bueno, mi idea de calor en esa época. Las temperaturas

veraniegas de Nueva Escocia rondan los 20º o 25º C, pero pueden alcanzar los 30º o 32º C con la humedad. Unos cuantos chicos estábamos en casa de Tim. Pateamos un balón de fútbol por el patio; a los padres les habría encantado saber que acabaríamos reventados. El padre de Tim sacó una piscina infantil. La recuerdo más grande que las típicas pequeñas, pero quizá sea porque yo era diminuto. Empezó a llenarla y entonces me di cuenta de que no había traído el traje de baño. Ojos que no ven, corazón que no siente: odiaba ese traje. Me encantaba llevar bermudas. O bañador bermuda, como lo llamaba mi padre. Las palabras, directas, provocaban euforia en mi boca. *Bermudas.* Un sonido satisfactorio.

—Tenemos de sobra —dijo el padre de Tim al percibir mi preocupación—. Puedes usar uno de Tim o de Ben.

Mi rostro se iluminó. *¿Un bañador de Tim o de Ben?*

Lo seguí al interior de la casa, tras el olor a cigarrillo. Subió las escaleras y regresó a la cocina con un pequeño bañador tipo slip color rojo. Lo sostuvo delante de mí; el cordón blanco se balanceaba, como si saludase.

Pienso olvidarme siempre del traje de baño, pensé. Odiaba esas jodidas tiras que se extendían por mi cuerpo, que me ocultaban la barriga. Cada vez que me lo quitaba, pegajoso y húmedo, hacía una mueca al ver que se pegaba, en plan: «Estás atrapado aquí dentro». Los chicos se pellizcaban las bermudas empapadas y chorreantes para apartarlas de los muslos. Algunos brillaban bajo el sol, con sus bañadores slip elegantes y ajustados, como el bañador de Superman.

—Puedes ponerte este.

Cambió de manos y fui con cuidado de no dejarlo caer al suelo, como un talismán sagrado. Era muy consciente de que no podría mancharlos de ninguna forma. Cerré la puerta del baño a mi espalda, con un fuerte portazo involuntario; me embriagaba ese pequeño tesoro colorado de nailon y elastano. Guie a toda prisa los pies a través de los agujeros y alcé el bañador slip. Me subí al retrete, o al borde de la bañera, lo bastante alto para verme en el espejo. Tensé y até el cordón y me miré triunfal con una sonrisa de oreja a oreja.

El patio no había cambiado nada. Daba igual que una capa elástica de nailon no me ocultase el pecho. Jugué con mis amigos, solo los niños. El único cambio fue en mi felicidad, en ese momento de entendimiento, de un foco claro, que intensificó los colores y los sonidos. Una oleada de alegría.

Aquella fue tan solo la segunda vez que había visto un bañador tipo slip en persona. La primera ocurrió cuando tenía ocho años y visité la isla del Príncipe Eduardo. Condujimos durante tres horas y media, cruzamos el Puente de la Confederación desde Nuevo Brunswick hasta la isla, para ir a casa de Brenda, una amiga de mi madre, que tenía una granja en North Rustico, en el extremo septentrional de la isla. Fuimos unas cuantas personas; otra amiga de mi madre, Sandy, fue de visita con sus dos hijos, más o menos de mi edad, pero más pequeños. Su tío Kyle, el hermano de Sandy, también vino a la isla con nosotros.

El hermano de Sandy fue una de las dos personas gays que conocí (y sabía que lo eran) cuando era niño. Era el tipo de gay que a veces mostraban en la tele. Su aspecto, su forma de hablar, su forma de moverse… gay. Me lo quedaba mirando, con un presentimiento, una forma de reconocernos. Una caja de fusibles con la que juguetear, mi cerebro distribuía chispas microscópicas.

La granja se hallaba en un trozo llano de tierra fértil de cincuenta acres. Allí se alzaba orgullosa una casa grande y vieja con las tejas blancas; detrás, hacia la izquierda, había un granero que daba cobijo a

las gallinas. Me levantaba a primera hora del día para alimentarlas. Mabel, la anciana cerda monumental, era como mi amiga. Iba a verla de forma espontánea, porque quería acercarme, pero no demasiado, por miedo a su robustez. Sabía que razonar con esa criatura no era viable. Delante del granero había unos cuantos árboles, con ramas que sobresalían, se doblaban y torcían: el lugar perfecto. Me pasaba horas al aire libre, construyendo un fuerte, protegiéndolo de los coyotes con un tapacubos gastado y desechado que llevé rodando hasta la pequeña abertura. Siempre me ha encantado estar en la naturaleza.

Durante esas vacaciones, fuimos a Rainbow Valley, un pequeño parque de atracciones acuáticas en Cavendish. Nunca me ha gustado mucho nadar ni los parques acuáticos, y deduzco que está relacionado con los trajes de baño (debería darles otra oportunidad, empezar de nuevo con el bañador bermuda). Mientras esperábamos en la cola de uno de los toboganes más altos y populares, Kyle se situó detrás de mí con su bañador slip. La humedad sobre su suave piel resplandecía. Tenía un cuerpo firme, bronceado; el torso era de ensueño. Intenté no mirar el bañador slip, pero acabé mirando el bañador slip. Igual que los adolescentes que esperaban detrás de nosotros.

—Marica… —les oímos susurrar. Es el tipo de murmullo que se dice en voz lo bastante alta para oírlo. Cobardes de mierda.

Presencié que el cuerpo de Kyle se encogía de inmediato, que encorvaba los hombros hacia delante, que agachaba un poco la cabeza, doblando la nuca. Los jóvenes, con sus largos bañadores bermuda, se rieron y burlaron con desdén de las personas queer como él, como nosotros. Sabía y no sabía a la vez lo que estaba pasando. Kyle no dijo nada, concentrado en mí. Sonreía mientras avanzábamos poco a poco hasta que nos lanzamos hacia la tierra.

Resulta que no soy un hombre al que le gusten los bañadores slip, pero cuando me puse bermudas por primera vez, con el pecho descubierto y las cicatrices visibles, fue indescriptible. Ese instante en Toronto se plasmó bien en una foto que subí a Instagram. Aparezco con una sonrisa enorme en la cara.

He pasado de ser alguien que se tumbaba prácticamente abrigado en una piscina a treinta y dos grados a estirarme orgulloso con el cuerpo que es mío.

«¿Has traído los vaqueros para nadar?», bromeó una amiga en una ocasión mientras estábamos en el tejado de su piso bajo el sol abrasador de Los Ángeles.

Al nadar en ese patio trasero de Toronto, mis piernas me propulsaron, mis brazos se estiraron, y pude sentir cada parte de mi cuerpo. Me levanté y vi cómo el agua me chorreaba por el pecho mientras pellizcaba las bermudas mojadas que se me habían pegado a los muslos. Salí de la piscina, me acomodé en una tumbona y me recosté para disfrutar del sol.

17
Accidente

De adulto, cada vez que iba a casa me preparaba mentalmente. Había pasado tanto tiempo de mi vida profesional actuando que me había dado cuenta de que tampoco podía actuar en mi vida personal. No debería tener que hacerlo, no podía acomodarme a lo que quisieran Linda y mi padre.

Vale, ESTA vez dirás algo. ESTA vez te defenderás.

—No digas eso, por favor.

—¿Por qué me hablas así?

Practicaba. ¿Actuaba?

Pero, cómo no, en cuanto llegaba allí nunca lo daba todo. Entraba por la puerta, proyectaba mis saludos por la escalera y, antes de que pudiera terminar de quitarme las zapatillas… Dolor de espalda, ansiedad, gases, un ladrillo en el pecho. La sensación era muy visceral; las miradas, críticas. Elimina tu resolución, la pulveriza como las nueces pecanas para su *crumble*. Como una muñeca con la cuerda dada que no deja de repetir su respuesta automática, que no es ni siquiera real. Al pensarlo ahora, vi que había agotado todas las posibilidades de ganarme su amor y tener contento a mi padre. Si mi padre no me defendía, estaba claro que *yo* debía ser el problema y, quizá, si encontraba una solución alguna vez, a lo mejor entonces me sentiría a salvo. Empecé a no ir tan a menudo.

Era mi padre quien venía a visitarme a Los Ángeles. Tenía veinticinco años, vivía en mi propia casa en Canton Drive, un barrio tranquilo lleno de familias jóvenes y ancianos. Me gustaba vivir allí. La casa tenía dos dormitorios con un jardín trasero muy inclinado. El aroma a jazmín llenaba el patio; lo había plantado por la valla porque sabía que a Ryan le gustaba cómo impregnaba el aire. Tenía una piscina de tamaño medio con forma de riñón que brillaba bajo el sol de California. De noche, el patio se iluminaba de un morado intenso (porque a una ex le habían gustado las luces de colores y a mí se me olvidaba cambiarlas; al final se fundieron).

La casa tenía un salón de un tamaño decente con grandes ventanales que daban a la calle. No estaba casi amueblada, solo disponía de un sofá y dos sillones de mediados de siglo delante de una chimenea de ladrillo blanco. Había una pequeña cocina alargada con un aseo a la izquierda y dos cómodos dormitorios.

Antes de su llegada, mi padre me dijo que debía hablar conmigo de unas cosas, algo relacionado con mi infancia. Lo primero que pensé fue en la animadversión que había sentido al crecer con Linda y en la incapacidad de mi padre de intervenir, o quizá se hubiera dado cuenta al fin de que su forma de expresar su amor cambiaba cuando estábamos a solas con respecto a cuando estaba ella presente. Dennis me recuerda mucho a Linda, pero lo manifiesta de un modo distinto. No necesita esas miradas abrasadoras, su tono suave se encarga de todo, manipula la frecuencia para conseguir lo que quiere. Te baña con él, te inunda de dudas; parece consuelo, pero te da un escalofrío. Y no sabes por qué, pero le sigues la corriente.

Me quedé tan perplejo por esa llamada que ni pregunté a qué se refería, pero el miedo y la esperanza se mezclaban en mi pecho cuando fui a recogerle al aeropuerto. La posibilidad de conseguir una disculpa de él, de tener una conversación real sobre todo aquello… parecía que por fin había llegado el momento.

Tras un par de días juntos, estábamos en el aparcamiento de Whole Foods después de haber hecho la compra. Se giró hacia mí con aire reflexivo.

—Quería hablarte de una cosa que, bueno, he pensado mucho en eso… —empezó—. Siento que he cargado con esa culpa durante mucho tiempo y al fin he llegado a un punto en mi vida en el que puedo deshacerme de ello.

No era exactamente lo que había esperado, pero me aferré a la esperanza de que ese era el reconocimiento que nos ayudaría a seguir adelante.

—Siempre me he sentido muy culpable por haber dejado a tu madre cuando eras pequeña. —Mi cerebro se retorció por la confusión—. Pero, si nada de eso hubiera pasado, nunca habría estado con Linda. —No entendía por qué decía aquello, por qué me lo comunicaba. Linda era la persona que me había maltratado a mí, a su hijo. Mi padre siguió hablando—. Nunca habría tenido esta vida con ella. Nunca habría tenido este amor ni esta felicidad. La quiero muchísimo.

Nunca habría tenido esta vida con ella. Repetí mentalmente las palabras. Esa vida maravillosa. En ese instante, una cosa me quedó clara: él no lo veía. No me veía a mí.

Los pulmones dejaron de funcionarme, sentía el pecho en llamas pero inmóvil, el coche era una trampa. La última vez que había ido a Nueva Escocia pude compartir una parte de mi experiencia, de mi dolor y del impacto que tuvo en mí crecer en esa casa. Y allí, una vez más, apartaban mis sentimientos a un lado, los eliminaban, me propinaban un puñetazo emocional en el estómago.

Fijé la vista al frente, paralizado y en silencio; mi cerebro no pudo seguir el resto de la conversación. No es que hubiera dejado de hablar, es que no podía hablar, una sensación que me ha acompañado durante toda mi vida, un bozal imperceptible que me enmudece sin avisar. Esa turbación me había causado problemas en el trabajo. El espejo, mi cara, la ropa apretada; quería morir, pero no iba a hacerlo, no de forma consciente, al menos. La alternativa más conveniente y cercana era cerrarlo todo, provocar un apagón. Cuando estos apagones ocurren, a menudo me pierdo en recuerdos. Estrés amontonándose sobre estrés.

Mi mente se escabulló a otro instante.

—¡¿Puedes hablar más alto?!

Estoy en una sesión de fotos elegante y prestigiosa, con una fotógrafa famosa y aclamada. Me senté en una silla de director para que me peinasen y me maquillasen. Era la sesión de fotos más elaborada que había hecho hasta el momento. La música sonaba fuerte, por el rabillo del ojo veía cómo probaban los flashes; había una infinidad de gente, los más modernos de la industria. Era como en las películas.

Callado y tímido, entré y me presentaron a la estilista. No había prueba de vestuario, porque solo había una única opción y tenía que ponérmela. Un vestido azul demasiado apretado cuya cremallera no llegaba hasta arriba y que me sacó la última pizca de confianza que me quedaba. Y entonces ocurrió: mi boca pronunció apenas unas palabras. Un murmullo ininteligible.

La fotógrafa mundialmente famosa había acercado otra silla para presentarse. La estilista se detuvo para saludar y me planteó las preguntas que se suelen hacer cuando conoces a alguien, pero no pude proporcionar una respuesta. Otra cosa se apoderó de mí, tenía el cuerpo tan rígido que no podía

responder. Su molestia para conmigo se volvió patente; empezó con una mirada que podía interpretarse como confusión pero que pronto se tornó maliciosa.

—¿Es que no sabes hablar? —espetó con brusquedad.

Al decir la frase, levantó la pierna y la echó un poco hacia atrás. Luego alzó la rodilla hacia el cuerpo. Con fuerza, pateó el lateral de la silla. La base de su bota impactó contra el marco de madera. Con dureza. Se me detuvo el corazón. Todo ocurrió muy rápido. *¿Qué coño acaba de pasar?*

Aturdido, me hundí más en la silla. Cuando ella se alejó, hice todo lo posible para evitar que las lágrimas estropeasen el maquillaje. *No puedes llevar el delineador emborronado, por favor.* No recuerdo si su patada me sonsacó una respuesta. Lo único que sé es que terminaron de pulirme, me hicieron un peinado elegante y ondulado y, con el vestido puesto, me sacaron la foto.

Mi padre y yo llegamos a mi casa. El pánico me recorría entero, pero no sabía explicar por qué, ni siquiera para mis adentros. Al recordarlo ahora, sé que hasta la idea de tener que contradecir su versión de la verdad me hizo entrar en una espiral. Ansiedad hasta la médula.

Tras haber sacado la compra, agarré el móvil, la cartera y las gafas de sol y dije que tenía que ir a la sesión con la terapeuta. Me arrepentí de haberle contado la hora de la cita. Percibía una tensión oculta, como dos actores simpáticos que exageran al actuar. La chimenea como parte del atrezo, nada era real.

—Pero si no es hasta dentro de dos horas.

—Lo sé, pero hay mucho tráfico por la colina a estas horas y quiero ir a por café.

Mientras conducía por Laurel hasta Ventura Boulevard, me temblaba todo el cuerpo. Sin darme cuenta, movía sin parar la pierna derecha, con un repiqueteo sutil en la rodilla. Me concentré para tranquilizar el pie. Miraba por el parabrisas, la vista desenfocada, el semáforo en rojo, el semáforo en verde, un poco de césped, giro en Moorpark. Tres expresos con hielo y un chorrito de leche de soja descansaban en el portavasos del Mini. En Ventura, tomaría Coldwater Canyon para ir desde Valley al antiguo despacho de mi terapeuta en Wilshire Boulevard, Beverly Hills. Llegaría temprano, disfrutaría del café en el coche.

Los temblores empeoraron. Puse la NPR, en busca de una voz tranquilizadora que ahogase mis pensamientos. Daba algún que otro sorbo ocasional, la cafeína obviamente no contribuía a aplacar mi angustia. Sudaba pero sentía frío, el estómago revuelto, la caca quería salir. Era como un sobresalto, pero me quedé suspendido en el aire. Intenté concentrarme, fijar los ojos en la carretera.

Me detuve en un semáforo en rojo y fui a cambiar de carril para esperar detrás del vehículo que tenía delante. Una maniobra sencilla que he hecho miles de veces en el tráfico de Los Ángeles. Choqué contra la parte trasera del coche, la luz derecha; estampé la parte izquierda delantera del mío y, por suerte, causé menos daño en el de la otra persona. Seguí el sedán negro hasta un aparcamiento junto a Ventura. Sentía náuseas por la culpa. Nunca me había pasado algo así como conductor. La mujer estaba alterada, yo me disculpé mucho.

—¡¿Estabas escribiendo en el móvil o algo?! —preguntó enfadada, y con razón.

—No, para nada, no sé por qué lo he hecho. Lo siento muchísimo.

Intercambiamos nuestros datos, sacamos fotos. El seguro hizo lo que debía hacer; era claramente mi culpa, no cabía duda.

Volví al coche, miré la hora. Llamé a mi terapeuta, lleno de vergüenza y muy alterado.

—Ellen, estas cosas pasan, este tipo de accidentes menores ocurren todos los días. A mí me ha pasado.

Sus palabras me saciaron, me calmaron un poco el estómago. Más estable, pude llegar a la cita y estar un rato.

Me senté en el sofá de la terapeuta y me enrosqué, con la cabeza en las manos, la culpa desbordándome. Ella se esforzó en hablarme, pero nada entraba, yo no lo permitía. De algún modo, la conversación recayó en mi padre.

—¿Quieres que venga a las sesiones mientras está de visita?

Apenas dejé que terminara la frase. Un chasquido quedo.

—¿Qué? No.

Las palabras me salieron afiladas, con una carcajada tenue de incredulidad. Una reacción inesperada, de esas que suelo dejar para el trabajo.

Me preguntó el motivo. No tuve otra respuesta más allá de que no pensaba permitirlo por nada del mundo.

La idea de enfrentarme a él, de poner cualquier tipo de límite, me dio la sensación de ir a cagar sangre.

Tener que lidiar con el tema del coche al menos me aportó una distracción conveniente cuando volvía a casa. Llamar por teléfono, llevarlo al taller a arreglar. A mi padre le gustan mucho los coches. Mi tío es mecánico, igual que dos primos míos. Así que entramos en su terreno, le cedí el control, y eso me permitió quedarme en el mío.

A medida que avanzaba el día, repetí distintas versiones de unas frases una y otra vez en mi cabeza, no sé si para reunir fuerzas o retrasarlo más. Pero no pude hacerlo. Las palabras no querían salir. Los sentimientos se encerraron, cerca, pero siempre los alejaba.

Si difuminas los límites lo suficiente, te pierdes en medio. En ese momento, sentí que nunca oiría lo que más ansiaba, que nunca me comprendería ni me daría al menos una explicación. Lo que fuera. Tardaría años en decirlo.

18
Intuición

Cuando tenía doce años, estaba sentado en el retrete y *lo supe*. Mis padres me habían recordado ese día que «eso de actuar» no sería mi futuro.

«Esto no será para siempre, no queremos que te hagas ilusiones», solían decir.

Era comprensible; nuestro entorno estaba muy alejado del cine, Hollywood era más un mito que un lugar. Mis padres no dudaban de mí en plan mal, sino que eran realistas y no querían que adelantara acontecimientos o me emocionara demasiado. En ese momento era una experiencia divertida, pero debía mantener buenas notas y jugar al fútbol. La actuación no sería una carrera profesional para mí.

Pero yo *lo sabía.* La claridad de ese momento es algo que no olvidaré jamás. Pasé demasiado tiempo en el retrete, mirando a la nada pero al todo. Me abrí por completo, un sentimiento inexplicable. De todos los actores que hay, me acordé de Julia Roberts, lo cual es una coincidencia maravillosa, ya que hice la versión moderna de *Línea mortal.*

Alguien seguramente le dijo eso a Julia Roberts, que nunca lo conseguiría. Que era irrealista, demasiado complicado, imposible. Pero lo era y lo es. Sé que va a ocurrir, lo veo. Puedo sentirlo.

Nunca se lo dije a nadie, era mi pequeño secreto. Salió desde lo más profundo de mi ser y a partir de entonces nunca dudé de que me ceñiría a ese deseo. Acostumbrado como estaba al rechazo, no me inmutaba cuando ocurría. *Algunos papeles los conseguiré yo y otros actores acabarán decepcionados. Algunos papeles no los conseguiré y me tocará decepcionarme*. Esto no significa que no te entristezcas, o te aflijas incluso, solo que sigas adelante. A lo mejor es que me lo saqué del cuerpo pronto. Como en muchas otras cosas, te acabas acostumbrando.

Practicaba mis diálogos con mi mejor amigo de esa época. Nos conocíamos desde primaria, pero de preadolescentes nos emparejaron para un proyecto de una feria científica y ahí fue cuando pasamos tiempo a solas. Jack y yo enseguida nos volvimos inseparables.

Jack leía las escenas conmigo y así nos asegurábamos de que memorizara todo lo necesario. Mi familia no tenía cámara de vídeo, por lo que él me acompañaba a un estudio del centro para grabar cintas cuando las audiciones no eran en persona. Los directores de reparto me mandaban por fax las escenas, o «secuencias», que yo grababa en VHS y luego las enviaba. Al cabo de un tiempo, los CD reemplazaron a las cintas.

Juntos, Jack y yo éramos un par de niños raros. Inventamos un juego llamado «el rebote del árbol», en el que nos sentábamos en un trozo circular de madera mientras sosteníamos una cuerda larga que colgaba de un árbol enorme en el patio de Jack y nos alejábamos del tronco. El reto consistía en girar todo lo que pudiéramos antes de que las plantas de los pies tocaran de nuevo el roble, con lo que solíamos acabar chocándonos de espaldas o de costado contra la dura corteza. Sin sacrificio no hay beneficio. Hasta formamos nuestro propio partido político, el Partido Palomo. Era difícil comprender

nuestro manifiesto, pero íbamos por la calle defendiendo los derechos de las palomas y entrevistando a cualquier pájaro callejero que encontrábamos. Solían alejarse de nuestras peticiones.

Se metían bastante con Jack. Solía ser hiperactivo, muy hiperactivo, algo que molestaba a cierta gente. Un chico lo empujó contra las taquillas e intentó meterlo en una; lo acosaban prácticamente todos los días. Ese mismo chico me obligó a meterme en un contenedor de basura en una ocasión. Los compañeros de clase eran crueles, lo alteraban y hacían estallar su temperamento. Eso solo provocaba que se metieran más con Jack. Yo quería estar a su lado, porque él me apoyaba. Nos necesitábamos.

El padre de Jack murió cuando tenía tres años y su padrastro era poco cariñoso. Y quizá sea cosa mía, pero su padrastro era bastante más simpático con su hijo biológico. Eso me llenaba de furia, pero ¿qué podía hacer? Jack era solo un niño, aislado en su pena, sin un sitio en el que depositarla.

«Serías guay si no te juntaras con Jack», me dijo otro amigo mientras jugábamos al tenis cerca de su casa en Tower Road. Habíamos sido grandes amigos en primaria, pero cuando comenzó el instituto, nuestra amistad se fue desvaneciendo. Él había entrado en el grupo de los populares y a mí no me gustaban las «cosas guais», sino que me iba más crear juegos raros con Jack y grabarme leyendo guiones que salían del fax. Quería estar con alguien que no fingiera. Siempre que me era posible, con Jack era yo mismo. Supongo que mi aversión a lo «guay» y la «popularidad» estaba relacionada en cierto sentido con el hecho de que ya me ponía una máscara, aunque no fuera del todo consciente, y la popularidad es la máscara definitiva. Un molde demasiado estrecho. Ya me sentía muy comprimido.

Pero fue Jack quien me ayudó a conseguir mi primer papel principal en una película con catorce años. Lo conseguí gracias a una cinta que hicimos en el centro. Con el guion desparramado en el suelo, Jack me hacía reír mientras interpretaba los distintos papeles. Solo nosotros dos. Ahí podía desaparecer, dejar el cuerpo un momento, lo cual, paradójicamente, me permitía conectar más con dicho cuerpo. Eso ocurría cuando me iba a otro sitio a grabar. Vestuario y peluquería no siempre eran divertidos, pero la alegría que conseguía mientras actuaba, ese permiso para marcharme, me permitía respirar. Tengo muchas cosas que agradecerle a Jack.

La película se titulaba *I Downloaded a Ghost* (*Descargué un fantasma*) e iba sobre una adolescente que… en efecto, se descarga un fantasma de internet. Carlos Alazraqui, que ahora es una de las estrellas de *Reno 911!*, era el fantasma. Se le dan muy bien las imitaciones y yo solía pedírselas una y otra vez, sobre todo la de Homer Simpson. Fue muy gracioso, majo y paciente conmigo. No siempre es fácil trabajar con niños.

Rodamos en Saskatoon, Saskatchewan, lo más lejos que había estado de mi casa. La mujer que interpretaba a la abusona, no una adolescente sino ya en la veintena, era guapísima, sincera y me trataba genial. Mi flechazo por ella me abrumaba, una vibración, me fascinaba la luz que la envolvía. Cuando regresé al instituto en Halifax, fantaseaba con que ella entraba en el aula; la creía capaz de hacerlo. ¿Cuán ensimismado estaba? Entendía, y a la vez no lo entendía, que aquello era un flechazo. Solo sabía que no podía dejar de pensar en ella, que la *echaba de menos*. ¿Se habrá dado cuenta? No lo sé.

Sufría cuando un proyecto terminaba, porque no me había acostumbrado aún a que el intenso vínculo en el plató se rompiera de repente. Trabajar me avivaba, me obligaba a estar presente, me obligaba a sentir. Al estar lejos del instituto, porque esos años casi ni lo pisé, cualquiera pensaría que mis notas se vieron afectadas, pero no. La oportunidad de aprender a solas con un tutor, toda esa concentración y atención implícitas, significaba que mi falta de confianza en el aula no se extendió al

tráiler o al despacho junto al plató con los libros repartidos a mi alrededor. Podíamos estudiar sin más.

Después de *I Downloaded a Ghost*, el trabajo siguió llegando, se incrementó de forma considerable. *Algo está pasando, esto podría ser real*, pensé. Quería un espacio que me permitiera cierta autonomía y que reflejase la realidad de un modo que no era posible en el instituto. Me vicié a los inicios en cada plató. Fascinado por las posibilidades, vertía todo mi ser en ese mundo: me hallaba en un lugar donde ser el chico raro era algo bueno. No quería mirar atrás.

Me contrataron para protagonizar una película titulada *Ghost Cat* (*Gato fantasma*), una película familiar cuyo argumento es, otra vez, justo lo que se espera por el título. Como dicen en Rotten Tomatoes: «Un felino espectral hace travesuras después de que un hombre (Michael Ontkean) y su hija adolescente se muden a una casa vieja». Solo era la segunda vez que protagonizaba una película y menuda coincidencia que las dos tuvieran la palabra «fantasma» en el título.

Fue en ese plató donde conocí a Mark. Yo acababa de cumplir dieciséis años y él tenía catorce; era más bajo que yo en esa época. Mark le puso voz durante años al querido oso hormiguero Arthur, una de mis series favoritas de cuando era niño; entre eso y su sensacional actuación en *The Interrogation of Michael Crowe*, estaba muy entusiasmado por conocerlo. Mi personaje era la chica nueva de la ciudad y él interpretaba al simpático vecino con quien trababa amistad.

Fue una maravilla trabajar con el director, Don McBrearty. Era simpático y nos dio buenos apuntes. La historia trataba, en muchos sentidos, sobre una chica que debe lidiar con un duelo intenso, con el cambio, que está desconectada de su entorno y de sí misma. Capté mi reflejo en una fotografía enmarcada antes de empezar a grabar y vi que el pelo largo me envolvía la cara y la frente me brillaba. *¿Quién es esa?* Una oleada de náuseas. ACCIÓN. Desaparece.

Un par de meses más tarde, estaba en Montreal, donde rodaba mi siguiente proyecto, una película para Lifetime titulada *Going for Broke*, con Delta Burke. Fue entonces cuando Mark y yo intimamos de verdad. Cuando algo encajó y persistió. Habíamos mantenido el contacto y planeábamos vernos en la ciudad, porque él también estaba allí trabajando en una película, pero aún no habíamos hablado.

Estaba hojeando un libro de acordes y tocando con torpeza mi Art & Lutherie, una guitarra acústica que justo se fabrica en Quebec. Tocaba canciones sencillas, cantaba por lo bajo. Bob Dylan, Cat Stevens, los Beatles, incluso algunas composiciones propias. Y justo en ese momento sonó el teléfono.

—¿Diga? —respondí.

—¡Hola! —Era Mark.

Había estado paseando y, al pasar junto al hotel, lo supo sin más: *Ellen se aloja aquí*. Las puertas automáticas se apartaron a un lado cuando se encaminó hacia el mostrador principal y, lleno de confianza, preguntó: «¿Pueden llamar a la habitación de Ellen Page, por favor?». Y de entre todos los hoteles que hay en el centro de Montreal, allí estaba yo. Mark lo describe como una intuición extraña y potente. Tenía claro que yo estaba allí.

Esa fue la primera vez que pasamos tiempo a solas. Sin ningún otro compañero de reparto, un tutor o un padre presente, Mark se abrió de una nueva forma y dejó entrever cierta tristeza. Siempre tan dulce, considerado, paciente y perfecto, necesitaba descansar de todo eso, necesitaba que alguien le preguntara: *¿Qué tal te va?* Y que lo dijera de verdad. Tenía problemas. Se sentía aislado. En casa, en el instituto, en el trabajo, se sentía distanciado y vacío y no sabía por qué. Sentía una presión intensa por actuar, con poco espacio para el placer. Apareció una grieta en él y la vi crecer delante de mí; era buena,

necesaria, el verde se abría paso a través del hormigón.

De vez en cuando se disculpaba por compartir tanto conmigo, se avergonzaba por sus sentimientos. Yo quería que tuviera espacio para expresarse sin filtros y lo animaba a soltarlo todo, a no censurarse conmigo ni por mí. Sentía su tensión y deseaba que se relajara, que calmara esa frente arrugada.

El tiempo que pasamos juntos en Montreal para mí está marcado por la música. Escuchamos sin cesar a Radiohead, y Mark, que es mejor guitarrista que yo, me ayudó con una versión rudimentaria de «Fake Plastic Trees». Pero esa época no solo se caracterizó por la inconfundible voz de Thom Yorke, sino también por la conexión profunda entre los dos, llena de sinceridad y reconocimiento. Esos momentos, compartidos por dos chicos jóvenes, resultaron en una amistad para toda la vida.

Gracias a Mark descubrí Interac, el programa académico en Toronto al que asistiría un año más tarde. Supongo que allí tuve un papel similar: creé un espacio donde Mark podía ser él mismo y, a cambio, siempre que era posible, yo también podía ser yo. Él había estado mucho más contenido por sus padres sobreprotectores. Siempre estaba con ellos, en el instituto o en el trabajo. Eso ocurre con muchos niños actores: se sienten aislados, pero nunca están solos.

Apenas había usado el metro en Toronto, solo de niño con mi madre. Con quince años, monté en él por primera vez a solas cuando iba al centro desde casa de mi tía en Etobicoke, donde me alojé ese verano. Escuchaba *Parachutes*, de Coldplay, con mi reproductor de CD amarillo portable de Sony, leía los guiones de las audiciones que tenía en la agenda para ese día. Entre eso y el mes que llevaba viviendo en Toronto, ya sabía manejarme mejor por la ciudad que Mark. Creo que a sus padres les molestó que lo ayudara a organizar una independencia que necesitaba con urgencia, que le diera espacio para decidir lo que necesitaba y ansiaba de verdad.

Nuestra relación se ha basado en ayudarnos el uno al otro a encontrar la verdad, en superar nuestros miedos, nuestro ego y nuestras expectativas sin sentido. Protegimos esa sinceridad, un espacio seguro en el que aterrizar, una persona que te verá por quién eres, aunque intentes esconderlo. En muchos sentidos, ese profundo conocimiento que experimenté con Mark reflejaba lo que había tenido con Jack.

Jack y yo nos distanciamos con mi traslado de instituto. Nuestros intereses cambiaron y yo estuve fuera durante largos periodos de tiempo para filmar. Mis nuevos amigos me inspiraron de muchas formas, me hicieron más valiente, más consciente, expusieron mi ignorancia. Me manifesté por primera vez con quince años en contra de la guerra de Irak. Compartimos libros de Naomi Klein y Arundhati Roy. Estaba formando mi identidad, lo notaba. Y, a medida que mis intereses se expandían, también lo hicieron mis gustos cinematográficos. Y ahí fue cuando mi carrera dio un giro. Los papeles y las historias eran más maduros, llenos de emociones que empujar, tirar y sonsacar. Quería más, quería sumergirme. Así que con quince años me fui de Halifax a Toronto. Deduje que podía darle una oportunidad. Creo que Jack se sintió abandonado. Yo también lo sentí, aunque fuera la persona que se marchaba. Esa fue una de las amistades más profundas de mi vida.

A los veintidós o así, Jack y yo nos reencontramos por primera vez en años. Habíamos hablado entre medias. Nuestros cumpleaños se llevan dos días, yo soy del 21 de febrero y él del 23, así que nos escribíamos por esa época, un intercambio breve, para ponernos al día rápidamente. Quedé con él en su piso en South Park Street, a un par de edificios de distancia de YMCA, mi escuela de preescolar. El piso estaba bien elevado, con un balcón que daba a los Public Gardens, justo enfrente. Tuvimos suerte

de ponernos al día, porque los dos viajábamos a menudo. Él tenía una vida exitosa y parecía feliz. Fue muy bonito hablar, después de tanto tiempo. Ya éramos adultos.

19
Old Navy

El cartel de Old Navy atraía a mi madre como la luz tenue de una linterna de gas a una polilla. Revoloteaba a su alrededor con las pocas fuerzas que le quedaban, el resultado que ansiaba se hallaba a tan solo unos metros de distancia. En un lugar indeterminado a las afueras de Richmond, Virginia, yo atravesaría la puerta de esa cadena de tiendas, hecho polvo y agotado por las críticas interminables, pero decidido a salir convertido en una «chica» para ella.

Mi madre no tuvo una vida fácil. Fue una madre soltera trabajadora, alguien que había conocido la pérdida desde tierna edad. Nació en 1954 en St. John, Nuevo Brunswick, hija de Gladys Jean y Gordon Philpotts, un pastor anglicano. Durante su infancia, se trasladaron con frecuencia; vivieron primero en St. John, luego en Toronto y al final en Halifax. Mis tías siempre hablaban de sus padres con cariño, aunque el dolor permeaba aún sus voces y sus silencios. Su padre murió de repente cuando mi madre tenía dieciséis años, de un ataque al corazón. El entierro se celebró en St. Paul, la iglesia protestante más antigua de Canadá. Acudió mucha gente, algunos se quedaron de pie en la parte trasera y hasta en la puerta, para mostrar todo el amor y el respeto por un hombre que los había conmovido. Según mi madre, hacía sermones alegres, jóvenes. En el altar, hacía referencia a las letras de los Beatles y las mezclaba con palabras y lecciones de Jesucristo.

Mi abuela, a pesar de tener que lidiar con un dolor tan profundo, permaneció fuerte para sus hijas tras el fallecimiento de su marido. Lo cierto fue que no tuvo elección, porque era la única progenitora de cuatro niñas que aún vivían en la casa. Ocultó su dolor de toda la gente que la rodeaba. Dos años después de la muerte de mi abuelo, se encontró un bulto en el pecho, y luego más. Decidió no contárselo al médico; por aquella época, sobrevivir a algo así era poco probable, así que no buscó un tratamiento. Mi abuela no se lo dijo a nadie, ni siquiera a sus hijas. Ocultó y escondió lo que podría ser un tumor de pecho ulcerado con polvos de talco, pañuelos de papel y perfume a medida que el cáncer se apoderaba de su cuerpo. Imagino que no quería que sus hijas presenciaran aquello, porque su duelo aún era reciente.

Mi abuela murió cuando mi madre estaba en el extranjero estudiando. Se había marchado a Francia como parte de su carrera universitaria. Ansiaba ser maestra de francés, le encantaba el idioma, su fluidez, la aventura de aprender un paisaje familiar pero nuevo. En París, estudió el dialecto, se sumergió en una nueva cultura. Hay una foto suya en la que aparece delante de una fuente, sola, con adoquines bajo los pies. La ciudad del amor, donde mi padre le propondría matrimonio años más tarde. Un largo abrigo marrón claro, chic y elegante, le cae hasta la parte superior de las pantorrillas. Una suave sonrisa le ilumina la cara y su cabello corto y arreglado le resalta los pómulos. A la nueva ola francesa, muy hermoso.

Mi madre no fue al funeral. Era la década de los 70, no podías agarrar el teléfono y llamar sin más. No podías enviar un fax. Su familia lo intentó todo, contactó con la universidad y hasta llamó a los

bares que eran populares entre los estudiantes, pero no pudieron localizarla. Un día, mientras paseaba, mi madre vio una oficina de correos y sintió que debía llamar a casa. Su cuñado, que vivía en Nueva Jersey, respondió.

—¡Ah, hola, John! ¿Qué haces ahí? —preguntó.

Sin saber qué decir, John le pasó el teléfono a mi tía Beth, que tampoco supo cómo decírselo y le entregó el teléfono a mi tía Heather, que le dio la noticia a mi madre. Gladys Jean Philpotts había muerto y el funeral ya se había celebrado.

Una gran conmoción, un dolor insoportable, una pesadilla. Los amigos de mi madre la llevaron de vuelta a la residencia de estudiantes.

—¿Quieres que llamemos a tus hermanas? ¿Que busquemos una forma de llevarte a casa? —le preguntaron.

Mi madre decidió quedarse en Francia para terminar sus estudios. Eso era lo que su madre hubiera querido, lo sabía con todo su ser.

Se me rompe el corazón al pensar en su viaje de vuelta a casa, un infierno en las nubes, una asmática en un avión lleno de fumadores. Sola y triste. Sintiendo un dolor inimaginable. El golpe de las ruedas al aterrizar, al regresar a la tierra, a la realidad que te queda.

A los veinte años, mi madre ya no tenía padres.

Cuando volvió de Francia, se apuntó otro año más a la Universidad Mount Saint Vincent, en Halifax. Sus dos hermanas pequeñas se mudaron de Nueva Escocia a Nueva Jersey para vivir con mi tía Heather, la mayor, que se había casado con un ingeniero estadounidense y trasladado a Vineland. Heather tenía una personalidad efervescente y muy cariñosa que quizá hubiera surgido de ese periodo tan difícil de su vida, para ofrecerla en medio de su duelo. La sacó a duras penas de sí misma. No pudo haber sido fácil. No me imagino lo profunda que habrá sido la tristeza de mi madre años después, cuando diagnosticaron a la tía Heather con cáncer de colon y también falleció.

La tía Heather se mudó a Virginia, donde mi madre y yo íbamos a verla a menudo. Esos viajes eran especiales, recuerdos en los que mi madre se mostraba animada y alegre. Yo me subía a la cama de la tía Heather para acurrucarme a su lado y ver algunas de sus series favoritas, todas comedias británicas. Cuando mi madre nos acompañaba, soltaba carcajadas roncas y eso me hacía reír más a mí. Fue bonito. Me gustaba verlas juntas y felices con esas enormes sonrisas.

La casa de la tía Heather estaba justo a las afueras de Richmond. Allí jugaba con mis primos al aire libre y nadaba en un lago cercano. En una ocasión, fuimos al vertedero y encontramos un kart viejo y maltrecho que funcionó durante unos quince minutos, un cuarto de hora que nunca olvidaré. Después de romperse, encontramos tirada una pelota atada a un poste que parecía en buenas condiciones. Un adulto nos lo montó y lo ancló al suelo, y terminamos esa tarde tomando malvaviscos junto al fuego.

Pasaba horas al aire libre, sentado en la tierra para observar cómo las hormigas se subían a mi mano, la rodeaban con sus patitas. Quería ser como Mowgli, que se come las hormigas en la jungla. Rodeaban el dorso de mi mano hasta alcanzar los nudillos, donde se paraban a recalibrar y luego se dirigían hacia la muñeca; ahí correteaban alrededor del reloj. Y, cuando lo hacían, las chupaba una a una. Mi prima fue corriendo a chivarse a mi madre. Martha Philpotts salió de la casa y metió con furia los dedos dentro de mi boca, donde rebuscó para extraer los insectos muertos o que aún se retorcían. Recuerdo que sacó el dedo índice con manchas negras y sangre. Asqueroso, pero seguramente tendrían un contenido nutricional más elevado que el queso Kraft en la nevera de mi tía.

Cuando llegó la pubertad, más o menos por la época de mi última visita, Virginia me pareció diferente. Las primas de la extensa familia de mi tía Heather estaban también de visita. Apenas nos veíamos, porque mi madre y yo no podíamos ir a Richmond a menudo, pero la casa de la tía Heather siempre era un hervidero de actividad y visitantes, incluso en su último año de vida.

—¿Dónde has comprado esa camiseta? —gruñó mi prima mayor. Una vibración en la fisura que se había abierto cuando se dieron cuenta de que no era como ellas. La camiseta tenía rayas finas, era una de las que más me ponía. En tonos tierra, cambiaba de color con sutilidad. Pantalones cortos de baloncesto de un verde oscuro brillante me cubrían las piernas. Unos calcetines blancos de deporte salían orgullosos de mis Adidas. Un abultado reloj Casio me envolvía la muñeca.

Resulta que no le interesaba saber dónde había comprado la camiseta, sino que quería decirme que la odiaba y que yo vestía raro. Ella lucía tops sin mangas, sudaderas y vaqueros de American Eagle y Old Navy que la convertían en un calco de las chicas que me despreciaban. Cuando me miraban, sus rostros se arrugaban.

Ese mismo estado de desarraigo, de alejamiento, me había seguido a lo largo de dos mil kilómetros hasta Virginia.

—¿Es que en Canadá no tenéis centros comerciales? —preguntó.

Mudo, me acordé del kart. Del lago y de lo cálido que era. De los patos enfadados. De las Pepsi frías en la playa. De las chocolatinas congeladas que me volvían loco.

¿Por qué pensé que aquí sería distinto? ¿Cómo va a encajar aquí esta «marimacho» de catorce años?

Mi prima celebró sus dulces dieciséis mientras estuvimos en Virginia. Daría una fiesta en casa de su madre, a una corta distancia en coche. Me invitaron. Ella era popular y lo parecía, así que supe que la fiesta sería una de las más molonas a las que había ido nunca. No quería que me dejaran en ridículo y quise deshacerme del niño. Quería hacer feliz a mi madre.

—Mamá, ¿me llevas a Old Navy para comprar ropa de chica? —pregunté. Normalmente no había dinero extra para peticiones de vestuario así, pero aquello era diferente. Aquello era un sueño hecho realidad para Martha. El entusiasmo de su voz fue como una dulce melodía para mis oídos, fue como si mi madre tuviera más energía. Me gustaba verla sonreír.

—¡Ay, sí, Ellen, por supuesto!

Y sonrió con ganas.

Su entusiasmo se extendió como el humo de una cachimba, colocándote sin querer. Tomamos la autopista de Virginia; la humedad era como un ladrillo, siempre costaba adaptarse a esa capa pegajosa que generaba sobre la piel. Entramos en un polígono industrial que era idéntico al que había a las afueras de Halifax. Las franjas de sitios para aparcar, trazadas a la perfección, aguardaban pacientes a los compradores; un pequeño rectángulo incompleto para cada persona. Tiendas gigantescas con nombres que conocía llenaban el mar de cemento pintado. GAP, AMERICAN EAGLE, OLD NAVY. Los carteles en los escaparates anunciaban rebajas y nuevos estilismos; los éxitos pop se filtraban por las puertas automáticas como el canto de una sirena.

Mi madre prácticamente bailaba mientras aparcaba y luego se encaminaba hacia las tiendas; retorcía el cuerpo como las hormigas, con deleite, tras descubrir el séptimo cielo en un aparcamiento. Old Navy aún no existía en el polígono industrial de Halifax, y encima tenían las mejores rebajas. Las puertas se abrieron cuando ella entró brincando, lista para el salto. Ahí estaba su oportunidad.

Recuerdo que me rendí cuando atravesamos la sección para «chicas», con todos los rosas y los

azules cielo, los brillos, los tops sin mangas, los tops cortos, los vaqueros de cintura baja, todo mezclado, con una canción pop colándose en el cerebro. Frases inspiradas por el nacimiento del «Girl Power» adornaban las camisetas estampadas.

Mi madre sacó artículos de ropa de las perchas, hablando a mil por hora. Yo miré hacia la sección para «chicos», al otro lado de la tienda, mientras asentía sin pensar. ¿Debía hacer algo más?

Tras haberme puesto la ropa ajustada, me giré para mirarme en el espejo del cambiador. Vi a una persona nueva, o quizá a alguien que ya había conocido antes, nervioso por decir «un placer conocerte». Esa persona me miraba directamente a los ojos. Examinó mi cuerpo de la cabeza a los pies y yo hice lo mismo. El top azul claro con un pequeño estampado de encaje. Los pantalones ajustados que le envolvían el culo, destacándolo para que el mundo lo viera. Me puse la camisa con el logo de OLD NAVY bordado en la parte delantera y este se curvó en el pecho, pegándose por el sudor persistente.

Allí estaba yo, enmarcado como en un póster, como un maniquí en un escaparate. Ya tenía valor. Tenía que seguir adelante, crecer, dejar de ser tan difícil y egoísta. Ser una señorita para que mi madre se sintiera orgullosa.

El subidón de Martha prosiguió mientras conducíamos de vuelta a casa de mi tía. Observé su semblante. Cada mirada hacia las bolsas a mis pies era como otra calada, una inhalación profunda para luego soltar el humo despacio. Ahora podía relajarse, no era solo un sueño. La peonza había caído. La misma música de Old Navy me siguió por la radio, el éxito de ese verano en bucle: *Gitchie, gitchie, ya-ya, da-da (da-da-da) Gitchie, gitchie, ya-ya, here (ooh, yeah, yeah).*

La fiesta comenzó con bastante calma y luego fue creciendo hasta convertirse en el tipo de fiestas que he visto en películas protagonizadas por Jennifer Love Hewitt. Se suponía que los adolescentes no podían beber, pero, para sorpresa de nadie, el alcohol pululaba por todas partes. Yo aún tenía que probar el licor *de verdad*, aparte de algún que otro sorbo a la cerveza de uno de mis padres o el cóctel de champán que me permitían tomar en Nochevieja y que me hacía brincar por toda la casa hasta que caía en un sueño pacífico. Mis días de las fiestas del instituto todavía no habían llegado, pero lo harían pronto, y allí beber era un deporte, igual que el fútbol al que jugábamos.

Un amigo de mi prima se sentó a mi lado, borracho, y empezó a interrogarme sobre cosas de Canadá.

—¿Vives en un iglú? —me preguntó con sinceridad.

Le expliqué que no vivía en un iglú. Él siguió contándome que Canadá era un asco.

Había padres en la casa, pero a una distancia respetuosa. Los invitados siguieron llegando. El volumen de la música había subido poco a poco y costaba oír cualquier otra cosa. Con la casa llena de gente vibrando al ritmo del bajo de *hip hop,* yo bajé la mirada hacia mi pecho, a esos bultitos. Mi nuevo vestuario no era la solución mágica que había esperado. Las capas eran más ligeras, pero la incomodidad pesaba más.

A lo mejor, si sigo intentándolo, si sigo practicando, llegará. Sí, solo tengo que esforzarme, elegirlo.

Pero cuando regresé a Halifax y atravesé las puertas del instituto, *voilà*, éxito. De repente, las chicas populares alabaron mi ropa. Mis vaqueros Old Navy se ceñían a las piernas, el top sin mangas revelaba más piel de la que había mostrado hasta ese momento en el instituto, sin contar las veces que he estado en el vestuario de chicas.

—Qué chula la camisa.

Sabía que funcionaría, pensé, orgulloso. Podía ganar el juego.

—Tienes un culo bonito —dijo Katie mientras doblaba una esquina. Miró por encima de su hombro, con una sonrisa furtiva, y su pelo siguió el movimiento. Quería que le gustara el culo de *este* chico.

—Ahora solo tienes que oír otro tipo de música —sugirió una amiga del equipo de fútbol en el trayecto de vuelta de un partido. Llevaba el pelo atado en una prieta coleta. Me gustaban Radiohead y Björk, «música rara». Estaba dispuesto a deshacerme de mí mismo, pero mis canciones ni tocarlas.

La reacción a la chica que había conocido en el espejo de un Old Navy en un polígono industrial a las afueras de Richmond, Virginia, era lo que había deseado, pero no adiviné mi respuesta a esa atención. Aquello solo acentuó el escozor, expandió y contaminó la herida, exponiendo más su asquerosidad.

Aun así, no podía olvidar el resplandor de mi madre, su felicidad, la sensación de que todo iba bien después de tanto dolor. Quería darle eso, pero mi nuevo aspecto empezó a desaparecer. Un gráfico con líneas borrosas.

20
Acércate

Nikki no era como las otras chicas. Era auténtica, amable, audaz. Su sonrisa, *esa* sonrisa, te daba la bienvenida. La melena pelirroja, espesa y ondulada, le envolvía la cara. Yo giraba el cuerpo para mirarla, con el estómago revuelto y Peta Zetas estallando en el interior. Las cuerdas vocales temblaban, me costaba formar palabras, me dejaba caer en sus ojos verdes y luego me arrepentía de lo que hubiera dicho. Tenía quince años y estaba enamorado.

Se sentaba detrás de mí en clase de inglés. La reconocí porque en secundaria jugó a baloncesto. Había ido a Cunard Junior High, el mismo instituto que mis hermanos. El padre de Scott y Ashley era profesor allí. A Nikki le había caído bien.

La recuerdo de la cancha porque no podía dejar de mirarla: una fuerza, una atracción electromagnética. Me desconcertaba el efecto que tenían algunas chicas sobre mí. Todos los seres humanos emiten radiación, frecuencia. ¿Sería por esa vibración? ¿Por ese efecto invisible?

En un artículo de *Scientific America*, Tam Hunt explica:

> *Se produce un fenómeno interesante cuando distintas cosas/procesos que vibran se aproximan el uno al otro: a veces, al cabo de un rato, empiezan a vibrar juntos en la misma frecuencia. Se «sincronizan» de formas que pueden parecer misteriosas.*

—Me dijiste que no fuera tan agresiva contigo mientras te cubro. Ja, ja —dijo Nikki con su sonrisa encantadora.

Mi corazón dio un brinco; no era solo yo, en ese instante, en ese partido. No era solo yo: ella también se acordaba de mí.

A partir de ese momento, siempre iba derecho a un pupitre cerca del suyo. Buscaba una excusa para mirar. Nikki llevaba calcetines y zapatos Birkenstock, jerséis cómodos y tenía la mejor risa del mundo, totalmente infecciosa. Entendía su sentido del humor.

—Los chalecos resuelven un problema milenario. El de los brazos calientes y el pecho frío —dijo, muy seria, sobre su chaleco acolchado.

Me reí con ganas. Un oleaje incontrolable y enérgico se mezcló con un estallido de ebullición. Estaba a punto de arder. *¿Qué cojones me está pasando?*

Uf, me he emocionado demasiado. Seguramente pensará que soy un fastidio. A la próxima actúa con más calma. Estate. Más. Calmada.

Quería conocerla mejor, quería apartar los pupitres de en medio. Estaba fascinado, hechizado.

A pesar de mis sentimientos, buscaba salir con chicos. Había uno muy mono, con el cabello rubio oscuro, un rostro interesante, mirada penetrante y mandíbula prominente. No disfrutaba necesariamente de besarme con él, pero me encantaba la aventura, el potencial, el «¿quizá me puede gustar un chico?». No pasamos mucho tiempo juntos en secundaria, pero la intimidación de esa nueva

frontera nos acercó. O tal vez sea que él solo quería que le chupara la polla.

Nos enrollábamos en secreto en rincones ocultos del instituto. Nos revolcábamos en el vestuario de chicas, donde mis compañeras de fútbol y yo nos preparábamos para entrenar. Apestaba a espinilleras hediondas y uniformes pospartido que necesitaban un lavado tras haberse impregnado de sudor rancio. El lugar era un caos, con una de esas colchonetas azules muy grandes y gruesas a un lado.

Nos tumbábamos en su superficie acolchada para besarnos, tocarnos, rozarnos con la ropa puesta.

Los dos íbamos a la misma clase de francés. Aunque mi madre era bilingüe, siempre ha sido la asignatura que peor se me ha dado. No hablaba francés conmigo cuando era niño, algo que me fastidia un poco, y me costaba; los idiomas no son mi punto fuerte. Así pues, era maravilloso tener un motivo para escapar, sobre todo con operaciones encubiertas. Ese chico se sentó detrás de mí y me pasó una nota.

Reúnete conmigo en el baño de chicos

Alzó la mano y el profesor asintió.

—*Est-ce que je peux aller aux toilettes?*

—*Oui*.

Mi amante se levantó y salió del aula. Dejé que pasara un rato y luego alcé el brazo.

—*Est-ce que je peux aller aux toilettes?*

—*Oui.*

Salí y giré a la derecha en el pasillo vacío. Él esperaba fuera de *la salle de bains* con una confianza adorable que no ocultaba del todo sus nervios. No había nadie en los baños, estaban en silencio. Entramos, susurrando, y corrimos hasta un cubículo; nos miramos con sonrisas traviesas. Nuestros labios chocaron, llevó su mano a mi pecho, mis pezones se endurecieron. Trajinó con sus pantalones, se bajó la bragueta y se sacó la polla, dura y firme. Se escupió en la mano para humedecerla y la acarició hasta que mi mano reemplazó la suya.

—¿Me la chupas? —preguntó, suplicándome con los ojos.

Me arrodillé. Sujeté su pene, lo alineé con mi boca y la abrí bien grande, una invitación a su interior.

Nuestras actividades extracurriculares solían centrarse en su placer.

Regresábamos tambaleándonos a clase, él primero, yo después.

Quería estar en el círculo de amigos de Nikki, pero no lo estaba, no del todo.

Mis escapadas en clase de francés empezaron a disminuir. La emoción desapareció, la sensación no compensaba el riesgo. Y no puedes ir al baño a la misma hora en cada clase o *le professeur* te descubrirá. Rozarse por encima de la ropa en el vestuario también perdió su encanto. Me aburría, me dejaba insensible. *¿Por qué no puedo sentir más?*, me preguntaba en esa época. La gente salivando que me rodeaba, los impulsos, los chicos, las chicas… ¿El resto también estará fingiendo?

Nikki y yo cada vez estábamos más cómodos juntos. Pasamos de ser conocidos a colegas, a sentir el mismo deseo de estar cerca. Mi flechazo se intensificó. Si ella se sentaba cerca, yo me preguntaba: *¿Lo ha hecho a propósito?* Cuando se reía y me apretaba el brazo, pensaba: *¿A lo mejor debería reírme y devolverle el gesto?* Soltaba una risita y enseguida le tocaba el hombro. Parecía una nueva forma de comunicación, un código Morse oculto. No podía decir las palabras directamente, así que mi cuerpo

buscaba una forma de transcribirlas.

En el decimoctavo cumpleaños de Nikki, atravesé la ciudad en bicicleta, con el corazón martilleándome en el pecho, para llevarle una tarjeta. En la parte delantera había dos mujeres que comunicaban algo sugerente, una insinuación lésbica. Ojalá pudiera recordar lo que era. La compré en Biscuit General Store, en el centro, uno de los primeros lugares, si no el primero, donde vendían ropa hípster. Nos encantaba ese sitio.

¿Sabría decir cuál era mi intención? No lo sé. Todo parecía mecánico, solo lo hacía. Cuando compré la tarjeta, cuando escribí un mensaje en ella, cuando atravesé la ciudad a toda prisa para entregársela como regalo. Le había mandado un mensaje con mi grueso Nokia para decirle que iba de camino. Me impulsaba con los muslos, me propulsaba hacia delante, vibraba de nuevo. No iba lo suficientemente rápido.

La localicé y se la di. Nikki sostuvo el sobre blanco con las dos manos, mirándolo. El sudor me caía por entre los dos pechos. Nikki lo abrió, se rio al ver la tarjeta y luego le entregué *Siddhartha*, de Hermann Hesse, uno de mis libros favoritos.

Ella me abrazó, me dio las gracias por el regalo y siguió con su día. En ese momento me quise morir. Me recordó a cuando tenía dieciséis años y me enamoré de una treintañera que había conocido en una película. Le hice un CD con canciones y lo dejé en el vestíbulo de Drake, un hotel elegante de Toronto. Tras haber caminado quince minutos, regresé al silencio de mi pequeña habitación amarilla y me desmoroné. ¿Qué coño acabo de hacer? Bajé las escaleras volando, me até los cordones a toda prisa y salí. Llovía, pero yo eché a correr, tenso por la humillación. *No no no no.* Sin aliento, seguí avanzando. *Venga, entra rápido, recupera el CD y nadie se enterará.*

Aguardé impaciente detrás de una persona que se estaba registrando. *Vamos, vamos.*

—Hola, he dejado una cosa para una persona, pero necesito recuperarla…

—Ah, pues ya se lo ha llevado a su habitación —dijo el recepcionista. Me gustó su corte de pelo.

La mujer seguramente estaría escuchando «Anthems for a Seventeen-Year-Old Girl» en ese momento y le parecería adorable que me hubiera enamorado de ella. Casi cagué sangre. Como si el corazón me atravesara el cuerpo y cayera directamente en el retrete.

—Gracias por la música, me ha gustado mucho —me dijo cuando la vi más tarde. Me miraba con una sonrisa entrañable, como una palmadita invisible en la cabeza que dijera: «Qué mona».

Tenía fe en que esa vez fuera diferente.

Nikki y yo eludíamos nuestra química, la rodeábamos, la esquivábamos. Quedábamos cada dos por tres, a veces parecía hasta romántico. Estaba casi seguro de que no solo era cosa mía, pero quizá sí que lo era, quizá fuera la única persona queer allí.

Recuerdo haber estado sentados juntos en el Toyota Camry beis de su madre en Dingle Park, porque no queríamos volver a casa. El sol se ponía, estaba a punto de desaparecer para dar paso a la noche. En silencio, mirábamos el Northwest Arm. Pensé que a lo mejor nos íbamos a besar. Al final, el sol desapareció en la punta del horizonte con su última despedida. Sonreí a Nikki, ella me devolvió la sonrisa. Recuerdo que estaba preciosa. Oía mi corazón y esperaba que ella también lo oyera. Pasaron unos cuantos latidos y los dos suspiramos, lo eludimos una vez más, giramos la cabeza para mirar hacia delante. Aguardamos en el vehículo hasta la caída de la noche.

Momentos como esos se ocultaban en nuestra amistad, bien escondidos, sin nombre. En otra ocasión, estábamos en la casita del árbol de su patio trasero. De las clásicas, hecha solo de madera con

una pequeña trampilla. El padre de Nikki la había construido para ella. Murió cuando su hija tenía ocho años.

Nos fumamos un porro, perdidos en la conversación, y los grillos nos acompañaron. La casa principal estaba a oscuras, a excepción del salón, de donde salía luz. Dentro, su madre veía la televisión, distraída por el brillo parpadeante. Nuestras caras estaban cerca, Nikki me miró a los ojos y yo la miré también. El tiempo se detuvo, la comisura de nuestras bocas ofrecía un indicio mínimo de sonrisa. No nos movimos.

Acércate, pensé. *Solo tienes que acercarte.*

No lo hice, y ella tampoco, y el momento pasó. Bajamos del árbol.

Tantas veces en las que lo único que debía hacer era acercarme, a ella y a mí mismo, pero no pude. Y, al final, perdí mi oportunidad. Una tarde estábamos tumbados en su cama, hablando. Me rodeaba con un brazo y me permitía acurrucarme en ella, lo más cerca que habíamos estado. Alcé la mirada, en un nuevo ángulo. Su cuello se estiraba mientras miraba hacia el techo, con el mentón alzado orgulloso. Los ojos de Nikki bajaron, seguidos por su cabeza; un nuevo ángulo también para ella. Sus labios, rosados y carnosos. Los quería sobre mi boca.

—¿Nikki?

La puerta se abrió.

Enseguida nos desencajamos, creamos un espacio entre medias. Fue inútil, ya nos habían descubierto.

Poco a poco, empezamos a distanciarnos.

El protagonista del musical del instituto le preguntó a Nikki si quería ir al baile con él. Era alto, guapo, popular, amigo de todo el mundo, el tipo de persona que puede entrar y salir de cualquier grupo y pandilla sin tener que mutar. Con talento, inteligente, gracioso… deseable.

Nikki dijo que sí. En cuanto me enteré, se me rompió el corazón. A principios de curso, ella y yo comentamos como quien no quiere la cosa que iríamos juntos, un momento a escondidas que se evaporaría como los demás. Aun así, una pequeña parte de mí creía que aquello sí que iba a ocurrir. Quise gritar que viniera conmigo, que la quería, pero no me salió nada. La imagen de los labios de otra persona en los suyos me provocó una nueva sensación. Impulsados por el corazón, los celos se revelaron y me recorrieron el cuerpo.

Nikki y yo no perdimos el contacto. Años más tarde, me dijo que sentía lo mismo.

Me jode que nos hayan privado de nuestro amor, que nos hayan robado las emociones del corazón. Estoy furioso por las semillas que plantaron sin nuestro consentimiento, por las voces y los actos que pavimentaron los caminos hacia una verdad innecesariamente cruel.

Ella aún tiene el ejemplar de *Siddhartha* que le di, con la inscripción en su interior.

NIKKI…

A veces no se me dan muy bien las palabras a la hora de expresar sentimientos y compartir pensamientos. Ahora que cumples 18 años, solo quería que supieras que creo de verdad que eres espectacular. Te quiero una barbaridad y te respeto mucho. Sé amable contigo misma y da igual de lo que quieras hablar y de lo que no, que estoy aquí para ti. Espero que disfrutes de este libro. Ha tenido un papel muy importante en mi vida y espero que te conmueva tanto como a mí. No

conozco a mucha gente como tú. Tan entregada, tan amable y graciosa. Te deseo toda la paz y el amor del mundo, porque te lo mereces todo.

Con cariño,
Ellen

21
The Healthy Way

La primera chica que besé trabajaba en The Healthy Way, un sitio que servía batidos, ensaladas y sándwiches en la zona de restaurantes del centro comercial de Halifax. Había regresado de Toronto para terminar el instituto y tomarme un descanso de actuar. La chica se llamaba Jessica y vestía toda de negro; su cabello corto y oscuro se parecía al de Tegan and Sara, el nuevo grupo de música canadiense que estaba de moda. Estar cerca de Jessica me llenaba de una emoción nerviosa. No porque me gustara, sino porque sabía que era queer y tenía que estar cerca de ella. Por eso la buscaba sin cesar.

Iba en bicicleta a solas hasta el centro comercial y pedía algún rollito mientras observaba sus manos durante la preparación. La había saludado con torpeza y luego había perdido el habla, aunque había captado una pequeña sonrisa mientras agarraba los pepinillos. Yo me esforcé por ocultar la mía. Me sentaba a comer en una mesa vacía y luego me marchaba sin decir nada; solo iba allí a verla y estar cerca de su identidad queer. Cuando llegaba y Jessica no estaba trabajando, sentía una mezcla de decepción y alivio. ¿Sería una obsesión? Siempre volvía a por esos rollitos.

Al final, quedamos a solas. Supongo que Jessica me pidió salir porque yo estaba muerto de miedo, tan nervioso que temblaba. El sol se había puesto mientras paseábamos por Spring Garden Road hacia el puerto; a saber de qué estaba hablando. Nos detuvimos justo antes de Barrington Street, delante de la catedral-basílica de St. Mary, una iglesia prodigiosa de piedra que tiene la aguja de granito más alta de Norteamérica.

Ella se dio la vuelta y nos miramos. Estábamos cerca. El chapitel gótico se cernía sobre nosotros. Silencio. Me besó.

Cuando nuestros labios se tocaron, sufrí un cortocircuito; la elasticidad de mi cerebro aún no podía doblarse alrededor de lo que estaba ocurriendo. Me aparté, separé mi cuerpo del suyo. Mi respiración se tornó superficial.

—Tengo que irme —dije—. Lo siento mucho…

Di una excusa ridículamente obvia.

—Ah, vale —respondió ella. Y salí corriendo de allí.

Hui, literalmente, de mi primer beso con una chica. Incluso hoy en día me muero de vergüenza cuando pienso en ese momento. Había ido al restaurante día tras día para observar cómo colocaba con cuidado los pepinillos en mi comida, pero un único beso me había desintegrado. La dejé allí plantada a los pies de los escalones de la basílica. A pesar de oponerme con vehemencia a la religión, una pequeña parte de mí se preguntó si Dios lo habría visto. Si yo habría pecado.

Más tarde, ese mismo año, tras muchos meses de silencio incómodo y cero rollitos, fui a la fiesta de un compañero de clase. El espacio estaba a rebosar de adolescentes que bebían y bailaban. Vi a Jessica. Borracho, decidí no acobardarme esa vez. Nos sentamos en el mismo sofá grande, en una esquina del salón. Un enorme labrador dorado no dejaba de venir a saludar. Había algo diferente. Yo

era diferente. No me derrumbé ni temblé. Y esa vez, cuando nos besamos, no fue corto. No me aparté, sino que me acerqué más. Mi lengua se encontró con la suya; exploraba, se movía con la música, bailaba en nuestras bocas. Sentí que su mano buscaba el botón superior de mis vaqueros.

—¿Te parece bien?

—Sí —respondí con un asentimiento de cabeza.

Jessica deslizó los dedos por mis pantalones y me tocó.

—Estás muy húmeda.

Y lo estaba. Excitado de una forma nueva, sentí la sensación que solo había conseguido alcanzar en solitario hasta ese momento. Mi cuerpo se estremeció. Ojalá hubiéramos estado a solas, pero la presencia de otra gente nos sacó de ese instante.

Estar cerca de Jessica me cambió. Al crecer casi sin personas queer a mi alrededor, ella me ayudó a descubrirme a mí mismo; Jessica había atravesado el miedo y la vergüenza para existir con orgullo. Encontrarme con ella en la acera, verla en una fiesta, comerme los rollitos que me preparaba en el centro comercial: no me había enamorado, pero ansiaba estar lo más cerca posible de su presencia. Su visibilidad lo era todo para mí.

Mientras camino por este mundo, ahora vuelvo a pensar en esto.

22
Línea mortal

—Todo irá bien —dijo el coordinador de acrobacias.

—Saldrá mejor si no estáis atadas —le dijo Niels a Kiersey.

Deberíamos habernos ido, llamado a alguien, dicho algo, pero nos habían condicionado para pensar así; filmar una película es muy caro y las horas son limitadas, sobre todo en un rodaje nocturno lleno de acción como ese. El sol saldría en algún momento.

Era el verano de 2016, nos hallábamos al borde de unas elecciones horribles. Estaba actuando en el *remake* de una película de culto de los años 90, *Línea mortal*, en la que un grupo de cinco estudiantes de medicina realiza un experimento de alto riesgo. Se detienen el corazón durante un breve periodo de tiempo para sufrir experiencias cercanas a la muerte, un paro cardíaco, hasta que sus colegas los resucitan. Obviamente, todo sale mal. La película original está protagonizada por Julia Roberts, Kiefer Sutherland y Kevin Bacon. Tuve la suerte de trabajar con un reparto fantástico para el *remake*: Diego Luna, Nina Dobrev, James Norton y Kiersey Clemons. Lo dirigiría Niels Arden Oplev, conocido sobre todo por haber hecho la primera versión sueca de *Los hombres que no amaban a las mujeres.*

Un reparto brillante, una película de culto: seguro que iba a salir todo bien. Pero todo se salió de madre; fue una de esas películas que son un desastre desde el principio.

Nos estábamos preparando para una escena en un coche cuando Kiersey y yo nos dimos cuenta de que todo el mundo llevaba un grueso cinturón integrado, excepto nosotros dos. Observamos al grupo de especialistas atar a los demás, perplejos, mientras nos preguntábamos por qué no nos protegían para esa escena. «¿Por qué todos los demás tienen cinturón y nosotros no?», preguntamos.

Kiersey estaba tumbada en la parte trasera del coche, sobre Diego. Yo estaba sobre el regazo de James. Sin sujeción, una medida de seguridad básica en la que nadie había pensado para esa escena bien organizada, elaborada y cara.

Kiersey y yo no hicimos nada, solo obedecer y subir al coche. No dijimos más. Por eso de no parecer «difíciles».

La escena comenzaba con una huida aterrada, con la seguridad del hospital persiguiéndonos. Escapamos por los pelos, atravesamos todos juntos una puerta pesada para salir a un aparcamiento subterráneo. Corremos hacia un Mini rojo y subimos a él. Marlo (Nina) pisa el acelerador, Jamie (James) se sienta en el asiento del copiloto y yo me encaramo a su regazo. Ray (Diego) va detrás con Sophia (Kiersey) estirada sobre él.

Nuestras reacciones en la escena son genuinas. El Mini lo conducía un especialista sentado en una especie de kart sobre el tejado del coche. El vehículo estaba repleto de cámaras para captarlo todo. Y Niels no quería que viéramos las piruetas antes de grabar.

«No quiero contároslo, quiero que sea una sorpresa para conseguir reacciones auténticas», dijo. Estábamos intranquilos. Nunca habíamos visto un aparato así, con una persona en la parte superior del

coche. Sigo sin saber cómo funciona.

Me había sentido entusiasmado por grabar esa escena. Me gusta ese tipo de emoción. Soy un forofo de las montañas rusas, del tipo «te obligo a ver videos desde el punto de vista de la persona que se ha subido a mi montaña rusa favorita»; ese nivel de fanatismo. Tengo amigos que se refieren a mí como «el alcalde de Six Flags (Magic Mountain)»********. A menudo llevaba a gente de visita allí y hacía de guía para explicarles el orden de las montañas rusas. En el parque de atracciones te atan, los empleados repasan todas las filas para comprobar los distintos cinturones y arneses, tirando y empujando. Se gritan palabras para indicar que todo está bien y allá vas. Todas esas medidas existen para que la experiencia sea posible, para que te puedas entregar a ella. La subida y la caída, bocabajo, hacia atrás, el descenso repentino, el mundo que pasa volando, el cuerpo que se evapora. Ofrecían un respiro durante casi dos minutos, la duración media de una montaña rusa. Podía olvidarme de todo.

Aquello fue diferente.

Al oír «acción», el coche arrancó a una velocidad sorprendente y recorrió a toda prisa el claustrofóbico garaje subterráneo, directo hacia la barrera de la puerta, que no se levantó. La barrera se estampó contra el parabrisas y este se rompió por la fuerza del choque. El corazón me iba a mil por hora, apretaba la mandíbula. Las maniobras me sacudían el cuerpo, lo echaban hacia atrás mientras el conductor subía por la rampa y daba un volantazo hacia la calle, justo cuando pasaba un coche. El Mini giró, las dos ruedas que quedaban se subieron al bordillo. El vehículo se inclinó y todos nos vimos impulsados hacia la derecha. Apoyé las manos con firmeza en el salpicadero para intentar agarrarme. Hice aspavientos, sin ningún control; ni Kiersey ni yo lo teníamos. La mitad del coche estaba todavía en la carretera y pasamos volando junto al tráfico. Nuestros cuerpos se sacudieron cuando regresó al cemento. El Mini llegó al final del bordillo y dio un giro de ciento ochenta grados. Se volteó a toda velocidad y nos agarramos a lo que pudimos, víctimas de la inercia.

Niels gritó: «¡Corten!». Nos quedamos allí sentados, conmocionados. La primera toma fue un torbellino, un nivel de intensidad que no habíamos anticipado *en absoluto.* Kiersey y yo intercambiamos una mirada, mudos, mientras veíamos cómo nos temblaban las manos. Deberíamos haber dicho algo enseguida, pero no lo hicimos. La presión del rodaje, todas las partes en movimiento. Imposible de detener.

Subimos al coche para la segunda toma. James me agarró la cintura con más fuerza. El equipo comprobó los arneses de los demás dos veces. ACCIÓN. Y, de nuevo, el Mini rojo subió por la rampa, giró a la derecha en la calle y cuando el conductor iba a subirse al bordillo, pisó de repente el freno y nos echó a todos hacia delante y luego con fuerza hacia atrás. Un coche había entrado en el rodaje cerrado, un fragmento grande de una calle de Toronto que habían cortado para esa persecución con múltiples vehículos que duraría toda la noche. Solo era un coche cualquiera en medio de todo aquello.

Por suerte, todo el mundo salió bien parado, pero ahora pienso en lo imprudente y peligroso que fue. En cómo a Kiersey y a mí nos trataron con frivolidad y poco respeto. Aparte de ese coche desconocido que entró en el rodaje cerrado de una escena de persecución, ¿y si algo hubiera salido… mal?

Desde entonces, Kiersey y yo hemos hablado muchas veces de ese incidente, para examinar por qué no dijimos nada antes ni con más firmeza.

En retrospectiva, debería haber sabido que el rodaje sería un desastre. En la primera semana, un hombre se acercó a Kiersey en el plató y se sentó en su silla entre tomas para decirle: «¿Sabías que solo

has conseguido este papel porque eres negra?».

Por mi parte, lo supe desde la primera prueba de vestuario. Enseguida entendí cuál era su intención. *Más como una chica.* Sacaron tacones y faldas, algo incomprensible para mí, porque eran estudiantes de medicina en prácticas en la unidad de cuidados intensivos. La película transcurre en cuestión de días y mi personaje apenas se cambia de ropa. Comprendía el encargo e iba a obedecer, pero no había ninguna razón para que el personaje llevara tacones o una falda. Acepté blusas elegantes, vaqueros apretados y botas con tacones. Deduje que la cuestión estaba zanjada. Resolvimos el problema, y ese problema era yo.

Un par de días más tarde, Kiersey, Nina, James, Diego y yo nos reunimos para ensayar con Niels. Fuimos a una salita de conferencias vacía en un hotel frecuentado por miembros de la industria cinematográfica, porque tenía *suites* corporativas con cocinas pequeñas. Repasamos el guion, profundizamos en algunas escenas y establecimos vínculos. La adrenalina al inicio de un proyecto siempre es intensa. No hay vuelta atrás.

Al acabar, Niels me dijo:

—Ellen, ¿puedes quedarte un rato para hablar?

—Claro —respondí, desconcertado por su tono. Me despedí de los demás.

Me senté delante de él, con una mesa entre los dos. La habitación aséptica estaba rodeada por paredes sin decorar.

—¿Sabes, Ellen? Me crie en Dinamarca —empezó a decir—. Allí la gente es muy abierta y de niño conocía a gente homosexual…

Ay, no, pensé. *Ese nunca es un buen comienzo.* Pronunció las palabras como si las hubiera ensayado. Me lo imaginé practicando el momento, esbozándolo en su mente para que las palabras encajaran con las sonrisas. Ese manto de «agradable».

—Ellen, ¿estás enfadada porque el personaje no es homosexual? —me preguntó.

Me lo quedé mirando. Me paré a pensar, no tanto por la sorpresa sino por la estupefacción. Niels había sido amigable, apasionado, con los pies en la tierra, alguien con quien tenía ganas de trabajar. Su exuberancia había quedado clara durante la lectura del guion y yo había admirado su energía. Mi estupefacción se convirtió en una furia silenciosa.

—¿Me lo estás preguntando porque no he querido ponerme falda? —Su semblante no cambió, lucía una sonrisa irritante con un brillo de jovialidad en los ojos, pero insistí—. ¿De verdad me estás preguntando si estoy enfadada con este personaje por no ser queer, porque no quise ponerme una maldita falda?

Su rostro era inescrutable, como si al ser majo ya dejaras de ser homófobo.

—Tu visión de las mujeres es muy limitada —le dije al hombre que había dirigido *Los hombres que no aman a las mujeres.*

Él intentó formular una respuesta con torpeza, una y otra vez, y tropezó con sus palabras. Trató de recuperar el aplomo, pero fracasó.

Lo dejé en la habitación y regresé al estudio. Al llegar, fui directo al despacho de un directivo, un hombre al que luego vería darle un masaje no solicitado a una mujer en el plató. Sus mensajes posteriores pidiéndole a Kiersey que saliera a cenar con él daban asco.

Entré en la habitación con su nombre en la puerta y la crucé hasta la silla que había delante de su escritorio. Alcé las manos, doblé los dedos y los junté para crear un túnel nanoscópico por el que mirar.

—Vuestra visión de las mujeres es *así* de pequeña. —Lo miré por el agujero, furioso—. Y esto es pequeño de cojones.

Él me dirigió una mirada vacía. Insistí, hablé de las limitaciones, de la misoginia, de la homofobia. Saqué de mis entrañas todo lo que había tenido que tragar a lo largo de los años y se lo di para que se atiborrara con ello.

Y, a pesar de todo, seguí dando prioridad a las necesidades de otras personas antes que a las mías. Permití el borrado, avalé ese engaño, con tal de intentar no ser «difícil» para nadie. Sé que la gente al mando bailaba alrededor de este subtexto. Sé que querían que pareciera «menos queer». Les dije que yo me encargaría de ello y reiteré de nuevo que, si me ponía la ropa que decían, tendría un aspecto ridículo, que sería incongruente con el guion, que yo entendía la misión. Y que la ejecutaría.

Siento si soy repulsivo.
Lo estoy intentando. ¿No lo ves?
Intento deshacerme de mi «forma de andar queer», de cómo balanceo y doblo los brazos, de cómo muevo las manos, del modo que tengo de sentarme, que no es «femenino», como solía decir mi padre.
Suavizo la voz, guardo silencio.
La pantalla no se puede llenar de rasgos repulsivos. Tan «masculinos», tan de «lesbiana». Lo sé.
Eso lo sé.

Un par de días más tarde, fui al estudio a hacer una prueba de pantalla, que no es como una audición, sino solo para probar las cámaras. Vas allí como si fuera un día de trabajo normal. Entras en maquillaje y peluquería para hablar sobre las distintas opciones, por dónde empezar, los arcos del personaje y todo eso. Me senté delante del espejo para que me aplicaran delineador y rímel en los ojos; mi reflejo era un enigma. No quería mirar, porque no estaba allí; la esperanza de que algún día me sintiera presente durante ese proceso se había evaporado.

De niño y de adulto, apretaba la cara contra el espejo del baño. La última vez que lo hice fue en mi tráiler mientras grabábamos la segunda temporada de *The Umbrella Academy*. Con el ojo bien abierto y lo más cerca posible del espejo, lo miraba con intensidad y le ofrecía de vez en cuando un beso mientras pestañeaba bien rápido. Podía apartarme, ser una persona que no conocía, mirar en lo que parecía el universo, con mi ojo como un planeta. *Debo de estar en algún lugar de ahí dentro,* pensaba.

Me puse la ropa elegida, los distintos modelitos por los que nos habíamos decantado. Salí al plató y conocí por primera vez a muchos miembros del equipo. El espacio ya estaba iluminado. Me situé sobre la marca del suelo y giré despacio, tal y como me indicaron. De frente. Giro despacio. De perfil. Giro despacio. De espaldas. Giro despacio. El otro perfil. Giro despacio. De frente. Cambio de lente. De una gran angular a una estándar, otro giro, de lente estándar a otra de primer plano, otro giro.

Me quedé de pie delante de la cámara mientras la ajustaban un poco. Disfrutaba charlando con la gente que había conocido por primera vez. No me gustaba la ropa, claro, pero era un malabarismo que podía manejar. Me alegraba por haberlo resuelto, por haberme defendido. Por no haber tenido que tragarlo sin más.

Un productor se acercó, muy sonriente, con el teléfono en la mano. Lo alzó hasta mi cara para revelar unas fotos… mías. Empezó a bajar por las imágenes de Google, muy despacio, como si yo

nunca me hubiera visto a mí mismo, lo cual es verdad, en cierto sentido. Todas las fotos tenían una cosa en común: cabello largo y ondulado.

Me lo imaginé tecleando: «Ellen Page con pelo largo».

—El estudio estaba pensando en extensiones. Creen que el pelo largo te hace parecer más… tierna.

—Me da a mí que quieren decir otra cosa con eso —repliqué.

Llevaba la melena por los hombros, no corta. El personaje no era «tierno» ni debería parecerlo, sea lo que fuere eso.

—El estudio piensa que…

Miró de nuevo el teléfono. Fue bajando por la pantalla, más imágenes de mi cara, con el pelo largo, maquillaje, pestañas rodeando los ojos, resaltando el vacío. Como una presentación en diapositivas, un panel de inspiración para el aspecto «tierno» y «bonito» que deseaban.

—Sé qué aspecto tengo —dije, y me marché.

Nunca me había marchado así antes. Ojalá hubiera dejado el proyecto en ese mismo instante. Pero llamé a mi agente, que lo entendió y se enfadó con ellos. Me sentí agradecido de que me viera, de que no me dijera que lo dejara pasar. Casi nunca se me había ocurrido que podía marcharme o llamar a alguien, tomar el teléfono y decir: «Esto no está bien». En demasiadas ocasiones, la gente que debería protegerme no hizo nada; más bien fomentaron mi silencio.

******** El parque de atracciones con más montañas rusas del mundo.

23
Giro de ciento ochenta grados

Siempre me han llamado «lesbiana», se han burlado de mí por ser bollera. Me sentía más cómodo en entornos con mujeres queer, pero una parte intrínseca de mí sabía que era trans. Es algo que he sabido desde siempre, pero para lo que no tenía palabras; algo que no me permitía aceptar.

«Nunca he sido una chica, nunca seré una mujer. ¿Qué voy a hacer?», solía decir. Y siempre lo he dicho.

La primera vez que reconocí que era trans, en un sentido consciente, sin especular, fue cerca de mi trigésimo cumpleaños. Casi cuatro años antes de anunciarlo públicamente.

—¿Crees que soy trans? —le pregunté a une amigue cercane. Respondió con vacilación, pues sabía que nadie puede llegar a esa conclusión por otra persona, aunque me miró con cierto reconocimiento.

—Podría ser…

El resplandor de la certeza brillaba por debajo de la puerta.

Luego, en una ocasión, no fui yo quien sacó el tema. Estaba celebrando una pequeña fiesta, la gente saltaba en la piscina y se acurrucaban en los muebles del exterior. Mi amiga Star y yo estábamos sentados a solas, poniéndonos al día en el patio. Había conocido a Star en la grabación de la primera temporada de *Gaycation*, en el cuarto episodio sobre Estados Unidos.

Entrevistamos a Star en San Francisco, en una clínica llevada por mujeres trans. Ella trabajaba allí y ofrecía atención médica y apoyo para las personas de la comunidad LGBTQ+ que no pueden acceder a esos recursos. Desde entonces, han tenido que cambiar de sitio la clínica; Twitter compró la manzana.

Star y yo conectamos de un modo en el que podíamos ver destellos del futuro, un comienzo propicio. Mantuvimos el contacto, nos convertimos en buenos amigos. Star se ha encontrado con más obstáculos y barreras que yo, pero reserva un espacio para mí, me apoya, me entiende. Recuerdo que me fascinó su voz cuando escuché por primera vez su álbum homónimo, *Star*. La letra de la canción «Heartbreaker» se repitió en bucle en mi mente durante semanas.

I run away from feeling too good
I'm scared as hell you'd leave me if you knew
I run away from feeling too good
*I'm scared as hell you'd leave me if you knew*********

Nos sentamos juntos en un sillón enorme, con los chapoteos y la música sonando de fondo. Hablamos sobre género, compartí el grado de mi incomodidad, el hecho de que ya no podía llevar ropa femenina ni siquiera cuando interpretaba un papel. De que siempre sufría en verano cuando ya no tenía la opción de llevar capas y la presencia de mis pechos bajo la camiseta me obligaba a estirar el

cuello para echar unos vistazos rápidos hacia abajo. Tiraba de la camiseta, encorvaba la postura. Al pasear por la acera, miraba los escaparates para comprobar mi perfil; aquello me consumía el cerebro. Tenía que evitar mi reflejo. No podía mirar fotos, porque nunca estaba ahí. Todo eso me ponía enfermo. No quería estar allí. Quería que me sacaran de esa situación. La disforia de género me iba aplastando poco a poco.

«Es solo un papel y tú eres actriz. ¿Por qué te quejas por eso?», me decía la gente.

«Pues yo me pondría falda sin problemas», me había dicho un hombre cishetero, el abogado del diablo. Me puse a explicarle las dificultades que sentía. Pero él seguía soltando sus opiniones no solicitadas mientras me regañaba por ponerme «demasiado emocional». «Histérica», creo que fue la palabra que usó.

Esas palabras desataron la vergüenza profunda que sentía desde que tenía uso de razón. También me dejaron perplejo, porque invalidaban mi propia experiencia. ¿Por qué sufría tanto? ¿Por qué hasta la ropa ligeramente femenina me daba ganas de morirme? Soy actor, no debería haber ningún problema. ¿Por qué tenía que ser un imbécil tan desagradecido?

Imagínate ponerte la prenda de ropa más incómoda y humillante que existe. Te retuerces dentro de tu piel. Es ajustada, quieres quitártela del cuerpo, arrancártela, pero no puedes. Así, día tras día. Y si la gente descubriera lo que hay debajo, quién eres sin ese dolor, la vergüenza saldría a mares, sería imposible de contener. La voz tenía razón: *Te mereces la humillación. Eres una abominación. Demasiado emocional. No eres real.*

—¿Crees que eres trans? —me preguntó Star, mirándome a los ojos.

—Sí, bueno, quizá. Creo que sí. Sí.

Intercambiamos una sonrisa dulce.

Estaba muy cerca. Casi podía tocarlo, pero me entró el pánico. Y se quemó como el porro que me estaba fumando, se convirtió en una colilla vieja abandonada en un cenicero olvidado. Todo parecía demasiado grande, la idea de anunciar aquello públicamente en una cultura tan llena de transfobia, de gente con un poder inmenso y de plataformas que atacan de forma activa a la comunidad.

El mundo nos dice que no somos trans, sino que tenemos una enfermedad mental. Que estoy tan avergonzada de ser lesbiana que he mutilado mi cuerpo, que siempre seré una mujer, y comparan mi cuerpo con los experimentos nazis. Las personas trans no son las que están enfermas, es la sociedad la que fomenta ese odio. Así lo expresó en una ocasión la actriz y escritora Jen Richards:

> *Es muy surrealista haber transicionado hace diez años, encontrarme más feliz y más sana que nunca, tener mejores relaciones con amigos y familia, ser una ciudadana mejor y más comprometida y sí, hasta más productiva… y luego ver que unos desconocidos patologizan esa decisión. Ser trans es algo que casi nunca menciono. Es un hecho de mi pasado que tiene poco que ver con mi presente, salvo porque me hizo más comprensiva, me involucré más en la justicia social. ¿Eso perjudica a alguien? ¿Por qué mi paz provoca hostilidad, violencia, protección?*

Sentado con Star junto a la piscina, no alcancé del todo la verdad, pero pude hablar sobre mi género sin llorar. Fue un paso. Había tardado mucho tiempo en permitir que salieran las palabras. Cuando el tema surgió en terapia, mi reacción fue excesiva, me perdí en los sollozos.

«¿Por qué me siento así? —rogué—. ¿Qué es este sentimiento que nunca desaparece? ¿Cómo

puedo estar tan desesperadamente incómodo todo el rato? ¿Cómo puedo tener esta vida y sufrir tanto?».

Poco después de mi trigésimo cumpleaños, di un giro de ciento ochenta grados, hui, dejé de hablar del tema. Cerré los ojos y lo escondí. En un lugar donde nunca lo encontraría. Pasarían cuatro años más hasta que revelara quién era.

Conocí a mi exesposa, Emma, en esa época. Conocer a Emma me ayudó a olvidar el tema, como si fuera un recuerdo confuso. Me enamoré profundamente, la energía era indiscutible; con tan solo un abrazo, mi cuerpo se echaba a temblar. Me lancé de lleno hacia ese sentimiento y nos casamos rápido.

Si una parte de ti siempre está separada, si existir en tu cuerpo es algo insoportable, el amor es una vía de escape irresistible. Trasciendes más allá, una sensación tan indescriptible que filósofos, científicos y escritores no parecen coincidir en qué coño es, ni siquiera en si existe. A menudo me pregunto si alguna vez he vivido un amor profundo. Creo que sí, pero ¿es real si no estabas nunca presente? ¿Si te insensibilizaste ante la verdad?

Sin quererlo, el amor fue un disfraz emocional y mi relación con él es otro músculo que debo transformar. No quiero desaparecer. Quiero existir en mi cuerpo, con estas nuevas posibilidades. Posibilidades. Quizá ese sea uno de los elementos principales de la vida que se ha perdido por falta de representación. Opciones borradas de la imaginación. Una eternidad intentando romper narrativas adoctrinadoras. El desenlace es doloroso, pero al menos te conduce hasta ti misme.

Durante mi matrimonio, pasé de la terapia y, cuando nos mudamos a Nueva York desde Los Ángeles a finales de 2018, la dejé casi por completo. No fue hasta que nuestra relación empezó a desmoronarse dos años más tarde, con una disforia de género extrema, cuando busqué a una terapeuta en la ciudad. Estaba listo para hablar.

Me costó encontrar las palabras, pero lo conseguí. Como si se movieran por sí solas, retorciéndose por mi cuerpo, vertiéndose al exterior. Mi cuerpo lo sabía, yo en el fondo lo sabía, y algo cambió. Era ahora o nunca. O vivía o moría.

******** *Huyo de los sentimientos demasiado buenos*
Tengo miedo de que te marches si te enteras
Huyo de los sentimientos demasiado buenos
Tengo miedo de que te marches si te enteras

24
Tu papi celestial

Tras haber anunciado que era lesbiana en 2014, escribí una lista en mi cabeza de experiencias que no podría haber tenido antes, ciertas actividades que, independientemente del deseo, me parecían importantes. Sentía una incipiente sensación de facilidad en el mundo, más confianza. Aún no había llegado a donde debía llegar, pero me sentía valiente, y con razón, por primera vez en mucho tiempo. A esas alturas de mi vida, ya no parecía una elección, no había otra opción. Tuve que elegir ser mi auténtico yo o morir intentándolo. Sentía un oleaje procedente de otro lugar, del interior, pero debajo de todo… una voz. Una que me susurraría de nuevo unos siete años más tarde.

Esta es tu vida. No tienes que creer sus historias. Esas son sus narrativas. Esta es tu carrera. ¿Por qué estás de acuerdo con ellas? ¿Por qué confías en ellas? No son las adecuadas. De hecho, se equivocan. No las creas. Esto no es una prueba de vestuario. Esta es tu vida.

Poco antes de que «Ryan» me rompiera el corazón, vi un documental soberbio, doloroso e indignante titulado *God Loves Uganda*, del asombroso Roger Ross Williams. El documental examina el papel del cristianismo evangélico en Uganda, la relación y el apoyo que recibió de una ley recién aprobada, la Ley Antihomosexual de Uganda (que en un momento dado sugiere la pena de muerte para la gente LGBTQ+), a medida que empieza a cobrar impulso de verdad. Sigue a misionarios, líderes evangélicos y gente LGBTQ+ de Uganda que luchan por su derecho a existir.

Esos activistas se enfrentaban a una opresión feroz, a una retórica y unas ideas que Occidente había introducido y perpetuado sin cesar en el país. Amparados por sus «buenas obras», los misionarios estadounidenses crearon una estructura para adoctrinar al pueblo, que fomentaba la violencia y el odio homófobo. Los activistas no deberían estar haciendo ese trabajo, pero la realidad es que no tienen otra opción, no pueden descansar. Se enfrentan a unas consecuencias extremas y brutales a manos del Estado y a la exportación de los comportamientos religiosos y sociales de los evangélicos estadounidenses homófobos. Esto también se aplica a las personas más vulnerables en los Estados Unidos, aunque está mejor escondido. Para ciertas personas, que gente como yo salga en la portada de revistas importantes significa que las cosas van bien; *¿de qué se quejan?* El lavado rosa funciona.

Ellen, mira cuánto se arriesga esa gente, a cuántas cosas se enfrentan. Eres una cobarde, me regañé. Necesitaba llamarme la atención por ser un gilipollas egoísta, sobre todo en lo referente a mantener la comodidad y el privilegio. A lo mejor estoy siendo duro, porque el camino fue bastante arduo y casi acabó conmigo; estaba muerto de miedo e inflado de asco. Eso es cierto y, al mismo tiempo, puedo entender lo bien que me va y saber que lo bueno solo debería resaltar la necesidad de actuar, de preocuparse, de tomar las decisiones correctas, las incómodas. Salir al frente no es solo para el individuo, y yo solo puedo estar fuera del armario porque una infinidad de personas, las que no tienen acceso a lo mismo que yo, no acabaron en las portadas de las revistas.

Sobrevivirás a decirle a la gente que eres lesbiana, me dije.

Salir del armario no fue fácil, y ahora me sorprende, pero supongo que nos olvidamos (al menos yo) de la magnitud del cambio (y la falta de este) que ha ocurrido en la última década. Pasé de ir a unas sesiones de terapia en las que creía imposible anunciar que era queer, a sentirme perplejo y furioso por haber soportado esa mierda durante tanto tiempo, porque camuflar mi identidad queer se consideraba parte del *statu quo* y mi dolor, una consecuencia natural. El dolor no solo vivía en mi mente, sino también rondaba por todo mi cuerpo, me carcomía desde dentro, me tiraba al suelo.

He adquirido la costumbre de necesitar un buen empujón por el borde, ya *casi* está, para poder enfrentarme a mis «sentimientos»; y no solo eso, sino también para poder reconocer que existen. Pero ha sido en los momentos más aislados, terroríficos, tristes y destructores cuando una parte de mí, aunque sea pequeña, se ha vuelto más y más clara, como una abertura. Una ventana, frágil e ilusoria. Puede llegar en masa en un instante. Es efímero. Aprovéchalo. Como un susurro que te está aguardando.

Cierra los ojos y atraviésalo.

Después de haber salido del armario, el mundo, para mi sorpresa, no terminó y mi vida mejoró, y lo guardé como un referente en mi pecho. *Si puedes hacer eso, no debes temer a nada*, musitaba para mis adentros.

En una ocasión, mientras conducía por la 101 para romper con una persona, me puse a escuchar el discurso en el que me declaraba lesbiana para intentar no cagarme encima. Un recordatorio: *Si puedes hacer eso, no debes temer a nada.* Vergonzoso, pero efectivo.

Esa época de primeras ocasiones y una osadía recién descubierta también fue, sorprendentemente quizá, el periodo más promiscuo de mi vida.

Nunca había tenido un rollo de una noche. Apenas me había acostado con gente de forma espontánea. Nunca había ido a una cita, ni a ciegas ni a cenar por ahí. Quería esas cosas, esas aventuras, aunque fueran incómodas o un desastre o imprudentes o estuvieran fuera de mi alcance. De repente, podía hablar por arte de magia con mujeres, podía flirtear con esa nueva seguridad que tanto había buscado y ansiado. Era directo, no me preocupaba el posible rechazo. Si me sentía tímido o dudaba, me obligaba a proseguir. *Sigue hablando. Media sonrisa. Un silencio bonito.*

Mi primer rollo de una noche es, a día de hoy, el único que he tenido. Fue la primera persona con la que me acosté después de que mi relación con Ryan terminara. Con el corazón roto, pero casi sin sentirlo a esas alturas, quedé con mi amiga Shannon en un bar en Sunset Boulevard en Silverlake, donde solíamos reunirnos en una zona pequeña al aire libre. Las enredaderas se retorcían en lo alto de las paredes, igual que el humo de los cigarrillos. Bebíamos tequila con un toque de soda y lima. Esperaba que un par de tequilas incrementaran mi insensibilidad. Mi amiga no sabía lo mucho que me habían roto el corazón, no se lo podía decir. Desconocía que había estado en una relación durante casi dos años.

Me aparté para que una mujer se pudiera sentar. Tenía el cabello castaño largo y unos ojos curiosos y juguetones que conjuntaban con una sonrisa traviesa.

—Hola —dijo cuando se sentó cerca de mí.

Ya parecía un poco achispada. *¿Se ha acercado a propósito o no?*

—Hola —respondí, con una ligera sonrisa torcida.

Empezamos a hablar, de ese modo tan natural e incontrolable en el que, a mitad de la conversación, te paras por la sorpresa de estar hablando con tanta tranquilidad con una desconocida.

Estaba buena, ligaba conmigo y yo ligaba también con ella. Llegó otra amiga y, poco después, Shannon y yo nos separamos, con lo que pude concentrarme por completo en la charla con mi nueva amiga.

No teníamos mucho en común, pero ese no era en realidad el objetivo y creo que los dos lo sabíamos. Nos fuimos acercando más. Pasó un rato. No fue hasta que me levanté para ir al baño y buscar otra copa, cuando al fin le pregunté su nombre y le dije el mío.

—Ryan —respondió.

—¿Cómo?

—Ryan —repitió.

Pensé que había oído mal, como un corte rápido en una película, algo que se imagina el personaje. Pero no. Tenía el mismo nombre. El mismo maldito nombre.

Me colé en la multitud de hípsters para abrirme paso hasta el baño. Me puse en la fila, detrás de una mujer con sombrero de vaquero que miraba su móvil.

¿Debería irme? No estaba seguro. Llevábamos un rato hablando. Era atractiva. Quería seguir adelante. Quería ser espontáneo, tener algo que no había tenido antes… pero ¡¿el mismo nombre?!

—Pues claro que sí —dije a nadie en particular mientras cerraba la puerta del baño—. Pues claro que se llama Ryan.

Me bajé los pantalones y me senté, rumiando mientras orinaba. *A la porra*. Decidí no darle importancia, dejarme llevar, ¡poesía en acción! Tiré de la cadena con intención. Esa era *mi* noche.

Regresé con las copas, pero nos marchamos antes de terminarlas. Su casa estaba cerca, hacia el oeste; era un apartamento de dos pisos en un viejo edificio achaparrado. Construido entre los 30 y los 40, con esa arquitectura característica; no Art Déco ni Craftsman, pero sí pintoresco. Nos sentamos un rato corto en el salón para beber directamente de una botella de champán. Como ya no estábamos en medio del bullicio agradable del bar, su energía cambiaba; se ponía frenética, pasaba de un tema a otro, daba vueltas por la habitación. Más tarde pensé… *¡Aaah, cocaína!* Siempre me olvido de la cocaína.

Fuimos al piso de arriba para que pudiera «enseñarme su habitación» y, en cuanto atravesamos la puerta, nos caímos juntos en la cama. Sus besos eran fieros, nada de preliminares, dientes chocando por doquier. Empezamos a quitarnos ropa. Ella era dominante. Sus tetas acabaron casi enseguida en mi boca. Las agarré; eran perfectamente redondas y suaves. Chupé y tragué y con la lengua jugué con sus pezones. Sentí que se endurecían en mi boca y ella empezó a gemir.

Me empujó para tumbarme en la cama, se levantó la falda corta y se subió encima de mí. Me montó para rozarse contra mí, con la cabeza echada hacia atrás, los brazos estirados; se apoyaba con las manos sobre mis espinillas. Se enderezó y me miró a los ojos. Esa mirada vacía, con las pupilas dilatadas, me atravesó. Posó una mano en mi garganta y apretó y apretó mientras seguía frotándose y golpeando. Entornaba sus ojos colocados con crueldad.

A ver, no me importa que alguien apoye una mano en la garganta, que ejerza cierta presión o apriete; eso es divertido. Pero ¿una asfixia de repente? ¿En la primera vez? O sea, no. No me negué. Casi nunca me niego y, cuando lo hago, no consigo gran cosa o lo empeoro. Quería que parase, pero no podía emitir ni un sonido, y no solo por la mano. Era como un sueño en el que necesitas gritar pero tu boca solo produce silencio, como un sueño en el que quieres correr pero las piernas se quedan inmóviles y los pies fijos en el suelo. Su mano se tensó más y más fuerte, impidiendo que el aire entrara en mis pulmones, hasta que se corrió sobre mí. Bien alto, distante. Su cuerpo se derrumbó hacia delante y, cuando rodó a un lado, su cabeza aterrizó en la almohada junto a mí.

Me quedé en la cama mientras ella dormía hasta que la luz empezó a brillar por el borde de las cortinas. El sol nuevo me guio hasta la salida.

Mi primera cita propiamente dicha fue más exitosa. Nos emparejaron unos amigos en común y nos encontramos en un bar de Bowery. La mujer se parecía a Jean Seberg. Su cabello corto y limpio y su sentido natural del estilo exudaban tranquilidad y elegancia, como si no hubiera pensado demasiado en ello. Nos sentamos dentro y arrancamos a hablar. Vida, arte, libros. A medida que pasaba el tiempo, nos fuimos aproximando más. Un acto sencillo, una charla informal en un bar, simplemente una cita. Pero para mí era monumental… La ansiedad, las miradas por encima del hombro, el *¿lo sabrán?,* se evaporaron.

Nos quedamos hasta que cerró el bar. Le sugerí que fuéramos a un hotel porque me estaba quedando en casa de un amigo. Lo *sé*, menudo gasto para una noche, pero ¡era mi primera cita! Mientras nos encaminábamos hacia el norte por Bowery Street, nos abrazamos. Unos tipos borrachos se acercaron por la acera y oí las llamadas típicas, a lo que respondí con un nuevo aire desafiante: «¡Que os den!».

Resulta que mi cita era cinturón negro y lo que debería haber hecho era no responder y seguir mi camino. Dejar que me resbalara, como un pato. Distanciarme con tranquilidad del drama y la toxicidad en vez de lanzar más leña al fuego. Después de alejarnos, me enseñó unos movimientos de autodefensa en la acera. Me demostró que, a pesar de ser pequeño en tamaño, podía joder bien a alguien. Me dio la vuelta por encima de su espalda (con cuidado), me retorció el brazo, me sometió. Fue reconfortante saber que tenía disponibles unas habilidades que, a pesar de mi estatura, me permitirían volver inútil a un atacante. ¡Preliminares educativos! ¡Preliminares que salvan vidas!

Nos registramos en el Hotel Bowery. Fue una experiencia muy distinta de cuando iba allí con Ryan. Emocionante, de hecho, como la escena de una película que nunca pensé que podría ocurrir en la vida real. Con Ryan, pedimos en una ocasión un catre en la recepción de un hotel donde solo había disponible una habitación con una cama. Con Paula, pedíamos habitaciones separadas porque era mi ayudante. *Qué cosas más extrañas hicimos, cuando esto siempre era posible*, pensé.

Nos sentamos en una mesita de la habitación y hablamos más. Apartamos las cortinas gruesas de terciopelo para dejar visibles los grandes ventanales antiguos. La luz de la ciudad se coló dentro.

—Me gusta tu cadencia —me dijo.

El tiempo se detuvo. Devoré sus palabras, las sentí en el fondo de la garganta, cómo la vibración viajó hacia abajo. Su voz, suave y clara, con unos ojos seductores en los que quería entrar.

Se inclinó hacia delante en su silla. Colocó una mano sobre mi pierna, me besó y yo la besé. No tardamos en trasladarnos a la cama, donde nos quedamos hasta que la luz del sol matutino nos saludó. Torpe al principio, como suele ser, peleándonos con los botones, los tumbos sutiles mientras nos quitábamos los vaqueros ajustados, los cuerpos leyéndose el uno al otro para poder vincularse, sincronizarse, encontrar la fluidez. Parecía espontáneo, seguro y, lo más importante, sincero. Un nuevo mundo.

Dormimos, pero no mucho rato. Para sorpresa de nadie, nos despertamos con resaca y hambre. Salimos del hotel, dejé la llave dorada con la borla roja en recepción, nos despedimos y nos marchamos a buscar comida. Encontramos un lugar a la vuelta de la esquina para desayunar, un restaurante rústico y moderno en un sótano de Bond Street.

Mi primer desayuno con una chica.

Guay.

Antes parecía imposible.

Con más azúcar en la sangre y cafeína en las venas, nuestro nuevo destino era McNally Jackson Books, una librería independiente en Prince Street, Soho, a tan solo cinco minutos andando. Ella quería comprarme un libro, *Bluets*, de Maggie Nelson. Esa sería la primera vez que leería a Maggie Nelson. *Bluets*, una reflexión sobre el amor por el color azul, parece imposible de categorizar: no ficción, una mezcla de memorias, desamor, historia, filosofía, teoría… Todo enlazado a la perfección mediante poesía y prosa. Es asombroso, te abre el corazón. Era el libro perfecto para ese momento.

Empezó a llover, pero eso no nos detuvo. Seguimos andando y hablando hasta que nos encontramos al otro lado de Manhattan, en el West Village. Ella sugirió tomar un café en el ya cerrado Cafe Gitane, en el Hotel Jane, un hotel histórico en la esquina entre Jane y West. La cafetería era acogedora y tranquila, con suelo a cuadros negros y blancos. Tenía un aire parisino mezclado con unas decoraciones únicas, como un caimán en la pared. Di sorbos a un café americano, pero mi estómago solo pudo soportar la mitad. Era el momento en el que los dos empezábamos a desaparecer; el cansancio hizo acto de presencia y concluimos al fin la cita. Nos levantamos para despedirnos. Y ella me besó. Justo ahí, en la cafetería. Una primera vez.

Esos momentos fueron preciosos, aunque complicados, por su importancia en mi vida.

Pero la primera vez que me enamoré de alguien después de que me rompieran el corazón fue de Kate Mara. Ella tenía novio en esa época, el encantador y talentoso Max Minghella. Los conocí a los dos en una pequeña cena. Esa primera noche no pensé mucho en ello. Kate era fascinante y preciosa, claro, pero estaba sentada junto a su novio. En general, a mí me interesaba seguir hablando con Max, porque esperaba que aceptase un papel en una película que iba a producir y protagonizar. Pero luego me encontré con Kate por segunda vez.

Era la temporada de premios y una amiga, Kiwi Smith, iba a celebrar una fiesta en su casa de Los Feliz en honor a Adèle Exarchopoulos, la protagonista de *La vida de Adèle*. Esto es algo que la gente hace durante la temporada de premios: dan fiestas en honor a otras personas y películas e invitan a miembros de la Academia con la esperanza de que su apoyo se traduzca en votos. Es el tipo de acto al que acudía cada noche ataviado con vestidos y tacones y maquillaje, donde hombres mayores se sentaban muy cerca de mí, demasiado borrachos y sudorosos, y me decían: «Tus sueños se hacen realidad».

Sin embargo, esa fiesta para Adèle Exarchopoulos no fue así, sino más genuina y sincera, igual que Kiwi. El objetivo era celebrar a una actriz y su actuación inolvidable, y darle la bienvenida a una época que habría sido abrumadora. En una ciudad que te deja seco, aquello fue un rincón para ella, no una trampa.

Tan solo habían pasado unos meses desde mi ruptura con Ryan. Después de eso, seguimos acostándonos de vez en cuando. Pero, claro, aquello era demasiado complicado y doloroso, y yo seguía convenciéndome a mí mismo y a ella de que todo iba bien. *No pasa nada, podemos estar presentes juntos, estoy bien, quiero lo mejor para ti y para mí…* Mentira. Estuve hecho un lío hasta que paramos de acostarnos. No habíamos hablado en una temporada.

La echaba muchísimo de menos. Su olor, esa mezcla de sudor y crema solar; su sonrisa, cómo movía las manos y cómo bailaban al ritmo de sus pensamientos, su cerebro, sus carcajadas, su carácter esquivo, sus cejas, su ética laboral, sus curiosidades, sus labios, sus sonidos, su arte, su cuello (y su

forma de estirarse), su frikismo, sus maravillas. Sus ojos y cómo me miraban. Echaba de menos cada detalle y no podía parar, no iba a parar. Estaba desesperado por olvidar.

«Más que nada, quiero dejar de echarte de menos», escribe Maggie Nelson en *Bluets.*********

Yo también quería que me ocurriera algo rollo *¡Olvídate de mí!*

Llegué a casa de Kiwi, crucé la entrada y me encontré con el techo alto y la impresionante escalera, atravesé el comedor más pequeño con aire gótico y luego la cocina, estrecha, luminosa y con un estilo precioso, hasta llegar al patio trasero. Estaba a rebosar de invitados, gente del *catering* y camareros profesionales. Examiné el espacio. Confirmado. Estaría a solas con mi corazón roto, ninguno de mis amigos en la fiesta sabía que estuve con Ryan, ni siquiera Kiwi. Recé para que la propia Ryan no apareciera, aunque fuera la única persona a la que quería ver. *No sé si hoy puedo fingir.*

Kate estaba de pie en un círculo de invitados, charlando con normalidad. Sujetaba una copa de vino tinto en la mano derecha. Su perfil me llamó la atención, esa mandíbula. Me dio una cálida bienvenida, con esa mirada que no recordaba de la cena anterior; me invitó a entrar. Parecía más relajada, pero no por el alcohol. El vino se movía en la copa mientras hablaba, y me pregunté si se podría considerar inercia el movimiento del líquido. Me recordé que tenía novio. Cuando empezó a flirtear conmigo, pensé que era de broma. Aparte del tema del novio, no me imaginaba que Kate Mara pudiera interesarse por mí.

Intercambiamos bromas, abiertamente coquetas. Yo no dejaba de mirar por encima del hombro a Max, que estaba cerca.

—Ah, no le importa —dijo Kate cuando se dio cuenta.

—Bueno, pues vente un día a mi casa y te prepararé revuelto de tofu por la mañana.

Eso solo era una broma a medias.

Ella rio; podía hacerla reír. Nos acercamos más, nuestros hombros se rozaron.

Tragué saliva. Miré a Max de nuevo.

Nuestra conversación concluyó de forma natural, el flujo y el movimiento de los invitados crearon un cambio en el patrón migratorio. Acabé en el otro extremo del patio, fumando en un largo banco de madera, mientras charlaba con gente que no conocía. A pesar del subidón del coqueteo, deduje que no era nada y me enfrasqué en conversaciones triviales.

Durante una pausa para dar las últimas caladas, porque el cigarrillo se había quemado hasta el logo, se acercó un hombre. Me sonaba de algo.

—¡Hola! —dijo con entusiasmo al sentarse a mi lado sin preguntar—. Eres una de las mejores amigas de Ryan, ¡¿verdad?! ¡Soy Matt!

Lo miré, perplejo. Él me devolvió la mirada con una enorme sonrisa tonta e irritante. Y luego todo encajó. Algo en mi interior se hundió y lo supe.

—Ah, ¿estáis…? —dije e hice un gesto con la mano que venía a decir «juntos».

—¡Sí! Ah, ¿no te lo ha mencionado?

Puñetazo. En. El. Estómago. Pitido. En. Los. Oídos. Corazón. Párate. Ya.

Respira.

—Ah, no sabía, eh… ¿Cuánto tiempo lleváis…? —Mismo gesto de la mano.

—¡Un mes! Estoy enamorado de ella y ella de mí. —Su cuerpo rebotaba en el banco—. ¿Alguna vez te has enamorado?

Miré el suelo y el mundo se alejó como si me hubiera colocado de ketamina.

¿Quién cojones pregunta algo así?

Él siguió hablando. Sonaba como los adultos de *Snoopy.*

Intenté no echarme a llorar, ofrecer una sonrisa, aunque no *demasiado* grande, y, de vez en cuando, asentía un poco con la cabeza.

—¿Dónde está? ¿Viene esta noche? —pregunté sin mirar.

—Qué va, estaba agotada después de tanta reunión, así que va de camino a mi casa.

Puñetazo. En. El. Estómago. Pitido. En. Los. Oídos. Corazón. Párate. Ya.

Respira.

—Perdona, tengo que ir al baño. Ha sido un placer conocerte, seguro que nos vemos por ahí.

Lo dejé en el banco mientras disfrutaba de su euforia, tan vívida y llamativa como su sudadera desteñida.

Lleno de pánico, con la visión borrosa y sin nadie a quien acudir en la fiesta, entré corriendo en el pequeño aseo de la planta principal. Me senté en el baño y me puse a cagar enseguida. Lo sentía en cada parte de mi cuerpo. El dolor, la vergüenza. Como mugre barrida bajo la alfombra, abandonada, pero sin desechar del todo.

Me miré en el espejo (nunca ayuda). Y luego me marché de la fiesta. Estaba sobrio, había ido en coche, mis manos flotaban, separadas del resto, como unos pequeños alienígenas en el volante. Lo había cagado todo y ahora tenía que irme, flotando por encima de todo.

En casa, puse un álbum de Leonard Cohen (nunca ayuda) y fumé como un carretero (muy dañino). ¿Por qué cuando sufrimos queremos perpetuar el dolor? ¿Castigarnos?

Al fin me animé a hidratarme y fui a la cocina a por agua. El móvil pitó, un correo de Kate.

Guau, gracias por una despedida tan romántica.

Me reí. La sonrisa persistió en mi cara más tiempo del apropiado. Le di a responder.

Dolía demasiado despedirme.

Con la cabeza en la almohada, pensé en ese hombre acudiendo a casa con ella. En la idea de que ella lo esperase.

«Más que nada, quiero dejar de echarte de menos».

Al final me dormí.

Kate y yo seguimos hablando. Empezaba a sentir que nuestro coqueteo no era solo una verdad a medias para los dos. Hablamos de quedar para ir a pasear o quizá cenar cerca de nuestros cumpleaños. Éramos colegas Piscis.

Un par de semanas más tarde, en el Día de San Valentín, anuncié que era lesbiana. No le había contado a casi nadie que iba a dar ese discurso. Quería que fuera solo mío, para mí; estaba cansado de los cotilleos y la especulación. La respuesta fue significativa; se volvió «viral», como dicen los jóvenes.

Kate me escribió.

Un momento. ¡¿Eres lesbiana?!

Yo: Sí, te toca mover ficha.

Al día siguiente del discurso, volé hasta Montreal para volver a filmar unas escenas cortas de *X-Men: Días del futuro pasado.*

—Estás distinta —comentó un productor.

Era cierto, había soltado una bolsa llena de ladrillos. Estaba más presente en mi cuerpo, alzaba alto la cabeza. Afable, menos atribulado, un descanso del ceño fruncido. Iba bien encaminado.

Unos días más tarde, en el vuelo de vuelta a Los Ángeles, me senté en mi asiento justo cuando pasaba un sacerdote con su coadjutor, que se sentaron detrás de mí. El coadjutor me reconoció, fue muy amable y halagador. Eso no me lo esperaba.

Dormité un poco, leí un guion. Un par de horas más tarde, sentí que me daban unos golpecitos en el hombro izquierdo. Eran el sacerdote y el coadjutor, que me entregaron un trozo de papel doblado. Una nota. Sonreí con amabilidad y me giré para leerla.

La desdoblé. Esperaba un mensaje cordial de un líder religioso progresista que apoyase al colectivo LGBTQ+.

No tuve tanta suerte.

Comenzaba reconociendo que su acompañante sabía quién era, pero él no.

Me tomé la libertad de buscarte en Google. (Ay, no)

Proseguía diciendo que lo que yo era no era real. Una creencia y nada más.

Tu alma está sufriendo. Necesitas los brazos del Padre Celestial a tu alrededor. (Puaj)

Y no es coña:

Firmado,
Tu papi celestial

Faltaban un par de horas para aterrizar. No sabía qué hacer. *¿Digo algo? ¿Les escribo otra nota?* Pero pensé: *¿Para qué?* En serio. El sacerdote no cambiaría de opinión con una conversación rápida y dedicarle mi tiempo haría que las toxinas penetrasen en mi cuerpo. Así que volví a doblar la nota, la guardé en el bolsillo y me centré en mis cosas. El avión aterrizó. Bienvenido a casa.

Un mes o así más tarde, Kate me invitó a una barbacoa en su casa y la de Max, en la cima de Silverlake. Max había aceptado participar en *En el bosque*. Estaba muy emocionado por verle y celebrarlo; interpretaría el papel de mi interés romántico. Su casa parecía un hogar. Cómoda, bien diseñada, personal. El salón tenía el tipo de sofá en el que quieres desaparecer. Era blanco y no sé cómo se las apañaban para mantenerlo prístino. Yo lo mancho todo. La cocina era pequeña, al parecer no había sufrido cambios desde la construcción de la casa en los años 30. El fregadero, la pared: todo era perfecto. Una puerta de la cocina conducía a un enorme patio trasero en pendiente. Había una terraza junto al salón, con una hoguera debajo y una zona para sus Boston terriers.

Nos dimos un abrazo, de los largos. Me presentó a los invitados, porque no conocía a casi nadie.

Kate y Max prepararon hamburguesas vegetarianas y de las habituales. Kate y yo nos sentamos juntos en los escalones que unían la casa con la hoguera.

Estábamos cerca, flirteando. Max no se hallaba muy lejos y ni siquiera nos miró. Magnético e inmediato, un sentimiento que es mejor no expresar con palabras.

Un par de días después, por fin quedamos a solas. Acudí a su casa en coche para dar un paseo. Subimos a su camioneta con los perros en la parte trasera y nos fuimos a la reserva de Silverlake. Todo fue igual. Sonrisas que intentábamos ocultar. Miradas encubiertas.

Al entrar de nuevo en su garaje, Kate apagó el motor. Nos quedamos en silencio unos cuantos segundos, como una caricia telepática.

—Deberíamos quedar para cenar pronto —dijo ella.

Yo no me moví.

—Creo que no deberíamos —respondí. Era mi forma de decir: *Creo que deberíamos quedar para cenar.*

Otra pausa. El coche parecía hermético.

—Puedo preguntárselo a Max, hablar con él. No creo que tenga ningún problema, en serio.

Bajé la barbilla al pecho mientras intentaba disimular una sonrisa. No esperaba oír aquello, pero era lo único que quería escuchar. Un sentimiento inconfundible, eléctrico y cálido. Ansiaba estar cerca de ella.

—Bueno, si a Max le parece bien, entonces sí, claro —dije.

Y le pareció bien. Completamente bien, apoyó a Kate para que explorara ese vínculo conmigo.

Así que planeamos una cita para la siguiente semana, una cena en West Hollywood.

Kate vino primero a mi casa. Cuando abrí la puerta, lucía esa mirada, esa sonrisa, ese brillo que era a la vez dulce y asertivo. Nuestros labios se encontraron por primera vez, un estremecimiento; mis rodillas estaban a punto de colapsar, nuestras lenguas giraban en espiral mientras nos acercábamos al sofá.

Kate se apartó.

—Aún no, vamos a cenar primero —dijo.

Nos dirigimos a Laurel, por Mulholland, en dirección a West Hollywood. El Uber giró en la esquina donde el póster de Ryan me había mirado por primera vez. Al estar distraído por la llegada de Kate, por fin pude verla bien, iluminada por las farolas. Los amarillos y los rojos, incandescente, rodeada por un resplandor. Su cabello rubio oscuro brillaba un poco por los faros de los coches. Sus pantalones negros ceñidos le apretaban los muslos; evité mirar hacia abajo. Llevaba una camiseta gris con una camisa abierta y una chaqueta negra encima.

Si nos hubieras visto a Kate y a mí, habrías pensado que éramos una pareja normal. Por cómo nos tocábamos, mirábamos, nos reíamos demasiado. Ensalada y patatas fritas y tequila y vino. Kate tenía una gran presencia, una postura firme; con tan solo un guiño hacía desaparecer la habitación.

Esa noche, los *paparazzi* nos sacaron fotos mientras subíamos a un Uber para regresar a mi casa. Fue como si estuviera en otra dimensión, ya no existía ese nerviosismo por si me «descubrían». En la casa fuimos directos a mi dormitorio. Kate se tumbó bocarriba y se quitó la ropa mientras yo hacía lo mismo a los pies de la cama. Me arrastré para ponerme encima. Nuestras bocas se fusionaron, nuestros cuerpos se encontraron por primera vez. Le besé el cuello, apoyé una mano en el interior de su muslo y fui subiendo poco a poco los dedos.

Éxito en la primera cita. Y por eso hubo más.

Quedábamos con amigos en común o íbamos a fiestas, y la gente deducía que estábamos juntos. No había vergüenza ni necesidad de escondernos, tan solo una atracción descarada. Supe enseguida que no *solo* era lujuria u hormonas rebotando por ahí, sino que nos preocupábamos mucho por el otro. Y seguimos haciéndolo. Nos queremos.

Después de las primeras citas, supe que me estaba enamorando. No podía dejar de pensar en ella. Te viene a la cabeza un recuerdo que se arraiga, que te hace reír de repente en el coche de camino a una reunión. Empiezas a escribirle un mensaje y te detienes. Te pasas setenta y dos horas preocupado por las palabras que has elegido. Piensas en esa persona.

Una mañana, poco después de nuestra primera cita, un terremoto me hizo salir de la cama a toda prisa. El corazón se me escapó del cuerpo. Mi cerebro me dijo que me situara debajo del marco de una puerta, así que lo hice, pero resulta que no es lo que se recomienda. Aun así, esperé a que los temblores menguaran y solté un suspiro de alivio. Ahora que sé lo que hay que hacer, os dejo la recomendación del CDC, para que estemos todos en la misma página:

> *Si puedes, busca refugio debajo de una mesa o escritorio robusto. Aléjate de las paredes exteriores, ventanas, chimeneas y objetos colgantes. Si no puedes moverte de una cama o una silla, protégete de objetos que puedan caerte encima tapándote con sábanas y almohadas.*

Cuando todo se calmó y el pulso recuperó su ritmo normal, agarré el teléfono. Mi primer instinto fue escribirle a Kate para ver si estaba bien, y eso me sorprendió con la guardia baja. Sentía demasiado, todo aquello era nuevo, y me obligué a recordar al novio y mi responsabilidad de no ser gilipollas. Tenía ganas de un café, así que dejé el móvil y fui a la cocina. ¡PING! Me giré para echar un vistazo: era Kate, quería saber si estaba bien. Miré el mensaje y solté una carcajada espontánea por lo bajo. *Joder.*

Hay un momento que nunca olvidaré, donde todo caló, donde alcanzó otro nivel. Spike Jonze nos invitó a una fiesta de cumpleaños doble. Se celebraba en un viejo instituto; un colega de Spike cumplía cincuenta años y su hija, dieciséis. La planta baja tenía un auditorio para los adultos. Un grupo actuaba en directo, la gente bailaba y bebía. Esos colores marrones y beis típicos de instituto le dieron una pátina atemporal a la noche.

Agarrados del brazo, subimos al tejado, la zona del decimosexto cumpleaños. Una valla alta de metal cerraba la cancha de baloncesto, donde estaban los adolescentes. Había un DJ que ponía canciones brutales, pero los jóvenes no bailaban, ni siquiera uno. Supuse que estaban hablando sobre cómo conseguir alcohol, o lo que sea que hagan los adolescentes en Los Ángeles.

El DJ nos gustaba más que la banda de abajo. Beyoncé, Missy Elliott… Nos pusimos a bailar sin decir nada. Me perdí en el movimiento, en Kate, mi único punto de concentración. No existía nada, solo nosotros. Nos miramos a los ojos, inquebrantables, los cuerpos se alimentaban el uno del otro, decían lo que las palabras no podían comunicar. El baile, más íntimo que una caricia, era descarado, sin reservas. Nunca había visto a Kate tan libre. Sentí que el universo se abría. Y yo con él. Estaba perdido.

Una semana más tarde, estábamos sentados en el césped del lado nororiental de la reserva de Silverlake, metidos en nuestra burbuja, apuntando cosas en una libreta pequeña de Moleskine.

Pensamos que sería una idea maravillosa rodar una película juntos, una historia de amor, en concreto. Kate y yo escribimos a nuestros agentes para que nos buscaran algo.

La maquinaria se puso en marcha. Enseguida nos enviaron un guion de Joe Barton. Era corto, unas ochenta y pico páginas tan solo; le hacía falta trabajo, expandirlo, aunque se percibía el esqueleto de una película dolorosa pero preciosa. Hablamos con Joe por Skype; es un británico encantador que escribe personajes femeninos queer con unos matices que me sorprendieron. Charlamos sobre la historia, los personajes y que creíamos que necesitaba más elaboración.

—Escribí ese guion hace mucho tiempo. Dadme un mes y volveré con un nuevo borrador —nos dijo.

Y lo hizo. Llevó el guion a un nuevo nivel y el proyecto empezó a desarrollarse.

El tiempo lejos de Kate empezaba a doler. Eléctrico y eufórico, volaba alto en el momento, pero este siempre llegaba a su fin. Los lugares a los que no podíamos ir. Los lugares que no debería ansiar. Mis amigos me animaban a alejarme un poco, y con razón, porque Kate era *otra* persona que no estaba disponible. Incluso fuera del armario, encontré algo que se interpuso en mi camino.

—Me recuerdas a esas amigas que solo salen con hombres casados —me dijo una colega. Buscaba las alturas, bajaba en picado, las buscaba de nuevo.

Más tarde, esa misma amiga nos vio juntos, al dúo en carne y hueso, y lo entendió; fue como una validación, pero molesto a la vez. El amor era palpable, brillábamos juntos.

Pero Max. ¡Max! Max. Un ser humano encantador que me ha tratado de una forma maravillosa. Kate lo quería, ¿cómo no iba a quererlo? Pero lo que ocurría entre nosotros estaba encontrando un nuevo idioma, se filtraba por las grietas. Bueno, yo se lo permitía. Y no debería haberlo hecho. Era la persona que estaba entrando en una situación con una pareja seria.

La primera vez que dolió demasiado fue cuando se suponía que Kate y yo debíamos pasar tiempo en Nueva York juntos, pero los calendarios cambiaron y Max fue con ella. Yo había estado aguardando un par de días maravillosos y encantadores en la ciudad. Dolió. Dolió mucho. Pero, una vez más, lo achaqué a que era cosa mía, porque era el amante.

Fui allí por cuestiones de prensa para *X-Men: Días del futuro pasado,* una película en la que paso casi todo el tiempo sentado detrás de Hugh Jackman, un Lobezno inconsciente, con las manos a cada lado de su cabeza, cerca de las sienes. Era un lugar muy agradable en el que estar, porque Hugh Jackman es tan majo que hasta resulta molesto. Es una de las personas más amables con las que he trabajado; de verdad que nunca lo vi de mal humor.

Pero tras haber recibido esa noticia de Kate, yo sí que estaba de mal humor. Cuando vi que los *paparazzi* sacaban fotos de los dos paseando por la ciudad, mi humor empeoró. Y cuando pensé en ellos follando, bueno… Estaba haciendo una entrevista con Josh Horowitz cuando llegó una pregunta de una fan llamada Kate y dijo: «¿Qué pensé sobre plátanos?». Hacía referencia a un chiste privado entre los dos. Kate era amiga de Josh y pensó que sería divertido. Tardé un segundo en procesarlo y luego lo entendí. No me hizo gracia. Estaba sufriendo, la echaba de menos.

Me enfadé. Me cabreé. Me pareció manipulador. Aquella era una pauta que conocía, que he perpetuado y por la que me he avergonzado. Me descubrí culpándola a ella: *Si no puede estar conmigo, encontrará otra forma de entrar en mi terreno, en mi mente.* Siempre acababa tragándomelo, me convencía de que era sano, de que mi deseo no socavaba poco a poco mi integridad. No me parecía que Kate me estuviera tratando con consideración ni que tuviera en cuenta mis sentimientos.

Injustamente, pensé que podía leerme la mente. Yo decía: «Claro que todo va bien», pero le pedía que interpretase lo opuesto.

Seguramente debería haberme alejado en ese punto por muchas razones. Sobre todo para ser una buena persona y respetar su relación, pero no me sentía buena persona, sino más bien como alguien egoísta que deseaba a otra persona. Pero es muy poco habitual tener un vínculo auténtico como el nuestro y resulta difícil distanciarse de él. Me senté en la habitación del Bowery para fumar un cigarrillo en el balcón; Kate y yo habíamos estado en esa habitación. No pude evitar los recuerdos en los que ella me aupaba desnudo en la mesa para follarme mientras observaba mi culo en el espejo.

Con Kate, todo se estaba volviendo más complicado, más cargado. Sentía que me estaba fallando. Quizá la emoción ya no compensaba el reto. Fue decisión mía entrar en esa situación, decisión mía no cuidar mi corazón, sino quedarme allí e ignorar la fisura mientras se agrandaba. Estaba persiguiendo algo que no era posible; permitía que la lujuria me sobrepasase.

Esa dinámica me resultaba familiar. A solas prosperas, en secreto y a salvo, pero separados te sientes invisible. Está allí hasta que se marcha, sin pensárselo dos veces, más como una ocurrencia tardía. Estaba proyectando esto en Kate, una pauta y una narrativa que tardaría en eliminar: *Quiéreme, por favor.*

Kate sintió mi dolor, la angustia, y lo último que quería era hacerme daño. Se había marchado lejos por trabajo, pero sacó tiempo para hablar. Le conté lo mal que lo pasé en Nueva York.

—Te estaba echando mucho de menos, estaba muy emocionada por verte y luego no pude. No te vi y apenas supe nada de ti y vas y haces *eso* —dije, haciendo referencia a la entrevista—. Me dejó fatal.

—Lo entiendo, lo siento mucho, pensé que sería gracioso. —Hizo una pausa. Un momento de inmovilidad en la pantalla—. Yo también te echo de menos. También sufro por no verte.

Y, al oír eso, las compuertas se abrieron. Me eché a llorar y ella también y hablamos de todo. De nuestro amor, de lo natural y significativo que era, de cuánto nos preocupábamos por el otro.

—Pero yo también quiero a Max y tenemos una vida juntos —dijo—. Antes no creía que alguien pudiera amar a dos personas al mismo tiempo. Pero ahora sí.

Compartíamos una tristeza, el dolor de dejar ir, pero sobre todo nos interesaba tener un futuro, fuera el que fuere, y formar un nuevo tipo de relación. Decidimos darnos espacio, no escribirnos durante al menos un mes.

Siempre tengo que recordarme lo beneficioso que puede ser el espacio. También puede parecer agonizante, aunque seas tú quien lo inicie. Es muy fácil engañarnos. Me había convencido de que esa comunicación estaba bien, era sana y madura. Pero daba igual cómo lo entendiera mi cerebro, que esos sentimientos persistían y se disfrazaban, susurraban y pinchaban; mi corazón exigía siempre más.

«Me recuerdas a esas amigas que solo salen con hombres casados». Ahora entendía más esto.

Es cierto: nos desesperamos por sentir el subidón de serotonina para luego revolcarnos en el dolor del rechazo. Al final, me abandonaba en el proceso, desaparecía. Quizá fuera lo que andábamos buscando. Ese amor frustrado, desear a alguien inalcanzable, es más seguro.

Max y Kate pusieron fin a su relación no mucho después, un poco antes de que empezara a filmar con Max. La ruptura no fue porque Kate quisiera estar conmigo, sino una comprensión mutua de que era hora de pasar página. Kate y yo seguimos respetando el espacio. Max me trató de un modo maravilloso, en la película estuvo magnífico; es un actor generoso y bien presente. Rodamos juntos una escena de sexo, una de las más íntimas que he hecho nunca; estábamos los dos casi desnudos, yo con el

pecho a la vista. Me pareció seguro y nada raro, aunque fuera una situación rara de por sí.

Aún sentía muchas cosas por Kate, la deseaba, quería estar con ella. La distancia ayudó. Cuando sentía que estaba a punto de dejarlo atrás, los dos acabamos volviendo a Los Ángeles y la ciudad avivó el corazón de nuevo. Estaba confuso, abatido, hasta resentido. *Podría estar conmigo. Pero ahora no quiere.*

«El amor no constituye una relación», como diría mi terapeuta.

Una vez más, sufría. La rabia se retorcía en mi interior.

Los minutos pasaron a rastras y sanaron. Me vino bien no hablar con ella ni escribirle. Poco a poco empecé a desengancharme, a reflexionar, a rendir cuentas. Mi fijación desapareció, pude volver a salir bien con otra gente, a conocer a mujeres que estaban disponibles y fuera del armario. Unos amigos nos presentaron a Samantha y a mí, estuvimos juntos cerca de dos años. Me visitó en Ohio, a las afueras de Cincinnati, donde estaba actuando en *My Days of Mercy* con Kate, la película que produjimos y protagonizamos juntos. Sam me apoyó, para nada celosa, y los tres fuimos a un programa de Amy Schumer en Kentucky, al otro lado de la frontera. Kate estaba saliendo con Jamie, su marido actual.

Vista la situación, la película fue bien.

Han pasado casi nueve años desde que Kate y yo nos conocimos. Cierta química nunca ha desaparecido, pero, tras haber dejado espacio a la comprensión, ahora nos reímos por lo poco que teníamos en común. En retrospectiva, lo que más hacíamos era follar. Pero lo que nunca ha cambiado y nunca cambiará es el amor que existe entre nosotros. Leal, generosa, emocionalmente presente: Kate no es solo una amiga maravillosa, también es sincera.

Mi tendencia en aquella época era fantasear, no mirar ni reaccionar ante lo que estaba pasando de verdad. No *escuché*. Y, dicho sin rodeos, era codependiente. Solo ahora me estoy alejando de todo eso. Pongo mejores límites, tengo menos miedo, abro más mi corazón. Soy más fuerte, mi confianza florece. Antes no era dueño de mí mismo. De los momentos más dolorosos surgen recordatorios y lecciones que acabaré por olvidar y tendré que recordar de nuevo. Pero preferiría recordar, preferiría sentir dolor que no sentir nada… Al menos pude amarte, al menos pude sentir tu amor por mí. Maggie Nelson:

> *Que exista este azul hace que mi vida sea excepcional, solo por haberlo visto. Haber visto tales bellezas, encontrarme entre ellas, sin elección.*

******** Todos los fragmentos traducidos de *Bluets* pertenecen a la versión en español publicada por Tres Puntos Ediciones (2021), con traducción de Lawrence Schimel.

25
Elegir a la familia

—Es que quiero vivir contigo —le dije a mi madre cuando tenía trece años—. No quiero seguir yendo y viniendo.

Ya no quería contar los días hasta el dieciséis, quería vivir con mi madre todo el tiempo.

Se le iluminó la mirada, enderezó la postura; pude ver su entusiasmo. Se esforzó por ocultar su alegría, supongo que para no influir en mi decisión. Supe que estaba feliz y eso me hacía feliz a mí también. Su rostro pasó de lucir una gran sonrisa a reflejar concentración; ¿por qué quería hacer ese cambio?

Nervioso, se me trabó la lengua. Bajé la mirada, busqué a toda prisa un motivo. Ojalá no lo necesitase, aunque la culpa me reconcomiera por dentro.

—Quiero estar en un único sitio. Estoy cansada de ir y venir. Siempre me olvido cosas.

Contarle toda la verdad sobre cómo me sentía en la otra casa parecía imposible. Un miedo inexplicable palpitaba en mi interior, refrenándome. Tenía demasiado miedo de causar tal conmoción que nunca pudiera recuperar la normalidad.

La amargura había llegado al punto máximo, una niebla espesa ocupaba la casa cuando llegaba del colegio y me encontraba a solas con Linda. Hasta le pedí a un colega que viniera, para ver si también lo sentía.

—Tiene un rollo raro, ¿verdad? —dije. La energía. Su tono. Esas miradas—. Creo que no le caigo bien.

Mi colega estuvo de acuerdo conmigo.

No invitaba mucho a mis amigos. ¿Qué pensarían mis compañeras del equipo de fútbol en las raras ocasiones en las que venían a casa? Cuando, en secundaria, mi padre solía piropearlas «de broma» desde el coche mientras ellas volvían a sus hogares.

—¡Eeeeeh, qué buen aspecto tenéis, señoritas! —gritaba.

—¡Qué asco, Dennis! —respondían ellas. Sin reírse demasiado. Yo me escondía y encogía en el asiento del pasajero.

Mi padre cambiaba según la compañía. Cerca de Linda se mostraba cerrado conmigo, pero, estando los dos a solas, compartía un amor profundo, desdibujaba los límites emocionales. Quizá fuera la única forma que sabía de estar cerca, de escarbar algún tipo de vínculo cuando podía y protegerlo, solo para nosotros.

En cualquier caso, yo no tenía forma de expresarlo en esa época y aún me cuesta. Corría sobre hielo y ansiaba la fricción de la tierra.

Le pedí a mi madre que no se lo dijera aún, se me cerraba el estómago de solo pensarlo. Cuánto le disgustaría aquello, qué dolido se sentiría. La culpa me recorría entero.

—Tu padre lo entenderá —me dijo mi madre en un tono reconfortante. No es que creyera que

aquello no le dolería, claro que le escocería, pero pensaba que al final apoyaría mi decisión a pesar de todo.

Yo sabía que eso no era cierto. Sabía que no lo entendería. Sabía que se pondría furioso. Que me giraría la cara. Pero no supe expresarle esto a mi madre.

Esa noche, tenía partido de fútbol. Tina y yo nos pasábamos el balón para calentar en el campo de la Universidad de Dalhousie; el partido era en casa. Como volante derecho, quería concentrarme en el saque de esquina, en cuadrar los tiempos y doblarme corriendo de tal forma que mi frente conectase con el balón, para girar la cabeza con la esperanza de ver cómo esa fuerza se estampaba en la parte trasera de la red. Sin embargo, no dejaba de mirar por encima del hombro para intentar captar un vistazo. Sabía que los dos aparecerían en las gradas en cualquier momento.

Al cabo de un rato, allí estaban, el uno junto a la otra; los vi hablar. En vez de prestar atención al balón, estaba concentrado en la proximidad de mis padres entre sí. Mientras me preparaba para un saque de banda, aceleraba para recibir un pase, tropezaba con la pelota en un intento de finta, lo único en lo que podía pensar era: *¿Mamá va a decir algo?*

Al caminar por el césped, noté cómo se aplastaba bajo las botas de fútbol mientras me reajustaba la bolsa de deporte sobre el hombro y me echaba agua en la boca. Veía a mis padres más o menos cerca. Eso me quitó el aliento más que los noventa minutos corriendo.

Se separaron un poco cuando me aproximé. Mis piernas cansadas se estremecieron al subir los grandes peldaños. Abracé a mi madre y me despedí; era el primer día del mes, así que me iba a casa de mi padre.

—Te quiero, mamá —dije mientras me alejaba con él.

—Yo también te quiero, cariño.

Me dolía el pecho, pero intenté ocultarlo. Después de los partidos era el momento perfecto para disimular sentimientos: ardor en la espalda, las rodillas, los muslos… Una gran cantidad de sitios donde esconderse.

Subí al asiento del copiloto en el coche de mi padre y coloqué la bolsa en el suelo delante de mí mientras mantenía los hombros y la cabeza encorvados.

A lo mejor no ha dicho nada. A lo mejor solo han hablado.

Pasó demasiado tiempo con muy poco ruido, con lo que esos «a lo mejor» se tornaron obsoletos.

Mi padre condujo en silencio por Quinpool Road, pasamos junto a Horseshoe Island, seguimos el agua y subimos y rodeamos Armdale Rotary. Giró a la izquierda en la pizzería para ir hacia Purcells Cove Road. Al acercarnos al desvío de nuestro barrio, el coche no redujo la velocidad. Eché un vistazo hacia mi padre, que seguramente sabría que lo estaba mirando, pero mantuvo la vista al frente con firmeza. Apretaba los labios.

Seguimos así durante unos cinco minutos y pasamos junto a la iglesia griega ortodoxa de St. George, el club náutico y Deadman's Island, hasta que giramos a la izquierda en la estrecha Dingle Road. Rodeado por espesos árboles y alguna que otra casa, el coche redujo la velocidad al llegar a Sir Sandford Fleming Park, conocido sobre todo como «The Dingle».

La parte inferior del parque contiene agua. Mi padre entró en el aparcamiento de gravilla, no muy lejos de la torre de piedra de cuarenta metros de altura construida a principios del siglo XX. Habíamos llegado hasta arriba con Linda, Scott y Ashley hacía unos años. A ambos lados de la entrada hay dos enormes leones de bronce, con aire de querer que te subas encima. Recuerdo que la torre tenía más

escaleras de lo que a mí me gustaría, pero las vistas valen la pena, así como la bola de Moon Mist de después, un delicioso helado que, según acabo de descubrir, es particular de Nueva Escocia.

Mi padre aparcó en la sombra y apagó el motor. Era temprano por la tarde, no había mucha gente por ahí, solo otros dos coches en todo el amplio aparcamiento. Él miraba al frente, con las manos aún en el volante. Se giró hacia mí. Tenía lágrimas en los ojos.

—¿Quieres irte a vivir a casa de tu madre?

Se echó a llorar. Eso me quitó el aliento. Me quedé mirándolo, sin saber qué hacer, sin saber qué ocurriría a continuación.

—¿Por qué no quieres vivir con nosotros? —Bajó la cabeza. Las lágrimas se tornaron en sollozos —. ¿Quieres más a tu madre que a mí?

El llanto prosiguió. Los hombros se movían con los sollozos. Mi padre me miró y sus ojos tristes me golpearon como una roca. Pude notar su peso.

—¿Es que no me quieres?

El pecho me ardía de puro pánico, noté un nudo en el estómago como si estuviera en una montaña rusa, empecé a oír un pitido en los oídos.

Él se giró de nuevo, pero el llanto no cesó.

Me desabroché el cinturón de seguridad y pasé por encima de la consola central para abrazarlo. Lo envolví con los brazos y le masajeé la espalda mientras lloraba. Me temblaba el cuerpo; ¿qué había hecho? Cerré los ojos mientras lo abrazaba con fuerza. Ojalá no hubiera dicho nada, estaba desesperado por retirar mis palabras.

—Te quiero. Lo siento. Quiero seguir yendo y viniendo. Lo siento —supliqué.

—Bueno, pero ¿estás segura? —respondió él. Sus hombros recuperaron su estado normal mientras se limpiaba las lágrimas.

—Sí, lo estoy. Quiero vivir con mamá y contigo.

La emoción se redujo a unos sollozos leves. Regresé a mi asiento y me abroché de nuevo el cinturón.

—Te quiero tanto —dijo él mientras arrancaba el motor.

La gravilla crujió al dar marcha atrás.

—Yo también te quiero.

Y nos marchamos a casa.

Luego fingimos que no había pasado nada. Solo un bache. A solas en el coche, me quería con desesperación, pero habíamos vuelto a la casa, a la mesa para cenar. Él cortaba la comida con una expresión agria. El silencio evaporó mi apetito, ¿o era la culpa? Quería desaparecer.

Mi padre llamó esa noche a mi madre para comunicarle que había cambiado de idea. Le dijo que solo había querido vivir a tiempo completo en su casa porque echaba de menos al perro. Supongo que su ceño fruncido se convirtió en una sonrisa de suficiencia por la emoción de informar a mi madre.

Ella nunca sacó el tema. No hablamos de ello. Estaba demasiado asustado como para decir una palabra más sobre eso. En el coche, había presenciado cómo el corazón de mi padre se agrietaba, una oleada de emoción nunca vista, como un desguace. *Has hecho una cosa horrible y dañina*, pensé. Sabía que no podría hacer que él ni nadie se sintiera de esa forma jamás. Así que seguí yendo y viniendo entre las dos casas. Eso pareció suavizar las cosas.

Ahora entiendo que momentos como esos (entre mi madre, mi padre y yo) allanaron el camino

para la dinámica en mis relaciones futuras. Apartaba a un lado los sentimientos, por si me metía en problemas por tan solo tenerlos, y me quedaba en una situación más tiempo del que debería, ocultando la verdad. Al final, inevitablemente, esto desencadenaba más daño y más dolor. Como las distintas formas en las que he sido difícil para otras personas: mis cambios repentinos, cerrarme y creer que debía huir, ser deshonesto porque sentía un miedo irracional.

Es productivo escarbar en el lodo.

Poco después de mi trigésimo cumpleaños, tomé la decisión de dejar de hablar con mi padre. Mi capacidad para suprimir sentimientos empezaba a decrecer. Una tormenta mental, un choque. Sin darme cuenta, me había socavado hasta llegar al fondo. Por primera vez en mi vida, reconocía mi identidad trans en voz alta, permitía que este conocimiento respirase sin obstrucciones, en instantes breves, chispas; no solo lo rozaba, sino que lo agarraba con fuerza. Esta comprensión no se detuvo en mi género. Por fin estaba al borde de desenredarme de esa dinámica familiar tan tóxica, por fin podía encontrar las palabras, la llave no verbal para romper su manipulación constante.

Envié un correo corto y directo a mi padre en el que le comunicaba que necesitaba espacio y no podría ir a casa durante una temporada. Nunca me había dado permiso a mí mismo para hablarle así, para reconocer lo que había vivido en esa casa y su impacto duradero. Su respuesta fue la que esperaba: nada buena. No se responsabilizaba por nada de lo que le había contado o incluso lo negaba directamente.

Cuando tenía veintipocos años, mi padre había reconocido el trato horrible de Linda, porque saqué el tema mientras nos tomábamos un café. Nos habíamos distanciado de un modo notable. Había ido a visitarlos, cosa rara en esa época, y mi padre y yo estábamos en una cafetería pequeña e íntima en Hollis Street, en el centro de Halifax.

—Parece que no nos echas de menos, que no quieres vernos nunca —dijo.

Observé mi café doble americano, sin saber qué responder. Ni siquiera cuando murió el padre de mis hermanastros fui al funeral. En terapia, no supe explicar el motivo, no tenía respuesta. Tumbado en el suelo, llorando, con el estómago lleno de clavos, un dolor agudo de origen desconocido. Me parecía físicamente imposible ir. Y, comprensiblemente, mis hermanos quizá no me hayan perdonado nunca por eso.

—Me siento muy desconectado de ti —añadió mi padre.

No planeaba tener esa conversación, salió sin más.

—Linda fue bastante horrible conmigo en mi infancia y eso me ha afectado y me resulta difícil volver a casa y estar con vosotros —dije.

Él no perdió el tiempo y coincidió conmigo enseguida. Aún no podía hablar con él sobre las otras cosas. Aliviado, pudo achacar todo lo malo a Linda.

—¿Por qué no hiciste nada, si lo sabías? —pregunté.

—Lo hice. El noventa por ciento de nuestras peleas se debían a ti.

Era la misma frase que había dicho durante mi infancia.

Sentí un destello de esperanza, el poder que la familia tiene sobre nosotros. Pero más tarde le contó a Linda nuestra conversación, lo que causó un estallido. Linda me escribió enseguida una carta larga, una disculpa que parecía menos disculpa y más explicación; en ella resaltaba todos los motivos que habían provocado su hostilidad. Razones que, al final, no tenían nada que ver conmigo.

—Deberías perdonar a Linda —me dijo mi padre cuarenta y ocho horas más tarde—. Será bueno

para ti.

Me hundí. Tenía que decirlo. O así fue como lo sentí, como una obligación. Por ellos, pero sobre todo por él. Fue ese momento: el cuerpo se paraliza, pone el piloto automático, expulsa las palabras para un aterrizaje estable. Como escribir aquellas tarjetas de cumpleaños, donde la mano no me pertenecía. Lloramos y nos abrazamos.

Linda dijo que lo sentía, que me quería.

—Te perdono —dije. Pero no la perdoné, aún no.

Sin embargo, cuando llegué a la treintena, las formas de control de mi padre flaquearon. De repente, pude verlas, me horroricé de no haberlo hecho antes, me quité el reflejo de apartar a un lado mis sentimientos, de desaparecer.

Ahora mismo, llevo cinco años y medio sin hablar con él. Tras haberle enviado ese primer correo diciéndole que necesitaba espacio y que no volvería a casa durante una temporada, las cosas no fueron bien. De vez en cuando ha habido intercambios de correos desagradables, pero poco más. Hace poco, sugerí que hiciéramos una videollamada por Zoom con un moderador, un terapeuta familiar de algún tipo, pero, mientras escribo esto, él sigue sin estar dispuesto a hacerlo, solo quiere quedar a solas conmigo y, si nuestra comunicación es indicio de algo, no creo que eso sea muy productivo.

Lo cierto es que cuesta volver a imaginarse una relación. Supongo que su animadversión hacia mí solo ha crecido en los últimos años sin contacto, o eso sugieren sus redes sociales. Dennis y Linda apoyan esas plataformas enormes que me han atacado y ridiculizado a una escala global. Recibiré oleadas masivas de odio no porque haga bromas dañinas, sino simplemente porque existo. A menudo parece que la gente prefiere dar un paso adelante para defender lo desagradable y no para apoyar a las personas trans cuando nos toca lidiar con ataques llenos de crueldad y violencia.

Cuando echaron a Jordan Peterson de Twitter tras haber puesto un tuit terrible sobre mí, subió un video en el que solo aparecía su cabeza. Miró con aire amenazador a cámara y dijo: «Veremos quién cancela a quién». Mi padre le dio a «me gusta» a ese video. No tengo ni idea de qué piensa a estas alturas de su hijo, de lo que dice ni cómo explica mi ausencia. Sí sé que me echa la culpa de que yo, ese pequeño palomino, sea quien ha provocado ese desastre.

* * *

El momento más bajo de mi vida llegó cuando dejé de hablar con mi padre. El peso de todo con lo que había crecido al fin se estampó de pleno contra mi cara y no pude esconderme. Mi vida siempre ha sido una serie de olas ondulantes, y ese punto tan bajo me recordó a cuando tenía diecinueve años y mi carrera estaba despegando. En esa época no vivía en ninguna parte en realidad, no tenía una base. Viajaba sin cesar, pasaba de un proyecto a otro, iba a ruedas de prensa, siempre solo. El peso de la soledad empezaba a pasarme factura.

En un gesto de amabilidad que nunca olvidaré, una mujer que conocía desde la infancia me ofreció quedarme en su piso de Brooklyn. Había estado viviendo entre Halifax y Fort Greene desde que empezó a salir con la madre de un amigo mío del instituto. Su relación con dicha madre me cautivaba, era una categoría propia, sin restricciones. Recuerdo con mucha claridad el momento en el que conocí a Julia. Yo tenía dieciséis años, estaba tumbado en el suelo del dormitorio de ese amigo, con la capucha cubriéndome la cabeza que me había rapado hacía poco, enroscado en un nido de mantas y

listo para dormir. Julia entró y le sonreí. Sus ojos transmitían ternura, una presencia en la que podía confiar. Vio el secreto que todos sabíamos que tenía en mi interior. Sentí que lo sabía y al saberlo me pude relajar. Siempre me he sentido cómodo y cuidado con ella.

Julia sugirió que dejara las maletas sin deshacer en su loft de Brooklyn y creara una casa, una base, un lugar al que regresar entre películas. Para no ir tanto a la deriva. El loft tenía dos dormitorios pequeños en la parte trasera y, en el espacio intermedio, colocó dos biombos shoji que habíamos comprado en Chinatown para crear un rinconcito para mí. Yo iba y venía, viajaba sin cesar por trabajo, pero tener esa base a la que regresar, y encima queer, fue esencial.

Julia y yo nos levantábamos muy temprano; ella preparaba un café fuerte delicioso, de esos elegantes que se hacen en el fogón. Por la mañana salíamos a la calle cuando aún amanecía y sacábamos a pasear a los perros, Scooby y Dolly, para dar vueltas por el parque de Fort Greene. La relación evolucionó. Intimé más con Julia que con ese colega del instituto. Me encantaba estar con ella; lo prefería, la verdad. Al pasar tanto tiempo de mi vida con adultos desde los diez años, me sentía más cómodo con ella que con personas de mi edad. Hablábamos sobre temas que nunca habría comentado con otra gente, como quién me gustaba o el hecho de ser queer.

Julia se convirtió en una de mis mejores amigas, más como si fuera parte de mi familia.

Al final, acabé mudándome a Los Ángeles. Aun así, cada vez que viajaba a Nueva York por temas de prensa, pasábamos juntos un tiempo ilimitado en las habitaciones elegantes de los hoteles donde me hacían hospedarme. El Regency, el Mercer, el London, el Mandarin Oriental, el Crosby, el Bowery… Ella fue un salvavidas para mí cuando estaba en el armario, y continuó siéndolo durante mi vida adulta.

Cuando dejé de hablar con mi padre, entré en una espiral. Estaba al borde del colapso, mi salud mental decaía por momentos. No quería estar más en este mundo. No sabía cómo existir. Llamé a Julia desde Los Ángeles y le pregunté si podría venir a estar conmigo; sabía lo que pasaría si me quedaba solo. Mi llamada la sorprendió, porque yo apenas pedía ayuda. Lo dejó todo, se pidió una semana libre de vacaciones y voló a Los Ángeles.

Con Julia allí, solíamos sentarnos entre mantas cómodas en el suelo del salón, como un nido protector parecido al que me envolvía cuando nos conocimos. Me ayudó a nutrir mi cuerpo, me hizo reír. Le solté una y otra vez las mismas mierdas en bucle y ella escuchó. Daba igual lo crudo, triste o enfadado que estuviera: Julia me dejaba sentir.

En un mundo donde lo queer nos aliena con demasiada frecuencia de nuestros consanguíneos, doy las gracias por Julia y por la familia que he elegido. Sin ellos, yo no estaría aquí.

26
Mascarilla

—*Pardon, monsieur* —me dijo un hombre después de que su hijo de cinco o seis años bajara a toda prisa la colina en su pequeña moto azul y casi chocara contra mi perro, Mo.

El niño pasó a mi lado durante esa primera primavera de pandemia en Nueva York. Calles vacías, espacio, silencio excepto por las sirenas y algún que otro altavoz con música a todo trapo procedente de una bicicleta. Llevaba mascarilla, aunque no recuerdo si el hombre y el niño también llevaban. Hacía fresco, la brisa del río solía escocer en la cara, pero la mascarilla vino bien. Vestía vaqueros, mi chaqueta negra Carhartt con forro de franela y una sudadera con capucha. Y un gorro, siempre un gorro, de lana y tapado por la capucha.

Mo y yo recorríamos el camino que sigue el río Hudson para llegar al nivel intermedio del parque Riverside, en el Upper West Side. Ese parque es uno de mis lugares favoritos de Nueva York. Tiene tres niveles y va desde la calle 72 hasta la 158. El camino junto al río tiene zonas verdes, parques infantiles y un puerto deportivo minúsculo llamado West 79th Street Boat Basin. Un barco compacto, viejo y de color verde bosque flotaba tranquilo mientras yo jugaba a «¿Con qué barco te quedarías?», un juego muy complicado en el que eliges qué barco sería para ti. Me decanté por ese pequeñín. El paseo marítimo, con el nivel intermedio justo encima, tiene un diseño similar a los parques de París, con senderos largos y amplios y las ramas de los árboles por encima de tu cabeza que se curvan para encontrarse. Unas viejas farolas enmarcan el cemento y se alzan orgullosas, exudando romance. Los riscos impresionantes y las paredes de roca, adornadas con enredaderas y musgo, brotan desde el paseo marítimo hasta alcanzar el nivel superior, que sigue por la Riverside Drive. ¿Los parques pueden ser emocionales? Ese lo parece, su belleza es inolvidable. Leí que el parque Riverside inspiró a Edgar Allan Poe a escribir *El cuervo.* Tiene sentido.

—No pasa nada —respondí.

El tirón repentino tomó por sorpresa a Mo. Al alejarnos, oí que el padre le hablaba a su hijo en francés, no con severidad, sino con firmeza. Oí de nuevo un *monsieur.*

Esbocé una sonrisa bajo la mascarilla. Aquello había ocurrido con frecuencia.

—Eh, chico.

—Colega.

—Señor.

Pero, cuando hablaban, entonces me miraban llenos de vergüenza:

—Ay, lo siento, señorita.

—Perdone, señora.

Solía interrogar a mi sombra mientras iba por la ciudad. Vivía en la acera, plana, bajo los pies, un momento apacible entre el sol y yo. Veía a un chico, era un chico, su cuerpo, su andar, el perfil con la gorra de béisbol. Ese punto en el suelo parecía más real que yo y esquivaba mis intentos de aplastarlo.

Los escaparates y yo siempre hemos tenido una relación conflictiva. A diferencia de la sombra, ahí me veía la cara, el torso en una camiseta. El otoño y el invierno no eran *tan* malos, pero el verano me obligaba a torcer el cuello. Hacía demasiado calor para llevar capas, y me giraba de forma compulsiva para mirar, para verificar y reajustar. Tiraba hacia abajo de la camiseta blanca extragrande, me recordaba que debía comprar sujetadores deportivos más ajustados. A lo mejor eso ayudaría.

Durante el inicio de la pandemia, la mascarilla colaboró con mi vestuario de principios de primavera para alterar mi reflejo en el escaparate. Al igual que mi sombra, ahí veía a un chico. A diferencia de la sombra, el chico me devolvía la mirada.

Una vibración trepidante e inesperada me recorrió el cuerpo. Era chocante, pero en el buen sentido. Como un subidón.

¡¿Qué coño?! Pero si mi reflejo nunca me da este «subidón».

Miraba al chico que caminaba en paralelo a mi lado, que imitaba mis gestos, mi ritmo. Estaba perplejo y al mismo tiempo no me sorprendía en absoluto. No me cansé de aquello; cada día, cuando sacaba a Mo a pasear, lo encontraba, me daba un respiro. ¿Esperanza?

Las suelas de mis pies pisaban firmes, seguras y conectadas a la tierra. No flotaba tanto, sino que existía un vínculo más cohesivo con la gravedad. Resultaba gratificante verme a mí mismo, algo que casi nunca pasaba. Se produjo una chispa, una semilla, algo que se removía. Mi cuerpo se inclinó hacia delante, sabía que no debía detenerse ahí, lo presintió antes que mi mente. Esa vasija de carne, siempre más lista que yo; ojalá la hubiera escuchado más. Un camino se había creado de la nada, atraía al instinto. Unas llamadas en la parte trasera del armario, un portal a un nuevo mundo, una fresca realidad en la que no tenía que abandonarme a mí mismo.

Nadie me reconocía. Ni siquiera me miraban dos veces con disimulo. No soy, para nada, R. Patz, pero aquello fue como adentrarse en otra dimensión. Y, a pesar de lo mucho que te paren o te pidan una foto, la gente te mira. La gente me saca fotos a escondidas en el tren o en los restaurantes, sin percatarse de que me suelo dar cuenta; de un modo extraño, resulta encantador. No me importa sacarme fotos con gente. Suelen ser simpáticos y amables, no te fuerzan a ello. Es solo si alguien me toca sin permiso o me llama por mi antiguo nombre cuando me vuelvo más frío. Los límites son importantes y es crucial aprender a no sentirse culpable por establecerlos. Me costó mucho tiempo aprender esto.

Vagaba a solas por la ciudad en mi nuevo universo. Podía ser yo mismo, estar tranquilo, sin proyectar nada a desconocidos. Y por primera vez desde que tenía diez años, la gente se refería a mí en masculino. Intentaba no hablar mucho, ofrecía gruñidos casi inaudibles para alargar el momento. Mi voz a los diez años no había descubierto el pastel, pero a los treinta y tres sí.

Lo único que sabía era que algo se había despegado y ahora podía ensanchar la grieta. No había trabajo al que huir, ninguna chica a la que interpretar. El rodaje de la tercera temporada de *The Umbrella Academy* no empezaría hasta finales de otoño como pronto. Ese era el periodo más largo que había pasado sin trabajar desde… No me acuerdo, pero sí que era mi primer descanso en años. Mi matrimonio se desmoronaba, vivíamos separados y los días no estaban *tan* envueltos en dramas, distracciones y represión. Tenía tiempo para sentarme, un momento para pensar. Al principio, todo ese espacio amplificó mi incomodidad. Me había pasado años y años dilucidando todos los trucos para evitar mis sentimientos, para salir de mi cuerpo, para insensibilizarlo. Pero ahora algo hervía en su interior, listo para desbordarse; lo sentía. Fuera, con las capas de ropa y el rostro oculto, era sólido,

daba paseos optimistas. Dentro, la cosa cambiaba. Me quitaba la mascarilla, la chaqueta, abandonaba el sueño. Cambiarme la ropa parecía imposible, apenas me duchaba, la idea de quitarme y ponerme un sujetador deportivo me hacía temblar. Esas semillas de esperanza, los susurros de un futuro mejor, se evaporaban en cuanto entraba en mi piso. El contraste entre estar fuera y dentro intensificó mi malestar, un gráfico con una línea continua y ascendente que estaba a punto de caer en picado. Me acercaba al precipicio de nuevo y daba igual lo difícil o desestabilizante que fuera: sabía que debía sumergirme en ello, no tener miedo, quererme.

En terapia, seguí abriéndome sobre mi relación con el género. Poco a poco desarrollé la capacidad de decir las palabras necesarias sin el oleaje infinito de sollozos. En vez de salirme por la tangente, pude afrontar el tormento, verlo con perspectiva, preguntarme por qué debía ser tan agonizante. ¿Por qué no podía respirar y explorar sin más? ¿Por qué llegaba con un montón de vergüenza?

No vivir con Emma sí que permitió que desapareciera cierta ansiedad. La fijación y la concentración únicamente por sus sentimientos me había ido desgastando. Sentía que las emociones de Emma siempre tenían prioridad por encima de las mías. Estoy seguro de que esto lo hacía yo a propósito. Lo eludía, huía, me insensibilizaba, disociaba… Mis ingeniosas tácticas en todo su esplendor. Dañino para mí y dañino para mi pareja. Y, en el fondo, nada de esto tuvo que ver con Emma.

Con la llegada del verano, volví a ponerme camisetas grandes que requerían tirones y miradas. Los escaparates ya no otorgaban energía a mis pasos, la gente ya no se refería a mí con el género correcto. Fue en esta época cuando contemplé por primera vez operarme el pecho, aunque en realidad llevase años en mi mente. Contactar con cirujanos fue el primer paso. Concerté una cita para una consulta, pero al final no fui. No supe decir por qué… ¿por miedo o por la situación actual?

Una mañana recogí a Marin, mi compañera de reparto en *The Umbrella Academy*, en su casa de Chelsey y fuimos en coche a Coney Island. Con las mascarillas puestas y las ventanillas bajadas, nos pusimos al día. Llevábamos un tiempo sin vernos. Marin interpreta a Sissy, la mujer de la que mi personaje se enamora en la segunda temporada durante los años 60 en Texas. Colaborar con Marin ha sido una de las mejores experiencias que he vivido trabajando con otro actor. Es fantástica, generosa y muy cojonuda, profunda y presente de un modo difícil de encontrar. En general, he hablado con ella sobre mi género y mi incomodidad desde que nos conocemos. Nos hicimos amigos enseguida. La primera vez que hablamos por teléfono después de conocernos la conversación duró más de dos horas. Era como si nos conociéramos desde hacía años. La segunda temporada de *The Umbrella Academy* fue un batiburrillo para mí. Por una parte, el personaje era más masculino, prefería de lejos esa ropa que el vestuario de la primera temporada, pero en el espejo seguía viendo lo mismo. Era como si esperase que la ropa me cambiara por arte de magia, y lo hizo, durante un instante, pero mi reflejo enseguida corrigió esa idea. La cara, el pelo; quería rasgarlo y arrancármelo.

Marin fue una roca para mí durante esa época. Tenía problemas y no sabía cómo comunicarlo. Ella me ayudó, me apoyó, me animó a tomarme tiempo para mí y centrarme en mi bienestar, a darme espacio. A medida que me acercaba a mi verdad, la vergüenza inconsciente alzó la cabeza y me obligó a acallarlo todo de nuevo. Era difícil existir sin distracciones. Me sentía a la deriva solo. Pasaba la mayor parte del tiempo sentado en el suelo y fumando demasiada maría; por algún motivo, el sofá no me servía. Párate demasiado tiempo, ponte demasiado cómodo y encontrarás una respuesta que no quieres, pero sí la que necesitas. Mi cerebro hacía todo lo posible por sortearla, para que ese no fuera el

caso, porque, joder, hasta pensarlo era demasiado. Un actor, con una carrera consolidada, toda la gente que odia a las personas trans, etcétera.

Cada paso por la pasarela nos recibía con un sonido vacío. ¿De qué van las pasarelas? Hacía calor, era principios de julio. El sol se asomaba entre las nubes, unos rayos celestiales caían al océano. La mayoría de los sitios estaban tapiados; el parque de atracciones silencioso, fantasmal. Coney Island en verano suele rebosar de gente, pero la pandemia puso fin a eso. Aun así, unos niños gritaban y jugaban en el agua. Los padres llevaban hamburguesas y patatas fritas. Era cinematográfico, el tiempo se detuvo. Pasamos junto a unos hombres que miraron a Marin durante demasiado rato, y eso me cabreó.

Me olvidé de dónde habíamos aparcado, así que fue todo un viaje encontrar el coche; el estrés del día hervía a fuego lento. Cuando lo encontramos al fin, me eché a llorar, sollozando.

Me giré hacia Marin.

—¿Crees que soy trans?

—Bueno, me resulta complicado responder a esa pregunta, pero entre las cosas que me has contado y ver que ese sentimiento no ha menguado y lo doloroso que te resulta, sí, quizá. Creo que vas por el camino correcto y sé que es duro, pero no estás sola y saldrás de esta.

Exhala.

Mi matrimonio se había acabado de verdad, en lo personal aunque no en lo legal, ese junio.

Decidí renunciar al piso que habíamos alquilado. Uno de mis amigos más cercanos tiene una cabaña vacía en medio del bosque de Nueva Escocia y me dijo que podía quedarme allí. Hacía siglos que no veía a mi madre, así que irme para allá parecía una gran idea. Salir de Estados Unidos no fue como antes. La frontera estaba cerrada y pude pasar porque soy ciudadano. Mientras llenaba el coche, las lágrimas empezaron a fluir. El inicio de la pandemia estaba lleno de incertidumbre, vivimos un acontecimiento sin precedentes, y seguimos viviéndolo. No sabía cuándo volvería a ver a mis amigos.

Con Mo en su transportín y yo en el asiento del conductor, estábamos listos para el viaje. El trayecto para entrar y salir de la ciudad siempre me resulta un poco aterrador. Pero entonces llegas a Connecticut y estás rodeado de árboles y más árboles. La costa de Maine permitió que mi sistema nervioso se tomara un respiro. Áspero por la brisa salada, el olor a océano entraba por la ventanilla abierta y me recordaba a mi hogar; ya casi había llegado. Pasé la noche en Bangor para dividir el viaje de trece o catorce horas en dos días. El hotel estaba desierto, pero muy limpio. Mo y yo salimos temprano y a las seis de la mañana ya estábamos en la carretera.

Emma también se deshizo de su casa en la ciudad y se marchó a Montreal. Apenas nos comunicábamos, no sabía dónde se iba a quedar exactamente. La cuarentena para recién llegados a Nueva Escocia era de dos semanas. Mi madre y sus colegas tuvieron la amabilidad de abastecer la cabaña con comida. Aparte de dejar alimentos, también prepararon sopa y galletas caseras.

La cabaña está conectada a una carretera de tierra por un sendero sin asfaltar. Llegar allí es como entrar en un cuento de hadas en vivo. Abedules amarillos, arces y pinos rodean la carretera. Hay un pequeño huerto que nadie ha tocado en décadas. Al crecer en libertad, las peras y las manzanas llenan el suelo. Los caminos de los ciervos serpentean entre la hierba alta. Las serpientes se retuercen por toda la propiedad, ninguna venenosa. Unas cuantas viven en el invernadero y me gusta saludarlas cuando voy a regar las plantas (tomates, calabazas, kale y más).

La cabaña era de reciente construcción. Aparte de una cama y un par de tumbonas, no había muebles. Para los actos de prensa, apoyé el ordenador en una neverita azul Coleman con un anillo de

luz detrás. El internet era tan flojo que el equipo de publicidad de Netflix se estresó mucho, lógicamente, pero al final todo fue bien. Acabé por incluir una mesa vieja de cromado rojo. La había comprado a los veinte años, cuando alquilé mi primer piso en Halifax, cerca de la estación de tren en la esquina de South y Barrington. Se la había dado a Nikki, quien ya no la necesitaba. Habíamos recuperado el contacto y me la devolvió en el momento perfecto.

Las dos semanas de aislamiento pasaron volando y tuve un montón de prensa que hacer para la segunda temporada de *The Umbrella Academy*. Di gracias por estar en medio de un bosque, porque el silencio y la oscuridad permitieron que mi cuerpo colapsara. Hacía entrevistas y dormía mucho. Mo estaba más feliz que una perdiz. Los primeros días parecía sorprendido de estar allí, se sentaba en el patio y miraba hacia el bosque, moviendo las orejas y la cabeza hacia los ruidos de los cuervos, las ardillas y los ciervos pisando matorrales. Hasta donde yo sé, nunca había estado así en la naturaleza. Es muy pequeño, pesa tan solo tres kilos, así que tengo que vigilarlo. Ojalá pudiera soltarlo por el bosque, pero hay coyotes y zorros que se lo podrían comer, y halcones, águilas y cuervos que lo podrían agarrar. Nunca he tenido una conexión con un perro como la que tengo con Mo. Quise mucho a los perros que tuve en el pasado, pero Mo es diferente. Somos uña y carne, estoy tan obsesionado con él que duele. Mo es una criaturita llena de alegría que exuda amor a cada minuto del día. Me ha dado muchas cosas: rutina, responsabilidad, paseos, pero sobre todo me ha expandido el corazón. Siento muchas ganas de cuidar, una lección que he aprendido de Mo. Me ha ayudado sin palabras, y así empecé a ofrecerme un poco de ese cuidado para mí mismo y me comprometí a aceptarlo.

Cuando todo el tema de prensa terminó, me quedé sin distracciones. Pasaba el tiempo con Mo, leía, paseaba mucho. Disfrutaba haciendo tareas: recoger leña, compostar, cuidar el invernadero. Me invadió una gran tranquilidad, una concentración muy pura. Eso contrastaba mucho con el conflicto en mi cuerpo, la presión de mi cerebro me consumía, lo nublaba todo. Volví a no cambiarme de ropa, a no ducharme, a dormir con lo que llevaba puesto, a levantarme con las mismas prendas. Cambiarme de calcetines y ropa interior era fácil, pero no podía con la camisa.

Nikki vino a visitarme un fin de semana y fuimos a la playa Blue Sea, a unos treinta minutos en coche. En verano, Nikki siempre va preparada para la playa; el maletero de su Prius contenía una sombrilla, sillas de playa, una sábana… Qué lista. El «patio oceánico de Canadá» tiene un montón de playas espectaculares. Aparcamos y lo llevamos todo a la playa que se extendía a más de un kilómetro a lo lejos. Montamos nuestra zona particular, aunque no había demasiada gente. Nikki llevaba un bañador de una pieza y yo unos bóxeres y un sujetador deportivo porque no tenía bañador desde hacía tiempo.

Nos quitamos las camisetas y yo bajé la mirada. Mis pechos estaban aplastados dentro del sujetador ceñido de Nike. Lo compré durante la primera temporada de *The Umbrella Academy*. Entré en la primera prueba de vestuario y dije: «Tengo que llevar sujetadores deportivos porque necesito llevar el pecho apretado». Hacía mucho, muchísimo tiempo que no era tan directo sobre mis necesidades físicas y el vestuario, pero trabajaba con gente con la que me sentía seguro y podía comunicarme sin sentirme juzgado o menospreciado.

Nikki y yo nos pusimos crema solar el uno a la otra. Ella parecía segura con su cuerpo mientras tomaba el sol. A mí me costó relajarme. Como siempre. Me removía de un lado a otro, echaba un vistazo rápido a mis tetas y a la barriga. Siempre ejercitaba mucho el abdomen y ansiaba que su uniformidad se extendiera al resto del torso. Picoteamos patatas y palomitas mientras la crema hacía

efecto. El calor resultaba abrasador y di gracias por la sombrilla y la previsión de Nikki para la playa.

Entusiasmado y listo para darme un chapuzón, me levanté y me acerqué a las olas. Eché a correr, mis pies golpearon el océano y con cada paso alzaron un agua sorprendentemente cálida. Dicen que el estrecho de Northumberland tiene las temperaturas oceánicas más altas al norte de Virginia por lo poco profundo que es, ya que su profundidad varía entre los diecisiete y los setenta y cinco metros. Separa Nueva Escocia de la isla del Príncipe Eduardo y los atardeceres siempre son una pasada. Me zambullí en el agua salada; hacía siglos que no nadaba en el océano. Había surfeado un par de años en Los Ángeles; mi ex, Samantha, y yo íbamos casi todos los días cuando salíamos juntos. Lo echo de menos, da miedo pero resulta tranquilizador al mismo tiempo; es fácil entender que la gente se enganche a surfear. La emoción, la conexión. Miras el océano de un modo completamente distinto.

Me adentré más en el agua, cálida pero refrescante. Me escocían los ojos y pensé que yo llevaría unas gafas en el equipaje de playa de mi maletero. Salí a la superficie, con la coleta empapada y chorreando por la espalda. Mi cuerpo se quedó helado, no por el frío, sino porque lo había vuelto a ver. Me sacó del presente. Ladeé sin querer la cabeza, la barbilla al pecho, como hacía a todas horas cada día. Se me contrajeron las entrañas y arrugué el ceño, perplejo ante un cuerpo que no podía procesar. Un cálculo incorrecto para el que no tenía respuesta. Resultaba agotador y solo empeoraba. *¿Cómo voy a seguir así para siempre?*

Nikki fue a nadar poco después que yo. Me sequé con una toalla, evitando el pecho. La sábana estaba en la sombra. Me tumbé bocabajo; las tetas comprimidas, burlonas, estimularon mi memoria, exigieron que me acordara de ellas. Cerré los ojos; el sonido de las olas me calmó y me quedé dormido.

Nikki y yo nos echamos una siesta en la playa y luego nos despertamos cuando era hora de irnos. Me puse una camiseta y recogimos las cosas. Al regresar al coche, eché un vistazo a la gente que disfrutaba por allí. Los niños con sus castillos de arena. Dos chicos que se pasaban un balón de fútbol, ataviados con bañadores y sin camiseta; la pelota voló en un giro perfecto. Una mujer con la mitad de una tienda de campaña montada que organizaba tentempiés; los niños corrieron a por sus zumos y patatas con kétchup. Notaba el cerebro tan caliente como la arena.

¿Cómo lo hacen? ¿Cómo apagan el sonido? Y no me refiero a que sean «felices», a lo mejor no lo son, pero al menos parecen ser capaces de existir.

La gente existía con una fluidez que yo ansiaba poseer. El movimiento se entrelazaba con el presente y lucían un compromiso con la vida que yo había perdido hacía tiempo. Necesitaba mi rutina, necesitaba un tipo de comida concreto. El cambio o la alteración de esto me desconcertaba, algo inaceptable por mi necesidad de control. Lo único que podía hacer era aferrarme. Cada día me agarraba con fuerza, me amarraba. Como una especie de bloqueo. Tenía que drenar la herida.

Por la noche, Nikki y yo nos sentamos muy cerca alrededor de una hoguera para compartir un porro y mirar las estrellas. Eché un vistazo al huerto, que brillaba con culebras de luz de luna. La oscuridad detrás de los árboles me hacía sentir inútil; allí las estrellas nunca me guiarían a un lugar seguro porque no hablaba su idioma.

Nikki y yo podíamos estar separados durante años, pero, a los pocos minutos de reencontrarnos, nos sincronizábamos de nuevo. Mientras escribo esto, iré a Nueva Escocia la semana que viene. Será la primera vez que viaje a Halifax desde que compartí todo esto de ser trans con el mundo. Estoy menos tenso, con la mente más relajada; al fin dispongo de espacio para retenerlo todo. Tengo ganas de estar con Nikki. Quiero abrazarla, mirarla a los ojos, mostrarle en quién me he convertido, decirle que lo he

conseguido. Ahora mismo estamos en julio, así que estoy seguro de que usaremos el maletero playero y, en esta ocasión, no habrá ninguna coleta ni ningún asqueroso sujetador deportivo. Iré allí con una vieja amiga para empaparme de vida.

Cuando Nikki se marchó, me quedé solo de nuevo con el bosque, algo que me encanta. Hasta entonces no creía que fuera el tipo de persona que se va a vivir a una cabaña en medio del bosque durante meses, pero resulta que sí que lo soy y que quizá lo necesite para poder alcanzar el fondo de mi cerebro. Tenía que estar aislado, no ser algo para alguien ni alguien para algo. Me había agotado al intentar, con todo mi ser, averiguar qué estaba mal, escapando de un lugar a otro, engañándome al pensar que podría encontrarlo. Pero la respuesta se hallaba en el silencio y solo llegaría cuando decidiera escuchar.

27
Portal

Cuando estaba en la cabaña, me vi capaz de conectar de nuevo con mi creatividad. Ese músculo que estaba acostumbrado a usar delante de una cámara de repente albergaba incontables posibilidades. Empecé a escribir un guion con una vieja amiga, Beatrice Brown.

Nos habíamos conocido cuando yo tenía dieciséis años. El día después de haber terminado de rodar una película en Shelburne, Nueva Escocia, atravesé el Atlántico en avión. Había conseguido el papel protagonista de un largometraje titulado *Mouth to Mouth* y se filmaría en Reino Unido, Alemania y Portugal. Fue la primera vez que visité Londres y Europa en general. Interpretaba a Sherry, una adolescente de dieciséis años que huye de su casa y se une a un colectivo radical de Camden Town llamado SPARK. La película sigue al colectivo hasta su comuna a las afueras de Lisboa. Como suele ocurrir en las películas, las cosas salen mal y Sherry debe hacer todo lo posible para alejarse del líder controlador y abusivo antes de que sea demasiado tarde.

Ficharon a Bea para interpretar a Nancy, una adolescente que se crio en casas okupadas, igual que Bea. De hecho, el personaje se basaba en parte en ella, porque había viajado por Europa en una pequeña caravana, okupando terrenos deshabitados y polígonos industriales abandonados. Había mucha ketamina, muchas *raves* ilegales y un montón de música punk. Bea tenía un grupo llamado Beastellabest con Stella Nova (también conocida como Stella New), la guitarrista legendaria que tocaba con Rich Kids, Iggy Pop y Gen X. No se conoce a mucha gente como Bea, y eso con suerte. No tiene miedo de las tontas percepciones de los demás y, si lo siente, a la mierda todo: se lanza a por la vida de frente.

Esa primera noche en Londres, Bea me llevó por diversas casas okupadas en Dalston. Nunca había estado en una. Visitamos a unos amigos suyos en una casa donde el suelo y las paredes eran de hormigón blanco y gris y había muy poca luz. Había desperdigados por doquier colchones al descubierto, sacos de dormir y mantas. Al marcharnos, un tipo que parecía un poco drogado nos lanzó unas bombillas. Se rompieron contra el suelo mientras nos alejábamos a paso rápido por la carretera. Me preocupé por si un perro las pisaba.

—A esto lo llaman la Milla de la Muerte —dijo Bea. Uno de los pezones se le asomaba por un agujero de su vestido *vintage* blanco y verde desgarrado.

La siguiente casa okupa tenía un ambiente muy distinto, casi pijo. Era una casa antigua con un patio trasero enorme. Un lugar con carácter, donde la luz entraba por las ventanas rotas a medio reparar. Estaba lleno de gente, algunos veían una película proyectada en la pared, otros bailaban al son de la música o paseaban por ahí. Siempre había alguien ofreciéndote algo.

Rodé mi primera escena de sexo en el plató de *Mouth to Mouth*. Fue con Eric Thal, un actor que me doblaba la edad y que interpretaba al líder del grupo. No era una escena romántica e íntima, sino forzada y abusiva. Ocurría en un viñedo de Portugal. En el exterior, detrás de la casa principal, las

gallinas picoteaban el suelo. Tenía la cabeza a medio rapar y llevaba un chaleco vaquero andrajoso y cubierto de dibujos en rotulador. Eric, sin camisa y con los hombros anchos y el torso fuerte, se cernía sobre mí. Su cabeza rapada dejaba el rostro expuesto, al completo. Nunca hablaba mucho, ni conmigo ni con nadie, y oye, genial, porque ninguna persona está obligada a socializar. Sí que me pregunté si seguiría el método y por eso se mantenía distanciado.

Fue una escena muy cruda. Yo estaba casi desnudo, con la espalda fría contra el duro suelo, y Eric, no sé por qué, me gritaba a unos centímetros de la cara. Se levantaba, se alejaba, gritaba unas incoherencias y luego se ponía de nuevo sobre mí. A nadie pareció importarle, solo a mí. Después de la última toma, la directora se sentó a mi lado en los adoquines y se echó a llorar. Yo la consolé.

Ya de adultos, Beatrice y yo hablamos sobre esta época y reflexionamos sobre nuestro comportamiento y el suyo. Lo que parecía claro y puro ahora era turbio. Pero puedo entender eso y, al mismo tiempo, saber que fue uno de los periodos más importantes de mi vida.

Iba sentado en la parte trasera de una camioneta. Estábamos recorriendo el campo portugués, mi coleta volaba con el viento, Bob Dylan sonaba por los altavoces. Pasamos a toda velocidad junto a los alcornoques, los árboles que producen corcho y conforman cerca de una cuarta parte de los bosques del país; están por todas partes. La corteza gruesa e irregular se extrae para enviarla a todo el mundo. Por debajo queda expuesto el tronco oscuro y rojizo. El color me recordó a la tierra roja de la isla del Príncipe Eduardo. Los alcornoques miden veinte metros de altura, sus ramas se retuercen, se alzan al cielo para lucir unas hojas coriáceas que nunca caen. Cuánta resiliencia hace falta para que la piel vuelva a crecer una y otra vez. Los miraba asombrado, esas filas sin fin que bordeaban la carretera. Me encantaba su forma, su orgullo, la belleza de la imperfección. Fue un momento en el que inhalé con tanta fuerza que nunca lo olvidaré.

Ambos sentimientos pueden existir a la vez, crear el conjunto, una plenitud que no cambiaría por nada, algo que recuerdo cuando aparecen viejos sentimientos.

Bea y yo siempre hablábamos de colaborar en un proyecto creativo, y en ese momento (ella en Oxford, yo en una cabaña con Mo) teníamos tiempo, establecimos una rutina, disciplina y siempre nos presionábamos cuando nos atascábamos. Fue divertido, me descubrí estirando la imaginación de formas diferentes. Ponía notitas de colores en un tablero en la cabaña. Pasaba horas hablando con Bea, escribiendo. Pensando.

Nos sorprendió lo fácil que nos había resultado antes distraernos, saltar por encima de nuestras vidas por otra cosa, por otra persona. Involucrarnos en una relación poco sana y que eso fuera la parte interminable, y única, que conformaba nuestras conversaciones. Algo para distraernos, que se interponía en nuestro camino. En mi caso, me asombró que mi cerebro tuviera espacio, que pudiera sentarme con ello un rato largo. Una mente despejada deja entrar la verdad. La sentía por encima del hombro, pero aún tenía demasiado miedo para girarme.

Había cancelado esa consulta inicial con un cirujano en Nueva York y nunca había pedido otra. Me descubrí haciendo todo lo posible para evitar la conversación; con cualquier amigo que lo había sabido, cambiaba de tema enseguida. Me perdí en las espirales turbulentas que solo le llegaban a mi terapeuta, y algunas ni siquiera a ella.

Solo tengo que aprender a estar cómoda.
Me estoy pasando.

Solo necesito un sujetador deportivo más apretado.
No puedes, eres actriz.
Te aguantas.
Te aguantas.
Te aguantas.

¿Estaba dando otro giro de ciento ochenta grados? O quizá este me traería a casa, me devolvería al momento en el que casi lo alcancé, un tropezón de último minuto, el salto al tren.

Estaba sentado en la pequeña tumbona azul, verde y blanca en el porche delantero, un lugar que extraoficialmente había reclamado como mío. Diría que allí pasaba la mayor parte del tiempo. Y es donde me siento ahora mientras escribo esto, mirando por la misma ventana. Las plantas silvestres y la hierba están mucho más altas, la parte superior sobrepasa unos treinta centímetros el alféizar. Un muro de árboles se alza en la parte baja del patio en pendiente. Las puntas de sus relucientes hojas veraniegas se balancean delante del azul del mediodía, con estoicos árboles de hoja perenne mezclados entre ellos.

Mi mente no dejaba de volver a esa pregunta cada vez que veía a alguien que me conocía, que me conocía de verdad, así que se lo pregunté a Bea:

—¿Cuándo fue la primera vez que te dije que probablemente fuera trans?

Me sorprendió que hubiera pasado tanto tiempo. Justo antes de mi vigésimo noveno cumpleaños.

—La primera vez fue cuando vivía en Stroud. Después de un largo silencio, me preguntaste si creía que eras trans. Había como un tsunami caliente de emoción procedente de ti y el tiempo se ralentizó y todo se expandió, y fue un alivio. Era como una conversación oculta desde que éramos jóvenes, cuando no teníamos palabras o yo, al menos, no las tenía. Solo era una sensación, y cuando las palabras empezaron a fluir, fue la dulce yuxtaposición de que debía decirse algo duro primero, pero también fue muy fácil y ligero, como el mundo descubriendo que puede respirar. Una sensación que resonó con tu fuerza vital y primordial.

Puedo afirmar sin lugar a dudas que no estaría aquí si no fuera por Bea.

Joder, he dado tantos giros de ciento ochenta grados que el mareo me ha afectado la memoria. Oír esto de Bea disparó mis recuerdos. Amigos a quienes les había preguntado, amigos a quienes se lo había dicho. Una y otra vez, lo reprimía, más y más. Pasaba al siguiente papel, a la siguiente sesión de fotos, a la siguiente relación, al siguiente aeropuerto, al siguiente sujetador deportivo más ajustado. *Me tengo que aguantar.*

La tumbona azul, verde y blanca chirriaba cada vez que me movía. En plena noche, el más mínimo movimiento podía asustar a un ciervo que, sin yo saberlo, se hallaba en la oscuridad. Su huida, presa del pánico, alertó a Mo; qué perro guardián más maravilloso.

Mi cerebro no paraba nunca. Por el día escribía, leía, iba a dar largos paseos yo solo, algo que no debería haber hecho, no a solas. Cuando llegaba la noche y el cielo oscuro alcanzaba el suelo del bosque, caía un silencio completo, interrumpido tan solo por un camión lejano que atravesaba una carretera lejana. En esa quietud, me venía abajo, pero no había nada más que decir, nada más que hacer. Me sentía atrapado, sin poder quitarme la ropa, durmiendo con los zapatos puestos. La luz de una vela parpadeaba en la ventana y volvía casi invisible mi reflejo. Me observé la mano y la cerré. Las palabras siempre eran las mismas, solo debía acallarlas.

Me golpeé con los nudillos con fuerza e intensidad. Sorprendido por mi temeridad, miré de nuevo

el puño. Lo inspeccioné, lo examiné por ambos lados y entonces ¡PAM! Otra vez. Y otra. Más fuerte. Más intenso. Me golpeaba la cara, junto al ojo derecho. Otra fuerza se empeñaba en noquearlo.

Aparecieron moratones. Iba a ver a gente en un par de días, amigos que venían a quedarse una temporada corta en una cabaña cercana. Tenía que pensar una forma de explicarlo o de esconderlo.

¿He tropezado y me he caído? ¿Me he golpeado con el canto de una mesa?

Eso parecía inventado. Le puse hielo y no dejé de mirarme en el espejo.

A lo mejor se me ha caído el teléfono en la cara mientras estaba bocarriba.

El moratón era demasiado grande para eso.

A lo mejor tengo que contárselo a alguien.

Nop, no pensaba hacerlo. Intenté tapar el ojo morado con un poco de base. La apliqué dando unos toquecitos con el dedo, probé distintas estrategias. Funcionó, más o menos.

Me dolía la cara, pero el dolor procedía sobre todo de la vergüenza y la culpa. Me sentía fatal por lo que le había hecho a mi cuerpo, por tratar de ocultar a mi yo abusivo. Dormir con los zapatos puestos era una cosa, pero machacarme la cara era otra muy distinta, un punto de inflexión. Y allí estaba, el borde del precipicio. Mi cuerpo era más listo que yo.

Unos días más tarde, de vuelta a mi tumbona favorita, observé los árboles mientras unas ráfagas de viento los atravesaba como un mecanismo. Los movimientos de las ramas interrumpían el sol vespertino, los rayos las traspasaban y bailaban sin esfuerzo con la oscilación. Las marcas dejadas por mi puño habían desaparecido un poco, así como el escozor. *Discreet Music*, de Brian Eno, giraba en el tocadiscos.

Recordé lo que había sentido en la playa con Nikki. El pecho, bajar la mirada, querer más presión pero odiar el recordatorio. Siempre había un recordatorio. Sin poder ducharme, quitarme la sudadera, comer sin ansiedad o comer en general. La tristeza me inundó, el dolor y la rabia, la furia por no poder *existir* sin más. Cansado por el estrés, por un cerebro que estaba a punto de romperse, sin saber si podría con ello.

Y entonces ocurrió una cosa.

No tienes por qué sentirte así.

Esa voz.

¿No tengo por qué sentirme así?

Esa maldita voz.

No tienes por qué sentirte así.

No tengo por qué sentirme así.

Aquello no fue agua milagrosa que surgió de la nada. Fue un viaje larguísimo. Sin embargo, en ese momento sí que fue así de sencillo, tal y como debería ser cuando decides quererte. Me había encontrado con muchas bifurcaciones en el camino y, en más de una ocasión, había elegido mal por cuál ir; o no, según cómo lo mires, supongo. Desentrañarlo es doloroso, pero al menos te conduce hasta ti.

Y allí estaba al fin, un portal. Había llegado la hora de cruzarlo.

28
Sin palabras

El rodaje de la tercera temporada de *The Umbrella Academy* comenzaría en enero. Si no podía operarme en tres meses, tendría que esperar otro año. El espacio para vacilar había desaparecido, las dudas ya no tenían cabida en mi mente. Tenía treinta y tres años. Desde que lo decidí, no lo he dudado ni un instante, no he oído ningún susurro que me dijera que diera marcha atrás. Pude conseguir una consulta para un mes más tarde, pero no creían que pudieran operarme a tiempo.

Y entonces, alguien canceló. Adelantaron dos semanas mi primera conversación con el cirujano y quedó un hueco disponible para el procedimiento el 17 de noviembre, justo a tiempo. Pensé que la videoconferencia por Zoom con el médico sería emotiva y abrumadora, pero no pudo ser más relajada. Solo sonrisas. Sentí que me escuchaba, me sentí seguro. Todo mi cuerpo respiró hondo.

Es difícil escribir sobre este tema, porque hay gente que está leyendo esto y deberá esperar años y años para poder operarse al fin, o quizá nunca tenga acceso a cuidados de afirmación de género. Me imagino que alguien sentirá enfado, rencor y turbación por mi privilegio y lo que me permite hacer. Tuve tiempo durante la pandemia para no trabajar y reflexionar. No procedo de un lugar donde esto sea ilegal. Pude ir a una clínica privada y pagar los cerca de doce mil dólares que costó la operación. Tuve un sitio en el que quedarme. Un amigo con energías para cuidarme. Comida para nutrirme mientras me recuperaba. Un trabajo justo a la vuelta de la esquina que me permitiría ser yo. No tuve que depender de un sistema sanitario que me dejaría años esperando.

Aunque he tenido una suerte tremenda, esta narrativa en la que la gente trans debe sentirse *afortunada* por estas migajas (por todo lo que hemos luchado y seguimos luchando) es retorcida y manipuladora. He aquí la cuestión: yo casi no lo conseguí, no me imaginé que tendría lo que tengo ahora, y solo sabía con certeza que la soledad era permanente, un misterio que nunca resolvería. Sentía una desesperación profunda, incesante, sin idioma. Sentía vergüenza, porque lo único que tenía eran… sueños. Solamente me hundía, el miedo me envolvía por completo. No veía lo que tenía delante. No debería tener que humillarme con esa gratitud. ¿Estoy agradecido? ¡Pues claro! Pero todo el mundo debería tener acceso a una atención médica vital que proporcionase afirmación de género. Así debería ser.

Salí de la cabaña a las seis de la mañana el 12 de noviembre. El coche, Mo en su transportín, una neverita con refrescos y sándwiches de mermelada y crema de cacahuete y el depósito lleno para el trayecto de dos días hasta Toronto. No llevaba mucho equipaje, aunque pasaría diez meses en Ontario. Cuando fui por primera vez a Nueva Escocia desde Manhattan, no esperaba pasar tanto tiempo allí. Pensaba que todo el tema de la Covid se tranquilizaría y reabrirían las fronteras a finales de verano. Pero no, aquello solo fue el comienzo.

Hacía fresco, con el cielo justo antes de iluminarse; la niebla desapareció mientras serpenteaba por Wentworth hacia Amherst. Salió el sol, llegaron las nubes, una mezcla de despejado y lluvia. Justo

cuando crucé la frontera en Nuevo Brunswick, un enorme arcoíris doble llenó el cielo. Triunfal. Lo saludé. Había planeado dividir el viaje de dieciséis horas o así en dos días iguales, pero mientras conducía el 12 de noviembre, todo mi ser vibraba. Sin música, sin un pódcast, sin una conversación telefónica, pasé volando junto al sitio donde debía alojarme esa noche. Ninguna parte de mí estaba lista para reducir la velocidad. Eran las seis de la tarde en Quebec cuando aparqué en un hotel en Viejo Montreal tras haber conducido durante trece horas. Mo y yo fuimos a dar un pequeño paseo, porque nunca habíamos visto Montreal así de vacío y tranquilo. El trayecto del día siguiente solo duraría cinco horas. Era agradable notar los adoquines bajo las botas.

Tenían que sacarme sangre y hacerme un electrocardiograma antes de la operación. Paseé por Queen Street hasta LifeLabs, y con cada paso enérgico me acercaba más. El día de la operación, el 17 de noviembre, fui solo a la clínica; no podías traer a un acompañante por la Covid. Mark me llevó en coche. Era raro, pero no me sentía nervioso, solo quería que el tiempo acelerara, ver esa luz sobre mí mientras el techo y yo nos distanciábamos. Era la segunda cirugía del día, a la una. No podías comer ni beber nada, ni siquiera agua, y me pareció bien, porque a mi estómago no le interesaba nada. Aguardé en una habitación pequeña con una cama, un televisor y una mesita de noche con una lámpara apacible. La enfermera entró para tomarme las constantes vitales y repasar todo el procedimiento. La cirugía de la mañana se estaba retrasando, así que aún tardarían un rato. Me acurruqué en la cama, sin poner tele, ni leer ni oír música, y me quedé tumbado allí tres horas hasta que llegó el momento. Justo como antes de anunciar que era queer, abrazándome.

En la mesa. La luz de arriba. La boca tapada. Hacia abajo, abajo, abajo.

Mark me recogió después del procedimiento de tres horas. Me sacó una foto nada más entrar en la habitación. Estoy tumbado, un poco enderezado, colocado hasta las cejas, con un chaleco negro de compresión; me habían quitado los pezones y los habían vuelto a poner. La sonrisa en mi cara, en mis ojos, el grado de felicidad que desprendía, qué alivio.

Mark me llevó en coche desde la clínica en Yorkville hasta el sitio donde nos íbamos a quedar, cerca de Queen y Bathurst. Mi amiga Marin estaba filmando otra serie en Toronto, pero regresaría a Nueva York ese mes, así que nos ofreció su casa. Montamos un rincón para mí en un sofá cama en el cómodo salón con techos bajos. Mark se quedó en el dormitorio de arriba, con una pared de ventanas que daba a la preciosa terraza de madera que solían ocupar los mapaches.

La recuperación pareció apropiada, visto el procedimiento. Esos primeros días, a tope de medicinas, la emoción se filtraba de mi cuerpo como la sangre por los tubos de drenaje que me colgaban del cuerpo. El pobre Mark tuvo que aguantar estallidos de pena y rabia por todo el tiempo perdido, por el odio que sentí, por todo lo que podría haber sido. Se sentó conmigo para escucharme, masajearme la espalda, ser paciente conmigo. Controlaba mi medicación y medía la sangre drenada, que salía por dos tubos enganchados a dos agujeritos bajo cada axila. Por el extremo colgaban un poco, parcialmente rojos, con unos orbes traslúcidos en cada lado de la cintura.

Di gracias por los analgésicos, a *Negociando con tiburones* y *Guy's Grocery Games*. Creo que Mark podría aparecer en esta última o en *Trinchado.* Siempre tenía algo delicioso en marcha, desde dhal hasta crujiente de manzana. No seguía ninguna receta y siempre le quedaba todo buenísimo.

Mark se quedó conmigo semana y media. Tras un par de días del posoperatorio, recuperé mis facultades. Comimos y Mark empezó a jugar con el omnichord que había traído, un sintetizador creado en 1981. No es muy grande, lo puedes apoyar en el regazo. Con él tienes de todo, desde

percusión hasta guitarra y órgano, como un pequeño mundo eléctrico que descubrir. Las melodías hervían con el arroz, los ritmos surgían en la mesa, el crujir de una bolsa de palomitas a medio comer ofrecía un sonido interesante. Buscábamos las palabras y la fluidez, el tono y el corazón; acabamos montando una zona de grabación en la compacta habitación libre. Mark trajo un equipo de grabación de cuatro pistas y un micrófono, y empezamos a ensamblar las canciones. Acurrucados juntos en la moqueta, las escuchábamos para luego volverlas a grabar; escribíamos letras, cambiábamos palabras, reíamos y nos sorprendíamos a nosotros mismos, perdidos por completo en la creación, en el otro, en el momento, como si fuéramos jóvenes de nuevo. Somos afortunados de tener para siempre esas canciones. Qué afortunado soy de tener a Mark, mi amor.

Fue lo máximo que pasamos juntos desde que fuimos de mochileros a Europa del Este. Viajes largos y sinuosos que nos llevaron a ese invierno gélido en Queen West, Toronto, trece años después del estreno de *Juno*. Él fue mi invitado al Festival Internacional de Cine de Toronto. Nunca olvidaré su semblante cuando me vio mientras maquillaje y peluquería daban sus últimos toques. Abrió mucho los ojos, su expresión fue como si se le cayera el alma a los pies, me miró con una preocupación palpable. Sentí el impulso de llevarlo a un aparte, de explicarme, pero ¿qué había que decir?

Y después de eso, nos distanciamos. Ya no vivíamos en la misma ciudad y yo fui desapareciendo poco a poco hasta esconderme. No quería ver de nuevo esa expresión en su cara, no quería que me lo recordara, ya lo sabía. Parecía que no tenía elección. Y nunca hablamos de ello, por mi vergüenza, mi incomodidad. Traicionarme a mí mismo era como traicionarle también a él.

Mark supo que en el pasado no había sido yo. Y ahora sabía que lo era.

Un par de días después de la cirugía, fuimos en coche hasta High Park, una de nuestras guaridas de adolescentes. Pero sobreestimé mis capacidades y me fui debilitando cuando nos acercábamos al final de la caminata. Respiré hondo, me tomé mi tiempo; no quería admitir que no lo conseguiría. Al subir una colina, hice una mueca. Cerré los ojos y sentí que Mark me agarraba la mano y la apretaba con fuerza. Regresamos a casa.

Al cabo de dos semanas, ya volvía a estar a tope (más o menos). No podría levantar nada que pesase más de dos kilos durante un par de meses. Estaba solo y tuve que acostumbrarme a cambiar los vendajes de los pezones. La sorpresa de verlos, amoratados e irreconocibles, como burbujitas de sangre, me dejaba con el pensamiento de que había hecho algo mal, y cada vez tenía que recordar que no era así. La perspectiva de quitarme el chaleco de comprensión de una vez por todas, de lucir el pecho, con atrevimiento, sin límites… Me dejaba sin palabras, era algo casi místico. Pero eso no era fruto de mi imaginación. Aquello era real, al fin. Tenía que bloquear esos pensamientos y esperar a que pasara un tiempo, pero joder, es que no avanzaba. Solo unas semanas más.

El momento más doloroso para mí fue cuando me quitaron los drenajes. Una aguja enorme tras otra aguja enorme, para congelarme los agujeritos bajo las axilas. La enfermera se quedó a mi lado para hablarme con calma mientras yo intentaba dejarme llevar, aceptar el dolor. Cuando congelaron ambas partes, el cirujano se puso a quitar los tubos. La enfermera hizo una cuenta atrás: tres… dos… uno y el doctor tiró de los tubos, que se retorcieron bajo la piel como un gusano cabreado obligado a salir de mi interior.

Compré demasiadas camisas por internet. En general me quedaban grandes, pero algunas me iban bien. Al probármelas, me miraba de perfil en el espejo, con una sonrisa enorme, y me pasaba la mano desde el cuello hasta el abdomen. Como un desfile de moda en miniatura, una secuencia de montaje

que había durado demasiado. Llené el móvil de mi pecho liso, desde nuevos ángulos, y de esa *sonrisa*. Todo curó bien, según lo planeado; el lado izquierdo siempre iba unos días con retraso respecto al derecho.

Y cuando me quitaron el chaleco y los vendajes de los pezones… Bueno, no tengo palabras para eso.

* * *

Como persona trans y personaje público, la sensación es que siempre estoy suplicándole a la gente que me crea, algo con lo que muchas personas trans se podrán identificar. Cansan los guiños y los asentimientos. Cuando salí del armario en 2014, la inmensa mayoría me creyó, no pidieron pruebas. Pero el odio y los ataques que recibí no tienen ni punto de comparación con los de ahora. Ni de cerca. Cuando conté a mi círculo cercano de amigos que era lesbiana, no me sentí nervioso, pero revelar esto fue diferente. Me pregunto qué dirán algunos amigos a mis espaldas, qué pensarán de verdad cuando me miran.

Estoy cansado de la atención espeluznante en mi cuerpo y el impulso de infantilizar (algo que me ha pasado siempre, pero no a este nivel). Y no es solo la gente en internet o en la calle o los desconocidos en una fiesta, sino que también me ocurre con conocidos o amigos.

—Estás adorable —me dijo un colega en la fiesta posterior a los Óscar. Una persona ganadora del premio Pulitzer, una fuerza progresista. Ahí estaba yo, sintiéndome de lo más elegante por primera vez en un evento, y entonces tiene que venir un amigo y decirme eso. Que te den, «adorable».

—Guau, ¡¿una de mis mejores amigas es trans?! —dijo una amiga íntima cuando le conté que yo era yo.

—Supongo que es algo de lo que es mejor no comentar —dijo una de mis mejores amigas justo después de una larga pausa al contarle mi decisión de operarme el pecho; fue una de las primeras personas a quien se lo dije. Está claro que hizo un «comentario» sin «comentar» y ofreció unos cuantos más para compartir su opinión no solicitada. No pude hablar con ella durante mucho tiempo.

—Un amigo me ha preguntado si te vas a hacer la otra cirugía…

—Me ha sorprendido oír tu voz, pero ya me acostumbraré.

O el clásico:

—Esto no te dará todas las respuestas, lo sabes, ¿no?

Pues claro que lo sé. Nada me las dará.

Amigos haciendo bromas sobre el crecimiento de mi vello facial. Chistes sobre el nombre que debería haber elegido. Ha pasado año y medio y los pronombres son demasiado difíciles para cierta gente. Tengo paciencia, todos estamos en un proceso de aprendizaje continuo y yo también he cometido esos errores, pero a veces la paciencia se acaba. Sé que estos ejemplos y comentarios pueden parecer minucias, pero cuando debaten y niegan sin cesar tu existencia, te agotan. Tumbado, expuesto, ansío amabilidad.

La verdad es que, en cierto sentido, mi narrativa aún se está desarrollando. Llevo más de un año con testosterona. Cada viernes me levanto emocionado y contento, con una nueva sensación de calma en mi vida. Me inyecto cuarenta miligramos de testosterona; estoy cambiando, creciendo, solo es el principio.

Déjame existir contigo, más feliz que nunca.

29
Peaches

Mark y yo llegamos a la Opera House en Queen Street East *muy* temprano. Nunca había hecho cola tan pronto para nada y éramos de los primeros. Esperamos, congelándonos en el frío del invierno de Toronto. Actuaba Peaches. Era su gira después de lanzar su segundo álbum, *Fatherfucker.* Me encantaba bailar como loco a su ritmo. Sin camiseta, con un sujetador deportivo ceñido y las persianas bajadas.

En cuanto entramos, fuimos corriendo hacia el escenario y apretamos el cuerpo contra él. Escuchamos irritados a los teloneros. Eran buenos, pero el tiempo pasaba a ritmo de tortuga entre que acabaron y Peaches salió al escenario. El lugar no dejaba de llenarse, las luces brillaban en tonos púrpura y rojo. El concierto había agotado las entradas. Había cientos y cientos de personas queer. Probablemente fuera el lugar más queer en el que había estado hasta ese momento de mi vida.

La canción «Peaches» de The Stranglers empezó a sonar y las luces se atenuaron para indicar que ella estaba a punto de empezar.

*Walking on the beaches, looking at the peaches*********

La canción dura poco más de cuatro minutos, pero se me hizo mucho más larga; al mirarlo ahora, pensaba que duraba al menos siete. Terminó. Por fin. Y Peaches salió. Feroz, segura, sexy, temeraria. Apenas iba vestida con ropa interior ceñida de color rosa y un sujetador negro. Unos consoladores se balanceaban desde la entrepierna de los bailarines cuando comenzó «Shake Yer Dix». Contoneos queer y picantes por todos lados.

Girls and boys they want it all
Lay back and make the call
You need that flip, yeah really quick
And keep it so slow it sick
You gotta shake yer dix and yer tits
I'll be me and you be you
Shake yer dix and shake yer tits
*And let me be you too*********

Sudor, máquinas de humo, pollas y tetas… El concierto fue excelente, pero cuando ya llevábamos más de la mitad, Peaches contrajo un poco el rostro, se dobló un poco, con suavidad, como si fuera a perder el equilibrio. La multitud se preocupó. Ella se inclinó hacia delante, apoyó las manos en las rodillas, bajó la cabeza y empezó a tener arcadas. La música se detuvo. Se acercó trastabillando al borde del escenario y vomitó sangre por todo el público. La música arrancó de nuevo, todo el mundo gritó.

Me había caído sangre falsa encima. Con las manos al aire, Peaches me agarró el codo y me acarició hasta la muñeca para repartir bien todo el rojo.

Peaches era radicalmente ella misma de un modo que poca gente lo consigue, o al menos gente en mi vida. En esa época era muy tímido y me asombró su habilidad para ser tan descarnada y desnuda. Era sexual, atrevida y agresiva sin complejos, su obra poseía momentos de una vulnerabilidad preciosa. Ojalá pudiera tener esa confianza, sentirme así de liberado, perder el miedo que me detenía.

Eléctricos, Mark y yo nos saltamos el tranvía y fuimos andando hacia el oeste por Queen, los 5,2 kilómetros hasta casa. La «sangre» en mi brazo brillaba bajo las farolas; nos la quedamos mirando, disfrutando de ella mientras saltábamos por la acera. Peaches seguía con nosotros, ese concierto seguía con nosotros, lo más queer que había visto nunca, ese mundo posible. No quería perderlo. Lo atesoraría como una reliquia.

Me duché con el brazo por fuera de la cortina. Era invierno y llevaría manga larga de todas formas. Lo dejé así dos semanas. Para un chico trans de dieciséis años, Peaches ofreció algo que no podía encontrar en ninguna otra parte. Una voz que decía: a la mierda con la vergüenza, a la mierda con los estereotipos de género, a la mierda lo de no reconocer tus deseos y a la mierda no aceptarte a ti mismo.

Alterado por el concierto, no solo me llevé la sangre falsa a casa, sino también cierto descubrimiento. Había estado en una nueva dimensión donde había alcanzado mi parte queer, donde había saltado y agitado los brazos en una multitud compuesta por gente como yo. Un espacio para la celebración, no para el ridículo.

Recuerdo que salí por la puerta después de que el concierto terminó. Una mujer con la cabeza medio rapada nos preguntó:

—¿Cuántos años tenéis?

—Quince y dieciséis —respondimos. Emocionados y entusiasmados.

—Cojonudo —exclamó ella, orgullosa y feliz, al parecer. Como si todo fuera bien en el mundo.

Respiré hondo y el aire me recorrió hasta los pies; solo quería aferrarme a ese sentimiento, guardarme la alegría, esos momentos efímeros de amor propio. Me marché a casa con Mark y, en el frío, sentía las plantas de los pies contra el suelo, un pie y luego el otro. Sentí que me encaminaba en la dirección correcta.

******** *Caminando por la playa, viendo los panderos*
******** *Chicas y chicos lo quieren todo*
Túmbate y decide
Necesitas girar, sí, y muy rápido
Y hazlo tan despacio que dé asco
Mueve la polla y las tetas
Yo seré yo y tú serás tú
Mueve la polla y mueve las tetas
Y déjame ser tú

Agradecimientos

Gracias a toda la gente que me ha ayudado a sentirme lo suficientemente presente y vivo para escribir este libro. En especial a Julia Sanderson, que fue una inspiración queer para mí cuando era joven y que me ha aguantado año tras año. No habría sido capaz de escribir esto, ni estaría aquí, sin tu eterno amor y apoyo. Gracias a mi increíble editora, Bryn Clark, por creer en mí y en este libro y por convertirlo en una realidad. No sé cómo he tenido tanta suerte. A Bobby Mostyn-Owen, mi editore de Reino Unido: gracias por ser tan genial, por tu comprensión y tu corazón. A mis agentes en UTA, Albert Lee y Pilar Queen, gracias por pensar que esto era posible antes de que se me ocurriera, por animarme y sacar tiempo para mí. Gracias a Meredith Miller y Zoe Nelson por todo vuestro trabajo duro y pasión. Gracias a mi mánager Kelly Bush Novak por acompañarme en este viaje, por todo lo que has hecho y sigues haciendo. Gracias a Courtenay Barrett, Amanda Pelletier y a toda la gente de ID PR. Gracias, Kevin Yorn, por cubrirme siempre las espaldas. Gracias a todos los sanitarios; no estaría escribiendo esto si no fuera por vuestros cuidados. Gracias a esos colegas que me habéis contactado mientras escribía este libro, por todos vuestros consejos y apoyo: Thomas Page Mcbee, Chase Strangio, Lauren Matheson, Kiersey Clemmons, Madisyn Ritland, Mark Rendall, Star Amerasu, Nick Adams, Paula Robbins, Brit Marling, Marin Ireland, Cazzie David, Kate Mara, Ian Daniel, Catherine Keener y Beatrice Brown. A mi madre: te quiero con toda mi alma, gracias por ser tan comprensiva y abierta, me inspiras siempre. A toda la gente que ha creado espacio en este mundo para que yo pudiera existir: bueno, no tengo palabras para expresar lo afortunado que me siento. Este libro, pero también la fuerza, la alegría y la conexión que he encontrado, ha sido posible gracias a una infinidad de personas; a algunas las conozco y a otras no. Cada une estamos en nuestros sinuosos caminos, pero seguimos juntes en esto. Doy gracias por teneros aquí conmigo.